

**MUY PRONTO
SERÉ
INVENCIBLE**

**AUSTIN
GROSSMAN**

Lectulandia

El Doctor Imposible, científico diabólico y genio que aspira a dominar el mundo, languidece en una cárcel federal. El Doctor Imposible ha perdido su libertad, a su novia y su fortaleza oculta en una isla.

A lo largo de los últimos años ha intentado dominar el mundo por medio de ataques nucleares, termonucleares y gracias al control mental de las masas. Ha viajado en el tiempo para cambiar el curso de la Historia. Ha dirigido ejércitos de robots, de insectos y de dinosaurios, de hongos y de peces... Y ha fracasado en todo.

Sin embargo, ahora va a poner en marcha un nuevo plan de ataque... Esta vez tiene que ser diferente, y tiene que funcionar... Aunque tenga que enfrentarse a la heroína de esta historia, la extraordinaria Fatale.

Lectulandia

Austin Grossman

Muy pronto seré invencible

ePub r1.2

OZN 15.10.14

Título original: *Soon I Will Be Invincible*

Austin Grossman, 2007

Traducción: Rita da Costa García

Retoque de cubierta: OZN

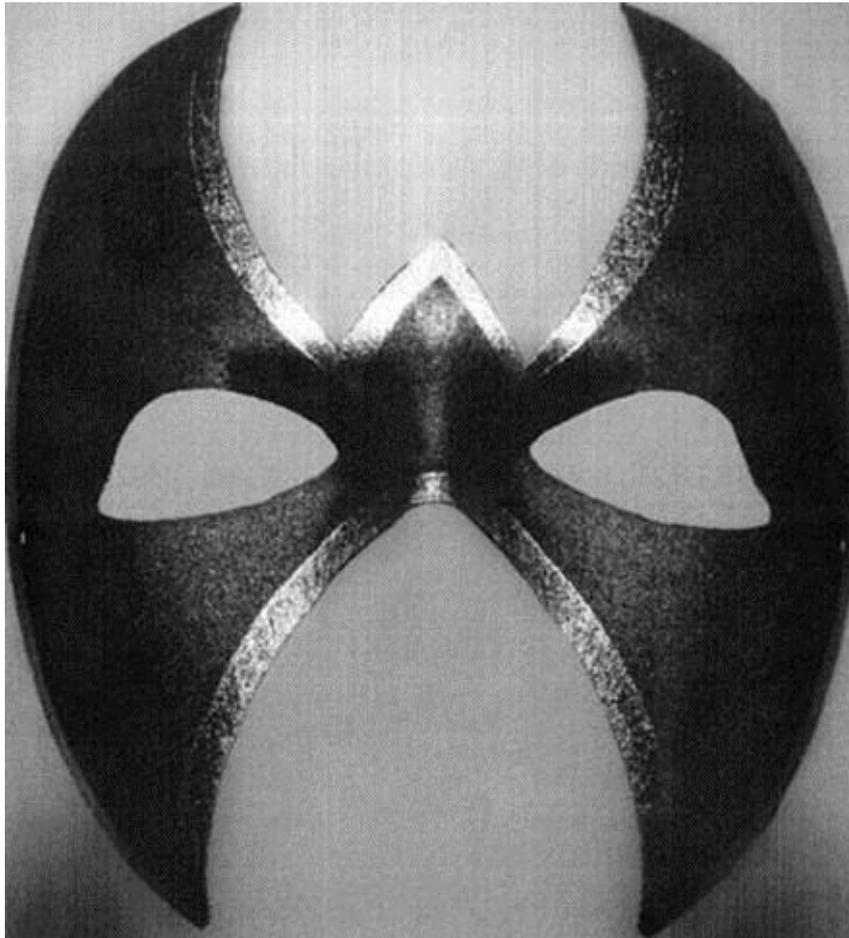
Editor digital: OZN

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A mis padres, Allen y Judith Grossman

PRIMERA PARTE



OTRA VEZ ENTRE REJAS



Esta mañana en el planeta Tierra hay mil seiscientos ochenta y seis seres poseedores de algún don extraordinario, cualidad sobrehumana o superpoder de alguna clase. De estos, ciento veintiséis son personas que llevan una vida normal; treinta y ocho se hallan retenidos en centros de investigación financiados por el Departamento de Defensa estadounidense o su equivalente en el extranjero; doscientos veintiséis son seres acuáticos y viven confinados en los océanos; veintinueve son inmóviles (árboles poderosos y *genii loci*, como la Gran Esfinge y la Pirámide de Giza); veinticinco son seres microscópicos, como los Siete Infinitesimales; tres de ellos son perros; cuatro son gatos; uno es un pájaro; seis están hechos de gas; uno es un efecto eléctrico móvil que tiene más de fenómeno meteorológico que de persona; setenta y siete son alienígenas; treinta y ocho están en paradero desconocido; cuarenta y uno viven al margen del continuo espaciotemporal, eternos exiliados en universos paralelos y bifurcaciones temporales.

Seiscientos setenta y ocho emplean sus poderes para luchar contra la actividad criminal, mientras que cuatrocientos cuarenta y uno los usan para todo lo contrario. Cuarenta y cuatro se hallan recluidos en centros penitenciarios especiales para delincuentes superpoderosos. Resulta interesante señalar que una proporción inusualmente elevada de estos últimos —dieciocho, para ser exactos— posee un coeficiente intelectual igual o superior a trescientos. Incluyéndome a mí.

Ignoro qué relación existe entre la inteligencia superior y la vocación criminal. Seguramente la encontraríamos en el extremo derecho de un gráfico de probabilidad, de esos con forma de campana, si hiciéramos un test de inteligencia a seis mil millones de mentes y nos fijáramos solo en las puntuaciones más elevadas. Imaginaos en esa gráfica, deslizándoos hacia la derecha y cuesta abajo hacia el grupo de los más inteligentes, imaginad que seguís bajando esa ladera cada vez menos pronunciada en la que solo queda el millón más inteligente, los diez mil más inteligentes —todos ellos muchísimo más listos que cualquiera de las personas a las que conocen la mayor parte de los mortales—, y a partir de ahí son cada vez más escasos, hasta reducirse a los cien elegidos, y el gráfico ya no se parece en nada a una ladera, no es más que una línea de puntos entrecortada. Imaginad que alargáis esa línea hasta lo invisible, los más inteligentes de los más inteligentes de los más inteligentes, y la multiplicáis por

mil. No es de extrañar que los integrantes de ese grupo tan minoritario sean algo peculiares, pero uno no puede dejar de preguntarse cómo es que todos acabamos entre rejas.

* * *

Me despierto a las seis y media de la mañana, media hora antes que el resto de los reclusos. No hay muebles en mi celda, así que estoy acostado en el rectángulo pintado de verde en el que se me permite dormir. Dado el estado de mi piel, tampoco me entero mucho, la verdad. Me hallo en un centro penitenciario especialmente construido para delincuentes con superpoderes, pero ahora mismo soy el único interno que entra en esa categoría. Soy la joya de la corona, el orgullo del sistema y parada obligatoria de las visitas guiadas que el gobernador ofrece a los dignatarios invitados. Vienen a contemplar el espectáculo, a ver al tigre enjaulado, y no suelo decepcionarlos.

El celador golpea la pared de plexiglás con la porra y yo me levanto despacio y me dirijo al círculo pintado de rojo donde me someten a un escáner, rayos X, radiaciones y toda la pesca. Luego me dejan vestirme. Tengo ocho minutos para hacerlo mientras comprueban el recorrido. Hay que ver la cantidad de cosas que se pueden llegar a pensar en ocho minutos. Pienso en lo que haré cuando salga de aquí. Pienso en el pasado.

Si tuviera material de escritura, podría redactar una especie de guía, una fuente de inspiración y recomendaciones para la siguiente generación de delincuentes enmascarados, sabios descarriados y genios solitarios, aquellos que han aprendido a sentirse distintos a base de golpes, o que ya sabían que lo eran desde el primer momento. Aquellos que son lo bastante listos para hacer algo al respecto. Hay cosas que deberían saber. Alguien se lo tendría que decir.

* * *

No soy un delincuente. No he robado ningún coche. No he vendido heroína ni le he arrebatado el bolso a una ancianita. En 1978 construí un reactor de fusión cuántica, en 1979 una pistola de plasma orbital y en 1984 un robot gigante que proyectaba rayos láser con los ojos. He intentado conquistar el mundo y he estado a punto de lograrlo doce veces, y las que me quedan.

Cuando me encierran, el caso va directo al Tribunal Penal Internacional, ya que técnicamente soy un poder soberano. Seguro que habéis asistido a algún juicio de características similares: los Elementales, Caballito Balancín, el doctor Stonehenge. Siempre me meten en una pecera de vidrio y acero. Sigo siendo peligroso, ¿sabéis?,

incluso sin mis cachivaches. La gente se me queda mirando con los ojos como platos, como si no acabaran de creer que pueda tener este aspecto. Luego me leen la interminable lista de cargos, igual que si me rindieran homenaje. En realidad no se trata de un juicio en toda regla, no existe la presunción de inocencia. Pero, si te muestras educado, al final te dejan decir unas pocas palabras.

Me llueven las preguntas. Quieren saber por qué. «¿Por qué hipnotizó al presidente?», «¿Por qué se apoderó del Chemical Bank?»

Soy el hombre más listo del mundo. En otros tiempos no salía a la calle sin mi capa y me enfrentaba a seres que sabían volar, que poseían una piel metálica, que podían matar con solo mirarte. Luché con Fuego Esencial hasta llegar a un empate, y con el Superescuadrón, y con los Campeones. Ahora arrastro los pies en la cola del comedor junto a pringados que intentaron pagar con un talón sin fondos. Ahora me tengo que preguntar si habrá leche con chocolate en la máquina dispensadora. Y si el hombre más listo del mundo lo ha sido a la hora de tomar ciertas decisiones.

* * *

Espero de pie junto a la puerta, rodeado de hombres armados, mientras tres oficiales duchos en el tema pasan revista a mi celda con un sinfín de instrumentos. Desde el pasillo llegan los alaridos, gritos de aliento y silbidos de los demás internos. Ha llegado la hora del espectáculo. Entonces avanzo ante ellos, seguido por dos hombres pertrechados con corazas, cascos y sofisticadas armas de última generación que sobresalen a los costados de ambos. Tienen que esperar a que yo pase para proceder a la alineación matutina.

En la cárcel se habla mucho de mis poderes. Los internos creen que soy capaz de emitir rayos láser con los ojos, que soy eléctrico o venenoso al tacto, que voy y vengo cuando me place atravesando las paredes, que todo lo oigo. Me echan la culpa de cualquier cosa: los cubiertos robados, una puerta que se ha quedado abierta. Ahora hay incluso —añadiré, no sin cierto orgullo— una banda bautizada en mi honor, los Imposibles, integrada en su mayoría por ladrones de guante blanco.

Puedo mezclarme con el resto de los reclusos durante las comidas y en el patio, pero jamás comparto mesa con nadie. Los he engañado demasiadas veces recurriendo a la velocidad o a alguna maniobra de distracción. A estas alturas del campeonato han aprendido a servirme la comida en platos de papel, y cuando devuelvo la bandeja cuentan la vajilla y los cubiertos de plástico, dos veces. Hay un guardia que se encarga de observarme las manos mientras como, y otro que mira debajo de la mesa. Una vez que me he sentado, me hacen arremangarme y enseñar las manos por ambos lados, como los magos.

Fijaos en mis manos. La piel está un poco fría al tacto —exactamente a 35,6 °C— y algo rígida, como una camisa demasiado almidonada. Esta piel puede detener las balas; conté cinco en mi última detención, mientras corría por la Séptima Avenida sudando la gota gorda bajo la recia tela de la capa y el antifaz. Los moratones aún no se me han ido del todo.

Tengo algunos ases más en la manga. Soy fuerte, mucho más de lo razonable para un mamífero de mi tamaño. Con tiempo y voluntad, podría volcar un camión o arrancar de cuajo un cajero automático empotrado en la pared. Pero no me dedico a destrozar cosas, o al menos no en solitario. Cuando Lily y yo trabajábamos juntos, ella se encargaba de esa parte del negocio. Yo me dedico sobre todo a la ciencia. Es lo único que me mantiene con vida en el Ala de Reclusos Especiales, donde absolutamente todo —incluidas las alcachofas de las duchas— está hecho de titanio o bien empotrado a cinco centímetros de profundidad en hormigón armado. También soy más rápido de lo que debería ser; algo en mis circuitos nerviosos se vio alterado a causa del accidente.

De tarde en tarde, algún nuevo interno viene a por mí con la esperanza de labrarse una reputación rompiendo contra mis costillas un rudimentario cuchillo de fabricación carcelaria: un lápiz robado, una cuchara metálica aplanada y afilada. Suele ocurrir durante las comidas, o en el patio, mientras hacemos ejercicio. Se produce un silencio premonitorio tan pronto como el recluso de turno se introduce en el círculo mágico, el espacio vacío que me acompaña allá a dónde voy. Los guardias jamás intervienen. Quizá se trate de una estrategia para mantenerme aislado de los demás internos, o quizá lo hagan sencillamente porque disfrutan viéndome entrar en acción y demostrándoles una vez más que tienen bajo su custodia al cuarto criminal más temido del mundo. Me incorporo ligeramente en la silla metálica, dejo la cuchara de plástico sobre la mesa plegable.

Tras el latigazo seco del golpe, hay un silencio que se rompe con el fulminante desplome de mi agresor. Alguien se lleva lo que de pronto parece una pila de ropa sucia y yo vuelvo a quedarme solo hasta que el siguiente advenedizo cubierto de tatuajes decida jugársela al todo o nada. En el fondo, desearía seguir adelante, seguir luchando hasta que las balas me hicieran parar, pero jamás lo hago. Tendría que ser muy tonto para eso. Hay delincuentes estúpidos y los hay listos, y luego estoy yo.

Lo digo para que lo sepáis. No he perdido ni una pizca de mi esencia, de la amenaza intrínseca a mi persona, solo porque me hayan arrebatado mis artilugios, mis trucos y mi cinturón multiusos. ¡Sigo siendo el brillante, el terrible, el diabólico Doctor Imposible, maldita sea! Y sí, soy invencible.

Todos los superhéroes tienen un origen. Suelen hablar de ello —de cómo descubrieron sus poderes y su misión en la vida— como si fuera el acabose. Les pica un insecto radiactivo y les da por combatir toda actividad criminal; un dios cósmico que pasaba por allí les ordena que se lancen a la búsqueda de las tablillas perdidas de Fulano de Tal para así poder vengar a sus antepasados muertos. ¿Y los supervillanos, qué? Entramos en escena disfrazados, con mirada aviesa, y nos enfrentamos al mundo con inexplicable furia y de los modos más pintorescos, valiéndonos de una pistola de rayos o un agujero cósmico. Pero ¿por qué atracamos bancos en lugar de protegerlos? ¿Por qué congelé el Tribunal Supremo, me hice pasar por el Papa y tomé la Luna como rehén?

En realidad, sé de buena tinta que en mi expediente policial apenas hay información relevante sobre mí. Unos pocos alias desfasados, recortes de prensa, los testimonios de un par de viejos enemigos y quizá el informe original del accidente. El resplandor se vio desde varios kilómetros a la redonda. De eso habla la gente cuando comenta quién soy yo, un empollón con malas pulgas y escasos conocimientos de química. Pero hubo otro accidente, un accidente que nadie alcanzó a ver, una lenta hecatombe que empezó la misma mañana que llegué a la facultad. Hoy día tiene nombre: «Síndrome de Hipercongnición Malévola». Están intentando aprender más sobre ello estudiándome a mí. Tratan de averiguar quién los mirará a través de un antifaz dentro de treinta años.

Tengo un psicoterapeuta asignado en la cárcel. Se hace llamar Steve y es un rogeriano de mirada triste al que me llevan a ver dos veces por semana en un aula que ya nadie utiliza. «¿Sientes ira?» «¿Qué querías robar en realidad?» ¡La de cosas que podría contarle! ¡Secretos del universo! Pero solo le interesa mi infancia. Intento relajarme y me recuerdo a mí mismo cuál es mi situación. Si lo mato, se limitarán a poner a otro en su lugar.

Podría ser peor. Entre los supervillanos circulan rumores sobre las cárceles secretas del desierto de Nevada, los centros de reclusión especial más seguros que existen. Allí van a parar aquellos a los que han logrado atrapar pero temen de verdad, aquellos a los que no pueden matar y apenas sí logran mantener bajo control. Pozos de cincuenta metros de profundidad rellenos de hormigón, celdas heladas en las que la temperatura apenas si supera los veinte grados bajo cero. Estar aquí significa tomar parte en un juego muy peligroso: estoy a su merced, así que no debo asustarlos más de la cuenta. Pero Steve tiene sus preguntas. «¿Quién te golpeó por primera vez?», «¿Por qué querías controlar el mundo?», «¿Te sientes descontrolado?». El pasado se cuela por todas partes, es lo que pasa cuando se tiene una memoria privilegiada.

Hablar más de la cuenta resulta muy peligroso en mi oficio. Ahora lo sé. Y la

última vez se lo dije todo, destapé todo el plan como un imbécil, desde cómo iba a hacerlo a lo imposible que sería escapar. Y se limitaron a escucharme con una sonrisita de suficiencia. Habría funcionado, de eso no me cabe duda. Mis cálculos eran correctos.

* * *

Para cuando el autobús llegó aquella mañana, llovía a mares y el mundo no era más que un esbozo gris de sí mismo. El propio autobús parecía una mole borrosa, lo único que se movía en aquella escena estática. La lluvia repicaba en la marquesina de plástico y mis gafas empezaban a empañarse. Eran las 6.20 de la mañana y mis padres y yo esperábamos de pie, aturdidos y adormilados, en el aparcamiento de un hotel en Iowa, uno de la cadena Howard Johnson.

Sabía que era una mañana especial y que debía sentir algo fuera de lo común, que aquel era uno de los grandes hitos en la vida de cualquier persona, como el hecho de casarse o la celebración del *bar mitzvah*, pero jamás había vivido uno de esos grandes momentos y no sabía muy bien qué esperar. Había empezado a inquietarme una hora antes, cuando mi madre me había embutido en un jersey áspero que empezaba a picarme en el ambiente cálido de finales de septiembre. Salimos atropelladamente hacia el coche y cruzamos la ciudad gris y silenciosa, las desiertas calles del centro, hasta llegar al aparcamiento lindante con la imponente I-80. Cuando mi madre apagó el motor, hubo unos segundos de silencio en los que solo se oía la lluvia tamborileando en el tejado. Luego, mi padre dijo:

—Esperaremos contigo en la parada del autobús.

Así que cruzamos a la carrera el asfalto mojado hasta la marquesina de plexiglás. La lluvia seguía cayendo con estrépito, los coches y camiones pasaban zumbando, y allí estábamos nosotros. Puede que alguien dijera algo.

Yo pensaba en que aquel otoño todo empezaría sin mí en la Escuela de Enseñanza Secundaria Lincoln. En unos pocos días, mis antiguos compañeros conocerían a sus nuevos profesores, y la clase de matemáticas avanzadas empezaría por la geometría, haciendo pruebas. En junio nos había llegado una carta de la Consejería de Educación del estado de Iowa por la que me proponían trasladarme a una escuela de reciente creación a la que habían bautizado como Instituto Peterson de las Matemáticas y las Ciencias. El año anterior habían repartido unos tests de respuestas múltiples en clase, y todo el que había sacado un sobresaliente había recibido la misma carta. Me dieron una charla para hacerme reflexionar sobre si echaría de menos a mis amigos o al señor Reynolds, mi profe de mates.

Les dije que aceptaba el traslado. No me había detenido a pensar en lo raro que se me haría esperar un autobús con mi ropa metida en cuatro bolsas. Los chicos del

instituto me recordarían como el que nunca abría la boca, el que dibujaba cosas raras, el que siempre llevaba la misma ropa y lloraba cuando dejaba caer la comida, el que supuestamente era un genio de las mates... ¿Qué habrá sido de él? ¿Dónde se habrá metido?

El autobús se detuvo en la parada. Un hombre se apeó y comprobó el puñado de impresos firmados que le tendí antes de arrojar mis cosas al maletero del costado metálico del vehículo. Mis padres se despidieron de mí con un abrazo y, tras subir unos pocos peldaños, me adentré en una cálida penumbra en la que se mezclaba el aliento de varios desconocidos. Avancé con paso incierto a lo largo de la cabina débilmente iluminada por un fluorescente, vislumbrando mientras lo hacía los rostros que iba dejando atrás en filas sucesivas, hasta que di con un par de asientos vacíos, en el mismo instante en que el autobús arrancaba con estruendo y abandonaba el aparcamiento. Me acordé de buscar a mis padres con la mirada por última vez, y luego el autobús ganó velocidad para incorporarse a la autopista y al tráfico rodado. De pronto, aborrecí aquella mañana lluviosa y la impersonal amabilidad de mis padres, siempre tan comedidos, como si les diera miedo conocerme. Y me alegré de haberlos dejado atrás, de no tener nada que ver con ellos, de irme a un sitio en el que nadie me conocía, lejos del silencio que siempre reinaba en su casa, lejos de su contención. Tuve entonces un primer y vago atisbo de mi propia rebelión.

El autobús siguió su camino a lo largo de aquella mañana de color gris plomizo en el que la luz del sol se iba abriendo paso lentamente, aunque la lluvia no cesaba. La mayor parte de los viajeros dormían, y cada veinte minutos, más o menos, nos deteníamos para recoger a otro chico, uno más de los nuestros. La mayoría se habría levantado a las tres o las cuatro de la mañana para llegar a tiempo al autobús que cruzaba todo el estado y ahora dormitaban, dormían o miraban por la ventana. Yo también descansé un poco, aunque se me hacía raro dormir entre tanto extraño. Nadie hablaba, pero había entre nosotros una incipiente intimidad, un vínculo que nacía del sentimiento compartido de extrañeza ante aquel viaje. Jamás lo olvidaríamos. Para todos y cada uno de nosotros, aquel era el principio de una nueva etapa de nuestras vidas. Una identidad colectiva empezaba a surgir aquella mañana lluviosa, entre los ruidos del motor y las ensoñaciones de cuarenta y ocho mentes.

Durante los primeros meses tuvimos que dormir en el gimnasio. Los dormitorios de los estudiantes se habían inundado debido a un fallo de construcción y hubieron de reconstruirse. En el gimnasio se colgaron sábanas para garantizar cierta intimidad. Nos reuníamos allí a las nueve y media de la noche y nos guiaban hasta el lavabo en grupos de quince. Resultaba extraño volver a ver a tus compañeros de clase en pijama, sosteniendo cada uno su cepillo de dientes, la pasta y la taza, avanzando con paso soñoliento en fila india hasta los lavamanos. Nos veíamos los unos a los otros de un modo que solo nuestra familia nos había visto hasta entonces. Después volvíamos

a nuestros sacos de dormir y nos quedábamos mirando las polillas que revoloteaban cerca del techo. A las 22.15 exactamente, las grandes luces de arriba se apagaban con estruendo, dando paso a un coro de suspiros. No resultaba fácil quedarse dormido en un lugar tan grande (los oídos nos decían lo grande que era). Las chicas dormían en la biblioteca, acostadas entre estanterías y mesas de estudio, pero nunca he sabido qué tal eran sus noches, aunque me las imaginaba pobladas por sonidos más discretos que se desvanecían en lugar de rebotar aquí y allá.

Cosas como estas se hicieron normales, se incorporaron a nuestro día a día, hábitos como el de caminar encogidos por el duro y frío suelo del gimnasio tras haber pasado la noche acostados sobre el arco de tres puntos. La fría luz del sol se colaba por los ventanales y las voces de los pocos chicos que amanecían con ganas de gritar y corretear resonaban entre las gradas y las vigas pintadas de azul. Algunos tenían sus propios walkman y se quedaban escuchando música pop hasta mucho después de que se hubieran apagado las luces.

Las clases en sí apenas se distinguían de lo que yo había vivido en la enseñanza pública. Los demás estudiantes tal vez tuvieran mejor nivel, pero parecían imperar las mismas pautas de comportamiento, como si estas vinieran impuestas por alguna ley implícita e inherente a la escolarización de los adolescentes. Los deportistas eran deportistas, los grupitos cerrados eran los grupitos cerrados, y los estudiantes que ya eran populares antes volvían a serlo ahora. Nada había cambiado. Para mí tampoco había habido grandes cambios, más allá del hecho de que ahora comía en silencio rodeado de otros estudiantes, mientras que antes comía en silencio con mi familia.

Pensar en aquella época es pensar en otra persona, en alguien que aspiraba a aprender cada día, a superarse. Era fuerte, orgulloso, más listo que el hambre, y eso nunca cambiaría. Destaqué en la categoría júnior del concurso anual de matemáticas William Lowell Putnam, y aquello no fue más que el principio. Cada vez que entraba en la sala de ordenadores, con su característico olor a café y plástico, y aquel zumbido de los fluorescentes, era como un boxeador que huele el serrín y el sudor mientras oye el rugido de la multitud.

No cultivaba la amistad, sino tan solo una suerte de camaradería intelectual con los pocos estudiantes de ciencias que destacaban tanto como yo. Pero en general lo mío era la típica combinación de arrogante suficiencia y la más absoluta soledad. Me avergonzaba de mi desesperado anhelo por complacer, pero no era capaz de contenerlo. ¿Por qué tenía que verme apartado de los demás por el hecho de ser especial, y sentirme por ello especialmente despreciable? Comía en soledad, y es una suerte que no quede ni rastro de mis diarios de aquella época.

En tercer año me concedieron una beca Ford para estudiar durante el verano. Ya había decidido no regresar a casa por vacaciones, y la beca fue como una excusa caída del cielo. Lo último que me apetecía era volver a ver a mis padres. Ya albergaba

la esperanza de poder convertirme en otra persona, alguien que no tuviera nada que ver con su casa ni su modo discreto de hablar, ni lo que solo más tarde reconocería como su bondad.

Yo era listo, pero nadie sospechaba lo brillante que llegaría a ser. Siempre ha habido niños prodigio, y andando el tiempo todo el mundo llega a un mismo nivel. ¿O no? Quizá no sea más listo de lo que era el año pasado, pero sé más cosas. Y desde luego no soy más estúpido.

Conque no siempre he sido así. Fui a una buena escuela. Escribí largos relatos cortos sobre mis desventurados enamoramientos, uno de los cuales conquistó incluso el segundo puesto en el concurso literario que organizó la revista del instituto. En él hablaba de una chica a la que había visto en el comedor, en la fiesta, en los pasillos, pero a la que nunca había dirigido la palabra. No era demasiado distinto a los demás, excepto en aquello que me diferenciaba radicalmente de ellos.

* * *

Más allá de cierto umbral, todo el mundo tiene los mismos problemas: fortificar tu isla y ocultar la firma térmica de tu reactor de fusión. Mi primer laboratorio subterráneo no era más que una triste madriguera instalada en el sótano de una casa de las afueras. Un día, dos hombres con leotardos y cara de pocos amigos se presentaron en mi casa y exigieron ver en qué estaba trabajando.

—No hace nada —les aseguré.

No hubo respuesta. Les enseñé el laboratorio. Tomé la precaución de darles la espalda mientras abría mis sofisticadas cerraduras, pero ¿a quién pretendía engañar? Uno de aquellos hombres, el que iba vestido de blanco, me miraba como lo hacen quienes poseen visión de rayos X, como si no viera más que huesos.

Había tomado todas las precauciones posibles. Había comprado el equipo a través de una docena de alias, entre ellos agencias gubernamentales con todas las de la ley. El calor residual iba a parar al acuífero, y había suficiente radiación de fondo para que nadie se hubiese percatado de lo que me traía entre manos. Pero, al parecer, había pisado uno de sus cables trampa. Nadie dijo ni una sola palabra mientras bajábamos. En la distancia corta, aquellos dos resultaban de lo más inquietante. Los ojos del de blanco estaban demasiado apartados entre sí, y solo respiraba algo así como una vez por minuto, y muy deprisa: inspirar, espirar. No tuve ocasión de estudiar demasiado al que iba de negro, pero sí lo bastante para darme cuenta de que, siempre que había un silencio, emitía un vago rumor de voces lejanas y chisporroteos de electricidad estática, como si algún componente cibernético de su pecho cogiera involuntariamente la señal de onda corta.

Era mi primer laboratorio subterráneo, y eso se notaba. Seguía demasiado caliente

por culpa del reactor, y tenía un aspecto lamentable. Entre carraspeos y titubeantes monosílabos, encendí un pequeño proyector dimensional con el que había estado jugueteando. Con un parpadeo, la imagen de la Puerta cobró vida, y a través de la ventana empañada entrevimos la gran cabeza deforme de uno de esos monstruos alienígenas que surcan el éter como una ballena en las profundidades marinas. Parecían aburridos. El hombre de negro, algo-tron se llamaba, me soltó una monserga sobre los peligros de jugar con cosas que no podía comprender. Era evidente que estaban decepcionados por no tener que pelearse conmigo. Al marcharse se limitaron a clasificarme como un inventor de tres al cuarto, pero yo sabía que había cometido un error: ahora estaba en el sistema. Habían visto mis retinas.

* * *

Llevar una capa a todas horas no favorece demasiado, que digamos, las relaciones sociales. Hay una permanente, implícita y sumamente frágil tregua entre los delincuentes superdotados, ya se trate de robots, villanos de los de capucha y antifaz o personajes siniestros del tipo «Buenas noches, Míster Bond». El grupo al que pertenezco yo se compone en su mayoría de psicópatas, alienígenas y aspirantes a emperadores. De ahí que conozca a gente como Lily.

Lily nació en el siglo XXXV. Es lo que gente como vosotros llamaría una supervillana, aunque ella seguramente no estaría de acuerdo con esa definición. Cuando te la encuentras por primera vez no puedes evitar mirarla dos veces, todo el mundo lo hace. No es del todo invisible, sino tan solo transparente, como si estuviera hecha de plexiglás o agua. Con el tiempo te das cuenta de que tiene un rostro especial, la clase de mandíbulas largas y cuencas oculares hundidas que los humanos empezarán a desarrollar dentro de un par de siglos. Acabas reconociéndolos cuando te has paseado unas cuantas veces arriba y abajo por el continuum temporal y has visto algunas de las mutaciones del futuro lejano, como el Reinado de las Máquinas, el Planeta Nómada, el Estado Inmutable o el Imperio de la Telefonía. El día que nos conocimos me miró como si fuera insignificante, tan solo otro hombre mono, pero tengo más en común con ella que con la mayor parte de las personas a las que conozco.

Lily nació en Nueva Jersey en un momento en que la Tierra se moría. Solo quedaban doscientos mil humanos, vagando entre las calles de las ciudades desiertas y los pastizales que en tiempos habían formado parte del mundo civilizado. Se crió teniendo por patio de juegos dos mil kilómetros cuadrados de praderas, bosques y autopistas. Cogía el coche y se pasaba días en la carretera sin cruzarse con nadie, arriba y abajo por la vieja I-95, ahora cuajada de grietas e invadida por la maleza en algunos tramos. Más tarde, me habló de los endebles puentes que salvaban el East

River y conducían a la ciudad perdida de Brooklyn, desde la que los rascacielos de Manhattan se alzaban imponentes en la distancia. Solía sentarse a comer junto al muro de contención, allí donde la cálida brisa agitaba el océano estancado cuyas aguas subían lentamente sin cesar, año tras año.

Su línea temporal desembocaba en un punto muerto. Me habló de la plaga que se extendía por doquier, del pálido sol moribundo al que podía mirar de frente sin necesidad de pestañear. Los pocos alienígenas que visitaban la Tierra se marchaban sin molestarse en despedirse. En su futuro, el nuevo amo y señor de la Tierra iba a ser una cepa especialmente adaptable de alga que se había extendido hasta formar una gigantesca colonia a lo largo de la costa noroeste de Estados Unidos, ahogando cuantos ríos y canales encontraba a su paso y reproduciéndose mar adentro a lo largo de kilómetros.

Lily había sido rigurosamente seleccionada y genéticamente programada para convertirse en una heroína, la última y arriesgada apuesta de la humanidad. Un equipo de científicos desesperados trabajó durante décadas contra el inexorable declive de la especie humana para lograr que ella los salvara. Lily representaba lo mejor que había en ellos, y tenían toda su confianza depositada en ella.

Una multitud de rostros tensos, dignos, fue lo último que vio el día que se marchó. El valiente doctor Mendelson, un hombre de acentuadas mandíbulas y pelo canoso, le estrechó la mano y empezó la cuenta atrás, y a partir de aquel momento el mundo se fue haciendo cada vez más borroso hasta desaparecer por completo. La máquina que la trajo al pasado solo podía funcionar una vez. La lógica del plan era aplastante: tenía una lista de objetivos, un arsenal de armas incorporado a un traje hecho de malla inteligente y la misión de salvar el mundo. Casi invisible y dotada de una fuerza sobrehumana, cumplió su cometido sin apenas esfuerzo.

Años más tarde, cuando logró reconstruir su máquina del tiempo y regresar a su propia era, todo había cambiado. La Tierra que había conocido y todas las personas que la habitaban habían desaparecido, y en su lugar encontró un mundo de extraños felices. La plaga no había llegado a producirse jamás. Se dio cuenta de que echaba de menos la silenciosa, apacible y triste atmósfera de su siglo XXXV. Así que regresó a nuestra época, y al cabo de unos meses empezó a cargarse objetivos relevantes desde el punto de vista de la alta tecnología y las infraestructuras. Todavía anda suelta, saboteando el mundo en busca de la sucesión de acontecimientos que desencadenaron la plaga en su versión de la historia, el hilo invisible que la conducirá de vuelta a las desaparecidas ruinas de su hogar.

Mi otro mejor amigo es el Faraón, un supervillano, y también un cretino.

* * *

Según el calendario, el de hoy ha sido el último día del otoño. Anoche hubo una primera helada, y en este lugar el frío se cuele por las piedras. La mayor parte de los internos ya no sale al patio. De hecho, no salimos sino yo y unos pocos fumadores empedernidos que se dedican a pisotear la tierra con gesto ocioso, arrimados entre sí para combatir un frío que yo no he vuelto a sentir desde 1976. El viento levanta nubes de polvareda en el patio y sopla las hojas, que revolotean en el aire hasta cruzar el alambre de espinos. Nuestros uniformes aletean agitados por la brisa. Todos los árboles que se alzan al otro lado de la valla han perdido su follaje a excepción de los robles. Alcanzo a ver los rayos infrarrojos y ultravioletas de la malla de seguridad rebotando aquí y allá, y desde el otro lado de la colina la antena KLNJ emite su radiación de baja frecuencia.

En algún lugar lejos de aquí, la nieve cae sobre la base de Lily. No puedo desvelar su ubicación, pero a estas alturas del año estará cubierta por una buena capa blanca. Yo solía conectarme a las cámaras perimétricas solo para echar un vistazo al bosque. Ahora mismo la base está profundamente soterrada bajo sucesivos estratos de nieve, pinaza, tierra helada, grava compactada, hormigón, cámaras de agua y por último titanio.

La vi por última vez hace seis años, en un bar. Estaba fumando. Recuerdo que, al prenderse, la cerilla refulgió con un brillo líquido sobre su piel cristalina, que aún conservaba la marca de la herida que le había provocado un cañón automático. Se llevó el pitillo a los labios y aspiró con delicadeza el humo, que viajó de la garganta a los pulmones en etéreas volutas, como un genio atrapado en una botella de cristal ahumado. Solo aceptaba quedar conmigo en locales públicos. Supongo que no había demasiada confianza entre nosotros.

Me tomé muchas molestias para concertar aquella cita. Intenté pensar en un modo de decirle que volviera conmigo. Nunca se me han dado demasiado bien estas cosas, ni siquiera antes de pasarme a la clandestinidad. Procuré darle una razón, un buen motivo para quedarse, pero hasta las supervillanas preferirían salir con un superhéroe. A veces me pregunto si no habrá solo dos clases de personas en el mundo.

* * *

Para ser un supervillano hay que reunir ciertas características. No os molestéis en buscar una identidad secreta, eso es cosa de héroes, aunque sería muy cómodo poder quitarse el antifaz y perderse entre la multitud, las casas, el mundo laboral. Acaso demasiado cómodo. ¿Qué sentido tendría convertirse en la mente criminal más audaz de la Tierra (o por lo menos una de las cuatro más audaces) si existiera la posibilidad de escurrir el bulto a la primera de cambio? Nada tendría el mismo mérito si uno pudiera darse el piro tranquilamente a la que las cosas empezaran a torcerse. Cada

vez que me detienen y me juzgan, me toca escuchar una interminable lista de acusaciones, cada vez más larga y enjundiosa. He sido juzgado por delitos cometidos en la Luna, en otros países, en otras dimensiones, y que me parta un rayo si no voy a seguir estampando mi firma en todos y cada uno de los que cometa en el futuro.

Además, nunca he querido volver atrás. La nostalgia del pasado es una debilidad propia de los superhéroes. Cuando decides convertirte en un supervillano, te deshaces de todas las ataduras y te la juegas al todo o nada. Cuando amenazas con estrellar un asteroide contra tu propio planeta solo para conseguir mil millones de dólares, o le pones tu rostro a la Mona Lisa, sabes que no hay ley de prescripción de delitos que te valga, así que es importante contar con unas convicciones firmes para seguir adelante.

Conviene tener una némesis. La mía es Fuego Esencial, un imbécil dotado de poderes y habilidades muy superiores a los de cualquier mortal. Si algo puede hacerle daño, aún no sé qué es, y no será porque no lo haya buscado. Tengo otras bestias negras, como los Campeones, un grupo de superhéroes que se han separado pero no por ello resultan menos peligrosos como individuos: Damisela, la hija de Nube de Tormenta, y su ex marido el gimnasta, y también esa supuesta elfa a la que sacaron vaya usted a saber de dónde. Me he enfrentado a decenas de superhéroes a lo largo de los años, pero Fuego Esencial es el más duro de roer. No en vano soy su creador.

Hay que tener una obsesión. El rayo zeta, llave del poder absoluto. El secreto de la fuerza de Fuego Esencial, y del fuego que me dejó una cicatriz indeleble y me convirtió en lo que soy. Y hay que tener un objetivo, a saber: controlar el mundo.

También hace falta tener... algo más. No sé exactamente qué es. Un motivo. Una chica a la que no pudimos conquistar, el haber visto cómo mataban a tus padres, un insuperable rencor hacia la humanidad en su conjunto. Podría ser cualquier cosa. A decir verdad, ignoro qué es lo que te convierte en un ser malvado, pero ahí está.

* * *

Tal vez debería haberme convertido en un superhéroe. No soy imbécil, ¿sabéis?, y sí que pienso en estas cosas. Tal vez debería haberme dejado llevar por la inercia, unirme al equipo ganador, y quién sabe, tal vez lo hubiese hecho si me hubiesen invitado. Pero tengo la sensación de que no habrían aceptado a alguien como yo, que habrían torcido la nariz, o ni siquiera eso, que nunca se habrían percatado realmente de mi presencia. Tuve ocasión de conocer a unos cuantos superhéroes en mis años de estudiante, así que sé de lo que hablo.

Aprendí lo que era un supervillano viendo imágenes en la tele de las grandes peleas que tenían lugar en Nueva York y Chicago. Se notaba quiénes eran los malos porque siempre perdían, por muy brillantes que fueran sus ideas. No sé cuándo ni

cómo elegí bando, pero lo que está claro es que nunca podré volver atrás, porque ese momento queda tan lejos para mí como la Tierra natal de Lily.

Hay momentos en la vida que sencillamente no se pueden borrar. En la terrible lentitud del accidente, había cruzado media habitación cuando me di cuenta de lo que había hecho. Tuve tiempo de mirar atrás y leer los monitores justo antes de que el cristal se inflara, agrietara y estallara en mil pedazos. Tuve tiempo incluso de fijarme en el sonido que producía mi pie al rascar el suelo, y en el apremiante gemido musical, cada vez más agudo, que emitía uno de los generadores.

Una docena de personas se ha buscado la muerte al intentar reproducir los efectos de aquella explosión. Yo me di la vuelta y vi cómo mi futuro se cristalizaba a partir de un compuesto volátil de color verde, escrito en tinta invisible. Llevaba toda la vida esperando que me pasara algo, y de pronto estaba sucediendo, pero me pillaba totalmente desprevenido. Vi los mandos desajustados, los indicadores enloquecidos, el líquido verde burbujeando y la electricidad dibujando sinuosas formas en el aire, y de repente lo supe. Vi a mi pobre ser transmutado en energía por obra y gracia de la alquimia, y robots, y fortalezas, y plataformas orbitales, y disfraces y monarcas alienígenas. Iba a declarar la guerra al mundo, y la iba a perder.

BIENVENIDA AL EQUIPO



Hace cuatro años decidí que me haría llamar Fatale. Es mi nombre de superheroína. Lo saqué de una lista que me dieron en la clínica, y en aquel momento me pareció un resumen perfecto de mi flamante, peligroso y sexy nuevo yo, una mujer cibernética y misteriosa. Vale, confieso que estaba bajo los efectos de los analgésicos.

Hasta ahora he trabajado como agente secreta especial para la Agencia Nacional de Seguridad. Cuando me echaron a la calle, dijeron que sufría problemas de adaptación, pero yo prefiero llamarlo de otra manera. Soy una superheroína, dotada de poderes y habilidades muy superiores a la de cualquier mortal. Soy superhumana, y estoy del lado de los buenos. De los elegidos.

Obtuve mis poderes por accidente, en un percance de esos que le podrían pasar a cualquier turista en São Paulo. Ni siquiera fue un accidente espectacular, sino algo tan prosaico como que un camión fuera de control me arrolló en plena Rua Augusta y me arrastró a lo largo de más de diez metros, aprisionada entre el vehículo y el muro de un edificio. Me pasé cuatro meses en cuidados intensivos, inconsciente la mayor parte del tiempo. Este año pasaré tres meses en una clínica, y el año que viene, y seguramente el resto de mi vida.

Qué hacía yo en Brasil, o incluso con quién estaba allí, es un misterio para mí. Todos mis recuerdos se perdieron en el accidente y la operación que le siguió, los sacarían para meter la coraza blindada, los sensores odométricos y un prototipo de proyector de microondas. He hojeado guías turísticas de Río para intentar espolear mi memoria. ¿Habría ido hasta allí por la arquitectura? ¿El zoo? Ni siquiera hablo portugués.

Pero sí, se puede decir que me lo hice a mí misma. Firmé los papeles, medicada y postrada en una cama de hospital, garabateando un nombre ininteligible con la resolución de alguien a quien todo le da igual, vagamente consciente de que tampoco tenía demasiadas alternativas. Por supuesto, el comunicado de prensa no era más que una sarta de mentiras, aunque nadie se molesta en consultar mi página web. Lo redactaron mientras seguía convaleciente, un cuento chino sobre un cáncer y una supuesta cura milagrosa. Nunca llegué a conocer siquiera todos los detalles que se inventaron sobre mi abuela y su vieja casa, ni mi deseo infantil de convertirme en astronauta. La verdadera historia es mucho más compleja y absurda, y no creo que

podiera explicarlo cabalmente aunque conservara todo mi tejido cerebral.

La gente de Protheon me abordó en Sudamérica. Los médicos de la empresa vinieron a verme varias veces durante mis intervalos conscientes. Eran hombres educados, amables, que lucían trajes chaqueta y batas de laboratorio y venían a hablarme de algo que querían proponerme. Casos como el mío habría uno en un millón, llevaban siglos esperando algo así y eran mi única esperanza de salvación. Me hablaron del programa del supersoldado. Me dijeron que iba a formar parte de una nueva generación de máquinas de guerra, la precursora de un ejército de soldados que tendrían mi mismo aspecto y lucharían igual que yo. Les dije que adelante.

La clínica brasileña había contratado los servicios de un diseñador de órganos artificiales suizo, tres ingenieros de software estadounidenses, una empresa de seguridad privada alemana y un cirujano plástico tailandés famoso por sus operaciones de cambio de sexo, pero el grueso del trabajo de diseño y modificación fue obra de alguien que ha permanecido en el anonimato.

El 43 por ciento de mi masa corporal original se perdió para siempre, sobre todo del lado izquierdo, aplastada en el asfalto o desechada en la mesa de operaciones. Músculos, tejido nervioso, huesos y piel. Cabello, uñas, cartílagos, un ojo y una porción nada desdeñable de tejido cerebral. Buena parte de mis tripas son también de plástico.

Así fue el poco prometedor comienzo de mi carrera como superheroína, ciborg, trans o súper o metahumana o como quiera que prefiráis llamarme, lo que soy ahora, y lo que seré durante lo que me queda de vida.

* * *

Me veo reflejada en las paredes metálicas combadas de la Sala de Crisis, una mujer hecha de retales de piel y cromo, souvenirs de un mal día en São Paulo. Perdí mucha piel, pero gané diez centímetros de altura y un esqueleto metálico.

Me encuentro en el centro de Manhattan, en el cuadragésimo octavo piso de un rascacielos, sentada a la misma mesa que los siete superhéroes más poderosos del planeta, y me siento afortunada por estar aquí. Hace un mes, me pasaba las horas del día viendo la tele y pinchando la frecuencia de la policía. No es fácil montártelo por tu cuenta cuando eres un ciborg; tenemos graves problemas de mantenimiento y suministros en los que preferiría no ahondar.

Vuelvo a mirar mi reflejo para asegurarme de que tengo el aspecto que debería tener, una guerrera amazona ultrasofisticada con su melena plateada recogida en una larga cola de caballo, un deslumbrante prodigio tecnológico. Ni más ni menos que la siguiente generación de máquinas de guerra.

Conservo un recuerdo borroso de las últimas horas de mi vida. He venido en

helicóptero desde la base aérea militar de Hanscom, donde tardé tres horas en superar los controles de seguridad. Un enjambre de periodistas se agolpaba frente al cuartel general de los Campeones, preguntando a voz en grito sobre Fuego Esencial, pero ninguno de ellos me reconoció. Luego, hube de pasar otro largo control de seguridad antes de que me dieran una tarjeta identificativa de visitante.

Aunque llegaba tarde, me detuve en la sala de los trofeos, que antecede a la Sala de Crisis de los Campeones, para echar un vistazo a la colección de antiguos objetos y retratos del mejor superequipo que ha existido jamás. Dos de aquellos rostros ya no están presentes, dos asientos vacíos en torno a la mesa. Nadie dice nada, ni falta que hace. Sé perfectamente a quién he venido a reemplazar. El rostro perfecto de Galatea sonríe desde las alturas en unas fotografías que rezuman glamour. Parece un ángel metálico.

En fin, el caso es que soy la última en llegar. Nadie levanta la vista, la reunión ha empezado ya. Estar entre tanto poder me produce vértigo. Imposible no fijarse en los superhéroes aquí reunidos, que saltan a la vista con una presencia extraordinariamente vívida, unos colores increíbles de puro vivos, como los de una baraja de cartas, solo que aquí cada uno pertenece a una baraja distinta y entre todos forman un incongruente batiburrillo de atuendos y denominaciones digno de un juego de cartas basado en *Alicia en el país de las maravillas*. Un hombre con cabeza de tigre está sentado junto a una mujer hecha de cristal, y la que se sienta a mi derecha posee alas. Aquí es donde quiero estar, entre los jugadores.

Los Campeones tienen mucho dinero detrás, de eso no hay duda. Una reluciente mesa metálica, techos abovedados, una docena de paneles de control parpadeando a la vez. Se palpa la tensión en el aire. Aquí es donde solían reunirse los grandes superhéroes del mundo, y la estancia está repleta de retratos, imágenes de quienes eran diez años atrás. Pero ahora dos de ellos, Galatea y Fuego Esencial, han desaparecido.

* * *

—Sea lo que sea, se trata de algo global. Las mareas han cesado y se ha producido un descenso importante de la temperatura en las profundidades oceánicas. Además, Fuego Esencial sigue en paradero desconocido.

En la Sala de Crisis, Damisela nos comunica que el mundo se acerca a su fin. Estamos sentados en semicírculo, como colegiales. Una mesa en forma de herradura ocupa buena parte de la habitación, y Damisela permanece de pie frente al extremo abierto de la misma, con los monitores a su espalda.

Su campo energético emite un breve destello, verde y luego añil, iluminando el traje rojo y morado que le ciñe el cuerpo como una segunda piel. Su rostro me resulta

familiar por haberla visto en cientos de entrevistas y portadas de revistas. Es una morena esbelta y guapa, sin ninguna peculiaridad física destacable a no ser unas pequeñas y extrañas marcas en la garganta. Posee el glamour de una estrella del cine, pero su poder no es ninguna ilusión.

El padre de Damisela era Nube de Tormenta, puntal del viejo Superescuadrón, por lo que podría decirse que lo lleva en la sangre, algo que no ocurre a menudo. Su nombre es pura ironía. Tal vez Damisela no heredara los poderes meteorológicos de su padre, pero sí su fuerza y velocidad. Lleva a la espalda un par de espadas cuyos puños trenzados de alambre le asoman por encima de los hombros.

Detrás de Damisela, una pantalla de vídeo ocupa toda la pared, y en ella se proyectan mapas meteorológicos, la ubicación de los últimos delitos cometidos por superhumanos, los perfiles biográficos de los pocos supervillanos que andan sueltos. Entre las ocho personas reunidas en torno a la mesa de reuniones se hallan algunos de los superhéroes más famosos del mundo. Gente como Salvaje, Triunfo del Arco Iris o Elfina. Casi se puede palpar el poder en el aire. Estamos hablando de gente que ha salvado al mundo, literalmente.

—Cariño, hace más de un año que no vemos una amenaza de verdad. He estado poco menos que aburrido.

Quien esto dice es Lobo Negro. Se entretiene escribiendo algo en su *BlackBerry*, al tiempo que hace girar un cuchillo de combate entre los dedos de la zurda. El que fuera gimnasta olímpico, millonario y azote de criminales no posee ningún superpoder en el sentido estricto de la palabra, por lo que su estilo es una apología de los nudillos desnudos y los artilugios de toda especie. El hecho de no tener superpoderes se ha convertido para él en motivo de orgullo. Los superhéroes que tenían la ocurrencia de hacer algún comentario al respecto no tardaban en verse retados a un combate amistoso, y Lobo Negro jamás daba su brazo a torcer. Además, es el ex marido de Damisela.

Su campo energético se vuelve blanco por una milésima de segundo. Luego se oye la risa burlona del hombre gato, Salvaje.

—En ese caso, quizá debas volver al tajo, pasar algún tiempo en la calle.

Damisela lo interrumpe:

—Por lo menos tendría que contestar a nuestras llamadas. Tiene el mismo comunicador que nosotros, y se supone que es a prueba de fallos.

—Lo sé —responde Lobo Negro—. Lo diseñé yo mismo.

—¿Podría estar fuera del planeta? —pregunto yo.

—No sin haber avisado —contesta Damisela—. Tenemos un acuerdo al respecto, él y yo.

Miro a mi alrededor en busca de alguna señal que me dé a entender si he hecho una pregunta estúpida.

—¿De veras crees que hay alguien detrás de todo esto? —pregunta Lobo Negro, como si yo no hubiese abierto la boca.

—Yo también lo he notado. El aliento de las tinieblas.

Todos nos volvemos en la dirección de quien habla. La voz gutural de Míster Místico no augura nada bueno, e incluso en esta sala de reuniones bañada por el sol, las sombras parecen hacerse más densas en el rincón que él ocupa. Luce esmoquin y una capa forrada de rojo escarlata que recuerda el cartel anunciador de un ilusionista, incluido el detalle de la varita mágica metida en el fajín de la cintura. Triunfo del Arco Iris alza la vista al cielo en un gesto de exasperación. Yo me reiría si no lo hubiese visto en las noticias, planeando sobre Colorado y despidiendo bucles de energía rojo escarlata con los que logró detener a un satélite que amenazaba con estrellarse sobre los barrios de las afueras de Denver.

Fuera, las aguas del East River relucen bajo el sol. Una pila de *bagels* permanece intacta en el centro de la mesa.

—¿Las tinieblas? La chusma, dirás.

La voz de Salvaje es un gruñido distorsionado por dos prominentes colmillos. Es un mutante, un metahumano genético. Es enorme, y resulta insólito verlo arrellanado como un gato en una de estas sillas de oficina. ¿Cómo puede alguien haber nacido así? Tiene que ser fruto de un programa de ingeniería genética, pero la versión oficial es que se trata de un accidente natural. Posee una larga cola felina que azota con un ruido sordo la rejilla metálica del respaldo del asiento.

Conozco a esta gente, todo el mundo los conoce. Fueron ellos quienes fundaron los Campeones a principios de los ochenta, justo cuando el viejo Superescuadrón empezaba a retirarse, y con él gente como el Hombre Bala o Regina. Eran más jóvenes y sexys que sus predecesores, los superhéroes aparentemente inmortales del boom de la posguerra, con su porte de estadistas y sus llamativos disfraces que recordaban las banderas de países remotos. Aquella generación se había visto comprometida por las intrigas de las guerras alienígenas de los años setenta, y los Campeones surgieron como su flamante relevo. Si la del Superescuadrón fue la era dorada, la suya sería la era plateada.

Algunos de ellos ni siquiera se molestan en usar antifaz. No son pringados de clase obrera que se transmutan en superhéroes, sino que salen con estrellas del celuloide y acuden a los actos de caridad que organizan los famosos. Hasta sus poderes molan más: veloces, fluidos, no lineales. Ya no se llevan las grandes moles de músculo, y estos nuevos poderes parecen surgir como una expresión de puro estilo. La composición del equipo iba cambiando cada pocos años, pero ellos eran su alma máter, los que habían dado la campanada nueve años atrás aprovechando la desintegración del Superescuadrón.

Saco unas pocas instantáneas con la cámara de mi ojo izquierdo, por si nunca

vuelvo a verlos tan de cerca, y aprovecho para atrapar la clase de detalles que uno se pierde en las revistas, como el modo preciso en que la luz se refleja sobre la piel de Lily. Si Damisela posee un aspecto casi vulgar, con Lily ocurre todo lo contrario. El milagro luminoso de su piel siempre está ahí. No puedo creer que la hayan invitado. Nadie le dirige la palabra. Hasta Lobo Negro la mira con recelo.

—No quiero que esto se convierta en un espectáculo. No estoy hablando de volver a reunir al equipo, ¿de acuerdo? He pensado que sería buena idea juntarnos unos cuantos en plan informal y echarle un vistazo a esto tranquilamente.

Lobo Negro se remueve en la silla.

—Estamos hablando de Fuego Esencial. El grandullón sabe cuidarse.

Lo observo discretamente, consciente de sus prodigiosos reflejos. Sostiene el listado con manos fuertes pero hermosas en las que abundan las cicatrices y callosidades. Las manos de un pianista convertido en boxeador profesional.

—Tenemos unas cuantas caras nuevas, así que pasemos a las presentaciones. Yo me llamo Damisela.

Su célebre rostro se muestra cautelosamente neutral tras el antifaz.

Todos se conocen entre sí, pero aun así empezamos la ronda de presentaciones. No puedo evitar sentir que lo hacen como un gesto de deferencia hacia mí.

—Salvaje. —Su voz suena bronca y entrecortada como un acceso de tos.

—Lobo Negro. —Asiente con expresión idéntica a la que luce en la portada de GQ. Lleva puesto el traje de faena, y la ajustada malla negra permite adivinar su musculatura perfecta. Tiene casi cuarenta años pero aparenta veinticinco. Es genéticamente perfecto.

—Triunfo del Arco Iris.

Habla en un tono alegre y dicharachero, como un personaje de dibujos animados.

—Míster Místico.

Su perfecta voz de barítono resuena con nitidez. Me pregunto si no habrá trabajado como actor profesional.

—Elfina.

Un susurro infantil y al mismo tiempo atemporal. La voz que otrora seducía a los jóvenes e inocentes caballeros y los arrastraba hasta su perdición.

—Lily.

La mujer de cristal. Su nombre genera una inconfundible tensión en la sala. Ha pasado mucho, mucho tiempo al otro lado de la trinchera. Es más fuerte que casi cualquiera de los presentes, y algunos de ellos lo han comprobado en carne propia. Ahora ha cruzado el espejo y ha entrado de lleno en el mundo de los superhéroes. Me pregunto cómo habrá llegado hasta aquí.

Cuando llega mi turno, Damisela pronuncia unas palabras elogiosas sobre mi intervención en el caso del francotirador, pero no dice nada de la Agencia Nacional

de Seguridad. Me levanto torpemente para pronunciar mi nombre de guerra, consciente de mi descomunal estatura.

—Fatale.

Un zumbido digital que los expertos nunca lograron eliminar del todo acompaña cada palabra que pronuncio. Cuando vuelvo a tomar asiento, uno de mis codos blindados golpea ruidosamente el tablero de mármol de la mesa. No llevo antifaz, pero lucho contra el impulso de ocultar el rostro tras la melena plateada que me implantaron, hecha en su mayor parte de nailon.

* * *

Me encontraron en Boston, viviendo de lo poco que me quedaba de la recompensa por aquello del francotirador y del finiquito que me pagó la Agencia Nacional de Seguridad cuando decidió rescindir mi contrato. Una no se convierte en superheroína de la noche a la mañana, y por entonces empezaba a hacer mis primeros pinitos. Pasaba las noches merodeando por Allston, Roxbury o Somerville con los sentidos puestos en sintonizar las bandas de frecuencia de la policía y los teléfonos de emergencia, corriendo para llegar a los escenarios del crimen antes que nadie. Se suponía que había crecido en la zona, pero ninguno de aquellos barrios me resultaba familiar. No lo hacía por el dinero, ni tan siquiera por labrarme una reputación como superheroína, sino porque necesitaba mantenerme activa. Tuve suerte de dar con lo del francotirador.

Un buen día, Damisela estaba allí cuando volví a casa, de pie sobre la alfombra de pelo largo que había delante de la tele. Me escrutó con la mirada. Yo sabía quién era, por descontado, y al parecer ella también me conocía.

—Tú debes de ser Fatale.

Su silueta resplandeció levemente. Su presencia no era real, sino una proyección en forma de holograma, la llamada telefónica de los superhéroes. Su pie izquierdo parecía atravesar la mesa de centro, una baratija de segunda mano. Lo cierto es que no había mucho sitio para materializarse. Me pregunté dónde estaría el transmisor.

—¿Damisela? —Me agaché un poco para entrar.

—He venido para ofrecerte la oportunidad de formar parte de un grupo de trabajo que estamos montando. Si te interesa, hay una reunión mañana por la noche en la sede de Manhattan. Tengo entendido que estás libre.

—Eh... ya. Claro, por supuesto que me interesa. Y no, no tengo nada, eh... entre manos de momento.

—Estupendo. Te mandaré los detalles por mensajería. Te estaremos esperando.

Dicho esto, desapareció. Fuera cual fuera el nivel tecnológico de aquella gente, estaba a años luz de cualquier cosa que se pueda ver en la calle.

Me percaté de que no me había prometido nada. Y tampoco había empleado la palabra «equipo», que sin duda se habría podido aplicar a los viejos Campeones. De hecho, se parecían más a una familia, incluso antes de que Lobo Negro y Damisela se casaran. Nadie esperaba que eso volviera a ocurrir. Buscaban a un superhéroe que estuviera disponible y supiera de máquinas, como Galatea, pero ni por un momento se molestaban en fingir que deseaban recuperar el espíritu de equipo.

Casi podía imaginar la conversación que había precedido a aquella entrevista:

—Bueno, ¿a quién podemos coger? Necesitamos a alguien que sepa manejar cacharros.

—¿Estrella Letal?

—Pse...

—¿Calíope? ¿Argonauta? ¿La Brecha?

—¡La Brecha, no! —gritan todos al unísono.

—¿Quién, entonces? No tenemos ningún médium a bordo, nadie que sepa de máquinas...

—Por favor, limitémonos a buscar a alguien que no sea un patata total. Podemos sacar una lista del ordenador.

Habían consultado mi perfil y las referencias encajaban con lo que buscaban, así que me incluyeron en la lista. La invitación oficial llegaría más tarde en un pesado sobre de papel crujiente y aterciopelado. Debía presentarme en el cuartel general de los Campeones dos días más tarde para asistir a una reunión informativa. En el sobre había también un billete de avión. Jamás había volado en primera clase.

* * *

Cuando se ponen a hablar de Fuego Esencial, entran en una vieja dinámica. Habían formado un equipo, pero eso es cosa del pasado, de cuando se ganaban la vida ejerciendo de superhéroes. A primera vista, todos parecen algo oxidados. Damisela apenas se dedica a la lucha contra la actividad criminal. Pese a todo su poder, pasa más tiempo recogiendo fondos para grupos como Amnistía Internacional. Elfina representa una línea de productos de belleza. Mister Místico ofrece sus servicios como asesor a una extraña y selecta clientela.

—Vale, pongamos que ha desaparecido. Y ahora, ¿qué? —El carisma innato de Lobo Negro le empuja a llevar la voz cantante en la reunión, junto a Damisela.

—¿Quién lo vio por última vez? —pregunta esta.

—Yo —contesta Lobo Negro en tono neutro—. Tenía buen aspecto.

Lobo Negro puede tener a gala el hecho de ser el único humano que ha dejado inconsciente a Fuego Esencial. Sigue patrullando las calles enfundado en su traje de superhéroe unas pocas horas al día, pero lo hace más que nada por dar publicidad a

sus holdings empresariales.

—Siempre tiene buen aspecto —repite Salvaje. Es uno de los pocos superhéroes de su nivel que sigue en la calle, reventando operaciones de narcotráfico y deteniendo atracadores—. ¿Tú qué dices, Damisela? Sé que seguíais en contacto.

—No lo veo desde hace un año, cuando cogimos juntos a Imposible por última vez. Estaba en forma. Intocable, como siempre.

Me limito a seguir la conversación, sintiéndome inútil. No conozco a Fuego Esencial, ni siquiera lo he visto en persona.

—Siempre ha sido algo vulnerable a la magia. Una vez vi cómo se le clavaba una flecha mágica o algo por el estilo.

—Una flecha mágica no es algo reconocible a simple vista, Lobo Negro —replica Mister Místico—. Hoy día apenas utilizo ese tipo de objetos, pero haré algunas indagaciones.

—Los reinos boscosos guardan silencio —afirma Elfina con gesto inocente, batiendo levemente las alas.

Damisela respira hondo.

—Escuchad, esto es lo que yo creo: hasta ahora Fuego Esencial nunca había dejado de contestar a una llamada nuestra, y si es porque no puede, es que la cosa va en serio. Si se trata del Doctor Imposible, este es el momento que estaba esperando. Vamos a montar un... un grupo, con gente del mundillo de los superpoderes. Vosotros habéis sido preseleccionados para formar parte de ese grupo.

Sus palabras hacen reflexionar a los demás. Los Campeones tenían un gran peso en el colectivo de los superhéroes hasta que se separaron, y sus principales integrantes no habían vuelto a reunirse bajo un mismo techo desde entonces.

Como grupo, parecen tener dificultad para mantenerse quietos. Salvaje se pasea arriba y abajo, meneando la cola. Damisela desenrolla y vuelve a enrollar el alambre de la empuñadura de una de sus espadas mientras habla. Elfina alza el vuelo y se encarama a uno de los servidores mientras sostiene con ligereza su larguísima lanza encantada, cuyo extremo con púas metálicas casi toca el techo abovedado.

Triunfo del Arco Iris golpea el suelo rítmicamente con un pie, mira en mi dirección —o hacia el techo, nunca lo sabré— y tamborilea sobre la mesa con sus uñas relucientes. Era evidente que tenían que ficharla. Es una superheroína de las importantes, con una gran cuota de popularidad y un generoso respaldo empresarial. Seguramente la invitarían a través de Gentech y de su agente. Me sorprende un poco que aún siga en activo. Los superhéroes infantiles suelen acabar mal, no hay más que pensar en Ricitos de Oro, o en el pobre Oso Teodoro.

Me froto el brazo justo donde la aleación de acero se funde con mi piel. Por increíble que parezca, no se ve ninguna costura, es como si fuera un helado de dos sabores, carne y acero, un prodigio de la síntesis proteínica que no consiguieron por

pura casualidad, pero casi. Por dentro la cosa cambia, hay una maraña de cables imposible de desenredar, aunque en mi lado derecho queda bastante más tejido humano del que nadie sospecharía. Solo el equipo de Protheon lo sabe con seguridad.

Lobo Negro observa a todos los demás sin perder detalle, deteniendo brevemente la mirada en los codos o las rodillas, todos los puntos débiles. Dedicar mucho tiempo y esfuerzo mental a averiguar exactamente cómo tendría que proceder, llegado el caso, para herir a la persona a la que está observando. No es nada personal. Es lo único que se le da bien, y es increíble que siga con vida. Se le diagnosticó un autismo leve antes de convertirse en superhéroe.

Solo Lily permanece completamente inmóvil, sentada a la mesa unos pocos asientos más allá, como un maniquí de plexiglás. De pronto, alza uno de sus brazos de cristal líquido.

—Me pregunto por qué habéis dado por sentado que el Doctor Imposible se encuentra detrás de todo esto. ¿No estaba en la cárcel? —Su voz suena cautelosamente neutral.

Damisela contesta, mirándola a los ojos.

—Personalmente no creo que lo esté, pero quién sabe de lo que es capaz. Y algo así de gordo no puede ocurrir sin que él se entere.

—¿Sabemos dónde está?

—En ese sitio de las afueras de Chicago, bajo siete llaves.

—Escuchad, si tanto os preocupa, ¿por qué no se lo preguntáis directamente? —repite Lily.

Casi se diría que la situación le divierte. El Doctor Imposible y ella eran pareja en sus no tan lejanos tiempos de supervillana.

—Nos conoce. No hablará con nosotros. A no ser que creas que contigo sí lo haría. —Lobo Negro interviene en un tono ecuánime, amistoso. La observa para ver qué tal se lo toma.

—Esperaba que entre todos consiguiéramos reunir algunas pistas, Lily.

Salvaje le sostiene la mirada, y en su rostro felino hay ahora un gesto inescrutable. Dicen que tiene problemas con la bebida desde hace algún tiempo, pero cuando entra en acción sigue siendo temible.

—He perdido buena parte de mis viejos contactos, como se deduce fácilmente de mi presencia en esta sala. Fuego Esencial tiene muchos enemigos. Cualquiera de ellos podría haber reunido una buena cantidad de esa cosa que tanto odia, el iridio.

—Eso es lo primero que comprobamos mediante escáner. Siempre lo hacemos —replica Damisela.

—Solo digo que hay mucha gente intentando encontrar el modo de acabar con Fuego Esencial. Y vosotros no habéis estado muy atentos que digamos. Supongo que estaríais demasiado ocupados con vuestras cosas.

Lily comprueba la reacción de los demás. Esta parte, ahora me doy cuenta, es en realidad su entrevista de trabajo.

—Habla por ti. Yo hago mi trabajo. Siempre lo he hecho. —Salvaje gruñe y se reclina en su silla.

Hay un silencio incómodo. Demasiados superhéroes en la misma habitación, y demasiada historia en común.

* * *

Casi todos ellos son superhéroes natos que descubrieron sus poderes en la pubertad o incluso antes. Poderes que simplemente estaban ahí, dones insólitos que surgen del siempre efervescente caldo de cultivo de la megapoblación humana, bien sea por accidente o por destino. Una vez entre cien millones, una infinidad de factores coinciden, y en ese preciso instante algo nuevo surge de un crisol en el que se mezclan residuos industriales de alta tecnología, cierta predisposición genética y una clara voluntad, a los que se añade una pizca de magia o una providencial intervención extraterrestre. Empezó a ocurrir con más frecuencia a principios de los años cincuenta, a saber por qué: la proliferación de las centrales nucleares, el contacto con alienígenas, el agua clorada o quizá la fiebre del *twist*.

Unos pocos —muy pocos— de nosotros nos hemos convertido en lo que somos por decisión propia. Hemos sido fabricados, tratados con productos químicos, alterados mediante cirugía. Pura fuerza de voluntad, o medidas educativas radicales, o el deseo de apostar todo a la carta del poder. Lobo Negro, por ejemplo, es poco más que un atleta con atributos excepcionales.

Según la leyenda, su padre le enseñó casi todo lo que sabe en el patio trasero de la casa familiar sin más herramientas que un bate de béisbol, un pastor alemán y un viejo neumático colgado de un árbol. He sido rechazada con anterioridad por haber hecho por mí misma lo que el destino se encargó de hacerles a otros. Pero no deja de tener su mérito llegar a lo más alto sin más herramienta que la fuerza de voluntad y alcanzar gracias al esfuerzo lo que otros recibieron sin dar nada a cambio, el don con el que nacieron o que les cayó del cielo en una apacible noche de verano.

Es Damisela quien rompe el silencio.

—Si alguien ha averiguado el modo de derrotarlo, necesitamos saberlo.

—Se lo debemos, ¿no creéis?

La pregunta se queda flotando en el aire. Fuera lo que fuera lo que condujo a la separación del grupo, había convertido aquel enunciado en algo más que una pregunta retórica.

—Era uno de los nuestros —sentencia Elfina en el tono vehemente y apasionado que uno esperaría de una guerrera amazona—. Si es verdad que ha caído, no podemos

sino vengarlo.

Está sentada a mi izquierda, observando cuanto ocurre a su alrededor con una inquietante mirada de pájaro. Hemos subido juntas en el ascensor. Ya no es una adolescente, pero conserva el mismo aspecto juvenil. Según su biografía oficial, nació en la Inglaterra del siglo X. Es un hada.

Dicen que es la única que queda de una guardia de élite compuesta por hadas, una de las pocas guerreras de confianza de Titania. Cuando las demás hadas abandonaron este mundo, Titania le pidió que se quedara. El destino de sus amigas es un misterio. Ha resistido todo este tiempo sin noticias de su pueblo, bebiendo té de las caperuzas de las bellotas y cazando en los menguantes bosques de Inglaterra con flechas de sílex —la tecnología no es el fuerte de las hadas— mientras pasaban los siglos.

Hasta que un buen día decidió salir de su escondrijo para enfrentarse a los enemigos de la humanidad, si damos su historia por buena, claro está. Reconozco que parece un hada. Mide alrededor de metro y medio, tiene una melena rubia y sedosa, grandes ojos relucientes, pómulos altos, pechos breves, todo lo que sería de esperar, vaya. Y se comporta como uno tiende a creer que lo haría un hada. Es pizpireta y caprichosa, rubia, altiva. Alegre sin llegar a caer jamás en el exceso de la felicidad, hermosa pero no del todo humana.

Sus alas tienen un aspecto bastante convincente: son largas e iridiscentes, y cuando vuela emiten un zumbido característico, como el de un ventilador eléctrico. En buena lógica no debería poder volar, pero la lógica es algo que carece de sentido cuando se trata de Elfina. No me gusta mirar la zona de su espalda de la que parecen salir las alas, allí donde la anatomía de insecto se funde con la humana, ya que en su conjunto la cosa me da cierto repelús. Siempre lleva consigo una larga lanza o pica, un bastón de madera clara rematado con un arabesco que recuerda el extremo de una telaraña. En sus manos parece una varita mágica, pero la he visto usarla para abrir un boquete en la puerta de un carro blindado.

No sé de qué va. A veces se comporta como la heroína de una novela fantástica con pretensiones épicas, y otras veces como una niña de nueve años, lo que hasta resultaría simpático si no fuera porque tiene la capacidad de matar. Pero si intentara elaborar una lista de los motivos por los que una persona querría tener su aspecto y actuar como ella, la palabra «hada» sería de las últimas en acudir a mi mente. A lo mejor es una tapadera que le gusta utilizar en lugar de reconocer que se sometió por voluntad propia a estafalarios experimentos quirúrgicos, o bien que es una espía enviada por el pueblo de las mujeres avispa, o lo que sea que la ha convertido en lo que es. Vaya usted a saber. No soy quién para juzgar el pasado de nadie.

* * *

Me han hecho cuatro grandes operaciones, la más larga de las cuales duró diecisiete horas. Los huesos y la coraza blindada fueron lo primero, para sostener el peso de todo lo demás. Gané ochenta kilos de un día para el otro, y eso que emplearon una aleación de acero ultraligera que se adhirió a mi cuerpo mediante un proceso electroquímico que no quisieron explicarme.

A lo largo de los siguientes seis días no me permitieron moverme, aunque tampoco hubiese podido hacerlo. Estuve tumbada boca arriba, viendo películas en la tele y tratando de recuperarme. Lo peor fue el cráneo y la mandíbula. Me costó lo mío acostumbrarme a la placa metálica que me cruzaba el rostro como una raya de pintura plateada. Además, me pesaba la mandíbula y movía la lengua con torpeza entre los dientes y las mejillas metálicas, como si siempre tuviera una extraña taza metálica en los labios. En aquel punto del proceso, no había más que metal insensible, como una armadura que no podía quitarme.

Luego vinieron los primeros implantes musculares, los injertos de nervios y el generador eléctrico que permitiría ponerlo todo en marcha. Lo hicieron tan ligero como pudieron, pero aun así resulta pesado y voluminoso. No me preguntéis cómo se las arreglaron para que cupiera en mi espalda. Noto el calor que despide a todas horas, y que se intensifica cuando hago esfuerzos. Tuvieron que sujetarme con correas la mayor parte del tiempo para que aprendiera a manejar las funciones del motor que controlaba un nuevo conjunto de músculos óseos.

Durante meses caminé como un borracho en un día de mucho viento, tambaleándome a cada paso. Tienes que aprender a pensar y moverte con la máquina. Tienes que aceptar que no sigues siendo la misma persona. De lo contrario, no funciona. Te mueves, y entonces la máquina se mueve, y habrás dado un paso. Cuando algo ocurre demasiado deprisa, cuando se dispara un arma o me golpean por la espalda, la máquina asume el control y lo hace todo por mí. Para cuando mi cerebro original la alcanza, ya he devuelto el disparo, le he propinado un codazo a mi agresor, he rodado hacia delante y me he reincorporado con la agilidad de un gato, y en ese momento mi HUD me sugiere media docena de alternativas. Al cabo de un tiempo, le empiezas a coger el gusto.

A partir de ahí, pasamos a la fase de perfeccionamiento. Poco a poco, me fueron implantando mecanismos de agudización de los sentidos, como la amplificación lumínica o los infrarrojos. Mis reflejos, acelerados paulatinamente a lo largo de cuatro semanas para que me fuera acostumbrando a una velocidad sobrehumana, se suceden en unidades de tiempo más pequeñas de las habituales. En los brazos, piernas y torso almaceno una interminable colección de artilugios —un garfio, armamento sónico, un equipo de buceo autónomo y muchos más— destinados a sacarme de cualquier aprieto.

Mi percepción de las sensaciones ha cambiado. Es como si una parte de mí

estuviera en otra habitación, una habitación en la que siempre sopla una suave y cálida brisa. A veces me despierto a media noche y me doy un susto de muerte porque es como si se me hubiera colado medio maniquí en la cama. Pero al menos me he librado de la regla para siempre.

No me quejo. Hicieron un buen trabajo. Mis enemigos me llaman «la Mujer de Hojalata», lo que resultaría menos ofensivo si por lo menos tuviera un novio. Quizá lo tuviese antes del accidente, en cuyo caso tampoco me he perdido gran cosa. Por lo menos podía haberme mandado flores mientras me cambiaban el chasis por uno nuevo. De la que me he librado. O quizá no sepa que sigo viva.

De todos modos, a ver, ¿qué problema tenía exactamente el Hombre de Hojalata? No lo recuerdo, a no ser que tenía un hacha encantada que le había cortado las extremidades de cuajo, una tras otra. Alguien encantaría el hacha, y por fuerza tenía que haber un tercer personaje —¿el hojalatero?— que lo había ido recomponiendo, que le iba sustituyendo con hojalata las partes de carne y hueso que perdía. Pero ¿quién le tenía tanta manía al pobre? ¿Por qué no tiraba el hacha y se buscaba otro trabajo?

Lo irónico del caso es que nunca hubo nada semejante al programa del supersoldado en los presupuestos del Pentágono. La sociedad anónima Protheon desapareció sin dejar rastro. No era más que una tapadera, con sede en unas oficinas alquiladas. Alguien se gastó mucho dinero en convertirme en lo que soy y luego se desvaneció, lo que me hundió en la miseria, dicho sea de paso.

Esta es la parte que ni siquiera los Campeones saben, mi propio secreto, o uno de ellos.

* * *

La reunión degenera en varias discusiones simultáneas, y no puedo evitar la sensación de que esta misma situación se ha repetido veces sin cuento en el pasado. Lily empuja la silla hacia atrás y se marcha de la habitación. Yo me quedo e intento captar la atención de Damisela, pero está inmersa en un tira y afloja con Míster Místico. Intuyo que las decisiones importantes se toman a puerta cerrada, y las toman los mismos de siempre.

Lobo Negro me indica cómo llegar a la suite de los invitados, y deambulo por los pasillos de acero pulido hasta llegar a mi habitación, en la que impera el mismo estilo decorativo. Estamos demasiado arriba para que el ruido de la calle llegue hasta mis oídos, pero sigo despierta de todos modos, tumbada en la cama, pensando en mi apartamento de Allston. Conciliar el sueño no siempre es tarea fácil, ni siquiera en casa. Puedo poner mis sistemas de navegación en modo de reposo si quiero, pero el resto de mi cerebro hace lo que le da la gana.

Cuando por fin me duermo, sueño con mi mitad no humana, sueño que es un monstruo que me ha medio devorado hincando sus colmillos en la mitad derecha de mi cuerpo, o bien que es un bosque en el que me he internado hasta perderme entre sus laberínticos senderos, profundos lagos y extraños árboles cuyas largas hojas — frondas, más bien— me rozan los hombros. En el centro hay un pozo encantado que nunca logro alcanzar. Llega la noche y el cielo se llena de insólitas constelaciones nuevas. Camino en la oscuridad y el mundo resplandece, como delineado en *wireframe*.

Después tengo un largo sueño en el que estudio unas instrucciones de montaje y sus posibles usos, y veo al equipo que las redactó, un puñado de ingenieros en los años ochenta. Las instrucciones resultan ser documentación obsoleta que alguien se dejó por equivocación en un disco de instalación de una serie de chips tres generaciones anterior a la mía, fabricada por una empresa propiedad de Protheon en Nuevo México. Justo antes de despertarme, alcanzo a vislumbrar un suelo de tierra roja y la fachada acristalada de una oficina en las afueras de Albuquerque, reconozco el olor a aire acondicionado y a ese sucedáneo de café que se toma en las oficinas, y noto que la puerta de cristal se cierra oscilando sobre los goznes, como si la persona que me fabricó acabara de abandonar el edificio.

ADIVINA, ADIVINANZA



Los guardias me despiertan a eso de la una de la madrugada, tres horas después del toque de queda. Parecen nerviosos. No me someten al control habitual, sino que se pasan media hora de reloj trajinando a mi alrededor, observando las costuras de mi mono, mis dientes, mientras dos de ellos permanecen a una distancia prudencial.

—Si alguien ha pedido una pizza, ya os aviso que no llevo cambio encima.

—Cierra la boca. Tienes visita.

Cuando se dan por satisfechos, me esposan las manos a la espalda con algo parecido a un pesado grillete y una pareja de guardias me conduce por el pasillo hasta el primer control de seguridad, y luego escaleras abajo, hasta una parte de la cárcel en la que nunca había estado.

Franqueamos dos pesadas puertas de seguridad, alejándonos cada vez un poco más del núcleo inexpugnable. Un par de hombres uniformados comprueban la identidad de mis acompañantes, me toman las huellas digitales, asienten entre ellos y giran sendas llaves a la vez. Nuestro destino resulta ser una habitación de bloques de hormigón pintados de blanco en la que una de las paredes se halla cubierta por un falso espejo. Del techo —de placas de yeso con diminutos orificios— cuelga un solo plafón de plástico con bombillas fluorescentes. La habitación está amueblada con una mesa y una silla metálicas.

Hay una breve pausa. Mis captores hablan en susurros y luego me indican por señas que tome asiento. Me liberan las manos, me hacen pasar uno de los brazos por el respaldo abierto de la silla y luego me vuelven a esposar.

Se van. La puerta se cierra a su espalda y los cerrojos se deslizan en sus orificios con estrépito. No sé qué han empleado para inmovilizarme, pero es algo más resistente que las esposas reglamentarias, que puedo romper en menos que canta un gallo. Lo que me han puesto es un cilindro de metal grueso y macizo, al parecer de una sola pieza, con dos agujeros para mis muñecas. Pongo a prueba su resistencia sin demasiada esperanza. Conocen bastante bien el alcance de mi fuerza, y es probable que me estén observando por si me pongo creativo. No es fácil imaginar de lo que será capaz una persona con mi inteligencia, así que mis carceleros prefieren curarse en salud. Siempre se estarán preguntando si puedo fabricar un radiotransmisor con un coco, o un arma de mentira. Y quizá podría si me dieran un coco y suficiente alambre

de cobre, pero no con las manos esposadas a la espalda.

Así que me limito a esperar durante unos veinte minutos. Entonces, dos superhéroes entran en la habitación.

* * *

No los conozco. Son sorprendentemente jóvenes, más incluso que los llamados Campeones. Hasta puede que hayan desarrollado sus poderes mientras yo me pudría en la cárcel. Hay una nueva generación de superhéroes ahí fuera, gente con la que tendré que vérmelas y cuyos nombres ni siquiera me suenan. Pero se puede aprender mucho observando. Los superhéroes cargan su pasado a cuestas.

Son un poco menudos para ser superhéroes, ya que ninguno de los dos mide más de metro ochenta. Van perfectamente conjuntados con trajes de exquisita factura, látex y nailon del bueno. Uno de ellos lleva un antifaz de color naranja y una malla con motivos flamígeros del mismo color, marrón y gris. No sé qué más se habrá hecho, pero tiene injertadas en los antebrazos sendas hojas retráctiles, de una aleación de metal energizado que despide un brillo rosáceo. Debe de ser un implante reciente, porque no deja de acariciar el borde de la hoja con la yema del pulgar, y la piel aún se ve enrojecida debido a una infección secundaria en la zona donde se implantó el metal. Todo indica que ha pagado mucha pasta por lucirlo, así que seguramente lleva más artilugios bajo la piel. Tendré que estar atento.

El otro es muy distinto. Bajo su piel reluce una tracería de finas líneas azules. Mira con gesto sobresaltado, carece de pelo y cejas y tampoco tiene pupilas, por lo que sus iris son completamente azules. Tecnología alienígena. Le supongo una gran capacidad para recabar información de todo tipo, y por tanto lo sitúo en la categoría de los procesadores humanos, mis homólogos en cierto sentido. Posee una inteligencia no empañada por la sed de mal que siempre parece acompañar la genialidad, lo que de algún modo lo convierte en un imbécil.

A juzgar por la expresión de ambos, se diría que mi persona les ha decepcionado un poco. Por fin ven cara a cara al Doctor Imposible, el científico supremo, y resulta que es un hombrecillo de mediana edad enfundado en un mono carcelario y esposado a una silla metálica.

Cara de Perro toma la iniciativa. Está que se sale con sus nuevas cuchillas. Con tiempo, seguramente podría abrir un boquete en los muros de la cárcel.

—Te presento a Bluetooth. Yo me llamo Fenómeno. Somos el Pacto del Caos. No te molestes en presentarte. Sabemos de sobra quién eres.

Hay que joderse. ¿Qué edad tendrá este mocosito? ¿Veinte, veintidós? Se nota a la legua que es la primera vez que hace algo así.

No abro la boca. Me limito a observar. Siempre hay una historia detrás de una

pareja de superhéroes, y me pregunto cuál será la de estos dos. ¿Un par de niños ricos? El tipo del traje naranja bien podría serlo. Quizá sean amigos de infancia que se mantienen fieles a un pacto sellado cuando estaban en sexto de primaria. Me pregunto si fue Fenómeno quien puso la pasta para los implantes. Me doy cuenta de que no saben gran cosa de mí, solo lo que han visto en la tele. No me temen.

¿Qué pasará ahora? Esto es un pulso. Se mantienen ambos a una distancia prudente, puro sentido común. Están nerviosos, es su primera gran oportunidad. No se acaban de creer que estén interrogándome, a mí, el villano que mantuvo a raya al Superescuadrón durante una década. El mismo tipo que se plantó en el Despacho Oval y le ordenó al presidente de Estados Unidos que le llamara emperador. Y ahora me tienen a su merced, encadenado. Es su oportunidad de pasar a la historia.

Seguramente esperan que se lo ponga fácil, que me suba por las paredes, que empiece a desbarrar y que me vaya de la lengua. He cometido ese error en el pasado, pero no veo ningún motivo por el que debiera ponérselo fácil a estos dos.

Una vez más, Fenómeno rompe el silencio.

—Llevas una buena temporada entre rejas, ¿no? Dos añitos. Aunque eso no es nada para alguien como tú. Apuesto a que lo sigues controlando todo desde dentro, que sigues teniendo la sartén por el mango. Un tío como tú tiene muchos recursos... al fin y al cabo, eres un genio —concluye, y se ríe entre dientes. Qué encanto de chico.

Le sostengo la mirada. No sé de dónde ha sacado la idea de que soy algo así como un capo que lo dirige todo desde la cárcel. El Prisma me habla a veces, se cuele a través del cristal cuando nadie está mirando, pero estos días no parece demasiado centrado. Es lo que ocurre cuando uno pasa demasiado tiempo convertido en arco iris, que acaba perdiendo la noción de las cosas.

De pronto, la ausencia de sillas les da un aire un poco estúpido. Nadie sabe qué hacer con las manos, excepto yo, claro.

—Sabes por qué hemos venido. Se trata del grandullón. Corre el rumor de que sabes dónde está.

¡Fuego Esencial! Acabáramos. La noticia saltó a los medios hace ya algún tiempo. Lleva desaparecido un poco más de lo habitual, ocho semanas aproximadamente. Han empezado a circular rumores. Tomo la precaución de no revelar emoción alguna.

—Te enfrentaste a él, ¿verdad? Era algo así como tu némesis, ¿no? Tu bestia negra. Tengo entendido que fue visto por última vez en compañía de tu amiga Lily.

Fuego Esencial. En cierta ocasión luchamos sobre el océano. Yo llevaba puestas mis botas turbo e intentaba volar como él. Lo recuerdo con aquella estúpida chaqueta de cuero y un mechón de pelo que insistía en caer sobre sus relucientes ojos. Perdí la batalla.

Fenómeno sigue parloteando.

—Nadie lo ha visto. No ha contestado a ningún mensaje. ¿Qué podría haberle pasado a un tipo como él? Los médiums dicen que sencillamente se ha desvanecido.

No deja de ser una buena pregunta, y le dedico unos instantes de reflexión, pero no imagino quién podía haber matado a Fuego Esencial, y ni siquiera cómo. A lo que se me alcanza, a mí y a cualquier otro mortal, no hay nada capaz de matarlo. Todos dábamos por sentado que iba a seguir surcando el cielo, rescatando garitos y metiendo a gente como yo entre rejas por siempre jamás. Nunca lo he visto alcanzar su límite, ni siquiera aquel día en el Golden Gate, cuando por un instante todo el peso de la estructura del puente cayó sobre él. Si no puede vencer por la fuerza, lo hace por agotamiento, como demostró al arrastrar lentamente a Deimos hasta su nueva órbita, alejándola de la estación espacial de Marte. Podría decirse que Fuego Esencial es la mejor de todas mis creaciones.

Lo único que puede detenerlo es un isótopo de iridio del que no queda rastro en el planeta, pues se arrojó al espacio décadas atrás, como una pelota de béisbol que salta por encima de la valla del estadio y cruza la calle. Para fabricar más se necesita una barbaridad de calor y presión, como los que se generan en el centro de una estrella de tamaño considerable, o en la dimensión zeta. O en el lugar del que saca su fuerza.

—Fue él quien te metió aquí dentro, ¿verdad? ¿Cuándo lo viste por última vez?

Imbécil. Fue Damisela la que me derrotó esta vez, aunque al final da lo mismo. Otra pausa. Bluetooth contempla la escena, impasible, un disco duro de apariencia humana.

—No vas a soltar prenda, ¿verdad? Lo he captado. Por un oído te entra y por el otro te sale. No darás el brazo a torcer así como así, ya lo veo. No pasa nada.

Saca una de las cuchillas de sus antebrazos y la vuelve a meter rápidamente, no sin antes asegurarse de que le he echado un buen vistazo. Y debo decir que tiene buen aspecto. La tecnología ha avanzado lo suyo desde que me metieron en la cárcel. Me pregunto qué artilugios lucirán hoy los demás superhéroes, y si mis trucos habrán quedado desfasados.

—Solo te pido que nos des alguna pista. No querrás acabar abierto en canal sobre la mesa de algún laboratorio, ¿verdad? Se dedican a hacer esa clase de cosas. Podríamos averiguar qué te hace tan listo. Piénsalo un rato, supergenio. ¿Sabes qué podemos llegar a hacerte en esta habitación?

Por Dios. Lo mismo, supongo, que me pueden hacer fuera de ella. Sus amiguitos ya me lo han hecho una docena de veces, así que no alcanzo a imaginar por qué iba a andarse nadie con remilgos por el simple hecho de que me encuentre detenido.

Los guardias se han marchado. Habrán supuesto que los superhéroes se las pueden arreglar por su cuenta. Estas cuchillas no me gustan ni un pelo. Son ilegales en la mayor parte de los estados, aunque eso no importa demasiado. Ningún

superhéroe se pone esa clase de implantes si no tiene intención de matar.

¿Qué esperan de mí? ¿Una confesión completa?

—Escucha: si no has sido tú, habrá sido algún amigo tuyo. Sé que os comunicáis entre vosotros. Si nos pones en el buen camino, quizá salgas ganando.

Como interrogadores, desde luego, estos dos dejan mucho que desear. Fenómeno carece de la locuacidad de los torturadores natos, pero es evidente que no van a rendirse fácilmente. Les habrá costado Dios y ayuda montar todo este tinglado, y no van a marcharse con las manos vacías. Quieren una pista, algo que poder contar, un recuerdo de cómo se encararon con el Doctor Imposible y lo obligaron a dar la mano a torcer.

—Venga. ¿Ha sido Sanguino? ¿El Faraón? ¿O acaso tu ex novia, Lily? Venga, Einstein, desembucha de una vez.

Me habla a escasos milímetros del oído. Noto cómo su aliento caliente me alborota ligeramente el pelo.

—Se supone que eres un tío listo, ¿no? ¿Qué pasa, no me oyes? ¡Eh, tú, fracasado! ¡Eh, imbécil!

De pronto, estamos frente a frente.

—¡Soy un genio! —Las palabras brotan de mi boca antes incluso de que pueda pensar en lo que estoy diciendo.

Se miran el uno al otro durante una fracción de segundo. Luego algo me roza la mejilla. El mundo salta en pedazos y me encuentro deslizándome por el suelo con una mejilla sobre las baldosas. Fenómeno es rápido, lo reconozco. Ni siquiera lo he visto venir.

Han pasado tres o cuatro segundos. Sigo esposado a la silla. Tengo media cara dormida, y al cabo de un segundo noto que empieza a hincharse. Con un brazo entre las barras del respaldo de la silla, me las arreglo para incorporarme hasta quedarme de rodillas.

—¡Habla, cabrón!

Fenómeno camina de un lado al otro, impaciente, ensayando golpes y fintas, blandiendo los puños en el aire como un boxeador. Bluetooth tira de mi silla y de mí, y nos devuelve a la posición original.

—Papá ha dicho que no debíamos... —apunta, y es la primera vez que lo oigo hablar.

—Espabila ya. Es el Doctor Imposible. A nadie le importa.

Me vuelve a golpear, y esta vez casi lo siento. Ha llovido mucho desde la última vez que sentí algo. Ahora ha elegido el otro lado de mi cara, y me deslizo por la habitación hasta empotrarme con la nariz en la pared. Bluetooth me vuelve a levantar. Empiezo a sentirme un poco mareado, pero por lo menos no he tenido que vérmelas con las cuchillas.

Fenómeno está listo para otra.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir con esto? Aparte de ese cerebro tuyo, no te sobran los poderes. Cuando la cosa se pone fea, te arrugas muy deprisa. ¿Quieres quedarte sin dientes?

Escupo.

—No te reirás cuando ponga en marcha el... —empiezo a decir, y tengo en la punta de la lengua el plan que llevo meses preparando. ¿Por qué siempre voy por ahí hablando de mis planes?

Lo miro, luego vuelvo los ojos hacia Bluetooth, y por una fracción de segundo veo otra cosa. Vuelvo a estar tumbado boca arriba, pero en otra habitación. Una habitación grande con suelo de baldosas. Aterrizo sobre algo blando que me ha manchado y empapado el pantalón. La gente me mira.

De fondo, sigo oyendo la voz de Fenómeno.

—¿Y bien, qué decides? Escúchame: aquí dentro no tienes nada que te pueda valer, ni cachivaches, ni trampas de ningún tipo. No eres más que un pobre diablo con un mono de color naranja. ¿Cuánto crees que vas a aguantar?

Pero entonces algo extraño sucede. El escenario cambia de nuevo y vuelvo al instituto Peterson. Jason también está allí, es un estudiante de tercer año y lo han elegido como delegado de su clase. Ha bajado al comedor aquella tarde, ha cogido una bandeja y se ha sentado a comer. Su rostro sobresale por encima de las cabezas de los estudiantes más jóvenes, como el muchacho enclenque que más tarde habría de llamarse Lobo Negro, o Damisela, tan alta y serena. No recuerdo que ninguno de los dos saliera en defensa de los débiles aquel día.

—¿Te crees muy listo? ¿Te crees muy listo? ¿Quieres demostrarme lo listo que eres?

¿Qué ocurre? De pronto, caigo en ello. No es la primera vez que alguien intenta leerme el pensamiento. Bluetooth no es un ordenador, sino un telépata. Estos dos son un pelín más sofisticados de lo que había supuesto en un primer momento. Han entrado aquí con un plan. Se supone que Fenómeno me tiene que machacar físicamente y acribillarme a preguntas mientras Bluetooth hurga en mi mente en busca de cualquier recuerdo que les pueda resultar útil. Antes no me he dado cuenta por culpa de los fluorescentes, pero la maraña de cables que tiene bajo la piel ha empezado a latir.

—Venga, Blue. Noveno curso, tío, ¿te acuerdas?

—Es que... eh... espera. He encontrado algo —dice Bluetooth, llevándose las manos a la cabeza.

—No lo pierdas.

El siguiente golpe es un mazazo impresionante. Creo que ha empleado todas sus fuerzas. Me digo a mí mismo que esto no puede acabar bien. Tengo que hacer algo,

decir algo. Cuando alguien te asalta la mente, lo único que puedes hacer es intentar recuperar el control.

—Escucha, chico. —Se detienen y me miran fijamente—. ¿Queréis saber qué le ha pasado a Fuego Esencial? —Apenas se me entiende, los labios se me están hinchando por momentos. Lo intento de nuevo.

—Venid aquí. Os voy a contar una historia.

—La madre que te parió. Más vale que sea buena. —Fenómeno deja caer los puños. Ambos se detienen y me escuchan.

—Hace mucho, mucho tiempo, había una chica.

Desconcertados, intercambian otra mirada, pero siguen escuchando. Bluetooth vuelve a levantarme como si fuera una figura de ajedrez que se hubiese caído.

Sigo hablando. Bluetooth sigue intentando abrirse paso entre mis pensamientos. Si algo me queda son mis secretos. Tengo un plan para cuando salga de aquí, y un nombre real, aunque a estas alturas del campeonato bien podría ser de dominio público.

Los recuerdos se suceden. Pensaba que todo sería distinto en Peterson, pero no. Me veo a mí mismo pasando largas tardes en mi habitación, no muy distinta de la celda en la que ahora paso los días. Leía y llenaba las libretas de dibujos e ideas, cosas bastante estafalarias. En cierta ocasión, cuando construí la máquina del tiempo que me transportó al pasado, a las guerras púnicas, no pude resistir la tentación de detenerme a espiar mi propia ventana, la de un genio que aún no se conocía a sí mismo.

Sigo hablando.

—Una hilandera que, según decían, tenía el don de convertir la paja en oro. La encerraron en un calabozo con una gran pila de paja, y un duendecillo acudió en su ayuda.

Fenómeno me golpea de nuevo, y esta vez lo noto de verdad. No tengo posibilidad de esquivar sus golpes, y ahora mismo no me siento especialmente invencible. Bluetooth comprueba que no haya nadie mirando por la ventana, pero para mí que da lo mismo. Aunque me mataran, no les pedirían demasiadas explicaciones. Quizá ninguna. Me pregunto cuándo va a sacar las cuchillas.

—El problema era que tenía que adivinar el nombre del duendecillo. Nadie lo sabía. Ni la hilandera, ni el rey, ni los aldeanos.

—Lo que tú digas. Dale caña, Blue. Este tío no va a soltar prenda.

No recuerdo cómo sigue el cuento, pero da igual. Intento evitar que me tiemble la voz. Lo cierto es que no sé cuánto podré aguantar.

—Día tras día, el duende sigue presentándose en el calabozo y preguntándole «¿Cómo me llamo? ¿Cómo me llamo?».

Fenómeno no para quieto, se está impacientando.

—Vale, Doctor. ¿Quieres buscarme las cosquillas?

Fenómeno saca las cuchillas, que se deslizan hacia fuera, una por cada antebrazo, dos hojas de cuarenta y cinco centímetros de largo cada una. Se lo toma con calma, se exhibe un poco ante su amigo. Bluetooth vuelve a mirar de soslayo hacia el ventanuco de la puerta, pero al otro lado no parece haber nada que lo inquiete. No tardará, lo noto en mi sangre alterada.

—Al final, la hilandera le pregunta directamente cómo se llama, y el duende... — ¿Iba así el cuento? No me acuerdo.

En una fracción de segundo, Fenómeno se ha plantado frente a mí, su rostro roza el mío y su antebrazo me presiona el pecho mientras la hoja metálica se apoya en mi garganta. Noto cómo las patas delanteras de la silla se alzan del suelo. Me preparo para morir como un supervillano.

—¿Y este hijo de puta se enfrentó a mi padre?

—Escuchad. El duendecillo le dice... —Solo quiero que esto se acabe de una vez.

—Jared, espera... —Bluetooth alarga una mano, pero está demasiado lejos. Fenómeno se vuelve a medias para mirar a su amigo. La silla está a punto de volcar, y entonces empiezo a caer hacia atrás. Lo único que veo es el techo.

¿Por qué siempre pasa lo mismo? Ya me había olvidado de lo que se siente. Me había vuelto confiado. Las imágenes del instituto Peterson se mezclan con otras del presente. Ahora me veo en otra habitación con suelo embaldosado. Estoy de pie frente al urinario y varios estudiantes se apiñan a mi alrededor entre burlas. Me marchó con el rostro desencajado, muerto de vergüenza. En algún momento de aquel oscuro trance decidí consagrarme eternamente a la ciencia, la genialidad y la ira. ¿Cómo he podido olvidarlo?

—¡Rumpelstiltskin! —grito.

Doblo las piernas y luego estiro el talón hacia arriba y golpeo la barbilla de Fenómeno con todas mis fuerzas. Semejante patada habría bastado para romper el cuello y la mandíbula de un hombre normal, pero el esqueleto de Fenómeno es casi todo metálico. Puede aguantarlo.

Ruedo hacia un lado y me pongo de rodillas ante la mirada horrorizada de Bluetooth. Aquí viene la parte peligrosa: mientras Fenómeno sigue despatarrado, con uno de los brazos oportunamente extendido, me inclino hacia atrás y, con cuidado, bajo las esposas hasta situarlas sobre el filo de aquella cuchilla azulada de titanio de última generación. Presiono con toda la fuerza que me atrevo a usar, y al cabo de unos segundos la hoja muerde el metal y se hunde en él. Las esposas se separan en dos, y soy un hombre libre.

Me incorporo a medias, con un brazo todavía aprisionado en la silla, me acabo de levantar al tiempo que la alzo en el aire y lo dejo caer todo, esposas incluidas, sobre la cabeza monda y lironda de Bluetooth. En la diminuta sala de interrogatorios,

aquello suena como la detonación de una bomba. Lo vuelvo a golpear, y la silla salta en pedazos.

¿Cómo había podido olvidarlo? Si del cielo te caen limones, exprímelos todo lo que puedas. Haz tinta invisible. Haz un veneno corrosivo. Tíraselo a los ojos.

Fenómeno vuelve a estar de pie, algo tambaleante pero todavía dispuesto a dar guerra. Tiene las manos arriba, las cuchillas a punto. Cualquiera de ambas podría rebanarme la cabeza como si fuera el tallo de una flor. Me agacho entre las cuchillas y encajo mi hombro en su plexo solar. Una duda me cruza la mente: ¿me habré vuelto demasiado lento? Me estoy enfrentando a los hijos de mis viejos enemigos. Me pregunto qué nuevos trucos habrán aprendido que yo desconozco. Le rodeo la cintura con un brazo y lo empujo hasta la pared.

Es joven y sano, le han hecho un sinnúmero de modificaciones biotecnológicas, pero no parece haberse entrenado para el combate cuerpo a cuerpo. He logrado inmovilizarlo. Se le sale el casco y cae al suelo con estrépito. Es rubio, más joven incluso de lo que creía. Huele a champú y colonia. Salta una alarma. Fenómeno intenta apartarse, pero lo tengo bien cogido y no sabe cómo zafarse de mi abrazo. Me insulta entre dientes, se revuelve. En cualquier momento conseguirá liberar una de las cuchillas, y entonces todo se habrá terminado. Oigo a Bluetooth removiéndose a mi espalda, intentando incorporarse.

Me agacho por debajo de uno de sus brazos para hacerle una llave de rendición, y teniendo su cabeza entre la pared y mi persona, zanjo la cuestión de una vez, y no del modo más elegante, debo añadir. Mi brazo se pondrá bien. Los guardias se agolpan en la ventana, horrorizados. Por lo general no me gusta tener público, pero por una vez resulta gratificante. Esta es precisamente la clase de situaciones sobre la que han recibido cientos de advertencias. Seguramente se vieron obligados a asistir a todo un cursillo sobre el protocolo de seguridad aplicable a los prisioneros metahumanos, sin llegar a imaginar que algún día tendrían que aplicarlo. Casi puedo leer sus mentes, estarán pensando «Dios mío, ahora sí que la hemos cagado. La hemos cagado como nunca». En el otro extremo del edificio, las puertas de seguridad se van cerrando una tras otra en círculos concéntricos, atrapándolos allí dentro junto a mí.

Veo mi reflejo en el falso espejo. La nariz me sangra un poco, pero estoy mejor de lo que esperaba. Fuerzo la cerradura con la cuchilla de Fenómeno y luego tiro la puerta abajo de una patada. Los guardias salen disparados. Unos pocos deciden plantar cara, pero en el pasillo me los llevo por delante de tres en tres, blandiendo el grillete como si fuera una porra, sin encontrar la menor resistencia. Qué gusto da a veces trabajar con las manos.

Busco en mi mente los planos de la cárcel, que se despliegan ante mí claros y nítidos, en tres dimensiones. Memoriqué la planta del edificio años atrás, por si algún día me veía obligado a verlo desde dentro. Los muros de bloques de hormigón están

reforzados por placas de titanio macizo repletas de sensores de calor, movimiento y presión. Conozco la naturaleza exacta de la trampa en la que he caído.

Pero tengo un as en la manga. Me llevo a Fenómeno y Bluetooth a rastras, un talón en cada mano, para dejárselo bien claro a los guardias de rostro desencajado que están al frente de los controles de seguridad: ¿de veras queréis ver cómo se mueren dos superhéroes durante vuestro turno?

Unos minutos más tarde, respiro aire fresco. Una escopeta se carga el cristal de seguridad, y de pronto estoy fuera, bajo los reflectores y el cielo negro. Dejo a los superhéroes en el suelo, a mi espalda, y rompo a correr en zigzag hacia la valla. Fuera hace un frío que pela, y los guardias me disparan sin contemplaciones, apostados en sus torres como auténticos francotiradores. Me dan entre los omóplatos, pero no importa. Solo son balas.

Cuando alcanzo el muro del patio, los internos rompen en un clamor que parece sacudir toda la cárcel, ahogando el sonido de los disparos, los helicópteros, las alarmas y todo el caos que me rodea. Alzo una mano en respuesta, me inclino en una breve reverencia. Es la duodécima vez que me escapo de una cárcel.

Tras una carrera enloquecida hasta la valla exterior, cruzo una zanja de drenaje y estoy fuera. Me esperan la oscuridad helada y una larga noche huyendo de mis perseguidores entre las explotaciones agrícolas de Illinois. En mi mente, un nuevo plan empieza a cobrar forma. La luna se recorta en el cielo, ajena a mis propósitos.

Los cazas estarán despegando a toda velocidad desde la base aérea más cercana, pero no me cogerán. Fuego Esencial sigue vivo y coleando, de eso estoy seguro, al igual que Lily y todos los demás, pero tengo unos cuantos trucos que todavía no conocen. La última vez que me cogieron estaba trabajando en algo nuevo, algo distinto. Ese algo ha germinado durante mi larga estancia en la cárcel, y esta noche empezará a dar sus frutos.

Tengo frío pero soy libre, y el hombre más listo del mundo, y esta vez se van a enterar, os lo prometo. Os lo prometo.

SUPERAMIGOS



Tres días más tarde me llega un e-mail de admin@campeones.com. Me resisto a abrirlo, pues sé de sobras qué contiene. Pienso en media docena de cosas que hacer antes, sabiendo que lo de ayer fue flor de un día y que ahora, de vuelta en casa, en mi piso, será como si nunca hubiese ocurrido. Que la vorágine en la que estoy inmersa desde hace tres años ha tomado demasiado impulso para detenerse ahora.

Cuando me puede la vergüenza y abro el mensaje, paso unos segundos mirando la pantalla hasta que por fin me obligo a leerlo. Resulta que me han aceptado. Es un apaño temporal, solo estoy a prueba y todo es provisional, pero me han aceptado. Me espera una tarjeta de identificación con la que puedo entrar en la Casa Blanca o en Cabo Cañaveral. Lo normal sería que me pusiera a chillar o a bailar o algo por el estilo, pero me quedo allí sentada, con los ojos cerrados, durante casi un minuto. Creía sinceramente que me habían quitado los conductos lacrimales.

Me sirvo un vaso de agua y me siento a leer el mensaje con más calma, tomándome mi tiempo. En él se nombran los componentes del equipo, todos los que estaban presentes en la reunión de ayer. No se han asignado tareas, pero ahora entiendo cómo encajamos en el grupo. Damisela es la líder y el puntal del equipo aunque, llegado el caso, Lily es tan fuerte como ella, si no más. Lobo Negro es un brillante estratega, y sus habilidades en combate lo igualan al mejor de nosotros. Elfina es una guerrera nata y un personaje mitológico de carne y hueso, perfectamente capaz de arreglárselas en la lucha cuerpo a cuerpo y dotada de extrañas fuentes de poder. Míster Místico tiene sus propias esferas de influencia, el mundo de lo sobrenatural y lo ultraterreno, aunque debemos dar por sentados casi todos sus poderes. A mí me toca encargarme de la tecnología y la vigilancia, y apporto mis propios superpoderes al conjunto. Salvaje va un poco por libre, pero contamos con sus músculos y sus contactos en la calle. Triunfo del Arco Iris es menor de edad, así que deberá acompañar a Lobo Negro.

El e-mail dice que puedo alojarme en el cuartel general durante el tiempo que quiera, y es entonces cuando caigo en la cuenta de que me marchó. No estoy muy segura de que sea una buena idea, pero... sí tengo una vaga noción de lo que supone luchar contra enemigos diabólicos: conversaciones tensas, serias, celebradas a bordo del avión privado de los Campeones, bromas que nadie más entendería y bulliciosas

sesiones de entrenamiento, victorias, camaradas que darían la vida por ti. Cualquier cosa menos que te disparen antiguos compañeros de armas, cualquier cosa menos quedarse en casa sintonizando la frecuencia de la policía e intentando no atravesar la pared de un puñetazo. Cualquier cosa menos lo que tengo ahora mismo.

Metó un par de mudas en una bolsa de deportes y empiezo a empaquetar el resto para llevarlo todo a una tienda de compra y venta de objetos de segunda mano, pero al final me rindo y acabo dejando la mayor parte de las cosas en la acera. No he acumulado demasiados trastos desde que me fui de la ANS, y la verdad es que, salvo contadas excepciones, no me importa demasiado deshacerme de ellos. Ya volveré más tarde a por el coche. De pronto, no soporto la idea de pasar allí ni un segundo más.

Esta vez cojo un tren de alta velocidad, cuatro horas de viaje al sur con las rodillas empotradas en el asiento de delante y convertida en objeto de todas las miradas. A primera vista, y con mi larga cola de caballo plateada, parezco una princesa salida de un cuento fantástico, pero solo hasta que la gente se fija en lo demás: la estatura, el brillo metálico de la muñeca, la mandíbula, el cráneo que asoma bajo el pelo. Eso sí, siempre logro encontrar asiento.

Me apeo del tren con alivio. Inspiro el aire viciado de Penn Station y luego recorro a pie las veinte manzanas en sentido noreste que me separan de mi nuevo hogar, avanzando a grandes zancadas entre los peatones como si fuera una neoyorquina más. También aquí la gente se me queda mirando, pero estamos en Manhattan, y eso hace que casi me dé igual. Aquí solo soy parte del espectáculo, y hasta voy por la calle atenta a cualquier delito que pueda frustrar de pasada. Siempre he querido vivir en Nueva York.

* * *

—¿Nombre? —Han cambiado al recepcionista.

—Fatale. —Su cara es un poema—. Fa-tale, terminado en «e». —Por enésima vez, desearía haberme decantado por «Ciberchica», que además era uno de los primeros nombres de la lista.

Saco el mensaje impreso. Él lo coge y le echa un vistazo sin apenas molestarse en mirarme. La puerta de metal gris que hay a su espalda está cerrada a cal y canto, y blindada de tal modo que ninguno de mis sentidos logra captar nada en absoluto. Debe de ser diseño de Lobo Negro. Estoy impresionada. El recepcionista me entrega una tarjeta plastificada sin pronunciar palabra.

Inserto el documento de identificación provisional en la ranura del ascensor y se ilumina el botón de la suite de los Campeones. No sé qué clase de bienvenida esperar cuando llegue arriba. En mis tiempos de agente de la ANS trabajaba a solas, un

privilegio más que dudoso. Yo era algo así como el séptimo de caballería, el ciborg que se apeaba de un helicóptero y les sacaba las castañas del fuego siempre que una operación se torcía. Parte de mi trabajo consistía en pasar desapercibida. No tengo huellas dactilares, y la mayor parte de mis compañeros de trabajo ni siquiera tenían acceso a mi nombre en clave. Hasta mi huella cerebral se ha ocultado. Se me daba muy bien hacerme la invisible, hasta que me cansé.

En el ascensor casi sucumbo a un ataque de pánico por temor a que la realidad no esté a la altura de mis expectativas, o a que todo esto sea un gran error, aunque sé que es demasiado tarde para volver atrás. Pero Lobo Negro viene a recibirme nada más salir del ascensor. Lleva puesto su traje de superhéroe, como siempre. Le saco quizá un par de dedos. Nos estrechamos la mano con firmeza. En cierto sentido, me alivia que haya venido él. Resulta agradable saber que hay otro... bueno, dejémoslo en «humano» a bordo.

—Bienvenida a la Torre. —Dios, menuda sonrisa.

—Gracias.

—Te guiaré hasta tu habitación. La primera reunión estratégica tendrá lugar mañana, así que tienes tiempo para dar una vuelta.

Me conduce a través de una especie de vestíbulo hasta el ala residencial. Hay trofeos de guerra colgados de las paredes que me suenan vagamente de los titulares de prensa de hace diez o quince años. Algunos los reconozco: el núcleo magnético, similar a una gema, de un sofisticado robot, el casco que el Doctor Imposible inventó para controlar las mentes ajenas, el mismo que utilizó con el embajador ruso. Otros no me dicen nada, como la cabeza de un gorila mecánico. Sabía que los Campeones tenían dinero de sobra, pero empiezo a darme cuenta de hasta qué punto es así.

—Hay ocho pisos. Tenemos un gimnasio, una biblioteca, varias salas de reuniones y apartamentos. También tenemos un refugio de seguridad en Hawái, y otro en la Luna.

—Es broma, ¿no? —¿Lo dirá en serio? Sabía que tenían acceso a tecnología alienígena, pero aun así...

Lobo Negro sonrío y me guiña un ojo. Estoy hecha a las jerarquías y los protocolos de actuación, pero los superequipos tienen más que ver con la conjunción de distintas personalidades. ¿Cómo encajará la mía? Pasamos por delante de la que solía ser la habitación de Fuego Esencial, un constante recuerdo de que falta una de esas personalidades. El grupo se fue distanciando progresivamente desde la ruptura que se produjo a mediados de los noventa, pero todos seguían en contacto con Fuego Esencial. Lo siguieron estando incluso cuando empezó a dar ruedas de prensa en solitario, como un jugador resentido con el resto del vestuario.

—Es aquí. La tarjeta de identificación te servirá como llave.

—Gracias.

—El resto del equipo está fuera, pero irá llegando por la tarde. Para cenar, arréglatelas como puedas con lo que encuentres en la cocina. Yo tengo patrulla.

Me deja a solas para que deshaga la maleta. Mi habitación se parece mucho a la de un hotel. Quienquiera que la ocupara antes que yo, no se molestó demasiado en decorarla. Más tarde caigo en la cuenta de que aquella debía de ser la habitación de Galatea, el famoso robot viviente. Todo encaja.

No me gustan los robots. Odio confraternizar con ellos, incluso con los más listos, que saben pintar cuadros y hablar sobre religión. Una vez coincidí con ExCátedra en Washington, en una recepción organizada por la industria de la alta tecnología. Allí estaba, pegando la hebra con ejecutivos cibernéticos que revoloteaban en torno a ella como los siete enanitos alrededor de Blancanieves. La habían pintado a rayas blancas para la ocasión, como los coches de carreras. Sin querer, me quedé mirando las articulaciones de sus hombros y preguntándome si compartiríamos tecnología. Cuando nuestras miradas se cruzaron sentí una intimidad que me resultó muy incómoda.

Me resulta extraño pensar que dormiré en su cama o me lavaré los dientes en un cuarto de baño que perteneció a toda una leyenda, aunque lo cierto es que jamás dormía, ni necesitaba usar el baño. Era una androide, muy sofisticada, eso sí. Una androide capaz de llorar, reír y, según dicen, hasta de enamorarse. Todo el mundo quería a Galatea, y hasta yo entiendo por qué: aquellos enormes ojos verdes, la silueta perfecta, la voz cálida y sensual. Parecía diseñada para que la adoraran; hasta sus armas eran hermosas. Me miro en el espejo y resulta evidente que quienquiera que me diseñó a mí tenía otras prioridades.

Empieza a anochecer. Tengo tiempo para darme un paseo por las instalaciones y empaparme de su olor, los relucientes acabados, el glamour. Es como la suite de un hotel de lujo y un cuartel general de ciencia ficción todo en uno, y no quiero marcharme jamás. Desde el jardín de la azotea, en el que pueden aterrizar los aviones, veo cómo el sol se pone sobre la línea del horizonte.

La cocina, sin embargo, se parece a la de cualquier colegio mayor. Damisela está apoyada en la encimera, hojeando carpetas de viejos casos, cuando entro yo en busca de café. Lleva pantalones de chándal y una camiseta de la facultad de Derecho de Yale y parece mucho más pequeña de lo habitual, más pequeña incluso que yo. Tampoco veo sus inseparables espadas por ningún sitio. Su campo energético despide una suave y homogénea luz ambarina, y en el silencio de la cocina se percibe el leve zumbido que produce.

Cuando me oye entrar, se baja el antifaz apresuradamente antes de darse la vuelta.

—Perdona —digo, o más bien farfullo.

—No pasa nada. Hay té recién hecho.

—Gracias.

No soy muy amante del té, pero me sirvo media taza.

—Vivías en Boston, ¿no?

—Sí. Cerca de la universidad.

—Es una zona agradable.

No demasiado, pienso para mis adentros. Recuerdo que ha visto mi piso, el parquet que crujía y resonaba bajo mi peso. El casero me obligó a poner alfombras y a firmar un sinfín de cláusulas por las que lo eximía de cualquier responsabilidad. Poco menos que me suplicó que llevara antifaz. Nadie quiere tener a un superhéroe como inquilino.

—Bueno, nos alegramos de tenerte a bordo. Nunca había trabajado con un ciborg. —Se toca el antifaz para asegurarse de que lo lleva bien puesto. Conserva una identidad secreta.

—Mientras no me pidas que te programe el vídeo, no habrá problemas.

Esboza una media sonrisa por educación, pero las comisuras de sus labios no llegan a moverse. No sonrío demasiado. Se me da bien captar este tipo de cosas. Es algo que a las máquinas, en general, se nos da bien.

—¿Preparas la reunión de mañana?

—Solo estoy repasando las fichas de algunos sospechosos habituales.

—¿Puedo hacer algo? Empiezo a sentirme un poco inútil.

—No te preocupes. Antes o después, todos nos estrenamos.

Supongo que sí, aunque algunos nacen con la capacidad de volar y un campo energético propio, mientras que otros acabamos empotrados en el asfalto brasileño. Pero así es la vida.

Me dirijo de nuevo a mis aposentos, pero Lily me detiene.

—Ven conmigo. En el gimnasio es donde se cuece todo.

Todos parecen haber convergido allí. Al otro lado del cristal, veo a Triunfo del Arco Iris absorta en su sesión de entrenamiento. Es demasiado joven para haber pertenecido al equipo original de los Campeones, y por muy famosa que sea eso debe dolerle como una espinita clavada. Ejecuta una compleja rutina de ejercicios, con tres pesados sacos de boxeo que utiliza a la vez. Cuando alcanza la velocidad máxima, no es más que un borrón de colores.

Lily la observa junto a mí.

—¿Qué tal lo llevas? —pregunta.

—Bien, supongo. Muy comunicativa no es la gente por aquí.

—Pues tú lo tienes fácil, créeme.

Arco Iris golpea los sacos a un ritmo constante. Es más rápida que yo, me doy cuenta. Lily meneaba la cabeza.

—Menuda zorra. Esas aletas que tiene en los guantes esconden cuchillas.

—¿Cómo podéis... cómo pudisteis llegar a pelearos? —pregunto.

—Esa parte no se vio por la tele. Venga, vamos a entrar.

El gimnasio está repleto de accesorios hechos a medida, diseñados para desafiar la psique superhumana, así como pesas mastodónticas y una carrera de obstáculos controlada por láser. Aquí dentro huele a cuero y a gimnasio. Es la única estancia que tiene pinta de ser usada con asiduidad. La mayor parte de la acción tiene lugar en las colchonetas. Lobo Negro y Salvaje celebran un combate amistoso, e incluso Damisela se detiene para observarlos.

Salvaje le saca una cabeza a Lobo Negro, pese a su metro noventa de estatura, pero eso no parece molestarle lo más mínimo. Se diría que es un Beowulf enmascarado luchando contra un Grendel peludo. Cede terreno muy a conciencia, y en una ocasión corta el paso a Salvaje tensando los dedos ante sus ojos, casi como quien no quiere la cosa.

Salvaje no se limita a disfrazarse de engendro; el pelo y los dientes son reales. Tener el aspecto de un enorme gato puede no parecer un gran superpoder a primera vista, pero se mueve con una rapidez asombrosa para ser tan grande. Se pone a cuatro patas unas pocas veces, y en una ocasión salta por encima de su adversario sin esfuerzo aparente. Sus garras dejan agujeritos en la colchoneta.

Salvaje ha visto el arma de su contrincante, un trozo de cuerda deshilachada con un contundente gancho metálico atado a un extremo. Lobo Negro la mece distraídamente con la mano izquierda. Se lo ve suelto, relajado. Según su agente publicitario, ha cumplido treinta y ocho años, pero si los años empiezan a pasarle factura lo disimula muy bien. Se mueven un poco los dos, manteniendo las distancias, y luego se produce el choque. Hay un movimiento tan rápido que no acierto a seguirlo, y de pronto veo a Lobo Negro literalmente en el aire, un pie apuntado en la corva de su adversario mientras intenta coger su largo brazo izquierdo.

Salvaje lo arroja al otro extremo de las colchonetas, pero Lobo Negro rueda suavemente sobre sí mismo y se reincorpora sin esfuerzo, adoptando de nuevo la posición de combate. Intercambian unas pocas pullas del tipo «Te estás ablandando, abuelo». Lobo Negro empieza a soltar cuerda, blandiéndola en lentos y largos arcos. Hay que reconocer que tiene arte. Salvaje, por su parte, es capaz de levantar un coche en volandas o saltar por encima de media manzana de edificios. Además, sus dedos terminan en garras.

Salvaje va a por todas e intenta pegarle un tajo, pero Lobo Negro lo esquiva replegándose sobre sí mismo. El gancho se arquea perezosamente y Salvaje cae hacia delante bajo su peso. Lobo Negro deja que la cuerda se enrolle en tres movimientos rápidos, uno de ellos alrededor de la garganta de Salvaje, y ahí se acaba todo. Dicen que puede prever los ataques con una antelación de once movimientos, como si se tratara de un jugador de ajedrez dotado de una extraordinaria velocidad mental. Salvaje se levanta meneando la cabeza.

El fina busca mi mirada en lo que solo puede ser una invitación o un desafío.

Me señala la colchoneta, como si no estuviera segura de que hablamos la misma lengua. No sé qué se ha creído que soy. ¿Un caballero con armadura de patchwork? Me pregunto si se lo han contado, lo del accidente, las operaciones y todo lo demás.

Me encojo de hombros.

—Vamos allá —respondo.

—Jamás os haría daño.

Lo que me faltaba.

Los demás aplauden y se disponen a contemplar el espectáculo.

—¡Carne fresca! —grita Salvaje, destrozando las consonantes con los colmillos —. A ver qué te han enseñado los federales.

—Sí, veamos de qué pasta estás hecha.

Lobo Negro me observa atentamente, con la concentración de un experto en tecnología. Quiere hacer una evaluación de sistemas. Pulsa un botón y parte de los accesorios se empotran en la pared para darnos más espacio, despejando así el suelo para la batalla que se avecina. Veo cómo se enciende una videocámara instalada en el techo.

Esto no me gusta. Se parece demasiado a una prueba, y creía que íbamos a evitar todo ese rollo. ¿En esto consiste formar parte de un equipo de superhéroes? ¿Tendré que pelearme con toda esta gente?

No es que tenga miedo, se me da muy bien pelear. Lo que pasa es que nunca me he enfrentado a una superheroína de fama mundial. Nunca he luchado con nadie que tuviera su propio calendario de fotos subidas de tono, por no hablar de su marca de infusiones herbales. Lo cierto es que en parte deseaba poder vérmelas con la mismísima Damisela. Hay unos cuantos trucos que me apetece probar con un campo energético.

Los demás retroceden y nos observan con auténtica curiosidad. Damisela me ha visto en vídeo, pero los demás están deseando comprobar qué tal se desenvuelve la nueva. Lily se ha apoyado en la pared negra. La miro de reojo y asiente con ademán alentador.

Vamos allá. Me sacudo la melena y la vuelvo a recoger en una cola de caballo. Me coloco sobre las colchonetas en una postura de kárate modificada, el pie izquierdo adelantado, la pierna derecha reforzada para soportar todo el peso adicional. Soy demasiado pesada para estas colchonetas. Nunca me acostumbraré a la sensación que me producen las prótesis al prepararse para entrar en combate. Noto cómo la energía se agolpa en lo más profundo de mis entrañas mientras todo el sistema se concentra en responder al nuevo desafío. Mis piernas adquieren una fuerza y una elasticidad sobrehumanas. Esto es lo que fabricaron especialmente para mí. Un par de expertos me han comentado que ni siquiera el gobierno posee nada tan

avanzado desde el punto de vista tecnológico, aunque ninguno de los dos tenía la autoridad suficiente para resultar creíble. Seguramente me colaron en la partida presupuestaria de I + D de algún departamento de operaciones clandestinas, camuflada como ayuda económica a algún país inexistente.

Activo un comando para informar al sistema de que estamos en modo de entrenamiento y que, por tanto, no debo golpear con demasiada fuerza. A plena potencia, puedo abrir un boquete en una pared de ladrillos con una sola patada, y Elfina no parece ni la mitad de resistente que estos muros. Podría romper su estrecha cintura con una sola mano.

El programa del supersoldado hizo un buen trabajo con el ayudante táctico de abordaje, el ordenador insertado en mi cerebro que siempre se anticipa a los acontecimientos: traza trayectorias, predice los movimientos del enemigo, adivina mis intenciones y las mejora.

Elфина se coloca frente a mí, sosteniendo la lanza con ademán tranquilo. Está en los huesos. Esto es ridículo, me digo a mí misma. Me dispongo a batirme con una anoréxica en camisón. Pero cuando se mueve parece ligera y pesada a la vez, y emite un resplandor. Pese al aire acondicionado, creo percibir el perfume de las noches de verano en el bosque, y las bombillas fluorescentes proyectan algo que se parece demasiado a la luz de la luna. Es una de las guerreras de Titania, si su historia es cierta, y tiene novecientos años frente a mis poco más de veintisiete, de los cuales hay una parte que no recuerdo demasiado bien.

El tiempo empieza a pasar más despacio mientras el ordenador acelera mi velocidad de respuesta. En el visor estratégico la lanza chispea, envuelta en electricidad estática. Sea lo que sea, a la cámara de mi ojo no le gusta mirarlo, y me está fastidiando las proyecciones de combate. El ordenador no logra decidir dónde cree que está. No tengo manera de decirle que voy a enfrentarme a un hada. Seguramente cree que me las veo con un pigmeo que sostiene un largo cayado. Ya soy alta comparada con una mujer de estatura normal, pero al lado de Elfina soy una torre.

Nada de esto parece inquietarla en lo más mínimo. Se adelanta para ensayar una estocada que resuena con fuerza en mi antebrazo izquierdo, metal contra metal. Contraataco y me detengo a escasos milímetros de su naricilla respingona, para que vea que no soy tan lenta como parezco. Intento asir el asta de la lanza, pero no retengo más que aire entre los dedos. Ella tampoco es lenta.

Vuelvo a acortar la distancia entre ambas, pero lo último que le interesa es el combate cuerpo a cuerpo. Bloqueo la punta de la lanza y me lanzo a por su muñeca, aprovechando la ventaja de mi estatura, pero se aparta dando volteretas sobre sí misma y se coloca a mi espalda. Llego a acariciar con las yemas de los dedos la vaporosa estela de su blusa. Entonces algo rebota con fuerza en la chapa de mi

cráneo. Me doy la vuelta, pero ya está fuera de mi alcance, frotándose los nudillos, doloridos por el golpe.

Aplausos a ambos lados del ring. Elfina hace girar la lanza entre los dedos, y a juzgar por su expresión agradecería un poco más de apoyo.

Se mueve en círculos, sin apartar los ojos de mí. Si pudiera acortar la distancia que nos separa y arrastrarla a la lucha cuerpo a cuerpo, esto se acabaría en menos que canta un gallo. Confieso que deseo derrotarla con todas mis fuerzas. Quiero vencer a uno de los Campeones. Intento recordar todo lo que sé sobre las hadas. Me pregunto si será alérgica al hierro (¿o era la plata?). En mi base de datos no hay nada al respecto, pero algo debería quedar en mi cerebro biológico, recuerdos de mis lecturas juveniles, de la clase de literatura en la universidad. ¿Qué demonios es un hada, para empezar? ¿Acaso me enfrento a Campanilla? ¿O más bien soy el incauto caballero que se adentra en el bosque siguiendo a una misteriosa doncella y que pagará su imprudencia con cien años de profundo letargo? La bella dama sin piedad.

Miro de reojo a los espectadores. No pierden detalle, y me pregunto por qué tengo que procurar no herir a esta mosquita muerta, con su peinado tan chic, tan anacrónico. Yo, en cambio, tengo energía sónica. Tengo un gancho. Tengo gas lacrimógeno. Y tengo una pistola. Siempre tengo una pistola.

Entre superhéroes, se supone que todo el mundo puede encajar un par de balas sin mayores consecuencias, y sea como fuere hoy he cargado balas de goma. El cañón de la pistola, oculto en mi antebrazo izquierdo (por eso lo tengo tan grueso), se desliza hacia fuera. Dejo que crea que quiero acercarme a ella de nuevo, y entonces le disparo una ráfaga de dos segundos, sin más esfuerzo que pensar en ello. Bienvenida al siglo XXI, bonita. En el espacio cerrado del gimnasio, el disparo produce un estruendo inesperado. Más aplausos, pienso, pero el ruido me ha dejado medio sorda.

En un abrir y cerrar de ojos ha desaparecido, a una velocidad que ni siquiera yo puedo seguir. La mayor parte de las balas han ido a parar al cristal blindado que había tras ella. ¿Dónde demonios está? El olor a pólvora impregna la habitación cerrada. Empiezo a retroceder, y el ordenador señala con una flecha intermitente la dirección que ha tomado Elfina, el punto hacia el que se supone debería mirar yo. Allí está, pegada al techo, frotándose un verdugón en el muslo con un mohín de enfado muy propio de un hada. Touché. Algunos de mis compañeros de equipo aplauden. Sin prisas, vuelvo a alzar el brazo para disparar de nuevo. A esta distancia, es imposible que falle.

Elфина da una voltereta en el aire, y cuando termina veo que ya no sostiene la lanza. Demasiado tarde, me doy cuenta de que la ha arrojado, y lo hago desde el suelo, porque es donde me encuentro de pronto, tumbada boca arriba. Intento levantarme pero algo me lo impide. La pantalla del ordenador se llena de electricidad estática, y noto la mano de Lobo Negro en mi hombro, advirtiéndome que no me

incorpore. A mi espalda suenan los aplausos, y no van dirigidos a mí.

—Déjame que la saque —me dice, y de fondo oigo la risa de Elfina. Es entonces cuando me doy cuenta de lo que ha pasado, aunque no comprendo cómo ha podido hacerlo.

La lanza no ha ocasionado más que daños superficiales, que yo misma puedo reparar. Me ha atravesado el torso de lado a lado, en una zona en la que no hay más que falsa piel y material aislante, aunque se supone que nadie lo sabe. El arma salida de la forja lunar de Titania ni se inmutó ante mi coraza blindada, y eso que se supone que resiste hasta al uranio empobrecido. No me explico su puntería, no a menos que supiera lo que estaba haciendo. Y no podía saberlo, porque ni siquiera comprende qué soy, qué es un ciborg.

Me incorporo como puedo, deslizándome a lo largo de la lanza, roja como un tomate. Todos se ríen de la novata. La lanza asoma a través de la colchoneta desde el suelo de hormigón en el que se ha clavado. No sin esfuerzo, la saco hacia fuera y le tanteo el peso, la extensión, considerables ambos. Es fría al tacto y parece reflejar una luz destemplada que no procede de la habitación. De cerca, se observan letras grabadas, pero justo cuando estoy a punto de leerlas Elfina me la arrebató de las manos, y se aleja con su risa de agua cantarina. Salvaje me da una palmada en el hombro con su zarpa peluda.

—¡Bienvenida al circo! —gruñe, mirándome con su cara atigrada de aspecto psicótico.

* * *

Justo entonces se encienden los focos rojos, los que van conectados a los sistemas de alarma del Pentágono, la Agencia Nacional de Seguridad, la Secretaría de Asuntos Metahumanos y la NASA. La luz roja con la que soñaba cuando interceptaba las llamadas al 911 solo para poder seguir alguna pista.

Salimos todos pitando hacia la Sala de Crisis, donde el ordenador ya está encendido y hablando, y esta parte es tal como me la había imaginado. Un alto cargo de la cárcel de Illinois aparece en pantalla para explicar que, en resumen, han dejado escapar al Doctor Imposible. Nos estamos enterando cuarenta minutos antes de que lo haga la prensa.

Me sigue resultando extraño estar en compañía de tantos superhéroes de fama mundial. Sus rostros y caracteres me lo recuerdan a cada segundo, y por si eso no fuera suficiente está la peculiar indumentaria de esta gente, empezando por Damisela, con su máscara gatuna y ese implacable dominio de sí misma, o Lobo Negro, con su clásico antifaz negro recortado alrededor de los ojos y el ademán lánguido con el que apoya el musculoso antebrazo sobre una caja de embalar. Me descubre observándolo.

—Vale, ¿hay alguien que no esperara algo así? —Lobo Negro está de buen humor.

—¿Qué es esto del Pacto del Caos? —Damisela asume el control, alzando la voz por encima de todas las demás—. ¿Amigos tuyos, Salvaje? La han cagado bien cagada. El novio de Lily vuelve a estar en la calle.

—No es mi novio.

—Ese lenguaje, por favor.

Míster Místico siempre se materializa de pronto, como salido de la nada, cuando nadie está mirando. Una vez intenté comprobarlo a través de la grabación de una cámara de seguridad, pero había interferencias y no se veía nada.

Salvaje se encoge de hombros, o lo intenta.

—Pues, verás... esos tíos... les debía un favor. He trabajado con ellos antes. Creía que estaban a la altura de las circunstancias, pero al parecer el Doctor era demasiado para ellos.

—¿Tú crees? —replica Damisela en tono irónico. Puede que seamos un equipo, pero ella va a llevar la voz cantante, de eso no me cabe duda—. Ya tenemos un sospechoso. ¿Está todo el mundo al corriente de la evolución del Doctor Imposible? Supimos de su existencia cuando cometió su primer asalto a un banco, y a partir de ahí lo suyo ha sido la clásica historia del genio malvado. Casi podría decirse que es un supervillano de manual.

—¿Es tan listo como se cree? —Lo pregunto sin pensarlo, como buena novata que soy.

—Podría serlo —contesta Lobo Negro—. Ha pisado otras estrellas, otras dimensiones. Ha resuelto problemas en el campo de la robótica y los materiales que nadie más ha osado abordar. Si fuera una persona normal, sería Einstein, como mínimo.

—Siempre ha odiado a Einstein —puntualiza Lily, pensativa. Nunca se me había ocurrido que alguien pudiera odiar a Einstein.

—Y además está loco —añade Lobo Negro.

—Se llama «Síndrome de Hiper cognición Malévola». Vamos, que es un genio con muy malas pulgas. Lo suyo es una enfermedad.

Me pregunto si Lily está de broma, pero entonces me guiña un ojo.

Salvaje nos devuelve a la realidad:

—No es más que un delincuente. Lo hemos derrotado en otras ocasiones. Algunos de nosotros hasta lo hemos derrotado solos. Fue Damisela quien lo cogió la última vez.

—Fuego Esencial también estaba allí —señala remilgadamente—. Sugiero que nos vayamos a dormir. A estas alturas, el Doctor Imposible ya estará fuera de alcance. Siempre sigue el mismo patrón, por lo que no tardará en poner en marcha su nuevo

plan. En tres o cuatro días tendremos noticias tuyas, seguramente en tu área, Salvaje.

—Contrabando, hurto.

—Necesitaré dinero y materiales. Ya sabes qué hacer.

Todos parecen conocerlo. Para mí, el Doctor Imposible es un supervillano de la tele, demasiado poderoso para inquietarme siquiera. Lo suyo era otra dimensión, nada que ver con el común de los mortales. Siempre estaba en alguna isla secreta o en el espacio exterior, experimentando con complejísima y descabellados inventos tecnológicos mientras yo perseguía camellos y guerrilleros tercermundistas. Pero ahora eso puede suponer una ventaja. No está de más que alguien sepa cómo se lleva a cabo el trabajo policial, cómo se rastrea una tarjeta de crédito o un contenedor de mercancías. Cómo funcionan las cosas a ras de tierra, entre los humanos.

Todos nos retiramos a nuestros aposentos, pero nadie se va a dormir enseguida. Lo sé porque los tabiques son lo bastante finos para que, por la noche, cuando despliego mis sentidos utilizando los espectros adecuados, pueda ver a través de ellos sin apenas esforzarme. Me siento un poco culpable, desde luego, pero no puedo resistir la tentación. He oído muchas leyendas y rumores sobre esta gente, este grupo que se mantuvo unido como una piña durante tantos años. La realidad resulta extraña y también un poco decepcionante.

Triunfo del Arco Iris ocupa la habitación justo debajo de la mía. Cuando entra, deja que la puerta se cierre a su espalda y se queda de pie un momento, con los ojos entornados, respirando profundamente. Luego se dirige al cuarto de baño, cierra la puerta y echa el pestillo. Entonces abre un maletín metálico y empieza a sacar frascos y cajas de medicinas de los que salen catorce comprimidos, cápsulas y suplementos dietéticos que va alineando junto al borde del lavabo de mármol que tiene ante sí. Repite la operación cada doce horas. Seguramente lleva haciendo esto desde que tenía siete años. A lo mejor lo necesita para arreglar lo que quiera que sea que no le funcionaba desde el primer momento, y me jugaría el tipo a que una parte de esas pastillas las toma para impedir que su organismo rechace lo que quiera que sea que le han metido dentro. Yo también las tomé. Además, se pasa horas al teléfono.

Bajo mis pies, Lobo Negro se lava las manos durante cinco minutos de reloj antes de tragarse tres o cuatro analgésicos, lo que explica muchas cosas. Luego aparta los muebles de la pequeña habitación a los lados y se somete a una serie de ejercicios calisténicos, seguidos de variaciones de la vertical y flexiones con un solo brazo, despacio y sin aparentar tensión alguna. Después se sienta a ver la tele durante exactamente noventa minutos, y luego se acuesta en el suelo para dormir. Damisela y él ocupan habitaciones separadas, y me pregunto cómo debía de ser la relación entre ambos cuando estaban casados. El campo energético de Damisela debe de echar un poco para atrás.

Poco a poco, el silencio se va adueñando del edificio. Mister Místico se retira a

sus dominios, dondequiera que estén, sin duda para dedicarse a contemplar el infinito. Salvaje camina a cuatro patas cuando está a solas, y duerme enroscado sobre sí mismo. Creo que tiene problemas de columna por pasar tanto tiempo de pie, sobre las dos piernas. Lobo Negro tiene un objeto en su interior que emite una frecuencia mientras duerme. Damisela se va derecha al lavabo de su suite, que queda a mi izquierda, y vomita de un modo expeditivo, carente de toda emoción. Problemas de peso no tiene, desde luego, pero supongo que eso es asunto suyo.

Sé lo que se siente. Tus superpoderes son aquello que llevas contigo a todas horas, allá donde vayas. Eso es algo que todos tenemos en común. Por mucho que el gobierno te tenga fichado, por mucha información que tus enemigos hayan recabado sobre ti, nadie conoce tus superpoderes como tú. Todo el mundo los ha visto en la tele, y para los demás se trata de una fantasía momentánea. Ellos no tienen que llevarse los superpoderes a la cocina, ni al cuarto de baño, ni al dormitorio. Ni despertarse en mitad de la noche envueltos en llamaradas, ni barrer los añicos de cristales que siembran el suelo de tu piso, ni entrar tarde a trabajar con un ojo a la funerala. Nadie más sabe dónde te pican o duelen los superpoderes, ni ha probado las cosas que tú has probado con ellos en momentos de aburrimiento o desesperación. Nadie más se va a dormir con ellos y descubre al día siguiente que siguen allí, como un sueño que no se difumina al despertar.

* * *

A la mañana siguiente estoy a punto de entrar en el vestuario del equipo después de ejercitarme con los sacos de boxeo y de haber intentado reproducir algunos de los golpes de Arco Iris cuando me detienen las voces al otro lado de la puerta.

—Te dije que esto pasaría. —Es Lobo Negro.

—Hasta que Fuego Esencial vuelva de donde sea que se ha metido, son nuestra mejor apuesta. —Damisela suena cansada.

—¿Vas a dejar que lleven el uniforme?

—Que no, por Dios, tranquilo. Vamos a dejar que lleven lo que les dé la gana, ¿vale?

—Todo esto ha sido idea tuya, Ellen. Por lo que a mí respecta, desde luego, Jason puede buscarse la vida él solito.

—Por favor, no empieces con eso otra vez.

Suena un pitido procedente de mi chasis, y las voces enmudecen. Damisela sale del vestuario, rozándome al pasar.

Lobo Negro aún se está vistiendo, y tengo ocasión de comprobar que su cuerpo es tan perfecto como dicen, con músculos definidos pero no exagerados, de proporciones apolíneas, y parece indemne al paso de los años. A esta distancia,

distingo algunas cicatrices y unas pocas canas en las sienes. Si los rumores son ciertos, se ha convertido en todo un donjuán desde el divorcio, aunque de momento no he notado el menor amago de flirteo por su parte.

Yo no uso ninguna vestimenta especial —mi físico resulta bastante distintivo por sí solo—, aparte de unos zapatos hechos a medida para soportar el peso de mi cuerpo. Ahora mismo llevo lo que suelo ponerme para entrenar, unos pantalones de chándal y una camiseta gris de la ANS. Con la ayuda de una plantilla, me he estampado el logotipo de los Campeones en las partes de mi cuerpo en las que hay más metal a la vista: el muslo izquierdo y la espalda. No tenía a nadie que me ayudara, por lo que supongo que en la espalda debe de haberme quedado un poco torcido.

—Lo siento. ¿Va todo bien?

—No te preocupes. Fuimos juntos al instituto. —Se inclina hacia delante para anudarse los cordones de las botas. Lo tengo tan cerca que hasta puedo distinguir su olor—. ¿Habías formado parte de un equipo antes?

—No exactamente. Trabajé para el gobierno durante un tiempo, y luego he seguido haciéndolo por mi cuenta. —No sé por qué hablo así. Supongo que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me dirigí a un hombre en tono amistoso. Hasta empiezo a ruborizarme—. Seguramente vine recomendada por Spideractive. Trabajamos juntos en lo del francotirador de Albany.

—Lo recuerdo. Ayer estuviste muy bien en el gimnasio. ¿Qué poderes tienes?

Se da la vuelta para repasarme con la mirada, y vuelvo a ruborizarme. No estoy acostumbrada a que me miren.

—Visión, fuerza... ya sabes, brazos y piernas. Un ordenador estratégico de abordo. Un par de armas incorporadas, de distintas clases. Coraza blindada, evidentemente. Gancho. Mmm... extintor de incendios.

Tiene mi expediente, así que estoy segura de que nada de esto le sorprende.

—No puedes volar, ¿verdad?

Mientras habla, alarga la pierna a un lado muy despacio, la eleva por encima de la cabeza y la sostiene sin el menor amago de tensión. Me pregunto si serán ciertos los rumores de que sus padres formaban parte de un proyecto para la creación de una nueva raza mutante. Eso podría explicar su desaparición.

—No.

—Yo tampoco.

Todo el mundo sabe que no tiene ningún poder especial, aparte de ser perfecto. Empieza a hacer una pequeña rutina de calentamiento, consistente en estiramientos y variantes del pino. Está claro que sí posee algún tipo de poder especial, aunque no resulta fácil ponerle nombre.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—Podíais haber llamado a otros. Otros ciborgs, si era eso lo que buscabais.

—De hecho, fue Damisela quien te eligió —contesta Lobo Negro—. Cuando fue a verte... sencillamente pensó que encajarías. Dijo que le despertabas recuerdos de los viejos tiempos.

—¿Y va a ser ella quien lleve la voz cantante?

Lobo Negro se encoge de hombros.

—Se le da bien.

—Debe de resultar extraño, acatar órdenes de alguien que...

Dejo la frase sin terminar. A mí sí que me resulta extraño compartir intimidades con alguien sobre el que hasta ahora solo sabía lo que había leído en la prensa. Lobo Negro rompe a reír por primera vez, con una risa distinta de la que le he visto en la tele. Luego, se encoge de hombros.

—Es por una buena causa. Damisela mencionó algo más cuando te escogió. En tu expediente pone que estuviste de baja por problemas psíquicos.

Ya estamos.

—Me cansé de que me trataran como un artilugio de última generación. Si eso es tener problemas psíquicos...

—¿Qué hacías antes de eso?

Me doy cuenta de que no sabe nada al respecto y no me siento preparada para contárselo. Aquí estoy, sentada junto a un superhéroe multimillonario que lucha contra las mentes criminales más brillantes del universo y cree que soy digna de llevar el mismo uniforme que él. No pienso sacarlo de su error.

—Te lo contaré otro día.

Noto cómo me sigue con la mirada mientras salgo.

No puedo decir que me escribieran una carta de recomendación encomiástica.

Recuerdo la última misión que me encargaron antes de marcharme. Habíamos reducido a una banda de narcotraficantes y prendido fuego a un campo de coca, y estábamos a punto de cruzar la frontera de nuevo. Lo hice casi todo yo sola, dándoles un susto de muerte a un grupo de quinceañeros armados con fusiles de asalto soviéticos AK-47 que seguramente me tomaron por Damisela.

La ANS me entrenó para luchar, escalar y bajar muros, leerle los derechos a los detenidos y prestar primeros auxilios. Siempre soñaba con resolver algún misterio, como los agentes del FBI de las pelis, descubrir alguna trama secreta, destapar una conspiración. Pero no me querían para eso. Las más de las veces, se acordaban de mí cuando las cosas se salían de madre. Yo era la tropa de asalto, y mi trabajo consistía en dejarme coser a balazos en lugar de los agentes normales e infundir terror a las tropas enemigas, por lo general guerrilleros analfabetos que jamás habían visto a un metahumano, y mucho menos luchado contra uno.

Estábamos esperando que nos evacuaran, y aquella fue una de las pocas ocasiones

en las que me permití el lujo de tomar una copa estando todavía de servicio, lo que va claramente contra las normas, pero llevaba unos días con dificultades para conciliar el sueño. Las misiones en Sudamérica siempre me traen recuerdos del día previo al accidente y sensaciones poco agradables. Además, llevaba demasiadas misiones salvándoles el pellejo a agentes novatos, niñatos recién salidos de la academia que me repasaban de arriba abajo con la mirada cada vez que les daba la espalda y apostaban entre ellos sobre qué partes de mi anatomía habrían sido reemplazadas.

También tengo una capacidad auditiva superior a la normal, aunque no habría hecho falta, porque no se molestaron demasiado en bajar la voz. Tuve un pequeño intercambio de impresiones con algunos de ellos, nada que obligara a ingresarlos en el hospital, pero tampoco que pudieran olvidar al día siguiente. Es lo bueno de prestar atención en clase, y yo siempre seguí con mucho interés todo lo que nos enseñaron en la ANS.

A raíz de aquello, y en un alarde de discreción, me concedieron una excedencia temporal, que se convirtió en suspensión indefinida. Tengo entendido que ya ni siquiera reclutan ciborgs del sexo femenino por considerarlas muy propensas a sufrir problemas psiquiátricos. A saber.

* * *

Dos días más tarde estoy en Boston, liquidando el resto de mis pertenencias, cuando recibo una llamada en mi móvil interno, el que no puedo apagar. Es Damisela, y me llama desde uno de los aviones de despegue vertical que aún no tengo permiso para pilotar. Quiere que me reúna con ella en treinta minutos. Me pregunto por qué me ha elegido a mí, y no a cualquiera de los demás. Lobo Negro estaba libre la última vez que lo vi.

Empezaremos por los enemigos declarados de Fuego Esencial, cualquiera que se haya enfrentado a él en tres ocasiones o más. La lista no es demasiado larga; la mayor parte de quienes se las vieron con Fuego Esencial dos veces no se mueren de ganas de repetir. Por lo general, los que lo hacen no tienen demasiadas luces, como Zarpa Cósmica, o bien están desquiciados, como Nick Napalm.

Son las tres de la madrugada, así que me visto de paisano y me dirijo al lugar acordado —un banco cubierto de nieve del parque de Boston Common— con la capucha puesta, intentando pasar desapercibida. Un tipo se para y se me queda mirando fijamente, pero hago caso omiso de su presencia.

Salta a la vista que no poseo una identidad secreta, pues mi aspecto siempre es el mismo, pero tengo media careta de goma que se adapta al lado derecho de mi rostro y cuello, y que me pongo cuando quiero intentar parecer humana. El efecto es grotesco, pero con la capucha hasta da el pego. Podría haber parecido más humana de haberlo

querido, pero odio el tacto plástico, como de maniquí, que te dejan las prótesis cutáneas y la piel de color tirita. Así que cuando me enseñaron una carpeta llena de muestras en tonos pastel y una gama de colores que iba del marrón al rosa pálido, acabé diciéndoles que dejaran el metal a la vista. Solo uso la media careta en caso de emergencia.

Damisela tarda cuarenta y cinco minutos en aparecer. Luce un largo abrigo para no llamar la atención, pero no parece notar el frío. A la luz del alba la veo distinta, más vulgar. Tiene las mismas marcas que su padre, pálidas líneas azules que recorren sus mejillas y cuello, pero bajo esta luz parecen pintadas adrede. Me pregunto si tendría este mismo aspecto en Titán, donde el sol sale cada dieciséis días.

—Creo que esta vez estamos sobre una buena pista. La policía de Providence dice que cogió a Nick Napalm anoche, y afirma saber algo sobre el Doctor Imposible.

El avión de despegue vertical está en Logan, fuera de servicio, así que nos vemos obligadas a coger mi viejo Toyota Tercel para llegar a Providence. Damisela se pasa todo el camino mirando por la ventanilla y pasando de mí olímpicamente. Ahora más que nunca, me doy cuenta de que no conozco en absoluto a esta gente. Formaron parte de un mismo equipo durante casi quince años. Han acompañado a Nube de Tormenta hasta las estrellas, han viajado en el tiempo y hasta han luchado junto a las legiones romanas, cuando al Doctor Imposible le dio por retroceder en el tiempo hasta las guerras púnicas. Y todos ellos han visto morir a Galatea bajo los anillos de Saturno.

LIBRE AL FIN



«Cuando salga de aquí...» Lo habré pensado un millón de veces mientras estaba en la cárcel. Y ahora aquí estoy, acostado sobre un colchón desnudo y con la tele encendida, sin pensar en nada. Es media tarde. He pagado la habitación con dinero en efectivo, robado de un cajero automático que saqué a rastras de una tienda abierta las veinticuatro horas. Lo cargué hasta el aparcamiento de atrás y lo abrí a porrazos. Luego eché a correr tan deprisa como pude. Reconozco que no ha sido el más elegante de mis golpes, pero no están los tiempos para filigranas.

El piso lo componen tres reducidas estancias y una cocina a gas. Desde el piso de abajo sube el olor a comida. Fuera, una mujer con un cardenal en la mejilla discute con un hombre mayor que tiene pinta de indigente.

Seguramente he visto este edificio antes, lo he sobrevolado en un avión orbital o a bordo de un dirigible. El estuco de la fachada es de un rosa mugriento. Jamás se me pasó por la cabeza que llegaría a alquilar una habitación aquí, con dinero en mano y sin referencias. He pagado seis meses por adelantado. Hube de caminar durante once horas siguiendo la autopista en dirección oeste hasta dar con una ciudad y una muda limpia. Entonces alquilé un coche y me fui hacia el este, tomando la precaución de no sobrepasar el límite de velocidad en ningún momento. Hace un par de horas que me he desembarazado de él. Necesito un lugar en el que descansar un rato, un lugar al que no vendrán a buscarme.

Ha llegado el momento de volver a empezar. En mi mente comienza a tomar forma un nuevo plan maestro, un buen plan. Lo he ido perfilando durante mi estancia en la cárcel, definiendo los detalles mientras contemplaba las paredes blancas de mi celda. Pero empiezo a tener la sensación de que la historia se repite.

¿Cómo se conquista el mundo? Lo he intentado todo. Armas de destrucción total de todo tipo: nucleares, termonucleares, nanotecnológicas, artilugios que caben en una caja de zapatos y son visibles desde el espacio. He intentado el control mental de las masas, he robado las reservas de oro de Fort Knox y las he vuelto a perder. He viajado al pasado para cambiar la historia, al futuro para escapar de ella; he detenido el tiempo para vivir en un mundo de estatuas. He dirigido ejércitos de robots, insectos y dinosaurios. Un ejército de hongos. Otro de peces. Otro de roedores. He probado con una invasión alienígena. Una invasión alienígena interdimensional. Una invasión

de dioses alienígenas. Hasta he probado con una absorción empresarial, a través de Industrias Imposible, S. L., pero, una y otra vez, mis planes acaban del mismo modo. He estado entre rejas doce veces.

Dadme un punto de apoyo, y moveré el mundo, dijo Arquímedes. Pues yo tengo la sensación de que me he apoyado en todas partes, incluyendo el centro de la Tierra, la Torre Eiffel y la superficie lunar.

Aunque nunca hasta hoy había buscado un punto de apoyo en la habitación número 316 del motel Starlight de Queens. He pergeñado mis planes desde siniestros casinos, castillos malditos, fortalezas diabólicas, cuevas. Esto es peor, no me preguntéis por qué. Quizá por el olor a desinfectante que lo impregna todo, o esa sustancia marrón que rezuman las paredes del cuarto de baño, pintadas de amarillo pálido. Yeso en lugar de acero pulido; melamina en lugar de madera, conglomerado en lugar de visores parpadeantes. Un televisor RCA en color con pantalla de diecisiete pulgadas y tres canales de pornografía en lugar de monitores de doce metros de altura; un mando a distancia atornillado a la mesilla de noche en lugar de protocolos de mando activados por voz. En lugar de serviciales robots, Debbie al frente de la recepción.

En la CNN, los superhéroes dan una rueda de prensa sobre mi fuga. Lobo Negro hace un discurso plomífero sobre la justicia. Sugieren que me entregue.

Se dedican a pasar una y otra vez las imágenes de mi última captura, empezando con un primer plano captado con teleobjetivo, seguramente desde un helicóptero, en el que estoy en el puente de mando de mi dirigible con la capa ondeando al viento. Luego hay una grabación cámara en mano en la que se me ve bajando a toda velocidad por una avenida de Manhattan sin poderes que me valgan, corriendo en zigzag entre los coches, volviéndome para frenar a mis perseguidores rociándolos con gas paralizante. Se ven los lamparones de sudor. Mi traje no estaba diseñado para las carreras de fondo, y aquella capa pesaba como si fuera de terciopelo. Nuevo cambio de plano: ahora ya aparezco encadenado y con grilletes de titanio en los pies, sin casco, todavía aturdido por la paliza que me propinaron antes de reducirme, la misma imagen que aparecería en todos los diarios al día siguiente.

Hace ahora cuatro años estuve sobre este mismo lugar, pero a mil metros sobre el nivel del suelo, contemplando el mundo, la escoria, desde las alturas. Pensaba en cómo llevar a cabo mi venganza, qué ciudades rebautizar en mi honor.

—¡Terrícolas!

Las alarmas de los coches saltaron a la vez, y su sonido estridente se elevaba entre los edificios. El dirigible se deslizó hacia delante una distancia equivalente a la longitud de varios coches. Miré hacia abajo y vi cómo su larga forma oval engullía las calles Main, Lansing, Dean y Church.

El zepelín militar me costó un ojo de la cara, pero no hay duda de que me dio

visibilidad. El sol relucía en la barandilla de latón, el viento agitaba mi traje imperial. Quería mucho más que el dinero de aquella gente. Quería que miraran al cielo y me vieran como algo extraordinario, algo amenazador y magnífico a un tiempo.

Fabriqué la bolsa de aire de tal modo que pudiera desinflarse en cuestión de horas y caber en un par de contenedores de mercancías, para así poder aparecer y desaparecer sin previo aviso. Nadie sabía cuándo iba a verme flotando sobre su cabeza al timón de un enorme globo dirigible y riéndome como un loco por los altavoces. Nadie que lo viera podría olvidarlo jamás. El zepelín eclipsaba el sol y proyectaba su sombra a lo largo de más de un kilómetro, sumiendo en la oscuridad bancos, semáforos, escuelas, bibliotecas y comisarías.

* * *

En el cuarto de baño, la palanca de la cisterna del váter se me queda en la mano. Una parte de mí nunca se ha acostumbrado a esta fuerza sobrehumana. Un profundo cambio bioquímico en mi interior, un fuego interno. Y una sensación de ingravidez algodonosa en las extremidades que me hizo pensar que jamás volvería a sentir de un modo tan intenso.

A estas alturas de mi carrera, aquella mañana inaugural es un recuerdo que apenas logro evocar. La polvareda se fue asentando sobre mi cabeza una vez pasados el calor y la presión de los primeros instantes. Estaba tumbado boca arriba. Veía el cielo estrellado. El laboratorio había saltado por los aires, y los equipos de emergencia habían venido y se habían marchado sin verme. No había duda de que mi formación académica había concluido. Aquello fue lo último que el mundo supo de mí, un estudiante de posgrado cuya licenciatura no constaba en ningún sitio, un torpe ayudante de laboratorio que había tenido un trágico final, el principio del largo e imposible doctorado del Doctor Imposible.

Me llevé un gran chasco al descubrir que no podía volar. Tampoco podía volverme invisible, ni mover objetos con la mente, ni disparar rayos láser con los ojos. No podía comunicarme por vía telepática ni leer las mentes ajenas, aunque no estaba muy seguro de desear esto último. A medida que pasaba la noche, agoté todas las posibilidades de frío y calor, expansión y encogimiento. Tras una larga serie de saltos, muecas y esfuerzos mentales, me convencí de que no poseía ninguno de los superpoderes más deseados.

Era rápido, eso sí. Mis reflejos se habían agudizado hasta límites insospechados, y nada podía apartarme de mi objetivo una vez que me había propuesto algo. Aún no he logrado esquivar las balas, pero he estado a punto.

Mis ojos se fueron ajustando a nuevas longitudes de onda que empecé a percibir poco a poco. La noche se tiñó de profundos infrarrojos, de los tonos terrosos de la

radio y del resplandor sobrenatural de las frecuencias por encima del violeta. A mi alrededor, el mundo adquiriría un nuevo aspecto. Ya no era exactamente humano. Era fuerte, muy fuerte. Podía hacer cualquier cosa que me propusiera. Convertirme en una estrella del deporte, por ejemplo. Imaginé lo que pasaría si alguien se metiera conmigo ahora. Lo imaginé con todo lujo de detalles, regodeándome en la escena. Ya no era un hombre de a pie, tenía superpoderes. Era un súper... ¿superqué? Pero en el fondo lo sabía. Cuando adquieres poderes, aprendes mucho sobre ti mismo. Mis profesores me habían llamado loco. Pues bien, había llegado el momento de dejar de castigarme a mí mismo y empezar a castigar a todos los demás.

* * *

Todo fue tomando forma en mi mente. Los planes e inventos —químicos, biológicos, metalúrgicos, cibernéticos, arquitectónicos— se desarrollaban antes de que acertara a ponerles nombre. Esto es lo que me habían impedido hacer. Esto es lo que permanecía latente en mi interior, lo que yo mismo había reprimido, como una bomba que estalla bajo tierra una y otra vez. Aquel último y fallido experimento había supuesto un cambio. Tenía una fuerza sobrehumana, sí, pero mi imperio se levantaría sobre los pilares del cálculo puro y la ira contenida. Un tenebroso perfil empezaba a tomar forma. Robé ropa de la lavandería de una residencia de estudiantes cercana. Luciendo unos vaqueros y una camiseta demasiado grande para mí, eché a andar hasta que salió el sol.

El día amaneció gris en el Medio Oeste, el mismo color que la estación de autobuses. Había dormido junto a un contenedor de escombros en la parte de atrás de un supermercado. Había abierto varias cabinas telefónicas a golpes hasta reunir el dinero suficiente para el billete de autobús y una chocolatina Milky Way. Un joven malvado y superinteligente, agotado y sin blanca, vagando por Estados Unidos sin rumbo fijo.

Cuando llegó, el autobús venía casi vacío. Me senté en uno de los asientos de atrás, a la izquierda, y me puse a mirar por la ventana. Las carreteras, casas y gasolineras se iban sucediendo, y sabía que no podría vivir ni trabajar en ninguno de aquellos lugares. Tenía un billete hasta Reno, Nevada, un destino elegido al azar.

Sabía que necesitaba establecerme en algún lugar menos poblado, a ser posible con un desierto en el que pudiera construir bajo tierra. Levantaría muros de hormigón, con mis propias manos si fuera necesario, y los llenaría de generadores y sofisticados sistemas electrónicos. Al principio, mi base de operaciones tendría un aspecto algo tosco; las bóvedas altísimas y los relucientes acabados metálicos vendrían más tarde. Para empezar, montaría un complejo sistema de circuitos sobre armazones de madera y metal para fabricar el superordenador que ya había diseñado

en mi mente. Luego iría aumentando mi potencia gradualmente, potencia informática, potencia eléctrica, superpotencia. Pronto estaría trabajando con teraflops y utilizando energía derivada de la fusión nuclear. Durante mucho tiempo, vi cómo el paisaje cambiaba de los prados verdes a los matorrales pedregosos, y cómo las nubes se oscurecían y descargaban sobre las montañas. Quizá lloviera en algún otro lugar, pero no donde estaba yo.

Recuerdo aquellas noches, en las que me dedicaba a planear tecnologías que aún no existían, una ciencia al margen de la ciencia, ensoñaciones futuristas, medio mágicas. ¡La de cosas que podía hacer fuera del ámbito universitario, ahora que no tenía que esperar a todos aquellos pedantes e imbéciles de la facultad! Estaba construyendo otra ciencia, mi propia ciencia: salvaje, con robots y rayos láser y cerebros incorpóreos. Una ciencia que emitía zumbidos y relucía en la oscuridad, que quería hacer cosas. Que sabía levantarse y caminar, volar, luchar y reproducirse en los lugares más remotos del planeta en forma de deslumbrantes y estridentes creaciones, cúpulas, torres y alucinaciones arquitectónicas. Y que tenía mala leche. Una ciencia desquiciada.

* * *

Uno no se convierte en un supervillano de importancia mundial de la noche a la mañana. Pasé mucho tiempo dando tumbos hasta convertirme en el Doctor Imposible. La primera vez que salí del país fue para mí una revelación. Empecé a abrirme a nuevas influencias, a convertirme en una nueva persona, un individuo excéntrico y peligroso. Los mejores supervillanos de todos los tiempos han tenido siempre un halo de exotismo, algo que evocaba el Lejano Oriente o los bosques de Transilvania. Tiene que haber misterio.

Durante aquellos años hice algunas incursiones a los lugares más insospechados. Caminé durante tres días por el norte del Sáhara, arrastrando las provisiones de agua y dormitando durante el día, a la sombra, hasta que llegué a Jartum. La soledad era inmensa; el calor hizo que me despellejara de la cabeza a los pies. De noche, soñaba con faraones que me susurraban al oído, con espíritus inmensos que rondaban las dunas bajo la luz de la luna.

Me peleé por dinero en los garitos de lucha clandestina de Bangkok, y sudé la gota gorda bajo los focos de aquellos sótanos con colchones esparcidos en el suelo. Allí iba a parar la escoria de los superdotados: discretos talentos locales, fugitivos, seres extraños que no tenían nada a lo que aferrarse más allá de un toque de poder que los diferenciaba del resto de los mortales. Un estadounidense con una armadura de fabricación casera se enfrentaba a tres chamanes pigmeos de Australia; un maestro del kárate se las veía con un hechicero francés o con un mutante ruso, superviviente

de Chernóbil. Aventureros de medio pelo, monstruos y marginados se enfrentaban, uno a uno o en grupos, hasta bien entrada la noche entre los ensordecedores chillidos y abucheos del público. El ruido era tan abrumador que ni siquiera nos inmutábamos cuando nos hacían un corte profundo o una quemadura de primer grado. Yo luché como Barón Benceno, como Conde Crápula, como quiera que les diera por anunciarme. Espartáculo. Doctor Fiasco.

Aprendí unas cuantas reglas básicas: cómo dar un puñetazo superpotente sin perder el equilibrio, y cómo encajarlo. Cómo descubrir las secuelas que dejan los superpoderes: el paso tambaleante de alguien que se ha sometido a una operación del sistema nervioso o los híbridos alienígenas, de ojos altairianos y manos enderrianas. Cómo saber, con solo observar el modo de caminar de un superhéroe, o sus ojos, sus manos, los cambios que sufrió su cuerpo tiempo atrás. La mayoría ha pagado un elevado precio a cambio de sus poderes, un precio que muchos han acabado considerando demasiado elevado. Si sabías qué buscar, lo veías en cuanto daban dos o tres pasos en la arena.

Salía a luchar tres o cuatro veces por semana, y los días que libraba me despertaba en las mañanas grises y bochornosas de Bangkok magullado y con quemaduras por todo el cuerpo, en un piso por encima del mercado que alquilábamos entre media docena de luchadores, como el Faraón, Shylock y un elenco siempre cambiante de buscavidas. Yo solía dormir acostado en un colchón sobre el suelo, y podía ocurrir perfectamente que alguien con cabeza de insecto se hubiese desplomado en el sofá cercano.

Fue allí donde conocí al Faraón, y también donde entré en contacto por primera vez con gente como yo, individuos que habían desarrollado poderes pero habían dicho no a la capa y el antifaz, a interpretar un papel. Huelga decir que apenas si tenía algo en común con ellos. Eran, en su mayoría, meros delincuentes sin estudios universitarios, y los había incluso que ni siquiera habían pasado por el instituto. Pero, al igual que yo, habían dicho «no», y tampoco habían encontrado nada por lo que valiera la pena decir «sí». Es lo más cerca que he estado nunca de sentirme integrado en algo.

Recuerdo la noche en que Argonauta se presentó de incógnito y se enfrentó a todo el que se atrevió a retarlo hasta quedarse sin contrincantes, la noche en la que Colonia perdió la vida en el ring, y lo que salió de su interior. Me recuerdo a mí mismo sujetando a un extraño por el pelo, el brazo alzado en un saludo a la multitud, y las celebraciones étlicas financiadas con el dinero de los premios, que nos llevaban a recorrer las calles con paso torpe y ánimo sentimental, haciéndonos solemnes votos unos a otros en nombre de los valores comunes —aunque nunca nombrados— del silencio, el exilio y la larga derrota.

Y me parecía increíble que nadie más se diera cuenta del alcance de lo que estaba

ocurriendo, de las cosas que nos estaban pasando, de los cambios que habían sufrido nuestros cuerpos, del destino que poco a poco iba desvelando sus planes para aquellos ninjas sin oficio ni beneficio, marcianos, hechiceros desterrados que algún día tendrían que buscar sus distintos caminos de vuelta a casa. Una noche, tras un combate con una criatura mágica y pétreo del que había salido especialmente maltrecho, el Faraón y yo nos sentamos a orillas del océano, a contemplar las extrañas aguas del golfo de Tailandia. Las costillas me crujían, y me juré a mí mismo que jamás me rendiría, jamás.

Trabajé como guardaespaldas para un grupo de traficantes de droga de Hong Kong, enfundado en un traje oscuro y plantado noche tras noche detrás de un magnate de los estupefacientes que vivía sumido en la embriaguez. Para ellos, era el blanco esmirriado que sabía detener las balas y dejar inconsciente al más fuerte de los matones. Hasta que una noche un grupo de competidores entró por la puerta, demasiados para detenerlos. Me perdí en la noche de Hong Kong, llevando encima tres millones de dólares en un maletín, el traje empapado en sangre. A la mañana siguiente, cogí un avión de vuelta a Estados Unidos. Había llegado el momento de que el mundo conociera mi verdadero rostro.

* * *

Por lo menos tengo un teléfono a mano. Los recuerdos de aquellos días me hacen pensar en mis antiguos contactos. Tengo una amplia, si bien algo dispersa, red de conocidos a los que podría llamar. Que no me fueran a ver a la cárcel no significa que haya dejado de existir esa red. Hay cosas que necesito para poder echar a andar de nuevo. Podría hacer un par de llamadas. Pero... ¿a quién? Con la que se ha liado a raíz de la desaparición de Fuego Esencial y la reunión de los Campeones, no es buen momento para los supervillanos.

Empiezo a confeccionar una lista. Hay un montón de gente que ya no está, que anda escondida o está entre rejas. El Augur anda suelto, y puede resultar útil, suponiendo que esté sobrio. También está Nick Napalm, todavía en libertad. Uno de ellos me dirá dónde se hacen las reuniones estos días, y puede que incluso quieran echarme una manita. En cuanto a Lily, aún no estoy preparado para pensar en ella.

Luego está el Faraón. Podría serme muy útil, pero primero tendría que dar con él. No me refiero al verdadero Faraón, el del Superescuadrón, sino al otro, el supervillano de tres al cuarto. Tenía una gran maza que le gustaba blandir a diestro y siniestro, y que según él lo hacía invulnerable cuando pronunciaba cierta palabra mágica. Se había hecho una armadura, la había pintado de dorado con pintura en aerosol y luego la había adornado con unos jeroglíficos propios de un niño, todo ojos y líneas sinuosas. Afirmaba ser la reencarnación de Ramsés, aunque no siempre

acertaba a pronunciar correctamente su propio nombre. La maza en sí era una enorme cachiporra de piedra, el arma de segunda o tercera mano de alguien que, evidentemente, se había retirado. La llamaba «la maza de Ra». Me hubiese gustado tenerla en mis manos para ponerla a prueba, pero su propietario jamás me lo consintió.

Manteníamos el tipo de amistad, entre colegial y recelosa, que pueden tener dos supervillanos. En cierta ocasión, nos vimos obligados a escondernos juntos durante dos días en un cobertizo lleno de goteras de Nueva Jersey mientras los superhéroes surcaban el cielo, sobrevolándonos sin saberlo. Pasamos el rato compartiendo anécdotas y fardando de nuestras mayores hazañas. Él también conocía a Lily. Intenté dar algún que otro golpe con él, pero nuestra sociedad nunca llegó a cuajar.

No se puede decir que el Faraón haya llegado muy lejos como supervillano. Una tarde, en pleno centro de Chicago, logró arrinconar a Serpenteante y dejar inconsciente a Bloqueo. Si hubiese sabido aprovechar sus oportunidades, podía haber llegado a ser alguien. El verdadero Faraón ni siquiera se ha molestado jamás en pedirle explicaciones por haberle copiado el nombre.

Pero también él se ha esfumado, lo ha dejado hace ya algún tiempo. Lo cierto es que nunca se lo tomó demasiado en serio, y la delincuencia es un asunto serio, maldita sea. Se lo tenía dicho.

* * *

El nombre se me ocurrió durante mi primer trabajo de verdad en Estados Unidos. El viaje por la autopista de peaje de Nueva Jersey se me hizo eterno: cuatro horas en penumbra, de cuclillas y apoyado en la caja de la rueda. Dormité un poco durante el trayecto. Resultaba extraño viajar en un vehículo conducido por un robot que yo mismo había construido, y el suave traqueteo me trajo recuerdos de los viajes en coche de mi niñez. Estaba soñando con el efecto zeta, su titilante campo rojo y sus tentadores misterios cuando me desperté y vi ante mí los rostros moldeados en plástico de los robots que se balanceaban junto a mí en la larga y desierta caja de la furgoneta, como una hilera de soñolientos maniqués para pruebas de colisión.

Noté cómo recorríamos el Holland Tunnel y nos incorporábamos al denso tráfico del centro de la ciudad. El robot que iba al volante era de los buenos, lo bastante convincente para pasar por humano en una inspección no demasiado rigurosa. Lo único que tenía que hacer era conducir, pagar los peajes y sonreír sin demasiado afán a los demás conductores. Nunca llegaría a apearse de la furgoneta, mientras que los cuatro robots que me acompañaban detrás entrarían conmigo en el banco.

La sucursal bancaria se encontraba en pleno centro. Era pequeña pero adecuada a mis necesidades. No podía seguir dependiendo de la ingenuidad ajena y el hurto.

Necesitaba capital. Y necesitaba salir al exterior, que supieran que había vuelto. El robot doblaba a derecha e izquierda con suavidad mientras nos dirigíamos a nuestro objetivo, y tuvo incluso la osadía de hacer sonar el claxon al ver a un camión que estaba deteniendo el tráfico.

Conecté los robots. Eran listos y fuertes, pero se notaba que no estaban a punto de enamorarse o solicitar la nacionalidad. Comprobaron sus pistolas aturdidoras; yo comprobé mi equipo. Gateé de nuevo hasta la puerta trasera y me senté. La furgoneta se puso en el carril de la derecha y aparcó en doble fila justo delante de la puerta acristalada de doble hoja.

Abrí de una patada la puerta trasera de la furgoneta y bajé a la calle. Caía una nieve ligera que escarchaba los bordes de las cosas y oscurecía el asfalto. Había pasado meses diseñando y montando los robots, cosiendo el traje, fabricando el equipo que colgaba de mi cinturón. Y ahora allí estaba, en una céntrica calle de Manhattan, bizqueando a causa de la repentina luz, en medio del ajetreado tráfico de la mañana, mientras los transeúntes empezaban a reaccionar. Eran las diez y media de un martes de finales de enero, y en los rascacielos que se alzaban ante mí los oficinistas iban y venían, enfrascados en sus tareas de la mañana, hojeando papeles y conversando en sus escritorios. Yo tenía veinticuatro años.

Un hombre corpulento y uniformado me miraba desde la ventana con gesto de enfado y me ordenaba por señas que me marchara. Tuve un momento de vértigo, un terrible momento de vergüenza propio de una pesadilla. ¿Qué estaba haciendo? Debería estar allí arriba con ellos. Debería estar trabajando. Llevaba puesto un disfraz. Solo podía estar anunciando algo, haberme adelantado al carnaval o haber sucumbido a un ataque esquizofrénico. Había llegado el momento de la verdad, peor que ningún enemigo al que pudiera enfrentarme, que ninguna arma secreta. Tenía el estómago encogido.

Haciendo de tripas corazón, me obligué a avanzar hasta la fachada de grueso cristal cilindrado del banco. A mi espalda, los robots empuñaban sus pistolas aturdidoras y mis tapones de oídos se activaron automáticamente. El hombre que estaba junto a la puerta alzó la mano para indicarme por señas que me detuviera, que me marchara. Aquel fue el momento decisivo. Negué con la cabeza. ¿Detenerme? ¿Marcharme? De eso nada. Ni hablar. Una sonrisa poco familiar se adueñó de mi rostro.

Empuñó la pistola, demasiado tarde. Porque yo no necesitaba detenerme. Cogí la puerta y tiré con tanta fuerza que se salió de uno de los goznes y se quedó allí colgando. No iba a detenerme y no iba a pagar daños y perjuicios, y tampoco iba a decir que lo sentía, porque nunca jamás tendría que volver a hacer lo que me dijeran otros. Hubo un estruendo a mi espalda segundos después de que cruzara el umbral, y de pronto ya eran muchos más los daños y perjuicios de los que no pensaba hacerme

cargo.

—¡De rodillas!

Señalé el suelo, y en un segundo toda aquella gente se había arrodillado a mis pies. La mayor parte de los presentes no oiría nada hasta que hubieran pasado unos treinta segundos, y además tenía que transmitir una sensación de autoridad. Levanté la vista y me di cuenta de que seguía sujetando en el aire al guardia del banco, que había perdido el conocimiento. Lo arrojé sobre una maceta con una palmera. Solo varias horas más tarde, ya en casa, me di cuenta de que me había dado de lleno en el pecho. Se oyó un estruendo cuando los robots abrieron un boquete en la cámara acorazada. Dos de ellos blandían sus pistolas ante los clientes y los empleados del banco mientras los demás llenaban sacos de dinero. Yo no tenía nada que hacer, excepto pasearme por el vestíbulo del banco con aspecto amenazador y seguro, pero aquel rato se me hizo eterno.

Seguí hablándoles a voz en grito. Les chillé, pero no recuerdo qué les dije. Me proclamé emperador de Manhattan, de Estados Unidos, del mundo. Estaba temblando. Afuera, el tráfico se había detenido. Había gente al otro lado de la calle espionando todos mis movimientos.

Empecé a oír sirenas, pero la última fase de mi plan ya estaba en marcha. Había excavado el túnel dos semanas antes. Envié a dos robots a la puerta del banco para atraer a la policía. Los demás ya estaban metiendo el dinero en el túnel, que se encargarían de cegar tras mi fuga.

Solo me quedaba una cosa por hacer. Me volví para mirar una de las cámaras de seguridad. Había llegado el momento de decirles quién era yo, y lo que sabía desde hacía años. Había preparado un discurso que no recuerdo, pero entonces se me ocurrió otra cosa. Las humillaciones se van acumulando, y sabes que nunca podrás devolverlas, aunque en el fondo, en algún rincón de tu ser, seas mejor que quienes te han humillado. Tu verdadero yo está en otra parte, es alguien invisible, alguien al que nunca llegarás a ver. Alguien imposible de conocer.

—Soy el Doctor Imposible —vociferé—. ¡El Doctor Imposible!

Ahora sabrían quién era yo. No les quedaba más remedio. Di la espalda a la cámara y bajé por el pozo excavado en el suelo.

El túnel desembocaba varios kilómetros al sur, y allí me esperaba un camión alquilado. Me puse una muda de ropa normal. En el viaje de vuelta, tuve un último momento de debilidad. Ahora no había marcha atrás. Había dejado de ser tan solo una persona desaparecida o un excéntrico inventor. Me había convertido en un supervillano. ¡Por el amor de Dios, acababa de atracar un banco a plena luz del día! Me vi obligado a salir de la calzada y detenerme en el arcén. Me sentía mareado. ¿Qué había hecho? No había manera de ocultar lo ocurrido. ¿Cómo pretendía salir airoso de algo así? Aquella gente sabía volar, sabía ver a través de los objetos. Me

darían caza como si fuera un animal salvaje.

Pensé en entregarme, en darme por vencido. Si devolvía todo lo que había robado, todo el dinero y el oro, no podrían hacerme gran cosa. Unos pocos años y estaría de vuelta en la calle. Podría regresar al trabajo de laboratorio. Los proyectos de robótica que había hecho en los últimos ocho años me valdrían una beca de investigación y me ayudarían a limar asperezas en la universidad. Podría seguir trabajando, e incluso investigando, si lograba cerrar un buen trato. El hecho de tener poderes no me obligaba a montar aquella clase de numeritos. Aquel ridículo incidente no tardaría en caer en el olvido, al igual que aquel estúpido disfraz y mi alias. Fuera todo.

Me llevé las manos al casco, dispuesto a quitármelo. ¿Y luego, qué? ¿Qué tenía que hacer? ¿Presentarme en una comisaría de policía? ¿Llamar al FBI? ¿Ir a la cárcel? Aunque me entregara, nada cambiaría.

Entregándome no lograría convertirme en uno de ellos. Lo vi claro cuando adquirí mis superpoderes, pero en realidad lo sabía desde antes. Lo aprendí siendo un niño, en mi primer día de escuela, lo aprendí en las cálidas y lluviosas calles de Bangkok, lo aprendí en la universidad. Siempre lo sabes cuando eres diferente, y eso es algo que no puedes cambiar por mucho que quieras. ¿Qué haces cuando descubres que tienes una predisposición innata al mal? Pues lo aceptas y te conviertes en la clase de héroe a la que puedes aspirar. La clase de héroe que tu frío y anómalo corazón te permite ser.

* * *

Ha llegado el momento de volver a empezar. Quizá esta vez todo sea distinto. He aprendido de mis propios errores. Ahora que Fuego Esencial está fuera de juego, tal vez me halle ante mi gran oportunidad.

Creo que voy a quedarme unos días más por aquí, en mi suite del motel Starlight. No podré acercarme a las ruinas de mi antigua base durante algún tiempo. He comprobado todas las idas y venidas de superhéroes que puedo monitorizar y creo que he logrado escapar sin dejar rastro. Hay un RadioShack a una calle de aquí, montones de alambre de cobre y un sinfín de restaurantes de comida para llevar. Ahora tengo planes, ideas que fui perfeccionando en la cárcel. En unas pocas semanas, estando en libertad, alguien como yo puede conseguir grandes cosas.

Repaso una vez más mi nuevo plan, pero la idea que lo sostiene es de una sencillez apabullante. Para dominar el mundo no necesito más que cuatro objetos: un espejo, un libro, un muñeco y una joya. Es un truco, una artimaña que se me ocurrió en mi celda. Cuatro cosas por las que nadie daría demasiado, elegidas entre los incontables objetos que atiborran el mundo, pero que combinadas del modo adecuado

pueden cambiarlo todo. Aún no sé dónde están, y necesito hacerme con ellas sin dejarme coger. Además, todavía hay muchas variables que pueden afectar a mi plan: ¿dónde está Fuego Esencial? ¿Y si vuelve?

Soy cuidadoso. Llevo gafas de sol incluso de noche, y hablo impostando la voz. Pero el hombre árabe de la camisa rosa que estaba en la tienda abierta las veinticuatro horas me ha visto. El dependiente de la lavandería me conoce por otro nombre. Las dos personas que atienden la recepción del motel, el anciano propietario del mismo y aquella adolescente con acné y mirada perdida, también me tienen visto. Y luego está el chico que trabaja para el restaurante chino repartiendo comida a domicilio. No sé a qué pensarán que me dedico. Cualquiera podría adivinar mi secreto.

El tráfico no cesa al otro lado de la ventana. He arrinconado todos los muebles de la habitación, y mi nuevo y mejorado báculo de poder —o más exactamente su esqueleto— descansa sobre una sábana encima de la alfombra. De momento no es más que un armazón metálico envuelto en circuitos eléctricos y cables, pero estoy esperando unos paquetes. Nick Napalm me conseguirá lo que necesito, cosas que no se pueden comprar en RadioShack. Lo he rediseñado en la cárcel, en mi mente, en la oscuridad, mientras al otro lado de la puerta los guardias recorrían el pasillo arriba y abajo.

* * *

Recuerdo la penúltima vez, el dirigible escorándose, escupiendo humo negro al cielo despejado mientras yo me enfundaba en un traje de vuelo suborbital. Me temblaban las manos mientras llenaba el depósito, y aún me parece oler el combustible del cohete espacial. Aquel fue el último de cinco planes de fuga, la pieza final de un elaborado rompecabezas que había diseñado en mi base.

Y allí estaba Fuego Esencial, junto al gigantesco Batallón, dos toneladas y media de metal flotando inexplicablemente en la brisa veraniega. Les había atizado con todo lo que tenía, y Fuego Esencial seguía fresco como una rosa y sin un solo rasguño, como si acabara de apearse de un yate. Allá abajo, Queens empezaba a desplegarse ante mis ojos con inquietante nitidez; perdía altitud y buscaba con la mirada los lugares en los que podría aterrizar sin matarme. Pronto me encerrarían de nuevo en la cárcel «para siempre» por décima vez.

—¿Qué, te rindes? —preguntó Fuego Esencial.

—¡Jamás! —repliqué.

Y lo mantengo. Llevo mucho tiempo soñando con el día en que uno de mis planes llegue por fin a materializarse, ejecutado sin percances hasta el último detalle, cuando la última pelota rueda por su rampa hasta el último receptáculo, que a su vez activará la última palanca de la máquina de Rube Goldberg más grande que se haya visto

jamás. Ese día llegará cuando acabe de construir mi nueva arma de destrucción total, cuando tenga a punto el láser de lanzamiento, cuando haya logrado poner en órbita el satélite de control meteorológico y los cielos obedezcan mis órdenes. Días soleados, oscuras y atronadoras tormentas o una llovizna de media tarde con solo mover un dedo. He pasado todos estos años bajo tierra, soñando con un lugar en el que pudiera elegir el tiempo que hacía.

—¡Rendíos o morid!

En el puente de mando de mi dirigible el viento se agita, portando un nuevo perfume. Ha llegado el otoño.

EMPIEZA EL JUEGO



Los cristales de las ventanas han quedado hechos trizas en varias manzanas a la redonda. En las noticias de la tele se ve a Nick Napalm luchando, rodeado de llamaradas. Han evacuado la zona a primera hora de la mañana, y ahora reina en el barrio una calma fantasmagórica. Damisela y yo hemos cruzado el primer perímetro de seguridad. Ella se limita a enseñar algún tipo de identificación a los policías de las barricadas, que se nos quedan mirando con los ojos a punto de salirse de las órbitas, como si fuéramos peces venenosos de escamas relucientes.

Damisela va delante, sin hacerme el menor caso. Nos conducen a un almacén que queda a tres manzanas de allí, donde lo tienen encerrado. Caminando por las calles con mi traje me siento como si acabara de llegar de otro planeta. Nuestros pasos resuenan en medio del silencio. Las fachadas desiertas y tiznadas por el humo enseñan sus entrañas. El aire parece retener el eco de los golpes y contragolpes que aquí se repartieron. Hay varios camiones de bomberos aparcados delante del almacén.

Al llegar a la puerta me dispongo a enseñar de nuevo mi tarjeta de identificación temporal, pero Damisela entra directamente sin molestarse en presentarse, y yo la sigo.

—Esta viene conmigo —farfulla, refiriéndose a mi persona. Qué detalle por su parte.

Dentro, la escena me resulta familiar. Reconozco los apresurados protocolos de contención adecuados a las excepcionales características de cada caso que surgen siempre que se detiene a un metahumano hostil, y que nada tienen que ver con el procedimiento de detención habitual. Nick Napalm está tumbado boca abajo en el suelo de cemento, en una zona que se ha despejado a propósito en el centro del almacén. Tiene las manos esposadas a la espalda. Un policía sostiene una manguera a escasa distancia de su cuerpo y lo riega sin cesar para impedir que vuelva a lanzar llamaradas.

Han trazado un círculo de unos cinco metros de diámetro alrededor de él con pintura roja, y hay ocho o diez policías con chalecos blindados controlándolo al otro lado de una trinchera de neumáticos apilados. Parecen exhaustos y cabreados. Han tenido una mañana de las que no se olvidan fácilmente, y todo porque dos tipos con superpoderes decidieron salir de juerga la noche anterior. Hay un par de tiradores en

una pasarela, apoyados en la barandilla.

Nick Napalm está tumbado justo en medio del charco de agua, que se va escurriendo por una rejilla del suelo. Es un hombre menudo con pelo oscuro y piel cetrina, y luce un traje naranja y negro que lo cubre de la cabeza a los pies. Supongo que, estando seco, el traje debía de crear un vistoso efecto ondulante, pero ahora no parece más que una pila de ropa mojada. No se mueve. Desde aquí veo que tiene un lado de la cara muy magullado.

Nick Napalm es exactamente lo que sugiere su nombre, un lanzallamas humano. Siempre que sale a divertirse le cogen unas neuras tremendas y le da por quemarlo todo. Su mirada perdida y su tono de voz ausente sugieren algún tipo de problema esquizoide, pero cuando no se encuentra en pleno arrebató pirómano es un tipo bastante sensato que necesita ganarse la vida, como cualquier otro hijo de vecino, y posee una astucia innata que comparte con todos los locos. Se ha escapado de unas cuantas celdas supuestamente ignífugas a lo largo de los años.

Algunos de los agentes de policía se nos quedan mirando fijamente cuando llegamos. No parecen demasiado amistosos, pero tampoco pueden evitar un gesto de alivio al reconocer nuestros trajes. Estas sí están acostumbradas a tratar con bichos raros, pensarán. Venimos a solucionarles la papeleta. Un agente joven nos conduce hasta el otro lado de la barricada de neumáticos.

—Nick Napalm. Se pasó toda la noche luchando con Piel de Oso. Uno de los dos ha robado un diamante y se han peleado por ver quién se lo quedaba. Hemos logrado reducirlo a eso de las seis de la mañana. Nos dijeron que os llamáramos.

Damisela parece acostumbrada a este tipo de diálogos, y se muestra cortés pero distante.

—Gracias. ¿Qué ha pasado con el diamante? ¿Se sabe algo?

—De momento no hay ni rastro de él. ¿Dónde estabais anoche?

—Teníamos otros asuntos que tratar.

Lo cierto es que se había liado de nuevo en una discusión a grito pelado con Lobo Negro. Lo oí desde la otra punta del pasillo.

Entramos en el círculo mágico y avanzamos hasta el punto en que Nick Napalm permanece tumbado. Nadie nos sigue. Me arrodillo para hablarle.

Siguen regándolo con la manguera, y solo de estar allí agachada junto a él empiezo a mojarme yo también. Sigue sin moverse. Así termina la gente como Nick Napalm, así acaba tanto talento y ambición...

—Nick —susurro.

—¡La Mujer de Hojalata! —Su voz suena un poco distorsionada por las contusiones y por tener la mejilla pegada al cemento. No ha perdido el conocimiento en ningún momento—. Sácame de aquí. Van a matarme. Les he oído decirlo.

No resulta inverosímil. Siempre podrían decir que intentó darse a la fuga. Nadie

iba a echarlo de menos.

—Tenemos que preguntarte algo sobre Fuego Esencial.

—Primero sácame de aquí. Haz que me lleven a un centro de detención especial. Sé que puedes conseguirlo.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Lo he visto. Al Doctor Imposible. Hace cuatro días. Te diré dónde.

—Mierda. —Me vuelvo hacia Damisela—. Y ahora, ¿qué?

—De acuerdo. Lo acompañaremos nosotras. —Parece impaciente.

—Lo que pasa es que los polis se van a mosquear.

Lo hacemos. El sargento de policía empieza a protestar, pero una mirada de Damisela basta para hacerlo callar. Está meando fuera de tiesto, y lo sabe. Sin embargo, no puedo evitar sentir las miradas de los tiradores clavadas en mi nuca. No soy como Damisela, y una bala en el lugar adecuado puede acabar conmigo, como lo haría con cualquier otro mortal. Ella, en cambio, no parece inmutarse. Lleva toda la vida siendo una superheroína, y es evidente que no podría importarle menos lo que piense la policía.

Ayudo a Nick a levantarse, aunque tengo el detalle de mostrarme brusca, y lo acompaño hasta el otro lado del círculo de seguridad, aunque soy consciente de que nos estamos saltando a la torera todos los procedimientos de detención y no puedo evitar sentirme nerviosa. Nick tampoco se esfuerza por darle una apariencia más legítima a toda la escena, pues se apoya en mí como un borracho y me habla al oído.

—Sé lo que escondes en tu interior, Mujer de Hojalata. Lo veo ardiendo. Él también lo tenía.

Se refiere a Fuego Esencial.

—No podemos llevarlo en el coche —dice Damisela en tono hastiado— ¿Puedes llamar a Lobo Negro por ese chisme tuyo?

—Sí, claro.

—Dile que venga a recogernos en su barco, y avísale de que tenemos un pasajero. A veces, sus juguetes resultan útiles.

* * *

Paso algún tiempo en la Sala de Crisis aprendiendo cómo funciona el sistema informático mientras Lily me observa. La pantalla es enorme y proyecta una luminosidad blanca sobre nuestros rostros mientras desplazo ventanas y datos de aquí para allá, buscando un patrón. Lobo Negro está de pie a mi espalda, y va señalando algunas peculiaridades del sistema. Se trata de un ordenador central personalizado que su empresa construyó a partir de un diseño suyo.

—Se hacen pasar por solitarios, pero esta gente se conoce.

Lobo Negro me está dando una clase magistral. Solo habla como Clint Eastwood en público. En privado tiene una voz más aguda, y tan nasal que resulta casi inquietante.

Me pregunto cómo puede saber todo esto. Tenía ocho años cuando se perdió en un camping de Nuevo México, durante una excursión a la que se había apuntado con sus dos hermanos. Se alejó demasiado y pasó cinco días vagando por el bosque. Lo encontraron sentado en una piedra, tan tranquilo. Nunca fue al colegio, pues le diagnosticaron autismo. Supongo que el hecho de llevar la foto de un animal en la pechera le sirve de ayuda.

—Un supervillano como el Doctor Imposible genera ondas concéntricas a su alrededor. Siempre está construyendo algo, y necesita un equipo muy especial. Ni siquiera alguien como él puede hacerlo todo solo. No se puede construir un robot de treinta metros de altura a partir de la nada. Necesita que le pongan cosas en órbita, o que le hagan un corte molecular perfecto, o que le traduzcan algo escrito en antiguas runas. Siempre hay rumores en circulación, pistas que nos pueden conducir hasta él, y hay también una economía sumergida en la que se mueve toda esta gente.

De esto último sí sé algo. De hecho, se parece al mundo de los grandes señores de las drogas y los traficantes de armas con los que me vi obligada a tratar durante mis tiempos de agente especial, solo que en este caso todo resulta mucho más extraño. Compruebo cómo la influencia del Doctor Imposible se extiende por los mercados monetarios, los contrabandistas y los superdotados de poca monta como Nick, que venden sus poderes al mejor postor. Alguien le encargó que robara el diamante, y alguien se presentó después para arrebatárselo.

* * *

—Aquí estoy.

En un almacén de Chicago, Mister Místico aparece de pronto entre las sombras, arrastrando su inseparable capa. Lo sigo con atención, tratando de averiguar de dónde ha salido, pero el muro que había a su espalda permanece en total oscuridad incluso bajo los rayos ultravioleta.

Llevamos casi una hora merodeando por aquí. Alguien ha entrado a robar en un almacén. Salvaje tenía sintonizada la frecuencia de emisión de la policía y oyó que se trataba de un almacén de suministros químicos. Damisela observa con ojos achinados algo que a mí se me escapa por completo. ¿Hay algo que no sepa hacer?

—Genial —contesta a Místico sin molestarse en volverse—. La microvisión no me da ninguna pista. Comprueba que no haya resonancias.

—Emanaciones.

—Lo que sea.

Místico cierra los ojos y extiende los brazos al tiempo que mueve los dedos. No veo que ocurra nada más, excepto que el amuleto le brilla un poco. Parece un niño jugando a la gallina ciega. Miro de reojo a Damisela, que está esperando su respuesta con cara de pocos amigos.

—Sí, hubo una presencia aquí. Una mente... muy difícil.

Salvaje gruñe.

—Era él. Lo sé. Todo esto es típico de un friqui como él.

El Doctor Imposible no encaja demasiado en la definición de superdotado. No puede volar, se esconde en los tejados y roba cargamentos de droga. Habrá estado en la Luna, pero cada vez que se topa con un malhechor le arrebatara la navaja de una patada. Lo que pasa es que en el fondo detesta la delincuencia.

Desde aquí puedo acceder al inventario. No falta nada excepto un conjunto de diamantes de precisión para aplicaciones ópticas. Hemos entrevistado a parte del personal de seguridad, pero nadie recuerda absolutamente nada. No recuerdan siquiera si se habían presentado a trabajar esta mañana. Nick Napalm ha hecho esto, pero no estaba solo.

Lily se apoya en una pared.

—¿Por el amor de Dios, es esto lo que hacéis normalmente? ¿Dejar pasar las horas aquí sentados? Creía que teníais ordenadores y todas esas cosas.

—Y los tenemos. —Lobo Negro levanta la vista de lo que quiera que sea que observa en cuclillas.

—Fatale, ¿puedes comprobar esta huella en tu base de datos? No creo que sea una muy normal.

Los supervillanos tienden a fabricar sus cachivaches desde cero, ya que poseen una tecnología muy adelantada respecto a lo que se encuentra en los comercios, así que en sus artefactos todo se sale de la norma —el tamaño de los tornillos, los voltajes—, como cuando un estadounidense viaja a Europa. Escaneo la huella y la contrasto con mis archivos, pero en vano.

Salvaje no se lo está tomando demasiado bien.

—¿Así que hemos tirado otra noche por la borda? El Doctor Imposible sigue ahí, haciendo de las suyas, y las cinco personas más poderosas del planeta no hacen más que dar vueltas en un almacén.

Sé lo que se siente. Todos queríamos golpear algo.

—Escucha, todos nos sentimos frustrados...

—Lily... —Las orejas de Salvaje, que hasta entonces se mantenían erectas, caen a ambos lados de su cabeza—, ese hombre era tu amante, ¿verdad?

—Más o menos —contesta Lily con evidente hastío.

—Tiene que haber algo que no nos hayas contado.

—Oye, que he sido amnistiada, ¿de acuerdo? Si no me crees, pregúntaselo a

Damisela.

—¿De veras? No recuerdo haber firmado nada.

Por un momento, toda la escena parece haberse congelado, y nada se mueve a excepción de la cola de Salvaje, que va dando latigazos a un lado y a otro. Lobo Negro hace amago de intervenir, y una vez más, casi sin moverse, Damisela le indica por señas que no lo haga. Entonces Salvaje salta en el aire al tiempo que saca las garras, y casi en el mismo instante, con increíble sutileza, Lily da un paso a la derecha y le asesta un golpe muy medido en la sien. Salvaje se tambalea, tratando de recuperar el equilibrio, y justo entonces ella le golpea en la barbilla. Nada que hacer.

—Pobre gatito... —murmura.

Nadie abre la boca durante unos segundos. Lily mira directamente a Damisela por un momento, quizá desafiándola a expulsarla del grupo allí mismo.

Damisela se encoge de hombros.

—Creo que has dejado claro tu punto de vista.

Lobo Negro la mira de reojo y arquea una ceja. Me parece ver que Damisela reprime una sonrisa.

En el vuelo de regreso a casa me toca sentarme junto a Lily.

—No puedo creer que hayas hecho eso.

Lily suspira y suelta una pequeña carcajada.

—Es la cola. La mueve dos o tres veces antes de atacar. Me lo dijo el Doctor Imposible.

Más tarde proyecto la escena grabada por la cámara de mi retina y compruebo que está en lo cierto. Lo tendré en cuenta.

* * *

Cinco superhéroes entran en un bar de Green Bay, Wisconsin. Allí estoy yo de nuevo, junto a Damisela, Triunfo del Arco Iris, Salvaje y Lily. El bar se llama Mephisto, y es un club nocturno con fama de reunir a los grandes potentados del mercado negro y también a los personajes más populares y superficiales de la comunidad de superdotados. Yo había venido hasta aquí en una ocasión, y confieso que no me dejaron entrar.

Aterrizamos en un solar desierto, a pocas manzanas de distancia, y nada más hacerlo noto cómo los demás se meten en sus respectivos papeles. Damisela nos da cuatro datos por el camino, más que nada para mi información.

—Esto va a ser entrar y salir. No empecéis nada que no podamos terminar.

—Ahí dentro hay sobre todo aficionados —añade Lobo Negro, al tiempo que comprueba si lleva los guantes bien calzados.

—Vaya por Dios, y yo que solía venir cada noche... —me susurra Lily al oído

con una risita.

Dos enormes gorilas custodian la puerta, pero en cuanto ven a Damisela se hacen a un lado. Dentro, el silencio se impone al instante. En los últimos días me ha resultado fácil olvidar que Damisela es una celebridad de fama mundial, sobre todo entre esta clase de gente. La sala está a oscuras, pero eso no supone ningún obstáculo para mí. Empiezo a percibir rastros de radiación, emisiones de partículas distintas, quizá incluso trazas de azufre.

Damisela se dirige a una zona despejada, bajo una de las lámparas del techo. Debo reconocer que posee una confianza y autoridad innatas que superan al mejor campo energético. Es intocable como una diosa desde hace años, y también la hija de uno de los hombres más poderosos de la Tierra. Luce el traje como un uniforme, no como un disfraz. Basta mirarla para saber que su madre es una princesa.

—Tranquilos. No tenéis por qué preocuparos. Solo hemos venido a tomar una copa.

Su voz se expande hasta el otro extremo de la sala. Sonríe con desenfado, como suelen hacer los famosos, pero recorre la estancia con mirada dura. Todo el mundo ha oído hablar de lo de Fuego Esencial. Hay una segunda reacción cuando Lily entra en el espacio iluminado, un silbido apenas perceptible cuya procedencia es imposible de determinar.

—Judas... —susurra alguien desde las mesas de billar.

Debe de haber cuarenta o cincuenta personas aquí dentro, demasiadas para controlarlas a todas. Un gigante con media cara cubierta de tatuajes tiene la ocurrencia de cruzarse en mi camino.

—¿Qué pasa, robonena? —dice, o algo similar. Lo escaneo al instante y, por supuesto, me salen valores fuera de lo normal. Es un superdotado.

Y, como no podía ser de otro modo, han visto en mí a la desconocida con la que pueden meterse. Es una sensación que me resulta familiar, que he vivido en mis propias carnes antes incluso del accidente por culpa de mi metro sesenta y cinco de estatura, mi sobrepeso y mi color de pelo, de un rubio mortecino, que me convertían en la persona más anodina de cualquier habitación. Lo golpeo con fuerza, empleando el dorso de la mano. Suena como un puñado de pesadas bolas de acero arrojadas contra una pared. El hombretón se tambalea y retrocede hasta quedar sentado de nuevo en su silla, y yo doy un paso adelante con la intención de rematarlo.

Algunos de los presentes se levantan, y de pronto soy consciente de los puntos débiles de mi coraza blindada. Miro en busca de una columna, algo en lo que apoyar la espalda. Una garra peluda se apoya en mi hombro.

—Tómalo con calma, Fatale. ¿Acaso ves verdaderos poderes aquí?

La voz de Salvaje me trae de vuelta a la realidad. Nosotros somos los superhéroes y ellos los delincuentes, una chusma cobarde y supersticiosa. Y además, ahora tengo

compañeros.

Despliego todos mis sentidos. La sala se vuelve blanca y verde en mi ojo derecho, con trazos de color rosa y violeta que corresponden a varios picos de energía. Noto que mi disco duro rueda a toda velocidad mientras someto todos los rostros presentes a un programa de reconocimiento facial que me pasó un contacto de la policía.

La base de datos metahumanos arroja media docena de nombres. Uno de ellos es el Augur, uno de los viejos amiguetes del Doctor Imposible. Lo veo medio escondido en un reservado del fondo y le lanzo una mirada dura. Lleva puesto un mono azul pastel, el uniforme de la supuesta academia del futuro lejano por la que afirma haber pasado, pero lo cierto es que, con su calva abombada, más parece un extra de *Star Trek* que un superhéroe. No creo que sea tan estúpido como para atreverse con nosotros. Levanta las dos manos, con las que sostiene sendas copas, y brinda al tiempo que simula su rendición.

Nos dispersamos entre la multitud, buscando a nuestro hombre. Han cesado todas las conversaciones, casi como si los presentes se sintieran intimidados por la reputación de un equipo legendario. Salvaje se abre paso entre ellos, mirándolos desde su estatura de ogro, asintiendo de vez en cuando al toparse con algún conocido. Lily se hace la valiente, pero no se aparta demasiado de las puertas de salida. Las cosas podrían ponerse feas para ella.

Hay una escaramuza al otro lado de la sala, y oigo a alguien suplicando. Triunfo del Arco Iris tiene acorralado a un hombre que luce una chaqueta de terciopelo morada y tiene el pelo todo alborotado. Parece un hippy que se ha mezclado con malas compañías. Triunfo lo agarra por una de las solapas de la chaqueta y, con un rápido movimiento ascendente, lo coge en volandas con una sola mano. Es como en las películas: lo sostiene en el aire con el brazo extendido y sonrío como una colegiala malvada. Yo he levantado del suelo y arrojado a un montón de gente, y no se hace así, por muy fuerte que seas. Hay que usar las caderas, los hombros. Triunfo lo eleva más en el aire, y casi me parece oír un cable tensándose y chirriando en su interior. He visto cosas mucho peores, pero presenciar esto me pone enferma. Es tan flaca que estoy por creer que es incluso menos humana que yo.

El hippy caído en desgracia se llama Galápagos y jura y perjura que no sabe nada. Yo no dudo de su palabra. No es más que un traficante de armas exóticas con limitados poderes de emisión de energía. La multitud observa la escena, y la tensión va en aumento. No aguantarán muchas más humillaciones. La mayor parte de esta gente no tenía nada personal contra Fuego Esencial. ¿Y quién lo tendría, a decir verdad? Solo el Doctor Imposible parecía capaz de albergar un rencor tan persistente.

Nos dirigimos a la salida entre el gentío, que se aparta lentamente para dejarnos pasar, y cuando llegamos a la puerta Lobo Negro se detiene y se da media vuelta.

—Si alguien ve al Doctor Imposible, si alguien sabe dónde está, que nos lo diga

cuanto antes o que se atenga a las consecuencias.

Un murmullo de indignación recorre la multitud.

—¡Nunca lo cogeréis! —grita alguien.

—Venga, vámonos. Ya no tenemos nada que hacer aquí —dice Damisela, al tiempo que nos indica por señas que salgamos.

Yo soy la última en abandonar el local. Casi he salido cuando alguien intenta estrellar una botella de cerveza contra mi nuca. Una estupidez como la copa de un pino, dicho sea de paso, porque en esa zona la coraza metálica tiene más de dos centímetros de grosor. Además, tengo un sistema de respuesta automático para esta clase de situaciones, y lo primero que noto es que mi cuerpo se vuelve de pronto y mi brazo izquierdo se levanta para detener la botella y atrapar el brazo que la sostiene, al tiempo que mi brazo derecho se eleva en el aire listo para golpear y destrozarse costillas, para abrir un boquete en cualquier coraza blindada.

Pero resulta que mi atacante no es lo bastante fuerte ni para enfrentarse a un humano. Los fríos dedos de Lily se cierran en torno a mi muñeca justo a tiempo de impedir que mate al Augur.

* * *

En una calle adoquinada de Irkutsk, la nieve se deposita en mi chasis y se derrite; la temperatura está bajando. Estoy en una azotea, agachada en un suelo de tela asfáltica y gravilla. Lily está arrodillada junto a mí, aparentemente ajena a las inclemencias del tiempo.

El Augur acabó cantando. No costó demasiado. Alguien les había pagado, a él y a Nick Napalm, para que robaran el diamante. Esa persona es un contrabandista ruso de poca monta, un simple intermediario, pero ¿para quién trabaja ese intermediario? Nos han mandado a Lily y a una servidora hasta aquí para averiguarlo. Los demás se han marchado para cumplir, supongo, cometidos más importantes. Me siento un poco nerviosa, temo meter la pata, y me gustaría que Lily fuera un poco más habladora. Nada de esto parece inquietarla lo más mínimo.

—¿Habías estado en Rusia antes?

Vaya birria de pregunta, pero al menos lo intento. Al fin y al cabo, ella es la que debería tener espíritu de trabajo en equipo. Yo solo estoy acostumbrada a trabajar por mi cuenta.

—Supongo. En aquella época estuve en todas partes, ya sabes...

—Yo he estado aquí unas pocas veces. Quizá más de las que recuerdo. La ANS no siempre me decía a dónde me mandaba.

Hay un silencio.

—¿De veras, mmm... de veras naciste en el futuro?

—Ajá.

—¡Qué cosas!

—Sí, es una larga historia.

Nuestros tres objetivos se encuentran en un bar al otro lado de la calle. Sostengo un fusil sin retroceso que he enchufado a mi sistema operativo. La cámara de la mira telescópica del arma envía la señal directamente a mi monitor interno. Veo la imagen ampliada y teñida de verde pálido de las calles adoquinadas y la silueta de una catedral que se alza más allá de las azoteas. La aplicación Visiontotal.exe está cargada y se dedica a rastrear las fuentes de calor, metal y objetos o personas que se mueven deprisa. Los coches me proporcionan toneladas de información, como las biografías de los conductores o sus itinerarios pormenorizados. Los cables eléctricos se extienden por el mundo como auténticas líneas ley.

Bajo los infrarrojos, las tres personas que ahora salen del bar parecen una hoguera en medio de la noche fría. Una mujer y dos hombres. El aliento de la primera humea en el visor como si respirara fuego. Les apunto con el fusil y hago un zoom con el teleobjetivo, solo para echarles un vistazo. Los oigo riendo y hablando en la noche silenciosa, y la lejanía de sus voces me causa extrañeza, pues contrasta con la imagen ampliada que tengo de ellos, que hace que parezcan lo bastante cerca para tocarlos. A un lado de la pantalla, una ventanita arroja cifras y texto: distancia, velocidad del viento, y la traducción automática a un inglés más que dudoso de su conversación de borrachos.

Suena un disparo. Es lo que he estado esperando, un poco de emoción en el último eslabón de la cadena de suministros del Doctor Imposible. Tal vez hayan averiguado que el Augur se fue de la lengua. Uno de los hombres se tambalea, pero la otra mitad de mi cerebro ya está procesando cifras, proyectando su personal filmación de Zapruder y trazando una línea recta hasta una ventana del edificio de enfrente.

—Espera aquí. —Le paso el fusil a Lily.

Bajo corriendo por la escalera de incendios, cruzo la calle, y escasos minutos después me planto delante de una puerta metálica. Tomo aire y le asesto una patada tremenda, copiando literalmente cada movimiento de una vieja película de Bruce Lee, la perfección de las artes marciales trasladada al acero. Estoy ejecutando una patada lateral del verano de 1972, pura magia grabada digitalmente, y lo puedo hacer siempre que quiera. La puerta se astilla por la cerradura y se abre de par en par.

El francotirador se ha apostado en el salón de alguien, en un edificio de pisos encarado al oeste. Se ha hecho un hueco apartando las plantas de interior y una mesa de centro para montar un trípode entre bolitas de pelusa y trozos de piezas de Lego. También hay una hilera de cargadores dispuestos sobre el parquet. Ha estado aquí arrodillado, fumando los cigarrillos de los dueños de la casa mientras esperaba el momento de disparar. Entro por la puerta y cruzo la habitación sin darle tiempo

siquiera a girar el cañón del rifle. Parece salido de una peli de ciencia ficción: un rifle bláster, aletas a lo Buck Rogers y una funda para llevar el arma al hombro que no tiene desperdicio: curvilínea, pintada de rojo y dorado y profusamente ornamentada. Ya puestos, el Doctor Imposible podía haberle estampado su nombre en la frente.

* * *

Nos espera un largo viaje de vuelta en el avión de despegue vertical, toda una hazaña de la alta tecnología al servicio del lujo. En realidad, es el prototipo de una de las líneas aeroespaciales de Lobo Negro que nunca llegó a las cadenas de montaje. Lily se acomoda amigablemente junto a mí, mientras Salvaje ocupa toda una fila de asientos para echar una cabezada. Los pies le cuelgan por el extremo del pasillo. Mister Místico estudia un libro con tapas de cuero, el cinturón de seguridad meticulosamente abrochado. Lobo Negro y Damisela van delante, ocupando los asientos de piloto y copiloto, respectivamente, en silencio.

Damisela sabe adónde nos dirigimos. Estaba allí hace ahora exactamente dos años. Sentada junto a la ventana tras haberme abrochado yo también el cinturón de seguridad, pienso en lo mal que lo deben de haber pasado en Titán, cuando el ejército alienígena los rodeó de improviso, decenas de miles de extraterrestres engendrados con la única finalidad de convertirlos en guerreros perfectos. Galatea dio la vida por sus compañeros, resplandeciendo como una estrella. Cuando regresaron a la Tierra, nada volvió a ser lo mismo.

LOS ENEMIGOS DE MIS ENEMIGOS



Saco mi traje de la caja de seguridad donde lo dejé bajo un nombre falso. Cuando por fin me decidí por esta identidad, encargué dos docenas de trajes iguales a partir de un diseño mío. Este lleva esperándome desde 1987, y la tela metálica está fría y limpia tras su largo descanso en la oscuridad. De vuelta en el piso, dispongo las prendas sobre la cama. Rojo para el efecto zeta, dorado para el oro. Mallas rojas (los pantalones no cuelan, por desgracia). Tengo piernas flacuchas, pero la capa me las disimula. Guantes rojos, blindados y lastrados a lo largo de los dedos, con aletas que recorren el borde externo, como un cohete espacial de los años cincuenta.

Mi casco rojo con cresta, al estilo grecorromano, está hecho de una aleación de metales ligeros y gomaespuma, y lleva incorporados una docena de sistemas cibernéticos. La túnica está ribeteada en rojo y dorado, y se hizo a partir de una tela que yo mismo inventé, a prueba de fuego, agua, balas, sonidos, ácidos y rayos cósmicos, y también de radiaciones gama y zeta. Nada más ponerme el casco, noto que me yergo un poco más recto.

La capa es puro teatro, un golpe de efecto, inútil a la hora de luchar pero indispensable para hacer una entrada triunfal. Vale por minutos de tedioso discurso. Nadie que vea su ancho vuelo escarlata ondeando a mi espalda mientras invado un espacio que tenían por inexpugnable va a molestarse en hacer demasiadas preguntas tontas. Un simple antifaz es cuanto basta para mantener mi identidad en secreto y convertirme en supervillano.

Vestido de civil no sería más que un delincuente. Lo soy, por descontado, pero con el traje puesto también soy algo más. Llevo la bandera de un país que jamás ha existido y el uniforme de su glorioso ejército, que algún día marchará sobre el mundo extendiendo los dominios del imperio invencible que lleva mi nombre: ¡Doctor Imposible!

* * *

Hace mucho, mucho tiempo, en la época del Barón Éter y el Doctor Mente, los supervillanos se dedicaban a lo suyo en medio de una maravillosa mezcla de glamour

y peligro. Un tipo con cierto encanto y pocos escrúpulos podía acceder a selectísimos clubes nocturnos clandestinos situados en el corazón de Londres, o a fastuosos bares ilegales de Chicago en los que el jazz y el esmoquin eran obligados, y en los que caballeros de aire mefistofélico y damas de una belleza gélida tramaban sus escandalosas intrigas. Pero eso era antes de que la informática lo invadiera todo, antes de que nos congelaran los bienes y nos rastrearán las huellas digitales gracias a las bases de datos globales.

No obstante, aún hoy, para obtener cierta clase de información, solo hay un lugar al que acudir. Me pongo un par de ridículas gafas de sol y al atardecer me subo a un Greyhound que me llevará hasta el corazón de la Pensilvania rural. Estoy solo y soy intocable. No hay un superhéroe en el mundo que no se muera por echarme el guante, pero andan muy despistados. Qué bien sienta ponerse en la piel de un gángster de los de toda la vida, aunque solo sea por poco más de una hora. En el motel, mi báculo de poder empieza a tomar forma. Nick Napalm ha cumplido su misión.

Según mis informantes, debo buscar una obra abandonada, un centro comercial que se quedó a medio construir, el tipo de lugar en el que se reúnen los adolescentes de extrarradio a fumar porros y arrojar piedras contra botellas vacías. Allí es donde nos conocemos los unos a los otros, y al igual que los adolescentes de las afueras, siempre estamos pendientes de las sirenas de la policía o del estruendo sónico que delata la llegada de un superhéroe. Este local lleva en activo cerca de tres semanas, así que no creo que dure dos más. Los superhéroes no tardarán en enterarse de lo que aquí se cuece por algún aficionado de los muchos que siempre andan merodeando. Vendrán avasallando y cogerán a unos pocos rezagados, pero para entonces ya tendremos otro local en el que reunirnos.

Todo se acaba sabiendo, y nos vemos para intercambiar relatos de nuestras últimas hazañas, victorias y fugas milagrosas. Siempre hay alguna novedad que comentar —quién está entre rejas y quién ha salido de la cárcel, la historia secreta del enmascarado de la semana— y estas reuniones nos brindan la oportunidad de ver nuevas caras (o tan solo nuevos antifaces) después de semanas o meses de reclusión en el laboratorio, asteroide o submarino de turno. Nos emborrachamos y nos sentimos hermanados, supongo. Compartimos el humor ácido propio de nuestra condición. Es lo más parecido a la camaradería que llegamos a experimentar.

En los buenos tiempos, yo solía llegar en un helicóptero invisible a los radares que funcionaba con energía nuclear y apenas emitía un ligero ronroneo. Era la envidia del mundo criminal. Esta noche, me toca caminar. Me apeo del autocar delante de un restaurante de la cadena Roy Rogers y los siguientes seis kilómetros los recorro en autostop, con el traje de supervillano metido en una bolsa de deporte. Esta reunión podría solucionar todos mis problemas. Hay cosas que necesito y que no puedo dejar en manos del Augur. Si consigo alguna pista sobre el paradero de Laserator o Cara de

Muñeca, o incluso del Faraón, es muy posible que la balanza se incline a mi favor. Estoy demasiado acostumbrado a trabajar en soledad. Necesito una alianza, un cónclave, una asociación de algún tipo. La proverbial hermandad criminal.

Es casi de noche cuando llego a mi destino. Me cambio de ropa entre la maleza y me dispongo a hacer una entrada triunfal. Los promotores inmobiliarios que emprendieron la construcción del centro comercial acabaron en la bancarrota hace unos años, y las obras se detuvieron en seco. El edificio se quedó en un esqueleto de vigas a la vista y cubiertas de plástico, pero en algunas zonas hay incluso techos en buen estado. Los chicos han improvisado una barra de bar con tablonces y bloques de hormigón, y han montado un dispositivo de camuflaje para que a ningún superhéroe que pase cerca se le ocurra venir a husmear. También han plantado un gran poste de la luz en lo que iba a ser el vestíbulo del edificio. En conjunto, el lugar tiene el aire de un plató de rodaje o un camping. Hay un generador a gas que nos proporciona electricidad y un equipo de música en el que suena Thelonious Monk.

Me cuelo por una rendija en la lona de plástico y me adentro en el espacio iluminado. Esta noche la cosa va en serio: veo a treinta o cuarenta de los nuestros pululando por aquí, la habitual miscelánea de tipos medio brillantes, medio gafes, sentados en grupos de dos y tres. Un hombre de piedra. Algo parecido a una mujer demonio, con cuernos y cola. Un tipo enfundado en una armadura metálica que sostiene un hacha, otro de color azul pálido, traslúcido. Media docena de señores con leotardos de colores chillones, algunos de ellos con auras doradas o rojas, o con ojos que brillan en la oscuridad, luciendo símbolos de calaveras, relámpagos, animales. Perdedores, genios y atletas de categoría olímpica, sin gran cosa en común más allá de la necesidad absoluta de ser los amos indiscutibles de sus personales infiernos. Y luego está esa sensación de amenaza constante, esa extraña vibración que te dice que estos no pueden ser los buenos de la película.

Unos pocos de los presentes levantan la vista pero enseguida fingen no haberme visto. Oigo susurros. Noto que me ruborizo. Ojalá hubiese podido tener mi báculo del poder a punto para este momento. Oigo que alguien menciona al Faraón, y luego una carcajada, y caigo en la cuenta de que nunca he acabado de encajar en estas reuniones. Cuando era el rey del mambo, cuando era una amenaza para la seguridad mundial, no me molestaba en hacer vida social. Los demás venían a mí cuando los convocaba, o se enteraban de mis proezas por la prensa.

Había olvidado lo que se siente al estar entre los peces chicos, gente como el Faraón o el Enigma, cerrando tratos a cambio de unos pocos granos de plutonio o una ballesta de última generación. Soy poco sociable por naturaleza, y además hay diferencias abismales en la educación que hemos recibido unos y otros. Miro a mi alrededor con más detenimiento. Los supervillanos también se pelean entre sí.

—¡Doctor Imposible! ¡Eh, Doc!

Quien me saluda luce un traje rojo que me resulta familiar. Está sentado junto a la barra con unos pocos individuos a los que no conozco, pero a Sanguino lo recuerdo perfectamente de los tiempos de Tailandia. No se conserva mal, para tratarse de alguien cuya armadura bebe sangre.

—Sanguino. Cuánto tiempo.

—Doctor Imposible, aquí unos amigos.

Los aludidos asienten en silencio. Tres de ellos llevan el rostro cubierto: uno con una máscara de halcón, otro con el clásico antifaz de satén negro y el tercero con un casco que le oculta toda la cara y en el que asoman dos ojos que despiden luz. Nadie parece tener ganas de presentarse por su nombre.

—He oído decir que has mandado a Fenómeno al hospital. —Quien esto dice es el tipo del antifaz de satén negro. Luce perilla rubia y posee la musculatura de un virtuoso de las artes marciales. Detrás del antifaz, me parece adivinar unos ojos acuosos. ¿El Augur, quizá?

—Gajes del oficio.

—Nada que ver con enfrentarse al Superescuadrón, ¿no? Apuesto a que echas de menos aquel dirigible.

—Cumplió su función, ¿no? —Nunca me dejarán olvidarlo.

El del casco decide intervenir.

—¿Sabías que Damisela acaba de dar una rueda de prensa? Quieren que te entregues.

—Pues ya pueden ir esperando.

—Te relacionan con la desaparición de Fuego Esencial. Han cogido a Nick y a los otros dos en Rusia. Dicen por ahí que eres un hombre señalado. —El casco amortigua ligeramente su voz, como si no le vinieran mal unos cuantos orificios de respiración más.

—Es cosa de nacimiento —replico, en una bravuconada típica de supervillano, pero los demás me ríen la gracia y me dedican un brindis especial. Al igual que ellos, nací en un hospital de las afueras de una gran ciudad y fui un bebé sano al que nadie hubiese augurado un destino especialmente complicado.

—¿Alguno de vosotros ha visto a Laserator últimamente? —pregunto, esforzándome por darle a mi voz un tono informal.

Me pregunto si debería decirles que no sé dónde está Fuego Esencial. Quizá sea preferible que piensen que yo lo rapté.

—¿El que da clases en Harvard? Había conseguido un puesto fijo en la universidad, el muy cabrón. Menuda suerte. Un seminario de posgrado en la...

El tipo del casco no acaba la frase, y de pronto mis cuatro interlocutores parecen encogerse instintivamente y se apartan de mí en el preciso instante en que algo me empuja violentamente hacia delante. Casi me caigo de la silla, y mi bebida se vuelca.

Es como si una furgoneta de reparto se estrellara contra mi silla haciendo marcha atrás.

—Hola. —Una voz grave, procesada electrónicamente.

Noto un frío metálico a mi espalda. De pronto, estoy solo en este extremo de la barra.

—¿Quién te has creído que eres? —pregunto, al tiempo que me levanto. Tienes que hacerles saber con quién están tratando.

Es Zarpa Cósmica, un ucraniano que vivía como mercenario hasta que encontró una armadura con superpoderes en una nave espacial accidentada. Mide más de tres metros, es todo él de acero negro y tiene uno de los brazos mucho más grueso que el otro y con forma de guadaña, como si se tratara de una enorme pinza de cangrejo.

—Damisela acaba de destrozarme el Kosmicoche. Dice que están buscando a Fuego Esencial. Dice que te buscan a ti.

Lo tengo ante mí, medio agachado, mientras la pinza descansa en el suelo, delante de él.

—Lo siento, Zarpa —le digo, abriendo los brazos en señal de impotencia—. Es terrible.

Levanto la cabeza con la intención de mirarlo a los ojos, pero no hay mucho que mirar, solo tres diminutos diodos luminosos montados en la parte delantera del casco. Me cuesta imaginar en qué estará pensando. Dicen que no se quita la armadura ni para dormir.

—La recompensa es de las gordas, por lo que he oído. A lo mejor voy y te entrego yo mismo.

—¿Me estás amenazando, Zarpa? —replico con toda la altivez de la que soy capaz, mirando de frente a donde creo que se encuentra la cámara.

Noto que todas las miradas convergen en nosotros. Hay ganas de marcha. Esto se me empieza a escapar de las manos.

—Tú a mí no me das miedo. ¿Quieres volver a la cárcel? O mejor acabo contigo aquí mismo, ¿qué te parece?

En un abrir y cerrar de ojos, me atrapa con su estúpida pinza de cangrejo metálico. El acero es frío al tacto y me impide mover los brazos. Los demás se han ido congregando a nuestro alrededor.

—¿Cómo te atreves a tocarme, a mí, un hombre de ciencia?

Ojalá tuviera la ciencia necesaria para saber qué hacer ahora, para calcular mis posibilidades pese a tener los brazos pegados a los costados. Visto de cerca, el acero de la armadura está todo lleno de muescas y arañazos, y me pregunto cómo será de viejo. Intento zafarme, pero no cede ni un milímetro, y ahora todo el mundo me ve forcejeando, impotente. Tengo la mano a escasos centímetros de mi cinturón multiusos, pero mis dedos apenas pueden acariciarlo. Una descarga electromagnética

zanjaría el problema.

Sanguino intenta mediar.

—Venga, Zarpa...

Pero lo único que hace el interpelado es levantarme más en el aire.

—Eres un listillo. Te crees más inteligente que yo, ¿verdad?

Se oyen risas.

—¡Acaba con él! —dice alguien a voz en grito—. ¡Hazlo por el Augur!

—¡Callaos! —grito, volviéndome hacia la multitud—. ¡Os aplastaré a vosotros también! ¡A todos vosotros!

Maldita sea.

Tengo los pies colgando a dos metros del suelo y mi capa se está manchando de aceite de motor. Finalmente, Zarpa Cósmica se decide y me arroja hasta el otro extremo de la barra, donde aterrizo sobre una pila de bolsas de basura. Todo el mundo se ríe, y hasta oigo algún aplauso.

—¡Os presento al Doctor Imposible! ¡Estará entre nosotros toda la semana!

Me despido agitando la capa con gesto suficiente y me marchó. Me tiemblan un poco las piernas.

Hay un buen trecho hasta la estación de autocares, pero nadie me llevaría en su coche con estas pintas. Me cambio delante del edificio, entre los arbustos. Aquí fuera, bajo las estrellas, reina una gran paz. La luna nueva no es más que una delgada esquirra. Veo todo el sistema solar dando vueltas como un carrusel o las manecillas de un reloj. El tiempo se agota.

* * *

El Barón Éter se hace viejo. Ha perdido un ojo luchando con Parangón, y lo ha reemplazado por un artilugio mecánico de su propia invención. Lo que quiera que fuese que le concedía superpoderes se ha ido marchitando, y apenas queda nada a excepción de la alargada forma de su cráneo y un brillo como de ascuas en el fondo del ojo bueno. Le pesan los años —en realidad, nadie sabe qué edad tiene— y lleva demasiado tiempo ejerciendo de supervillano. Empezó asaltando trenes, se enfrentó a aventureros Victorianos y niños prodigio, llevó mostacho y tenía un bastón cuya abultada empuñadura encerraba un sinfín de artilugios secretos.

A finales de los años cuarenta se vino a Estados Unidos y fundó la primera Liga del Mal. Luchó contra el Superescuadrón mucho antes de que lo hiciera yo, por no decir que viajó en el tiempo y se enfrentó al Escuadrón a tres mil siglos del presente. En cierta ocasión, sacó a su otro yo de una dimensión paralela para que lo ayudara a robar una fortuna en oro, y luego acabó traicionando a su doble para quedarse con el botín. Todo un clásico.

En los años cincuenta, su nombre se convirtió en sinónimo de infamia. Lo hizo todo: robó la memoria a los integrantes de la Alianza para la Libertad, usurpó sus cuerpos, se clonó a sí mismo. Perdió un conjunto de poderes y ganó otro, se quedó a la deriva en el continuum espaciotemporal y pasó seis años en el Cretácico antes de construir su propia máquina del tiempo. Volvió de aquella aventura veinte años más joven, un efecto secundario de los cronones.

En los años sesenta volvió a reinventarse a sí mismo como un diabólico maestro de la ilusión y logró pasar algún tiempo alejado de la cárcel. No hace tanto, en el año 1978, todos lo dieron por muerto el día que robó un transbordador espacial y este desapareció en el vacío, separándose del plano de la eclíptica en un peligroso ángulo. Pero un año más tarde regresó, aunque se vería de nuevo derrotado en los últimos días del gobierno Carter. Jamás perdió su elegancia, eso sí, y hacia el final usaba hardware con engranajes mecánicos y accesorios de bronce contra mutantes cuyo funcionamiento dependía de la fusión nuclear.

Debería haber acudido a él en primer lugar. Solo nos hemos visto unas pocas veces, pero en el fondo lo considero algo así como mi mentor, o un espíritu afín. A decir verdad, me inspiré en su traje para diseñar el mío. Es un caballero y un genio, no como aquellos miserables del centro comercial. Supongo que he cometido un error al pensar que eran dignos de mi compañía. El Barón es el mejor, sin ningún género de dudas. Si alguien puede ayudarme, es él.

Vive solo en una mansión de estilo gótico de New Haven. Cuando lo cogieron por última vez, le concedieron el arresto domiciliario como deferencia hacia su avanzada edad. Lo malo es que no podrá volver a poner un pie en la calle. Su viejo enemigo, el Mecanicista, ahora ya jubilado, se asegura de que así sea.

Así que no es fácil llegar hasta él. La casa permanece oculta tras una hilera de árboles y se eleva sobre un pequeño promontorio rodeado de robles y olmos que la convierte en un rincón umbrío del barrio, incluso en los días soleados. Nadie corta el césped. Esferas de plata mate circulan sin cesar por el jardín a escasos palmos del suelo, atentas a cualquier movimiento. Entro por arriba, flotando a la altura de las copas de los árboles gracias a un pequeño generador de gravedad y bloqueando a mi paso todas las frecuencias que puedo. La casa es una monstruosidad victoriana con tejado a dos aguas. Desciendo sobre este, y por un momento mis botas escarlata resbalan en la afilada arista, hasta que al fin recobro el equilibrio y me deslizo hacia abajo hasta una ventana abierta.

Había oído decir que no estaba pasando por su mejor momento, pero aun así me sorprende su mal aspecto. Lleva meses sin apenas salir de su casa, y dicen las malas lenguas que uno de sus últimos experimentos, un rayo causante de mutaciones, le había salido rana. Es la primera vez que tengo ocasión de comprobarlo. Su brazo derecho termina en una pata de insecto, y la piel de la parte derecha de todo su cuerpo

se ve arrugada e irritada. En la zona fronteriza, se nota cómo su metabolismo lucha contra los efectos de una transformación a medio acabar.

Me introduzco en la habitación desde el alféizar de la ventana e intento aparentar un aire digno. Hace tiempo que no nos vemos, y me pregunto qué opinión tendrá de mí, posiblemente su sucesor en el reino de la supervillanía. Resulta extraño pensar que, por una vez, puedo no ser el hombre más malvado de la habitación.

—Doctor Imposible. He oído que había salido usted de la cárcel. —Su voz es un jadeo sibilante que surge de lo más profundo de su silla de ruedas.

—Barón Éter.

Acaricia su bastón con la mano buena mientras piensa. Nunca sabes qué va a pasar cuando te encuentras con otro supervillano. Todos tenemos estilos diferentes. Yo intento mantener un ambiente cordial, de respetuosa camaradería.

—Siempre he admirado su obra —digo tras un instante de duda.

—Me complace oírlo, Doctor Imposible. Resulta agradable saber que alguien admira mi trabajo.

Estamos en algo similar a un estudio, una habitación repleta de libros, globos terráqueos de distintos tamaños, algunos de ellos muy antiguos, llenos de códigos alquímicos. Hay recortes de diario enmarcados, en su mayoría tabloides londinenses de sus días de gloria: «¡EL BIG BEN, DESAPARECIDO!», «¿EL PRÍNCIPE ÉTER?», «LA REINA, HIPNOTIZADA, DESPOSA A UN SINVERGÜENZA». En una instantánea de la época, un joven Barón Éter (Kleinfeld es su verdadero apellido) diabólicamente apuesto luce esmoquin y guiña un ojo a la cámara furtiva que atrapa su imagen mientras se lo llevan esposado. Su vestuario revela un gusto exquisito. Los coches que aparecen de fondo sugieren que la foto se tomó en los años treinta. Una de las paredes de la estancia está completamente ocupada por un minucioso dibujo de un androide.

El barón se levanta con dificultad y finge examinar uno de los globos. No puedo imaginar siquiera qué le estará pasando por la cabeza. Estoy ante un hombre que afirma haber desencadenado la guerra de Corea. Una puerta mosquitera se cierra de golpe. Allá afuera, en el mundo real, la gente entra en su casa para coger un sándwich y una Pepsi light.

Al cabo de unos minutos, mi anfitrión vuelve a tomar asiento y hace girar la silla de ruedas para mirarme a la cara.

—¿A qué ha venido? —pregunta.

—Verá, Barón —empiezo, las palmas de las manos unidas en señal de reflexión —, esperaba pedirle consejo sobre una cuestión técnica.

—Es usted consciente, espero, de las restricciones que me impone el arresto domiciliario.

—Por descontado.

—Bien. Adelante, entonces.

—Necesito una fuente de energía. De gran potencia, muy compacta. La necesito para dentro de tres semanas.

El Barón Éter suspira y se toma su tiempo antes de responder.

—Debo confesar que me sorprende un poco que venga usted a pedirme ayuda, Doctor. Le tenía por una persona autosuficiente.

—Ya sabe que fabrico robots, pero para eso hace falta tiempo. Me están buscando.

Mi interlocutor prosigue como si yo no hubiera abierto la boca.

—He oído lo de Fuego Esencial. Ha elegido usted un momento sumamente inoportuno para escapar de la cárcel.

—No es tan fácil como antes.

—¿Ha sido usted?

—¿Cómo?

—¿Ha sido usted?

—No, no he sido yo —contesto.

—¿Sabe usted quién lo ha hecho?

—No. ¿Y usted?

—No. —Uno de sus ojos despide un resplandor rojizo—. ¿Tiene que ser portátil? —pregunta entonces.

—Bueno, no es necesario. Pero el tiempo es un factor importante.

Se levanta despacio, se dirige a la librería y se la queda mirando un buen rato pero no saca ningún libro. Echo un vistazo fuera: mis trucos no lograrán engañar al Mecanicista durante mucho tiempo más.

—También estoy buscando a un hombre que se hace llamar Laserator. ¿Lo conoce?

—Laserator. Llevaba un sombrero con una especie de... —Concluye la frase con un ademán impreciso.

—Una especie de espejo, sí. Ese es.

—Está retirado. Un tipo brillante. Resultó ser profesor de Harvard. Lo tienen retenido en McLean. —Sigue dándome la espalda, pero añade—: ¿Ha tenido usted noticias de su amigo el Faraón recientemente?

—No sé nada de él desde hace años. Se ha retirado. ¿Por qué?

—Simple curiosidad.

Hay otra pausa, y luego veo que el Barón menea la cabeza lentamente.

—No puedo ayudarle. Me he hecho viejo, amigo mío. Estas cosas —señala vagamente la ventana— me vigilan día y noche. Tuve mi gran oportunidad, y me estalló en la cara. —En la penumbra, no acierto a distinguir su expresión—. ¿Qué va a hacer ahora? ¿Un nuevo báculo del poder? ¿Buscará el modo de hacerse

invencible?

—Voy a desplazar la... —Empiezo a revelarles mi plan, pero me interrumpen bruscamente alzando la mano buena.

—¡No me lo cuente! No me hable de sus intenciones. Solo conseguiré deprimirme. ¿No fue usted el que desarrolló una especie de... cómo se llamaba... energía zeta? ¿Qué pasó con todo aquello? ¿No salió bien?

—Todavía no.

—Olvídelo, hijo. Nunca sale bien. Siempre ganan ellos, ya lo habrá deducido.

El Barón empieza a toser y llama por señas a sus sirvientes. Me marchó. De pronto me veo encaramándome al alféizar para salir por la ventana ataviado con mis leotardos y pienso que debo de parecer un Peter Pan entrado en años. Aún no tengo barriga, pero algo empieza a asomar por esa zona.

Me elevo en el aire, dejando atrás las sombras. Las casas y sus calles flanqueadas por árboles se van haciendo cada vez más diminutas. Aterrizo a medio kilómetro de distancia, en el parking de un restaurante de la cadena Applebee, me pongo las gafas de sol y me dispongo a volver a casa en coche. Así que estoy solo en esto. En el fondo, siempre lo he sabido.

LOS SUPERHÉROES MÁS PODEROSOS DE LA TIERRA



Cuando vuelvo a entrar en la que fuera la habitación de Galatea, me encuentro un traje tendido sobre la cama. Es un mono amarillo y naranja, los colores del equipo. Supongo que es su modo de decirme que ya formo parte de los Campeones. De los Nuevos Campeones, para ser exactos.

Me dejo caer sobre la cama. Estoy un poco desconcertada. Mejor dicho, no salgo de mi asombro. Cierro los ojos por unos instantes. Creo que, en el fondo, no tenía demasiadas esperanzas de que mi aventura como superheroína fuera a durar demasiado tiempo. Pero esto sí que no me lo esperaba. Esto no figuraba en el guión.

Me paso un buen rato con el traje en las manos, dejando que su tela de tecnología punta se deslice entre mis manos. En algunas zonas es rígida al tacto, seguramente debido a algún sistema de circuitos incorporado. La urdimbre es perfecta.

Empiezo a ponérmelo, pero me detengo a media operación. Verme desnuda en el espejo me produce una sensación dolorosa. Se distinguen claramente las zonas dañadas por el accidente. Y se ven todos los añadidos que solo se intuyen cuando voy vestida, todos los puntos en los que mi carne de mujer se funde con el plástico y el metal. Queda perfectamente expuesto el cambio radical que convirtió las heridas atroces en otra cosa. Lo que perdí en el accidente me fue devuelto en forma de plata y cromo, titanio y silicona, el mapa de la catástrofe.

Me lo pruebo con un punto de cautela. Es un traje único, fabricado a medida para adaptarse a mis cualidades cibernéticas y complementarlas, incluidos los puertos periféricos de mi muslo derecho. De hecho, yo diría que resalta lo mejor de mi carrocería. Nunca he sido especialmente delgada —seguramente no era una Damisela ni siquiera antes de las mejoras—, pero cuando me lo pongo me doy cuenta de que me sienta como un guante, tal como siempre había soñado. Me asomo a la ventana y me tomo un momento para deleitarme con las vistas de Manhattan, que se extiende a mis pies, apenas real.

Esto no se parece en nada a los pantalones de chándal y la camiseta sin mangas que llevo habitualmente. Es un verdadero traje de superheroína, como el que usa Damisela. Me produce la inquietante sensación de ir desnuda, pero al menos nadie

me tomará por un robot.

Me paro a mirarme en el espejo y veo un híbrido de mujer y máquina enfundado en una malla de cuerpo entero. Se supone que los ciborgs femeninos deben ser criaturas despampanantes con cintura de avispa, pero lo cierto es que hace falta un gran armazón metálico para sostener un reactor en miniatura y todo el hardware que llevo encima. Mido metro noventa y dos, más que la mayoría de los hombres, soy muy ancha de hombros y tengo muslos largos. Incluso cuando llevo el pelo suelto, resulto más temible que hermosa, en el sentido tradicional de la palabra.

El uniforme no es especialmente recatado, y no estoy acostumbrada a verme tanta piel al descubierto alrededor de los hombros y por encima de las rodillas, pero el estampado casa bastante bien con el plateado y el tono melocotón de mi piel, así que el efecto final no es desagradable. Hasta se podría decir que resulta halagador.

Deslizo una mano por mi propio costado, notando el metal frío y luego la piel, y me da por pensar en la de tiempo que hace que no... Desde el accidente no ha habido nada, pero ¿y antes? Ni siquiera lo sé. Solo sé que no soy virgen. Eso es todo.

Vuelvo a mirarme, y veo a Fatale de los Campeones. No puedo evitar sentirme un poco orgullosa. Me peino el pelo hacia atrás con la mano y ensayo una pose sensual para una cámara imaginaria.

* * *

Oigo aplausos aislados cuando entro en la cocina. Alguien silba. Hay un pastel con mi nombre escrito, y también el de Lily, que se une al grupo con expresión de desconcierto. Todo el mundo me estrecha la mano. Lobo Negro lo explica: al parecer, los miembros fundadores del equipo se reunieron en secreto y lo sometieron a votación. Tengo un nuevo pase de seguridad y una tarjeta de identificación oficial.

—¿Te gusta el traje? Lo diseñó Damisela. —Lobo Negro hace las veces de anfitrión, repartiendo copas de champán.

—Es perfecto. —Lo digo de corazón. Y me emociono un poco, pensando que Damisela ha pasado tanto tiempo a solas pensando en mí.

—Dicen que se me da bien. Escucha, has estado muy bien antes, en el bar. Espero que te quedes con nosotros.

—Pues... sí, me encantaría. —De pronto, eso es lo que siento. Apuro mi copa de un trago. Damisela poco menos que me salvó la vida cuando me pidió que me sumara al equipo. Ahora me siento fatal por no conseguir que me caiga bien—. Oye, sé que venimos de mundos... muy distintos.

—A mí me educaron como a cualquier otra niña, por si no lo sabías. Hasta los dieciséis no supe lo que eran los superpoderes, así que era de lo más normal y corriente.

—Pero... yo creía que... en fin, por genética...

—Un día de estos te lo contaré con pelos y señales. ¿Te va bien el traje?

—Me queda un poco ceñido.

—Te acostumbrarás. A mí me pasó.

Todos han cambiado de aspecto a lo largo de los años. Elfina sigue llevando su traje «tradicional» sospechosamente prerrafaelita, pero le ha añadido un brazalete que la identifica como integrante de los Campeones. Lobo Negro no ha cambiado, pero mantiene un tipo de relación con su traje de lobo por la que temo preguntar, mientras que el de Damisela parece un cruce entre el de su padre y el mío.

Somos un equipo, por lo menos en lo que al atuendo se refiere. Oficialmente, hemos surgido en respuesta a la desaparición de Fuego Esencial y la fuga del Doctor Imposible. La propia Damisela así lo anuncia esta noche en una rueda de prensa mientras los demás permanecemos de pie a su espalda. La formación del equipo debe notificarse a la ciudad, al Departamento de Estado y a las Naciones Unidas. El símbolo que había perdido su brillo tras casi diez años de olvido reluce ahora en lo alto del edificio de los Campeones, desde el que domina toda la ciudad. Somos la comidilla de los monólogos en los principales programas de entrevistas de la noche. No paran de llegar llamadas y felicitaciones de parte de otros superequipos.

Mañana nos iremos todos a la isla del Doctor Imposible, diez horas a bordo del *Lobobarco*, para enfrentarnos a un supervillano de los grandes. Si tienen razón, estará allí esperándonos, con Dios sabe qué descabellados artefactos a punto para el ataque. Ni siquiera tenemos un científico a bordo. Ni a Fuego Esencial.

* * *

Cuando se acaba la fiesta, todo el mundo se va por su lado, a la azotea o al gimnasio. Mis ojos siguen a Lobo Negro hasta la calle. Lily se da cuenta y arquea discretamente una de sus cejas plateadas, pero me esfuerzo por hacer caso omiso de su gesto.

Me quedo por allí un rato más, contemplando la ciudad. Podría aprovechar y acostarme ya para levantarme descansada mañana, pero tengo algo que hacer.

Arriba, en la sala de ordenadores, hay una pequeña biblioteca con un fondo documental que incluye películas. Subo dando un pequeño rodeo y, con gesto furtivo, saco de la estantería el DVD *Los seis de Titán*. Nadie le había quitado aún el envoltorio de plástico. Seguramente cometo un error típico de novata solo con mirarlo.

El documental salió a la luz al año siguiente de la separación del equipo y es un popurrí en el que se mezclan cinco horas de imágenes de archivo de los informativos, metraje de muy diversa procedencia y vídeos gubernamentales obtenidos gracias a la

Ley para la Libertad de Información. Nadie del equipo accedió a dar su testimonio ante las cámaras, pero aun así sus autores lo venden como la verdadera historia del mayor equipo de superhéroes que ha existido jamás. No es eso, exactamente, pero sí un punto de partida.

No sé qué estoy buscando. Saber algo más de Fuego Esencial, supongo. Todos lo conocían personalmente, pero yo solo he visto unos cuantos discursos suyos en la tele. Quería ser detective, pero soy la única aquí dentro que no tiene una sola pista sobre el desaparecido.

* * *

Introduzco el disco en el lector de DVD y me acomodo en el sofá. Una solemne voz en off presenta a los tres componentes iniciales del equipo, jóvenes superhéroes en los albores de sus carreras.

Tras los créditos, aparecen imágenes de archivo de principios de los años ochenta en las que se ve a Damisela dando su primera rueda de prensa a la tierna edad de dieciséis años, cuando sus poderes empezaron a manifestarse. El padre de esta y el resto del Superescuadrón aparecen de pie a su espalda, sonriendo encantados. Luego aparece revoloteando de acá para allá enfundada en un traje blanco el día que cumplió dieciocho años. Lo que sigue es una breve toma de Damisela junto a su madre, antes de que esta abandonara la Tierra. Las imágenes tienen el tono amarillento de las películas caseras. Luego veo a un desgarrado adolescente al que reconozco como Lobo Negro barriendo a sus competidores en la final del campeonato nacional de gimnasia olímpica, aunque por entonces nada hacía sospechar que sería algo más que un precoz becario de la Universidad de Oxford. También se ve a Fuego Esencial con su uniforme del Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de Reserva, haciendo el ganso con sus compañeros de dormitorio tan solo unos días antes del accidente.

Tras los obligados apuntes biográficos, los presentadores cuentan la archiconocida historia de la primera reunión del equipo. Quiso el azar que coincidieran los tres en las operaciones de busca y captura de una red de narcotraficantes especialmente violentos que se habían refugiado en las alcantarillas de la ciudad, y que bajaran a buscarlos la misma noche siguiendo la misma pista policial. Debió de ser una experiencia de lo más extraña, encontrarse cara a cara en las acuosas entrañas de la ciudad, dos hombres y una mujer, todos ellos enmascarados, ninguno mayor de veinticuatro años. Damisela, la princesa heredera del reino de los superhéroes, con su campo energético de color verde reluciendo en todo su esplendor, arrojando profundas sombras sobre el agua de los canales. Fuego Esencial había arrancado de cuajo la reja protectora de otra alcantarilla, haciendo

saltar media docena de alarmas. Lobo Negro permanecía agachado, oculto en un conducto de desagüe, con las gafas de visión nocturna abrochadas sobre el antifaz.

* * *

Nunca sabremos exactamente de qué hablaron, ni cuánto tiempo duró la conversación. Ni siquiera sé si intercambiaron sus identidades secretas en aquel momento o lo hicieron más tarde.

Un hombre llamado Frederick Allen ocupaba a la sazón el cargo de subdirector de Asuntos Metahumanos, y fue bajo sus auspicios como nació el equipo. Allen esperaba reunir bajo su influencia un grupo de jóvenes superhéroes atractivos y populares que se hicieran querer por la gente y a la vez acataran las decisiones políticas del gobierno estadounidense. Todos parecen coincidir en que el nombre fue idea suya.

Y así nacieron los Campeones. Cuando se cerró la lista de componentes, la franja de edades oscilaba entre los veinte añitos de Lobo Negro y los más de mil que afirma tener Elfina. Eran muy jóvenes y estaban un poco deslumbrados por toda la atención que se les dispensaba. Aceptaron la oferta y se convirtieron en un equipo oficial de superhéroes a sueldo del gobierno.

¿Por qué? Quizá por su padre, en el caso de Damisela. Lobo Negro porque necesitaba legitimidad, y tal vez también —aunque jamás lo admitiría— tener a unos cuantos superpoderes de su parte. El caso de Fuego Esencial es más difícil de descifrar. ¿Quizá porque había querido formar parte del Superescuadrón pero este se había desmembrado antes de que estuviera preparado para hacerlo? Tenía todo lo demás, una biografía de superhéroe perfecta: los superpoderes, la diabólica némesis, todo lo que podría esperarse, incluida una novia escritora a la que debía rescatar cada dos por tres. Siempre cumplía las expectativas ajenas, como si nunca hubiese tenido que molestarse en tomar una decisión.

* * *

Son casi las diez cuando Lily entra en la sala como quien no quiere la cosa. Se queda merodeando a mi espalda con una bolsa de patatas fritas en la mano. La veo sin necesidad de volverme, tengo accesorios que me lo permiten.

—He traído un tentempié. ¿Te importa que me quede?

—No, siéntate. —No he podido evitar darme cuenta de que no le han dado un traje como el mío, así que se lo pregunto directamente.

—Jamás llevo ropa. Hemos acordado que me pondré unas calcomanías, como las de las ventanillas de los coches.

—Bueno, pues enhorabuena de todos modos.

—Gracias. Lo mismo digo.

Nos estrechamos la mano con torpeza. En la pantalla, los superhéroes se dedican a frustrar juntos por primera vez un atraco bancario. Fuego Esencial vuelca el coche que los ladrones habían dispuesto para la fuga, y una lluvia de balas rebota contra su cuerpo.

—Me gusta cómo te mueves.

—Reducir al Augur no tiene gran mérito.

—Me refiero a cuando te enfrentaste a Elfina. No es nada fácil asestarle un golpe, créeme, lo sé de sobra.

—Debe de ser raro formar parte del equipo después de... bueno, de todo lo que pasó.

—¿Después de haber sido una supervillana, quieres decir? No pasa nada. Todo el mundo quiere ser la chica mala de la película, aunque solo sea durante un rato.

* * *

Un superequipo necesita ciertas cosas para funcionar: una combinación acertada de personalidades, una buena interacción en el campo de batalla, algo que nadie puede predecir o reproducir. Dos de ellos sabían volar y detener las balas, mientras que el tercero era el mejor detective y atleta del mundo. Pero necesitaban apuntalar el equipo.

Allen recurrió al mundo de los superhéroes. Los candidatos con más posibilidades vivían bajo identidades secretas, y algunos de ellos ni siquiera habían fijado su residencia en la Tierra, o bien estaban en el hospital. Les llevó meses seleccionarlos a todos.

La reunión de reclutamiento tiene lugar en la sala de juntas de un edificio de oficinas cualquiera de Washington. Los autores del documental lograron recabar varios documentos sonoros y visuales de aquel primer encuentro. Allen se vale de un retroproyector para ir repasando una lista de puntos clave, estadísticas relacionadas con la delincuencia y posibles amenazas extraplanetarias que le ayudan a exponer sus argumentos. Tiene ante sí a once jóvenes superhéroes, la flor y nata del gremio, luciendo sus mejores galas y escuchando con ademán desafiante.

La cámara hace un barrido lento, y Lily se inclina hacia delante para observar mejor todos los rostros.

—Fíjate en toda esa gente. Invitaron al Hombre Muelle, ¿te lo puedes creer? Y a Anne de Siècle. ¡Vaya un hatajo de segundones! Debí entrar mientras aún estaba a tiempo. Ambas debimos hacerlo.

—Gracias, pero yo tenía seis años, y aún no tenía ningún chisme de estos.

Lily observa detenidamente el esqueleto metálico de mis pantorrillas, mis antebrazos.

—Supongo que tuviste algún tipo de accidente.

—Así es.

Allí está Galatea, una perfecta desconocida todavía. Ni siquiera se dan cuenta de que es un robot. Lobo Negro, más chulo que un ocho, en la cresta de la ola tras haber protagonizado un espectacular salvamento de rehenes. El Capitán Kelvin gotea agua sobre la alfombra mientras sus tuberías de enfriamiento se llenan de escarcha. Aún no hay rastro de Elfina, pero Mister Místico sí está, acibillando con la mirada a Pontífex, un supuesto vidente más tarde desenmascarado. Hay caras que no me suenan de nada: un hombre con bigote y cota de malla con una espada pegada al costado, un joven de aspecto vampírico que permanece alejado de las ventanas, una mujer con aparatosas gafas de aviador que sostiene lo que parece una máquina del tiempo de principios del siglo XX.

Fred Allen trató de reunir al mayor número de superhéroes disponible, y el resultado es algo que bien podría pasar por la junta directiva del País de los Juguetes. Fuego Esencial flota al fondo de la sala, a todas luces impaciente con el proceso de selección.

—Debemos enfrentarnos a estas amenazas poco convencionales de un modo organizado. Ante personas como el Doctor Imposible, no podemos limitarnos a las conjeturas y los buenos deseos. Necesitamos tener nuestros propios efectivos sobre el terreno. —Allen hace una pausa y respira hondo—. Dadas las circunstancias, y de cara a la imagen pública del equipo, creo que Damisela debe ser elegida portavoz.

No hay más que mirar a Damisela para darse cuenta de que no le gusta el modo en que se está manejando la situación.

La reacción de los demás no tarda en hacerse notar, hay un ostensible intercambio de miradas. El vampiro resopla discretamente.

—¿No deberíamos ser nosotros quienes tomáramos esa clase de decisiones? —interviene la mujer de blanco y rojo, que no debió de durar mucho en el grupo de preseleccionados.

Damisela se hace oír por encima del vocerío. Ya se reconoce el timbre de voz que más tarde se haría famoso por sus declaraciones ante el Senado.

—No pienso dedicarme a dar órdenes. No he pedido nada de esto.

—Sí, pero ya sabes cómo lo van a interpretar... —repite Allen, echando balones fuera al tiempo que mira fugazmente a la cámara con gesto nervioso, como si ya supiera que están haciendo historia.

—Con mi experiencia en el terreno militar... —empieza Lobo Negro.

—Que, como comprenderás, no debe trascender en ningún momento —ataja Allen—. En este equipo te limitarás a ser Lobo Negro.

—Un momento... ¿es que acaso es algo más?

Damisela le lanza una mirada fulminante. Una mirada rara y a la vez familiar. Vuelvo a pasar las imágenes y juraría que estos dos se conocían de algo, se conocían de antes. Aquí hay gato encerrado.

—No necesitas saberlo.

—¿Qué es lo que no necesito saber? Se supone que estamos hablando de mi equipo, maldita sea.

—Escucha. La razón de ser de todo esto es volver a tener un superequipo con legitimidad institucional. Un equipo en el que la gente pueda confiar, y no una panda de friquis que se pirran por salir a la calle disfrazados.

La cámara pasa de las declaraciones de Allen a imágenes de archivo de Elfina dando una rueda de prensa. Se la ve examinando una grapadora con gesto fascinado.

—Habrá cambios. Hasta aquí, la mayor parte de vosotros habéis trabajado solos. Os ofrezco respaldo económico gubernamental y todos los recursos que ello supone. Pases de seguridad siempre que estén justificados, medios de transporte e instalaciones dotadas de la tecnología más avanzada. Legitimidad. La oportunidad de hacer el bien y dejar de trabajar en la sombra.

—Algunos de nosotros nos sentimos más cómodos en la sombra, señor Allen.

Incluso en vídeo, la voz de Mister Místico resuena, grave y poderosa. Nadie lo diría, pero dos años antes dormía en un contenedor de basura en la parte de atrás de un Walgreens. Se oye un golpe, y luego todo el mundo empieza a hablar a la vez.

—¿Significa eso que vamos a tener que revelar nuestros nombres reales? Porque yo no estoy dispuesto a...

—Siempre se ha dicho que el nombre es poder...

Mister Místico se lanza a hacer alguna puntualización sobre las leyes que rigen el mundo de la magia.

—Juré fidelidad a la reina Titania. No puedo romper mi juramento. Y, en la práctica, no soy ciudadana estadounidense. Soy un hada.

—Yo no tengo carnet de conducir...

—Yo no tengo nombre real.

Damisela se levanta.

—Gracias, subdirector Allen. A ver, si sois tan amables de seguirme hasta la otra sala cuando os llame por vuestro nombre en clave... Esto no es una prueba, sino más bien una reunión para intercambiar información.

Ya entonces tenía dotes de liderazgo.

* * *

Eligieron cuidadosamente a los candidatos. Las cualidades de Galatea eran

impresionantes, y aportaba al grupo un punto de alta tecnología del que hasta entonces había carecido. Mister Místico era el hechicero más famoso del planeta, conocedor de misterios que se habían perdido generaciones atrás. Y en cuanto a Elfina... sabe Dios de dónde la sacarían, la única hada guerrera que seguía viviendo en el mundo de los hombres.

En las imágenes de una de las primeras ruedas de prensa de aquella época se ve claramente cómo captaron la imaginación de la gente. Lobo Negro posee un carisma indiscutible, y la fuerza de Fuego Esencial es sencillamente sobrehumana. Todo el mundo mira boquiabierto mientras una Galatea más bien escasa de ropa flota por encima de la multitud irradiando su energía dorada. Mister Místico, por su parte, parece resplandecer investido con la oscura autoridad de un hipnotizador.

Magia y tecnología de última generación, superpoderes, atletismo e indomable fuerza de voluntad, y una leyenda de tiempos pasados transplantada al presente. ¡Una vez que Elfina se unió al grupo, pasaron a tener una auténtica hada madrina! La energía que desprendía el grupo era palpable. Allí estaban quienes iban a salvar el mundo.

Dieron ruedas de prensa, se prodigaron en apariciones públicas y entrenaron juntos tanto como se lo permitían sus desiguales cualidades. Elfina compartió secretos de la antigua lucha céltica con Lobo Negro, mientras que este la familiarizó con el manejo del *bo* y la vara de tres secciones. En el extremo superior de la escala de poder, Damisela y Fuego Esencial se enfrentaban con fuerza demoledora por encima del Washington Mall.

Pero eran los tres grandes, aquella singular mezcla de personalidades y poder, los que mantenían al grupo unido. La disciplina y capacidad de liderazgo de Damisela, por un lado, unidas a su glamour y autoridad; Fuego Esencial, rubio paradigma del superhéroe americano, aportaba genialidad, seguridad en sí mismo y una fuerza sin límites que se veía equilibrada por la imprevisible inteligencia de Lobo Negro y su oscuro carisma. Eran imparables.

Desde su céntrico y lujosamente equipado cuartel general, salían a luchar contra la delincuencia y a reparar las injusticias del mundo. Allá donde fueran los reconocían por sus uniformes. Al cabo de un tiempo, era casi normal verlos volando de vuelta a casa con los primeros rayos de sol tras una dura noche de trabajo, como lo era ver a Damisela remolcando un buque de carga atrapado en un arrecife de coral, o a Elfina deteniendo un tornado que se cernía sobre Oklahoma City.

Los retratos de familia de aquella época muestran a un grupo de jóvenes amigos excepcionalmente bien avenidos. Me pregunto qué pasaría después.

* * *

Quizá la crisis somalí tuviera algo que ver. Los Campeones siempre habían tenido apoyo económico por parte del gobierno, pero algún genio del Departamento de Estado cuya identidad jamás trascendió llegó a la brillante conclusión de que sería rentable y conveniente desde el punto de vista diplomático convertirlos en una suerte de brazo armado secreto del ejército estadounidense.

Aquello les olió a encerrona. Hubo una reunión de la que no queda constancia, pero que quizá fuera el verdadero momento fundacional de los Campeones. En aquella reunión se planeó la primera infiltración de Lobo Negro en el Pentágono. Este se paseó, ataviado con su traje de superhéroe, por los pasillos del edificio más seguro del mundo mientras Galatea aterrizaba en un satélite estadounidense y hackeaba su sistema informático en plena órbita. Volvieron con toda la información existente sobre los ambiciosos planes de Fred Allen para el superequipo más famoso de Estados Unidos.

La cadena C-SPAN se hizo eco del silencio sepulcral, seguido de un murmullo creciente, que acogió a Damisela cuando entró en el Senado, con su traje de los Campeones y un aplomo que solo poseen los verdaderamente poderosos, para depositar toda la documentación sobre el caso Allen en el regazo del vicepresidente mientras los murmullos se elevaban hasta convertirse en un clamor de aprobación. Su discurso, y luego su célebre salida de la cámara, no dejaban lugar a dudas: eran un equipo entregado a su misión, no un instrumento al servicio del poder. El gobierno estadounidense retiró discretamente los fondos que les había asignado, y llegó el momento de buscar un nuevo patrocinador y un nuevo paradigma de superequipo.

* * *

Pero los problemas no habían hecho más que empezar. Los Campeones siempre habían vivido a la sombra del Superescuadrón, y quizá fuera inevitable que ambos equipos acabaran enfrentándose. Persistía la sensación de que los superhéroes de la nueva generación eran meros suplentes de la generación anterior. Damisela fue la que más tuvo que cargar con ese sambenito. Todo indicaba que nunca se librarían de la tutela del Superescuadrón, algunos de cuyos componentes ni siquiera parecían acusar el paso del tiempo.

Pero todo cambió el día en que Parangón se pasó al otro bando. En sus mejores tiempos, Fuego Esencial había tenido en él un compañero a su altura, quizá incluso más que eso, pero el hombre que ardía entre las llamas de un fuego mágico había acabado perdiendo el control. Nunca descubrimos de dónde había salido el zafiro estelar —era la clase de gema que podía haber desaparecido de cualquier museo europeo—, pero resultaba evidente que había dejado de funcionar como era debido.

Parangón se había medio retirado una década antes, pero fueron surgiendo

rumores inquietantes en torno a él. Se decía que sus poderes habían cambiado, fermentado en su interior, como si el largo desuso los hubiese afectado de alguna manera. Su campo de fuerza antaño invisible, limpio, era ahora un parpadeo azul y perfectamente reconocible a simple vista. Cuando golpeaba, desprendía un claro destello azul y un olor a ozono. Además, lucía traje nuevo y se hacía llamar Celeste, aunque más tarde sustituiría ese nombre por el de Luz de Gas. Pero el cambio seguía operándose en su interior.

Era mayor de lo que parecía. La fuerza maligna del zafiro volvía para atormentarlo, para cambiarlo. Fuera lo que fuera aquel objeto que encontró en su día, había pasado tanto tiempo que apenas si lo recordaba. No era más que un cabo de diecinueve años cuando sus superiores le ordenaron poner en marcha algo que ni él ni nadie acertaría a comprender jamás.

Cuando llegaron los Campeones, era demasiado tarde para hacer nada que no fuera zanjar el problema de raíz, pero el Superescuadrón no iba a consentirlo. Fuego Esencial se puso de su parte, y todo hacía presagiar un enfrentamiento encarnizado: Nube de Tormenta contra Damisela, Fuego Esencial contra Lobo Negro, Regina contra Míster Místico. En el último momento, Parangón logró zafarse de las cadenas de Místico y los atacó, decidiendo así su propia suerte. Fue duro para todos, pero aquel episodio concedió a los Campeones la legitimidad de la que carecían hasta entonces. El halo invencible del Superescuadrón cayó por tierra y empezó el reinado de los Campeones. Sin embargo, ya de vuelta en el cuartel general, estoy segura de que ninguno de ellos ha olvidado aquel momento, justo antes de que Parangón se les echara encima. No puedo evitar preguntarme qué habría pasado si no lo hubiera hecho.

* * *

En la pantalla se suceden imágenes de la era dorada. En un montaje de titulares de diario, los supervillanos caen como moscas ante los Campeones. Gente como el Señor del Lodo o Semblante pasaron una buena temporada sin ver la luz del sol.

—¿Te preocupa lo de mañana? —me pregunta Lily mientras come palomitas. Por suerte, se vuelven transparentes casi en el mismo momento en que les hinca el diente. ¿Serán las enzimas de su saliva?

—Un poco. Estoy acostumbrada a vérmelas con narcotraficantes, no con extrañas y sofisticadas máquinas.

—Hombre, algo acostumbrada estarás a las máquinas extrañas y sofisticadas... Pero no creo que la sangre llegue al río, la verdad.

—¿Estás segura? Lobo Negro cree que esta vez va en serio.

—Créeme. Todo esto se ve muy distinto desde el otro lado.

Hasta el Doctor Imposible hubo de rendirse ante ellos una y otra vez. Su rostro invade la pantalla, luciendo aquel casco con cresta que gastaba a principios de los ochenta. Ahora nos deleitan con un montaje de todas las detenciones de Imposible. El supervillano aparece con las manos en el aire en una sucesión de escenas que tienen como telón de fondo diversos centros de operaciones, cabinas de mando y calles. Hago acopio de valor y, por una vez, pregunto lo que realmente deseo saber.

—¿De veras te enamoraste de él, Lily?

Lily suspira.

—Es difícil explicarlo. Es muy inteligente, ¿sabes? Y me hacía reír.

* * *

Ponemos el tercer disco de la serie. Los episodios cuarto y quinto se centran en los años de madurez del equipo, cuando las crisis importantes solían centrarse en uno solo de sus miembros. Repasamos la incursión interdimensional de un poderoso demonio al que Míster Místico había humillado más veces de la cuenta; una ancestral maldición de las hadas que solo Elfina podía romper; un poderoso criminal del pasado de Lobo Negro, quizá relacionado con la desaparición de su hermano; un alienígena con malas pulgas que pretendía hacer pagar a Damisela la derrota que le había infligido el padre de esta tiempo atrás en alguna galaxia lejana; y luego estaban, por supuesto, los interminables enfrentamientos entre Fuego Esencial y el Doctor Imposible.

Debe de haber habido otros momentos, momentos que las cámaras no pudieron registrar. Sigo teniendo la impresión de que me pierdo algo, la verdadera historia de los Campeones: la primera vez que se confesaron unos a otros sus identidades secretas, el momento en que descubrieron la verdadera naturaleza de Galatea o la secreta vulnerabilidad de Fuego Esencial. Intento mirar con ojos de sabueso, desenterrar lo que permanece oculto.

¿En qué momento se enamoraron Lobo Negro y Damisela? Fuego Esencial y ella hubiesen formado la pareja ideal, equiparables en fama y poder, y supongo que era lo que todo el mundo esperaba. Pasan bastante tiempo juntos desde el primer momento, siempre alzando el vuelo por encima de los demás, charlando, entrenándose. Uno no puede evitar preguntarse por qué no cuajó la relación entre ambos, sobre todo a partir del momento en que la novia de Fuego Esencial desaparece del mapa. Además... ¿son invenciones mías, o me parece percibir cierta incomodidad entre ambos? Tal vez no sea más que una secuela del caso Parangón y la ruptura que supuso en el seno del equipo.

Me detengo a contemplar el famoso rostro de Fuego Esencial. Es guapo en el sentido más clásico de la palabra: barbilla prominente, ni un pelo fuera de su sitio.

Siempre pronunciaba las palabras adecuadas para cada momento, siempre sabía qué hacer. Pese a lo que podría sugerir su portentosa musculatura, era un tipo inteligente. Cierto es que carecía del sentido del humor de Lobo Negro y de su visión estratégica, pero jamás vacilaba, siempre hacía lo correcto. Con tanto poder, podría haber sido el peor supervillano de la historia, pero eligió la verdad y la justicia.

* * *

Damisela entra desde la azotea y cruza la estancia.

—No puedo creer que estéis viendo esto. Por Dios, vaya peinado más ochentero llevaba.

Pero no tarda en marcharse. Yo también lo haría, sabiendo lo que viene a continuación.

Me tienta la idea de saltarme las imágenes de la boda, pero Lily me obliga a ver el empalagoso espectáculo de cabo a rabo. Todo el país se detuvo aquel día, pero ahora resulta triste ver el modo en que se miraban a los ojos. Fuego Esencial era el padrino y Galatea la dama de honor.

Por lo menos coincidimos en pasar deprisa una serie de bochornosas intervenciones en *Saturday Night Live*. No había manera humana de arrancarle una ocurrencia graciosa a Galatea. Lo mejor de todo es ver a John Belushi ataviado con una malla roja de cuerpo entero y una capa de plástico, escupiendo puré de patatas a la cara de Fuego Esencial, que sonríe con deportividad. Creo que se hacía pasar por el Doctor Imposible.

Todo esto es muy divertido, pero los superequipos se basan en las distintas personalidades de sus componentes y el modo en que se relacionan entre sí, y no puedo evitar darme cuenta de que, con el paso del tiempo, se han ido formando pequeños grupúsculos en el seno del equipo: Lobo Negro y Damisela; Elfina y Míster Místico. Fuego Esencial y Galatea pasaban cada vez más tiempo a solas.

* * *

Entonces la banda sonora se vuelve más sombría. Ahora toca hablar de los sucesos de Titán, e incluso la voz en off guarda silencio por fin. Lily debe de ser la única que no lo ha vivido de pequeña, pero aun así observa la pantalla con aire circunspecto.

Damisela habla a los medios desde el edificio de las Naciones Unidas.

—La amenaza es real. Afecta a toda la galaxia. Necesitamos el equipo al completo.

Fuego Esencial volvió a toda prisa desde Cabo San Lucas, mientras que Míster

Místico dejó a medias una misteriosa misión en Jartum.

Las guerras galácticas de las que solíamos oír hablar por el Superescuadrón habían llegado a la Tierra. Los pangeanos y los enderri gobernaban cerca del 15 por ciento de la Vía Láctea, pero se hallaban engarzados en una incomprensible y eterna contienda alienígena. En el pasado, los superhéroes terrícolas habían apoyado a uno u otro bando, pero el dominio del planeta azul nunca había estado en juego. Ahora todo llevaba a suponer que los enderri habían decidido involucrarnos en el conflicto.

Damisela pasó una serie de diapositivas en la Sala de Crisis, imágenes de la sonda espacial que había captado una insólita masa oscura en las inmediaciones de Saturno. La ampliación de las imágenes y el análisis espectral arrojaron resultados difíciles de creer en un primer momento, pero la confirmación no tardó en llegar desde fuentes extraplanetarias gracias a los viejos contactos del Superescuadrón.

Para cuando los Campeones se presentaron en el lugar de los hechos, la flota enderri llevaba días reuniendo sus efectivos al amparo de la inmensa sombra de Saturno. Llegaron en son de paz y fueron recibidos por el jefe del ejército enderri. Los Campeones eran nuestros embajadores planetarios. Damisela hizo gala de su legendaria serenidad, acaso una herencia de su linaje alienígena, pero fue Lobo Negro quien descubrió e invocó un ignoto artículo del código marcial enderri por el que exigió la celebración de un combate. Seguramente él fue el primero en comprender las consecuencias de aquel desafío. Los seis Campeones en activo se apostaron en la luna más grande de Saturno para enfrentarse a las tropas de tierra de los enderri. Establecieron un campo energético que les aseguraba una atmósfera respirable y una temperatura adecuada mientras quienes se postulaban como sus últimos adversarios empezaban a formar sobre la llanura helada.

Nadie puede olvidar el momento en que cinco portanaves descargaron sobre Titán la fuerza de élite del ejército enderri al completo para enfrentarse a los Campeones. Una de las cámaras ocultas de Lobo Negro captó la escena y se encargó de ir enviando un fotograma a la Tierra cada pocos segundos. En las primeras imágenes, los superhéroes no pueden hacer más que observar mientras el horror alienígena los envuelve. La cámara hace un breve barrido panorámico del grupo en el que se ve a Damisela, puntal del equipo, en guardia frente a un ejército de diez mil guerreros alienígenas. Permanece de pie con la espalda pegada a la de Lobo Negro, que con gesto sombrío se dispone a hacer uso de lo aprendido en las unidades de operaciones especiales del ejército para arrancar las primeras maldiciones a aquella muchedumbre. Por una vez, apenas se adivina el habitual y arrogante aire invencible de Fuego Esencial. Sus pómulos de estrella del celuloide aparecen teñidos de rojo por la luz de los motores de fusión de la flota enemiga. Elfina, la guerrera por antonomasia, se mantiene impassible y empuña su lanza frente a los alienígenas enfundados en sofisticadas armaduras espaciales. Míster Místico se prepara para una

actuación digna de recordar. El rostro de Galatea, inescrutable, nada revela sobre lo que está a punto de ocurrir.

La batalla duró tan solo cuarenta y un segundos, pero el director del documental repite los fotogramas uno a uno. Los guerreros enderri medían dos metros y medio cada uno y, a juzgar por su apariencia, eran un híbrido de insecto y máquina. No había manera de mantener un perímetro de seguridad frente a semejante número de enemigos. El grupo fue engullido casi al instante, reducido a seis puntos de resistencia en un mar verde y negro. En las imágenes se ve cómo Damisela y Fuego Esencial repelen la primera oleada de atacantes, que vuelven volando al grueso de la muchedumbre, pero apenas si se nota la diferencia. Lobo Negro aparece como una figura borrosa que reparte mandobles a diestro y siniestro, destrozando las articulaciones alienígenas y resquebrajando sus duros caparazones. Elfina y Míster Místico se mantienen unidos en medio de la multitud; ella flota por encima de los alienígenas y hace estragos con su lanza, cuya punta centellea sin cesar, mientras que él arroja luz con las manos mientras pronuncia lo que solo puede ser una terrible invocación, a sabiendas de que no podrá terminarla. A su espalda, los enderri empiezan a sacar el armamento pesado.

Entonces Galatea se eleva en el aire, y el último fotograma es un terrible fogonazo blanco. Quienquiera que la fabricó incluyó en su interior un mecanismo de autodestrucción, y ella sabía perfectamente cómo funcionaba y el alcance de la explosión que produciría. Galatea se había ido para siempre, y los enderri se batieron en retirada, derrotados y acobardados, para no volver jamás.

* * *

Después de lo de Titán, el equipo se resquebrajó en grupos de dos y tres. Se formaron camarillas. Damisela y Fuego Esencial trabajaban juntos, por lo general junto a Elfina, pero también había muchas misiones que se llevaban a cabo en solitario. Cada vez que el gobierno requería los servicios de los Campeones, se presentaban en el mejor de los casos cuatro superhéroes de ánimo irascible que cumplían su cometido sin intercambiar más que las palabras estrictamente necesarias y luego se iban cada uno por su lado. Hasta que un día Damisela convocó una reunión, sometió a votación la existencia del equipo y todo se acabó.

La última vez que estuvieron todos juntos en la misma habitación fue durante la rueda de prensa en la que Damisela anunció la disolución del equipo en un breve comunicado. A las pocas semanas, Fuego Esencial apareció en público luciendo su nuevo traje de superhéroe, y así llegó a su fin la era de los Campeones. Unos pocos equipos de segunda fila intensificaron su presencia en las calles para llenar el vacío que ellos habían dejado. El documental dedica algunos minutos a las carreras en

solitario de los integrantes del equipo, pero lo cierto es que no hay mucho que decir. Damisela se ausentó de la Tierra durante algún tiempo, supuestamente para buscar a su madre, pero volvió meses después sin haber cumplido su objetivo. Se unió durante una temporada a los Reformadores mientras los demás seguían trabajando por su cuenta. Lobo Negro volvió a la lucha solitaria contra la delincuencia y Elfina saboreó brevemente la fama como buque insignia de un movimiento New Age.

El divorcio se hizo público cinco meses después, y cundió la sensación de que se trataba de una consecuencia del desmembramiento del equipo. Un año más tarde, Elfina, Fuego Esencial y Damisela se reagruparon brevemente para derrotar a Antitrón IV, pero nunca hubo la intención de formar un nuevo equipo, no hasta ahora. Las editoriales se apresuraron a ofrecerles verdaderas millonadas por sus memorias, pero ninguno de ellos aceptó jamás. Fuego Esencial participó junto a Damisela en un par de actos de recaudación de fondos para obras benéficas, pero la cosa no fue mucho más allá.

Lily bosteza.

—¿Falta mucho para que se acabe? Mañana tenemos que seguir buscando a Dudley de la montaña.

—Ahora sí que la has... ¿y tú veías esos dibujos animados en el futuro?

—No, los descubrí en clase, en la asignatura de Civilizaciones Antiguas. Era un hacha.

—Sabes que vamos a ir a esa isla, ¿verdad? ¿No te pone un poco nerviosa saber que vas a volver a ver a tu ex novio?

—No estará allí. Es demasiado listo para dejarse coger así como así.

—Lobo Negro parecía muy seguro.

—Ningún villano vuelve directamente a su fortaleza cuando sale de la cárcel. Está escondido en otro sitio. Créeme, lo sé.

Lily se va a la cama, y yo recojo las palomitas mientras el documental llega a su fin. Nadie del equipo accedió a hablar siquiera con los directores, así que *Los seis de Titán* concluye con una serie de falsas entrevistas, un pastiche de declaraciones seleccionadas para dar la sensación de que los protagonistas del documental contestan a las preguntas de la omnipresente voz en off.

Incluso teniendo en cuenta que los cortes sonoros proceden de décadas y ruedas de prensa distintas, el conjunto suena bastante embrollado. Elfina sale parloteando sobre Oberón y el resto de sus amigos del mundo de las hadas, Damisela improvisando un socorrido discurso retórico sobre la verdad y la justicia, Mister Místico soltando un incomprensible galimatías en su tono más solemne. Lobo Negro es el más huidizo, debieron de pillarlo justo después del divorcio. Después de ver algo así, uno no puede por menos de preguntarse cómo fue posible que pasaran no ya diez años, sino ni tan siquiera diez minutos juntos. O cómo pueden aspirar a derrotar

al hombre más listo del mundo sin Fuego Esencial.

Cuando se acaba el documental, rebobino para volver a ver un par de secuencias, y esta vez tengo la impresión de que la ruptura empezó a fraguarse antes. Habían dejado de sonreírse embelesadamente mucho antes de lo de Titán. Al oírlas por segunda vez, algunas de las bromas que se hacen entre ellos suenan terriblemente forzadas. Vuelvo una y otra vez a aquel rostro apolíneo y enigmático. Siempre sonriente en las fotos de familia, serio y formal en un discurso ante las Naciones Unidas, grave y decidido en combate, dando sopas con hondas al Doctor Imposible y a cualquiera que se le pusiera por delante. Aquella inquebrantable seguridad en sí mismo que salvaba al equipo una y otra vez. Nadie perdía jamás la fe en él, así lo demuestran las estadísticas. Pero entonces, ¿qué le pasó al superhéroe perfecto?

MI PLAN MAESTRO SE REVELA



Laserator era un científico brillante, pero desperdició su trabajo compartiéndolo con pensadores convencionales. Tiene que haber una semilla de transgresión en toda teoría, o no es ciencia de la buena. Tienes que romper las reglas para llegar a alcanzar resultados tangibles, es una de tantas cosas que no te enseñan en Harvard.

No había vuelto desde que me licencié. Respiro hondo y repaso el equipo. Compruebo que el antifaz esté bien puesto, la capa suelta. Me he vestido para la ocasión, como corresponde al estudiante más famoso de mi promoción. Nunca he acudido a ninguna reunión de antiguos alumnos, ni siquiera disfrazado. Jamás había tenido un motivo para volver.

La primera etapa de mi conquista del mundo empieza esta noche, pero estas cosas hay que hacerlas con calma si no quieres que te pillen. El Instituto para el Pensamiento Avanzado se halla rodeado de estrictas medidas de seguridad. Espero en un callejón de enfrente el cambio de turno de los guardias de seguridad; dejo que la luna se eleve en el cielo y la marea baje hasta exponer los canales de desagüe del río Charles. Entonces tenso todo el cuerpo, doy un salto y me agarro al peldaño inferior de una escalera de incendios.

La luz de la luna ilumina toda la ciudad, y también mi silueta, pues estoy de pie sobre la superficie de gravilla de la azotea. Cualquiera que mirara hacia arriba podría verme, pero aunque solo son las once, el mundo parece dormido. Reconozco monumentos de años atrás, el Memorial Hall, Thayer Hall. El candado del tragaluz es el mismo que había veinticinco años atrás. Busco en mi cinturón multiusos y me las arreglo para forzarlo en silencio pese a los guantes.

Veo pasar abajo a uno de los guardias de seguridad del campus. Podría verme con tan solo alzar la vista. Me detengo y espero a que se vaya mientras un cuadrado de luz de luna se desplaza lentamente en el suelo. He estado aquí arriba con anterioridad, y recuerdo que se podía subir desde la sala de ordenadores. Me lo enseñó un estudiante de último curso de ingeniería informática. Es un rincón al que podías venir a pensar o a fumarte un porro sin que nadie te molestara. Después de que él se licenciara, solía subir aquí arriba de madrugada a oír el ruido de las farras que se celebraban en los dormitorios los fines de semana, o tan solo a refrescarme durante las largas noches de verano que pasaba en vela, codificando.

* * *

Si hay alguien remotamente parecido a mí leyendo esto, que tome nota: estoy rompiendo una regla que me había impuesto a mí mismo regresando al lugar del crimen. La primera vez que vine aquí, tenía una misión muy distinta en mente: estaba en octavo curso y mi orientadora vocacional me dijo que era un genio. Quería saber qué significaba eso.

Cuando uno oye la palabra «genio»... bueno, se imagina a alguien como Mozart o Einstein. Alguien que sabe hacer algo mejor que ninguna otra persona. No solo «algo», sino un campo concreto del saber, como las mates o la música, un tema específico para el que parece haber nacido.

Yo esperaba descubrir algún día mi vocación. Ver algo —un tablero de ajedrez, las leyes de la física, un baile, una pintura— y reconocerla. Era un extraño en el mundo. Esperaba el día en que vería algo y lo sabría, y diría: «Este soy yo». Y lo sabría sin sombra de duda cuando llegara el momento, cuando llegara ese día en que se acabarían todas las vacilaciones, los pasos en falso, los tímidos intentos que siempre acababan en rotundos fracasos. Imaginaba el momento, la indescriptible emoción, el pronto y seguro reconocimiento, el gesto estupefacto en el rostro del profesor. Habría un silencio, y por un instante me sentiría como si ocupara el centro del universo.

Leí libros, biografías de hombres y mujeres de otros tiempos que habían experimentado esa misma sensación, y supe que algún día me pasaría a mí también. Esperaba el momento en el que sería elegido. Era un niño tímido y hogareño, y a no ser que algo cambiara radicalmente, me convertiría en un cerebrín regordete que jamás conocería el tacto del fuego. Me preguntaba qué forma tomaría mi vocación, porque no acababa de verla.

Pero aquella mujer había dicho que yo era un genio. No lo sabía ella bien...

* * *

Un microcabrestante de mi propia invención va soltando el cable desde el cinturón multiusos. Allá arriba, el tragaluz rectangular se va haciendo cada vez más pequeño, y mis botas de cuero rojo oscilan en el aire mientras descendo poco a poco hasta plantarme con una pierna a cada lado del cuerpo dormido del guardia, único testigo de mi regreso. Solía imaginar que me invitaban a pronunciar el discurso de la ceremonia de graduación y volvía, ya sin el antifaz, para revelarles a todos la Verdad.

Hay partes del instituto que permanecen abiertas al público. Un letrero en el vestíbulo anuncia las exposiciones que se pueden ver actualmente: «El genio de Leonardo», «La magia de las geodas» y «¿Qué determina el clima?». La cafetería

está cerrada y a oscuras, pero aun así alcanzo a ver la mesa que solía ocupar mientras esperaba a Erica Lowenstein. El olor de este lugar a una hora tan tardía me trae a la memoria lo que sentí la primera vez que lo pisé, cuando tenía todo el futuro por delante. Dejo un billete de mil dólares en la caja de donaciones que hay en la entrada y paso al otro lado del torniquete.

Mi primer año coincidió con un invierno extraordinariamente riguroso. Yo era un estudiante de primer curso delgado y tímido, y la facultad era un nuevo paisaje para mí, paredes de ladrillo visto y madera oscura, como una enorme mansión georgiana propiedad de un pariente lejano en la que me habían dejado pasar una larga tarde de domingo. Solía comer a solas en el comedor, con las gafas empañadas por el calor corporal de tantos estudiantes felices y contentos.

No tenía nada que decir a mis compañeros de habitación. Eran chicos encantadoramente vulgares, dos de los cuales habrían de convertirse en médicos y el tercero en abogado, y que no tienen ni la más remota idea de la suerte que ha corrido su antiguo y olvidable compañero de habitación. Por las noches solía dormir, mal que bien, mientras los demás se daban a la vida social en la sala común, desde la que llegaba una luz fluorescente y risas cerveceras que se colaban por debajo de la puerta. Solía pasarme días enteros sin abrir la boca fuera de clase, donde mi impaciencia ante las escasas luces de los demás estudiantes parecía romper un acuerdo tácito por el que nadie debía parecer demasiado listo ni esforzarse más de la cuenta, un acuerdo que no me interesaba en lo más mínimo. Yo quería deslumbrar.

Acudía de oyente a los seminarios de los últimos cursos, hacía el doble de asignaturas que el resto de los estudiantes y mis habilidades pronto empezaron a dar que hablar en varios departamentos universitarios.

En sueños, me veía en una inmensa sala de conferencias con techos abovedados, y de mi espalda sobresalían grandes alas de cuero o similar que se desplegaban en el cálido y saturado ambiente del aula mientras hablaba de una maravillosa sabiduría muy alejada del saber ortodoxo. Y me despertaba temblando en mi propia e irreconocible piel, tratando de salir a flote entre estudiantes de secundaria petulantes y pagados de sí mismos.

Sabía que Jason seguía un camino paralelo al mío, aunque yo le llevaba cierto adelanto, pero su convencional belleza y su inexplicable confianza en sí mismo lo llevaban a superar las complejidades reales del trabajo. Su natural bondadoso y campechano se hacía extensible incluso a mi persona. Las pocas veces que nos cruzamos en el patio, me dirigió su característica sonrisa benévola, acompañada de un gesto de asentimiento igualmente amistoso, como si su mirada, que parecía no acabar de enfocar lo que veía, no reconociera como tales las humillaciones infligidas en el pasado.

Gané el premio Putnam sin esfuerzo (inexplicablemente, Jason alcanzó el tercer

puesto, pero le gané por un margen respetable). Recuerdo el día que recogí el galardón, el primer sábado de diciembre. Aquella misma mañana había suspendido por tercera vez consecutiva el examen de natación obligatorio y mi piel aún conservaba el olor a cloro de la piscina. Mis ideas sobre la dimensión zeta no eran más que unas cuantas notas garabateadas en un cuaderno, y no había nada que hiciera sospechar mi posterior ruptura con el profesor Burke, solo la sensación de tener un potencial inimaginable.

* * *

Una vez que logro entrar en el recinto del museo, la seguridad es de risa. Un oso polar disecado, osciloscopios y modelos obsoletos del átomo se alzan lado a lado en la oscuridad.

El espejo de Laserator está guardado en la parte de atrás, en la sección de investigación, ubicada en el ala de alta seguridad. Lo vi en una ocasión, y tenía el aspecto típico de un estadounidense del Medio Oeste, el rostro afable. Lo único que quería era que sus teorías cosecharan un mayor reconocimiento.

Me la estoy jugando, pero una pieza como esta es algo único. No adivinarán para qué la quiero hasta que sea demasiado tarde. Lobo Negro tiene algo de formación técnica, pero no hay un solo científico entre sus filas, lo que no deja de ser triste, porque nunca podrán apreciar del todo lo que me dispongo a hacer.

Incluso a medio acabar, el nuevo báculo de poder es una maravilla, una varita mágica dotada de un potente sistema de circuitos y cargada de sorpresas desagradables. Leonardo da Vinci me sonrío desde su réplica a escala real, la viva imagen del científico equilibrado y lleno de buenas intenciones. La placa que acompaña la reproducción enumera sus muchas contribuciones al progreso de la humanidad y alaba su desinteresada consagración al estudio y la sabiduría. Menudo imbécil.

* * *

Por aquel entonces, creía que sabía todo lo que iba a ocurrirme en el futuro. Jamás se me pasó por la cabeza que pudiera enamorarme.

No sé por qué empezó Erica a salir conmigo. Supongo que algo de lo que dije le parecería gracioso. Ella estaba en primer año y hacía un seminario de Cálculo en el que me habían invitado a hablar sobre la aplicación de las ramas de las matemáticas puras en la teoría del juego que estaban estudiando. La acompañé hasta su siguiente clase y sudé profusamente mientras peroraba sobre las diferencias entre las subastas al estilo holandés y al estilo inglés. Erica estudiaba Ciencias Políticas, tenía ojos de

color avellana, una voz grave y ronca, y una mirada firme que sostenía la mía sin vacilar. Es muy posible que fuera la primera persona con la que mantuve una conversación digna de tal nombre desde mi llegada a la universidad.

Leía sus artículos en el *Crimson* y me sentaba junto a ella en el comedor de Cabot House. Al principio ella solía buscarme para charlar unos minutos, y luego, cada vez más a menudo, se sentaba a mi lado y depositaba su bandeja de comida junto a la mía.

Yo tenía la sensación de haber cruzado un umbral, de que por unos instantes podía convertirme en una persona normal y salir de la trampa, de la dimensión zeta en la que vivía. Veía en aquella relación la posibilidad de cambiar, acaso mi última oportunidad de convertirme en alguien similar a Jason Garner.

Durante algún tiempo, quizá un semestre o dos, almorzábamos juntos en el comedor al empezar la tarde, hablábamos de tonterías y nos reíamos a la vez. La oía hablar de su familia, su colegio privado. Era lista, y tenía la suficiente seguridad en sí misma para codearse con gente como Jason. Pero lo que más me gustaba de ella era su perspicacia, cierta cualidad crítica que le permitía ver más allá de las apariencias. En el fondo, tenía la esperanza de que pudiera ver más allá de mi coraza.

Años más tarde nos convertiríamos en el hazmerreír de todos, la eterna damisela en apuros y el diabólico supervillano enamorado. Hasta los otros supervillanos se carcajaban de mí. Supongo que lo que estaba pasando resultaba evidente para todos excepto para mí, pero yo no formaba parte del círculo de amistades de Jason. Ni siquiera sabía que ellos dos se conocían.

Aquel verano el profesor Burke, el decano del departamento, me invitó a trabajar en su laboratorio de Física de Partículas. La invitación en sí era un gran honor, puesto que Burke era el candidato al Nobel del departamento y solo los mejores estudiantes podían acceder a su seminario de Física de Altas Energías. Yo era el más joven de cuantos lo habían cursado jamás. Se lo dije a Erica porque no tenía nadie más a quién contárselo, aparte de mis padres.

Incluso se me permitió reservar algún tiempo de utilización del acelerador de partículas para realizar mis propios tests. Me concedieron justo la libertad de movimientos que necesitaba para descubrir la dimensión zeta y provocar el accidente que pondría fin a mi carrera académica y lanzaría la de Fuego Esencial como superhéroe.

* * *

Nada más entrar en el laboratorio percibo algo raro. El suelo se ha elevado unos milímetros respecto al del pasillo, lo que significa que es sensible a la presión. Aprieto un botón del báculo de poder y me alzo siete centímetros por encima del

suelo. Lo vuelvo a tocar y me desplazo lentamente hasta el centro de la estancia. Los cables trampa de láser se comban en silencio a mi alrededor.

El espejo de Laserator reluce en una vitrina con puertas de rejilla al fondo de una de las salas del laboratorio. ¡Los muy idiotas se han olvidado de él por completo! Dicen que era capaz de devolver la luz visible como una fuerza sólida, y que reflejaba hasta la gravedad. Con el espejo en mi poder, doy por cumplida la primera parte de mi plan.

Al final, para detenerlo, tuvieron que unir sus fuerzas los Campeones, el Batallón y el mismísimo Nube de Tormenta. El espejo se conserva tal cual estaba el día que se le cayó de las manos en pleno Broadway, más concretamente en la calle Cuarenta y siete. Ahora yace olvidado en una balda, preñado de resplandor y perdición.

* * *

El accidente de Jason lo cambió todo para mí. Fui desterrado para siempre del laboratorio de experimentación de alta energía. No fue culpa mía, y se lo dije. Él entró en la zona de pruebas. De nada me sirvió que las ideas subyacentes al experimento fueran perfectamente válidas; nadie, ni siquiera Burke, quiso volver a saber nada de mí, aunque nadie resultara herido. De hecho, alguien desarrolló superpoderes gracias al accidente.

Resulta sorprendente lo fácil que es pasar de ser un genio en potencia a ser un apestado. El problema del rayo zeta me quitaba el sueño y, en mi empeño por resolverlo, empecé a descuidar gravemente mis estudios. En el séptimo semestre de mi estancia en la universidad seguía siendo un estudiante de segundo curso y recorría los senderos helados de Harvard Yard con el único jersey que poseía, hablando entre dientes. Personas a las que no conocía de nada parecían reconocerme y evitarme. Para entonces, Jason se hacía llamar por un nuevo nombre de lo más resultón e iba camino de convertirse en una estrella, olvidada ya la universidad. Erica no tardaría en seguirlo como la intrépida reportera y novia del flamante superhéroe que el mundo acababa de descubrir.

Yo empezaba a convertirme en toda una leyenda en el campus. La gente me señalaba cuando me veía en la cafetería sin ventanas de la cuarta planta, sorbiendo café y comiendo chuches. Me pasaba la vida en las bibliotecas de la universidad, donde llevaba a cabo mi propia investigación, hurgando entre las manoseadas fichas de cartón de los libros inventariados. Todas las noches, los guardias de seguridad me echaban a las doce y volvían a encontrarme todas las mañana a primera hora, cuando se disponían a abrir las puertas de cristal. Vivía rodeado por el zumbido de los fluorescentes, el crujido seco del papel y el estruendo de las estanterías correderas. Empecé a sacar de la biblioteca libros cada vez más antiguos, libros cuyas fichas de

préstamo no se habían sellado desde hacía décadas, libros con extrañas pero instructivas notas garabateadas en los márgenes por estudiantes universitarios de los años veinte y treinta. Fue así como me familiaricé con el nombre de Ernest Kleinfeld. Pero ninguno de los autores catalogados en las bibliotecas de la institución de enseñanza más antigua y prestigiosa de Estados Unidos había contestado jamás a las preguntas que yo me planteaba.

Abandoné el campus, pero no fui demasiado lejos. Encontré un piso en un sótano de Davis Square, en Somerville, y frecuentaba las cafeterías y librerías cercanas. En cierta ocasión, iba por la calle cuando oí que alguien me señalaba ante un grupo de estudiantes de primer año como «el loco del rayo zeta».

Por la noche, acostado en mi litera, me sentía como si yaciera en el fondo de un río de aguas negras. ¿Adónde se había ido todo mi potencial?

Pasado algún tiempo, se me sugirió desde la rectoría que me tomara algún tiempo libre y se me recomendó que acudiera a terapia psicopedagógica. Me negué. Seguí yendo a la biblioteca como hasta entonces, y allí pasaba todo el día, estudiando y leyendo. A medianoche se cerraban las puertas de la biblioteca y yo me sentaba en los escalones de la entrada. El largo invierno pasó y llegó una cálida y neblinosa noche de mayo. Aquí y allá, los estudiantes se apresuraban a volver a sus dormitorios, riendo y hablando sobre cosas triviales que yo ya no alcanzaba a imaginar.

* * *

Debo hacer una última parada en el anexo del museo que queda al otro lado de la calle, pero voy a tener que darme prisa. Afuera suenan las sirenas. Uno de los guardias se habrá despertado y me habrá visto. Ahora saben que se las ven con alguien que oculta su identidad bajo un antifaz, por lo que no tardarán en recurrir a las fuerzas posthumanas, que acudirán prestas desde cualquier punto de la costa Este.

En efecto: aquí llega Damisela. La veo planeando por encima de mí, su silueta negra recortada contra el cielo, como la diosa de una pesadilla, asombrosamente ingrávida, los rayos láser de sus ojos refulgiendo en la oscuridad. El absorbedor de campos energéticos debería evitar que me viera. Aprieto el invento de Laserator contra el pecho.

El agua de la lluvia me está empapando el traje, colándose entre las fibras de acero y nailon hasta llegar a mi piel encallecida. Ojalá estuviera en cualquier otro lugar. Ojalá estuviera en casa. Pero soy un supervillano, así que no tengo hogar, sino tan solo una estación espacial, o una celda en la cárcel, o una base de operaciones, o una alcantarilla. No poseo una identidad secreta. Ahora mismo soy el Doctor Imposible a todas horas, o poco menos.

El anexo no es más que un gran almacén, en su mayor parte subterráneo. Las

escaleras de incendios están en la parte de atrás del edificio, bloqueadas, pero me agacho y apunto el espejo de Laserator a la chapa metálica. Con la luz de las estrellas tengo suficiente; reflejada, ampliada y enfocada, funde el metal como si fuera mantequilla. La escalera de aluminio retumba bajo mis pies mientras desciendo cinco tramos a toda velocidad sin ni siquiera apoyar los brazos, la capa ondeando a mi espalda. Sé perfectamente a dónde me dirijo. Esté donde esté, Fuego Esencial ya no puede detenerme.

* * *

Me fui a terminar la carrera a la universidad de Tufts, en el departamento de Física. Entré por los pelos, pero conseguí una beca gracias a mis primeros trabajos y al hecho de que, cuando me lo proponía, seguía siendo el rey de las matemáticas puras. Recuerdo la tarde en la que me encaminé desganadamente a la sala de actos para someterme al examen final, y me sorprendió lo jóvenes que parecían todos los estudiantes de último curso, y lo despacio que contestaban a las preguntas. Cuando enfilé el pasillo con el examen terminado en la mano, me preguntaron si quería hacer una pausa para ir al cuarto de baño.

Mi tutor en Tufts era un químico de avanzada edad, un hombre que no aspiraba a comprender mi trabajo y que no hacía preguntas sobre mis progresos. La investigación no iba por buen camino. Los experimentos no producían resultados, o lo hacían de un modo azaroso. Tenía la sensación de estar a un paso de descubrir algo que se negaba a materializarse. Los artículos de Kleinfeld me atormentaban; sus conocimientos pertenecían a una década anterior, pero aun así estaban fuera de mi alcance.

Por extraño que parezca, Erica sacaba tiempo de vez en cuando para salir a comer conmigo cuando venía desde Nueva York, donde ya empezaba a labrarse una reputación como escritora. Pero aparte de aquellos esporádicos atisbos de sol, mi contacto con el género humano se limitaba a los ayudantes de laboratorio y los administradores de sistemas informáticos. Boston es una ciudad lluviosa cuyo contorno se desdibuja hacia la periferia, dando paso a grandes zonas comerciales que abastecen las urbanizaciones de las afueras y complejos de oficinas, entre los que florecieron los laboratorios de alta tecnología. Encontré trabajo en uno de ellos, y la libertad suficiente para sacar adelante mis ideas. En los largos trayectos en autobús que me llevaban y traían desde las afueras, daba rienda suelta a mis ensoñaciones.

Y nadie sabía lo que me había sido confiado. Por las noches, me sentaba delante de la tele con la sensación de que las estaciones pasaban a una velocidad excesiva. Notaba que me iba haciendo cada vez más viejo y gordo, que mi poder se consumía, vacilante, mientras la dimensión zeta se hacía cada vez más evidente, y su radiación

roja brillaba justo al otro lado del mundo visible. A veces me sentía muy cerca de ese hallazgo una vez más, el hallazgo que me haría famoso, que demostraría que todos se habían equivocado conmigo. Un genio languideciendo a solas y en el anonimato.

* * *

Bajo tres, cuatro, cinco tramos de escalera, y me adentro en los archivos secretos. Luego dejo atrás las zonas precintadas por el gobierno y llego a la sección prohibida, cuyas cerraduras no tardo más de unos segundos en abrir. Abajo, las estanterías se suceden sin solución de continuidad. Contienen sobre todo cajas de cartón con los objetos más variados, fruto de donaciones o bien adquiridos en subastas. Estoy buscando una pieza perteneciente a una colección privada que fue trasladada a Estados Unidos y desmantelada tras la Segunda Guerra Mundial. Por suerte, sé orientarme entre los archivos.

Lo que busco se encuentra justo donde decía el catálogo. *Climatología táctica*, edición en dos volúmenes de 1927, editorial Neptune Press, con profusión de ilustraciones, en un razonable estado de conservación. Su distribución fue oficialmente prohibida por un consejo de generales, senadores y científicos en tiempos de guerra, y solo hay cuatro personas con vida que sepan de su existencia, lo que lo convierte en uno de los trabajos más famosos de Ernest Kleinfeld, también conocido como Lianne Stekleferd o Lester Lankenfried. Barón Éter para los amigos.

En su interior, gráficos de exquisita factura ilustran lo que tiene que ocurrir. Columnas de meticulosas ecuaciones demuestran su eficacia. «¿Qué determina el clima?», en efecto. Yo lo determino a partir de ahora, y no tardará en hacer un frío que pela. El libro descansa ya en mi cartera; dos objetos en una sola noche y medio plan cumplido. Resulta casi demasiado fácil. No juego limpio, o al menos no según el concepto de juego limpio de los superhéroes, pero tampoco es que escatime recursos. Cualquiera podría hacer lo que hago yo, cualquier persona que se lo propusiera, si tan solo hiciese los deberes primero.

* * *

Al final, incluso los demás estudiantes de posgrado empezaron a evitarme. Era bastante mayor que ellos. Durante el primer semestre hubo una fiesta de bienvenida y me horrorizó comprobar lo jóvenes que parecían. Me presenté allí con mi chaqueta de tweed y aguanté el tipo durante una hora antes de escabullirme para meterme en el cine. Creía que durante el curso de posgrado conocería al fin a gente como yo, pero mis compañeros de clase parecían monitores de esquí, y bebían y bailaban como la gente que salía en la MTV. Unos pocos de ellos hasta sabían quién era yo: el raro, el

loco del rayo zeta.

Mis compañeros de habitación de la facultad se habían convertido en abogados especializados en el mundo del espectáculo, directores teatrales, físicos. Yo siempre había pensado que el hecho de ser inteligente compensaría todo lo demás: los míseros once mil dólares que ingresaba al año, el sombrío piso sin ascensor en Somerville, los sueños aplazados.

Quizá no hubiese otras personas como yo, ni siquiera en el mundo de la ciencia. No sé qué esperan de ella, cómo pueden darse por satisfechos con las nimias recompensas de las becas y las subvenciones, la publicación de sus estudios y los premios. A diferencia de todos ellos, yo siempre lo he sabido; en el fondo siempre lo he sabido.

Pasé horas sin fin entre aquellas estanterías, buscando sin esperanza el libro que me indicaría el camino a seguir, que me abriría las puertas de la dimensión zeta. Quería cosas que apenas alcanzaba a ver, líquidos que brillaban en la oscuridad y corrientes eléctricas que serpenteaban y bailaban como seres vivientes. Quería tener la ciencia en mi interior, quería que me cambiara, que utilizara mi cuerpo como un generador, un reactor, un crisol. Transformación, trascendencia. Y por eso, claro está, me tildaron de loco.

Se rieron de mí, y eso jamás se lo iba a perdonar. Tendrían su merecido. Descubriría la dimensión zeta, y no por el bien de nadie más. ¿Salvar el mundo? Ni hablar. Tengo mis razones. El mundo ya estaba condenado desde hacía mucho tiempo, y eso no creo que nadie pueda cambiarlo, ni siquiera la ciencia.

¿Y qué si de veras encontré algo rebuscando en aquellas estanterías, entre legajos olvidados, un libro tan antiguo que ni siquiera figuraba en el catálogo, que llevaba años acumulando moho en lo más recóndito de los archivos bibliotecarios, en las profundidades de un sótano dos plantas por debajo del nivel del suelo? Lo cogí de la estantería, me senté en el suelo y me puse a leer. Lo encontré. Miré donde a nadie se le había ocurrido mirar. Leí un libro que a nadie más se le había ocurrido leer.

Un libro singular. Un libro de hojas, un libro de lluvia, un libro de aparcamientos y patios universitarios y todos los largos paseos y solitarias tardes de mis días y noches. ¿Qué es un genio? Leí y leí y leí, hasta que en aquel paisaje veraniego de centros comerciales, grandes aparcamientos y salas de actos de institutos se desplegó ante mí un inmenso patrón, como un circuito impreso en la hierba y el asfalto, como unas extrañas runas de origen misterioso que relucían y contaban la verdadera historia del lento cierre de la última gran era.

* * *

Salir es pan comido. Como jamás adivinarían mi objetivo, ni siquiera me han

seguido hasta los archivos. Los superhéroes no se detienen a pensar en naderías como las bibliotecas y el trabajo de investigación. Una vez han adquirido sus poderes, no vuelven a intentar usar el cerebro, sino que se limitan a revolotear de acá para allá. Los libros, los inventos, los hallazgos, todo eso nos lo dejan a nosotros.

Damisela ya habrá salido zumbando hacia el sur, a su lujosa suite de la Torre de los Campeones. Robo un coche del aparcamiento de una empresa de alquiler de vehículos y deposito mis trofeos en el asiento de al lado. El coche tiene lunas tintadas, así que ni siquiera me molesto en cambiarme.

Otra cosa que solía hacer: cuando volvía a casa desde el laboratorio a altas horas de la madrugada, me desviaba de mi camino y me metía en la autopista solo para tener la sensación de que me dirigía a algún sitio. Esta vez el viaje dura cuatro horas. Me aseguro de no sobrepasar el límite de velocidad en casi todo el trayecto, y hacia el final le echo una carrera al sol naciente. El libro y el espejo descansan en el asiento del copiloto. Ya falta menos para poner en marcha mi plan maestro.

Dicen que uno nunca olvida sus orígenes, pero apenas recuerdo nada de lo que pasó aquella noche, por mucho que lo intente. A veces me vienen fognazos, imágenes sueltas, en los momentos más extraños.

Había estado cenando con Erica, hasta ahí lo recuerdo, y después estuvimos charlando mientras volvíamos caminando a mi piso, pero la mayor parte de lo que ocurrió aquella noche sigue siendo un misterio para mí. Volví al laboratorio y estuve trabajando hasta tarde. Cuando crucé la calle a la carrera desde la parada del autobús, había un olor a lluvia flotando en el aire. Mientras esperaba para cruzar la vía rápida, me fijé en el halo de niebla que envolvía las farolas y los faros de los coches. Por entonces seguía viajando cada día desde mi piso a un complejo de oficinas en Lexington, trabajando más horas que un reloj y ocupado en el último de una serie de experimentos fallidos.

Llovía a cántaros en el aparcamiento. Era viernes por la noche, el mejor momento de la semana para trabajar en mis propios experimentos, y el aparcamiento era un páramo desierto en el que destacaban las farolas con su fulgor anaranjado y las rayas blancas de las plazas de coche pintadas sobre el asfalto, como el esqueleto de una tira de cómic. Más allá de las últimas plazas de aparcamiento no hay nada más que un pantano, juncos, hierba crecida, ranas, insectos cantarines y el cielo negro de las afueras de Massachussets. Estuve un rato contemplándolo a través de los cristales tintados, respirando el aire climatológicamente controlado del coche mientras pensaba en el enésimo plazo de entrega que iba a incumplir. Me estaba quedando sin fuentes de financiación. Aquella era mi última oportunidad.

La solución objetivo era un fluido de características únicas. Una revolucionaria nueva fuente de combustible nacida de la radiación zeta que solo yo comprendía, un cóctel fluorescente de extraños venenos, isótopos inestables y metales exóticos que,

al removerlo en el vaso de precipitados, generaba remolinos de color morado y verde. La palabra «tóxico» no bastaba para hacerle justicia; era algo portentoso, casi dotado de vida propia. Una sola gota hubiese bastado para abastecer de energía a un trasatlántico durante mil años. Una noche, sin pensarlo, me quité uno de los guantes y toqué una muestra. Era fría al tacto, luminosa, y la yema de mi dedo se volvió insensible al instante.

La temperatura seguía subiendo. Como una inmensa telaraña, las grietas invadieron el vidrio de la cámara de contención segundos antes de la explosión. Me dolía como si me quemara o me estuviera ahogando, y aquel dolor siguió yendo a más hasta hacerse insoportable. Quería desmayarme, abandonar mi cuerpo. Cuando no soportas el dolor pero este no desaparece, la persona que sobrevive ya no eres tú. Te conviertes en otro, una nueva persona, la que sí aguantó el dolor pese a todo. La fórmula saturó mi cuerpo, y me cambió.

BIENVENIDOS A MI ISLA



Primero la Edad de Oro, luego la Edad de Plata, y después la de Hierro. Tiene que haber también una Edad de la Herrumbre, una edad en la que incluso los metales de baja ley de los que estamos hechos habrán vuelto a cambiar. A causa de qué, para convertirse en qué, eso no puedo saberlo. Todos los ciborgs se ven obligados a pensar en la herrumbre; sean o no aleaciones de alta tecnología, mis partes metálicas acabarán oxidándose algún día. Dicen que vivimos en la Era de la Información, la Era de la Silicona, la Era Nuclear, pero yo creo que se equivocan. Es una cuestión de temple. Cuando el metal del mundo se convierte en hierro, cambia por última vez.

Me desplomo sobre uno de los sillones de piel del dirigible de Lobo Negro, un artefacto hecho a la medida de sus deseos y la prueba tangible de que ya no soy una cualquiera.

Al acercarnos desde arriba, vemos los vestigios de un esplendor perdido, un esqueleto de arcos de metal oxidado que se yerguen majestuosos hacia el cielo, señalando lo que fue y ya no es. En sus mejores tiempos, la base albergaba maravillas sin par. Ahora, el metal y el hormigón se pudren bajo el sol.

La costa norte está punteada por una hilera de enormes pilones de hormigón veteados de herrumbre, la herrumbre de sus propios refuerzos internos, puesto que estaban destinados a ser los cimientos de un laboratorio de física de partículas que nunca llegó a construirse. Una vía férrea, ahora devorada por la maleza, avanza tierra adentro hasta el edificio principal, una joya enclavada entre el acantilado y la selva gracias a la mano de obra de los robots. Una cúpula central destaca entre la arboleda, aunque solo sus cuatro jácenas se mantienen intactas. La silueta curva de la cúpula aún se adivina gracias a un enrejado medio comido por la herrumbre, pero la mitad de los cristales se ha caído hacia dentro y ha quedado hecho añicos en el reluciente suelo del laboratorio. El musgo y las enredaderas se cuelan por los agujeros.

El agua lo ha empapado todo. Cuando Fuego Esencial hizo su entrada triunfal abriendo un boquete en el muro de contención, toda la estructura se desplazó respecto al eje, los cristales de las ventanas estallaron, el ambiente estéril se perdió y los cierres herméticos saltaron por los aires. Los suelos de los otrora impolutos laboratorios están cubiertos de polvo que el viento trajo consigo y de huellas de animales que campan por sus respetos, contaminando cuanto encuentran a su paso.

Entre las baldosas resquebrajadas asoman gruesas raíces de árboles. Las verjas de hierro han empezado a oxidarse, mientras que las escaleras de piedra se han agrietado y desmoronado.

Bajo la cúpula del laboratorio, un gigantesco artilugio esférico yace en estado de avanzada descomposición. El haz de alguna mirada con infrarrojos le hizo un diminuto orificio por el que se ha colado la humedad, y su delicado mecanismo interno, tan sutil y perfectamente equilibrado que hasta un niño podía ponerlo en marcha con la mano, se oxidó hasta convertirse en una masa compacta. Y Phathom-5, un superordenador concebido para proyectar los arcos de los átomos rotos, permanece mudo. La lluvia tropical empapa su corazón estéril, en el que antes no hubiese osado entrar ni la más diminuta partícula de polvo. Los rifles de plasma expuestos a lo largo del muro oriental guardan silencio, y el acelerador de partículas, pintado de un color chillón y coronado por una cresta hecha con aletas de radiador, permanece inmóvil, señalando hacia arriba en un ángulo de setenta grados. Una familia de águilas pescadoras ha anidado en el interior del cañón.

—Y lo llamaban loco... —murmura Damisela, que está junto a mí.

Lily aparta un cartucho de una patada. Lobo Negro ordena silencio.

Damisela señala algo.

—Aquí fue donde lograron abrir una brecha en su reducto. Para entonces, tú habías perdido el conocimiento.

—Estaba fingiendo —farfulla Lobo Negro—. Puedo hacerlo, por si no lo sabías.

El Doctor Imposible construyó esta fortaleza a finales de los años setenta, en los albores de su carrera, aquella era dorada en la que cada seis meses volvía a aparecer en escena, alzándose como un gigante ante los ojos del mundo. Nadie sabía qué esperar; el peligro podía llegar del cielo, o en forma de robot de metal blindado que emergiera de las profundidades de la bahía de Hudson, o quizá como un rayo intercambiador de mentes, con lo que podíamos tener a un extraño entre nosotros, aparentando familiaridad y espiándonos con ojos hiperinteligentes. El Doctor Imposible hasta había salido al espacio exterior, y había domesticado a un dios alienígena. Ningún reto parecía resistirse a su polifacética e insaciable inteligencia.

Aquí, en aguas internacionales, trabajaba día y noche. Su deslumbrante ciudadela habría resultado visible desde el espacio de no ser por un artilugio que refractaba la luz a su alrededor. Se había enfrentado a Nube de Tormenta hasta llegar a un empate, había derrotado al Superescuadrón y dejado en evidencia al Doctor Mente en su propio terreno. Sus combates con Fuego Esencial llenaban los titulares, y corría el rumor de que había inventado —y algún día construiría— una máquina que lo haría del todo invencible.

Entonces los tres superhéroes unieron sus fuerzas como amigos y compañeros de armas, y el mundo volvió a tener un superequipo de indiscutible supremacía. El

Doctor Imposible tenía ahora un adversario a su altura, y los Campeones se encargaron de frustrar sus planes en incontables ocasiones. En la última, fueron ellos quienes iniciaron las hostilidades.

Hay un par de zonas que siguen cerradas. El Doctor Imposible excavó lo suyo; hay ocho o nueve plantas bajo el nivel del suelo, algunas destinadas a vivienda, otras a laboratorios especializados. Y los escáners muestran perforaciones que descienden hasta profundidades insondables, más allá del suelo oceánico. Una de ellas la hemos clasificado como pozo geotérmico, pero las demás siguen siendo un misterio. Lobo Negro pasa unos instantes mirándolas, y al cabo mueve la cabeza en señal de negación.

* * *

Los gigantescos restos mortales de un Antitrón de última generación ocupan buena parte del patio y uno de los muros contiguos. Su mano sigue aferrada a un enorme cañón bláster. Luchó hasta el último aliento pero ahora, despojado de su malévolos fuerza vital, posee una suerte de belleza primitiva y su rostro me recuerda una máscara inca. El pecho se le hunde hacia dentro allí donde Damisela le asestó el golpe final.

Nos reunimos los ocho a la sombra de la gigantesca arma de destrucción total, ahora volcada sobre uno de sus costados y parcialmente enterrada en el suelo arenoso. ¿Cómo habría sido aquel día? ¿En qué estaría pensando? El casco, la capa, el ejército de mutantes. Por fuerza tenía que saber que iba a perder. Pero se suponía que era inteligente. Se suponía que era un científico.

Voy seleccionando distintos modos de visión y observo la escena primero con infrarrojos, luego con ultravioletas, hasta que de pronto un extraño silbido sónico me produce náuseas. Resulta que puedo hacer rebotar los ultrasonidos y obtener así una visión de rayos X limitada. Todo el mundo se ve distinto con este tipo de visión. Lobo Negro aparece como un hombre normal y corriente, aunque a lo largo de los años se le han ido alojando en el cuerpo pequeños trozos de metal y hubo que reconstruirle una rodilla. Salvaje es completamente orgánico, carne y hueso, mucho más densos de lo habitual, eso sí, y por supuesto no es humano; su esqueleto es un híbrido de hombre y tigre de Bengala. Damisela aparece toda negra; los ultrasonidos rebotan en su piel, como todo lo demás. En cuanto a Triunfo del Arco Iris, sus entrañas están repletas de implantes, cables y órganos supletorios. Su tecnología es distinta a la mía, más biomimética, el ideal de colegiala de H.R. Giger.

No sabemos con seguridad en qué consistía exactamente aquel artilugio. Una serie de globos con acabado metalizado, unos dentro de otros, como una sucesión de conchas ahora abiertas, rotas y expuestas al aire. La arena se ha depositado sobre la

máquina, empañando inevitablemente su superficie suave y pulida. Recuerdo haber visto al Doctor Imposible en la tele, jurando que aquel aparato destruiría la Tierra si lo encendía. Míster Místico apoya la mano en él y se estremece. Dice que la obra del Doctor Imposible es demasiado compleja para que la pueda descifrar, que posee un estilo hipercomprimido. Pero cree que probablemente sí hubiese funcionado.

* * *

He repasado una y otra vez las imágenes de la última vez que alguien lo vio, un fragmento que salió en las noticias tras una escaramuza con Embriarca. En un primer plano, su rostro aparece rebosante de vitalidad pese a las rayas horizontales que deterioran la imagen. Va caminando y hablando con alguien que no se ve justo antes de que se corte la imagen. Un nombre.

Místico se halla en el centro de la estancia, los brazos abiertos, los dedos extendidos. Está captando rastros de energía que flotan en el aire que nos envuelve. Si Fuego Esencial ha estado aquí, habrá dejado una huella inconfundible. Míster Místico posee dedos excepcionalmente largos.

—Fuego Esencial estuvo aquí, pero solo un minuto. Aterrizó allí y permaneció inmóvil durante un rato, creo que usando su sensor de rayos zeta. Luego estuvo unos minutos dentro. No tocó nada.

—¿Y qué? —Triunfo parece aburrida, impaciente. Está acostumbrada a luchar ante las cámaras.

—Aún no lo sabemos. —Lobo Negro tiene algo en mente, pero no va a soltarlo.

Empieza a hacer frío a la sombra. El fina se posa en lo alto del muro externo a ver cómo se pone el sol sobre un mar tropical y cristalino, tiñéndolo todo con una pátina dorada y proyectando largas sombras desde las torres y las vigas que asoman entre las ruinas. La enorme mole permanece sumida en un silencio y una quietud abrumadores.

* * *

La puerta de servicio está blindada, mide medio metro de grosor y se halla empotrada en la roca, lejos del edificio principal. La gente tiende a creer que los ciborgs sabemos abrirlo todo, como si el hecho de llevar un chip en la cabeza te convirtiera en un cerrajero mágico. Pero veo que Triunfo y Salvaje intercambian una mirada como diciendo «¡Ahí viene la aficionada!», así que me arrodillo, arranco un panel y hago lo que puedo. Cualquier ciborg con un porcentaje de reemplazo del 57 por ciento sabe algo de electrónica militar. Me dedico a toquetear el sistema durante cerca de quince minutos bajo un sol abrasador que me recalienta la coraza metálica hasta que oigo el característico zumbido y el chasquidito que producen los pernos al

retroceder. Salvaje y yo abrimos la puerta entre los dos. Sus brazos anchos y peludos se alargan por encima de mi cuerpo para tirar con endemoniada fuerza mientras yo hago lo propio sin incorporarme del todo, lo que resulta en una postura algo rara. Noto su aliento en mi nuca. Es tan fuerte como yo, si no más.

Entramos todos en el edificio y bajamos por una escalera de mano adosada a la pared de una cámara subterránea, un espacio de aire industrial con muros de roca. Elфина baja en vuelo rasante, sosteniendo la lanza en alto, los pies bien alejados del suelo. No se rebajará a tocar el frío hierro. ¡Por Dios, pero si hasta arrastra un poco las piernas como Campanilla! Lobo Negro se desliza hasta abajo con los pies apoyados en la parte externa de los largueros. A continuación es Salvaje quien se lanza boca abajo, como una ardilla bajando de un árbol. Damisela espera un momento bajo la luz del sol, y es la última en entrar.

A lo largo de catorce años, este fue su bastión, un claro desafío al mundo. El interior es grande y oscuro como una caverna. Hay una pasarela metálica que cruza una profunda falla, muros de roca que se alzan hasta tocarse en las alturas. La luz se cuele por lo que podrían ser aspilleras, ahora desguarnecidas. El Doctor Imposible construyó máquinas para atacar el mundo, máquinas para hacer temblar de miedo las ciudades, y lo construyó todo a una escala correspondiente. Los infrarrojos delatan la presencia de una colonia de murciélagos que ha anidado junto al techo.

—Hay corriente eléctrica —señalo inútilmente.

Unos pocos haces de luz rasgan la penumbra. Más abajo, se ha visto un fogonazo y han saltado chispas entre las torres metálicas ahora deshabitadas. Damisela y Lobo Negro están hablando entre sí, y apenas miran alrededor.

—No, no te das cuenta. Solo porque no sepa volar no significa que...

—Por Dios, déjalo ya, Marc.

Pero entonces la puerta que hay al otro lado del puente se abre de par en par. Lobo Negro lo ve primero, pero espera a Damisela.

—Eeeh... cariño...

—¿Qué?

—Contacto.

Nunca había trabajado con verdaderos profesionales hasta ahora, y la reacción es impresionante.

—¡Voladores, arriba! —grita Damisela, y todo el mundo se dispersa.

Elфина se mantiene inmóvil junto al puente, batiendo las alas y produciendo un característico zumbido. Los robots —arañas metálicas que se mueven con agresiva inteligencia— llevan la inconfundible marca del Doctor Imposible. Uno de ellos ha perdido una pata en alguna escaramuza anterior. Salvaje salta hacia delante, agachándose y rodando bajo una lluvia de balas. Lo había visto luchando en vídeo, pero las imágenes grabadas nunca le harán justicia. No te permiten saber lo que es

estar cerca de alguien así de grande que puede moverse así de rápido.

Me lanzo a la carrera para alcanzarlo, y mi esqueleto metálico se activa para darme treinta centímetros más de longitud en cada pierna mediante una extensión que sale de las pantorrillas. Lobo Negro esquivo una ráfaga inicial con insultante facilidad, dando una voltereta sin apenas despeinarse para luego aterrizar sobre el caparazón del robot principal, cuyos cables sensoriales empieza a arrancar de cuajo.

Elfina se acerca a otro robot y, al grito de «¡Titania!» le clava la lanza en el costado. Mientras alcanzo a Lobo Negro, veo cómo lo levanta en volandas haciendo palanca con la lanza y lo arroja al abismo, al tiempo que Salvaje se emplea a fondo con el cableado del otro. Estoy demasiado cabreada para andarme con sutilezas, así que para cuando Damisela y Lily se unen a la fiesta, ya le he roto la espalda a uno.

—No está mal.

Lobo Negro me da una palmadita en el brazo que produce un ruido sordo al toparse con la coraza metálica, pero por dentro sigo notando el tacto de su mano hasta mucho tiempo después. Mister Místico aparece como salido de la nada y se encoge de hombros.

La segunda puerta de contención cede antes que la primera. Damisela se adelanta para reconocer el terreno. Oigo una explosión, y vuelve resbalando por el suelo de metal pulido, ilesa pero con la parte delantera del traje hecho jirones. Aparto la mirada mientras se lo gira para cubrirse el pecho. Si algo no necesito es buscarme problemas.

Lobo Negro se detiene para ayudarla, pero Damisela lo rechaza con brusquedad.

—No me seas ridículo.

Pese al antifaz, juraría que veo en su rostro un gesto dolido. Pero deben de ser imaginaciones mías.

* * *

Llegamos al vestíbulo, construido a una escala gigantesca, con techos altísimos cuyos arcos y arbotantes se adivinan en la distancia y que dejan entrar la luz del sol allí donde los elementos han hecho mella. Hasta Salvaje parece apabullado por el imponente silencio reinante. Elfina gana altura, impulsada por el aire cálido, mientras los demás nos desplegamos por aquella inmensa estancia del tamaño de un estadio de fútbol, medio esperando un contraataque que debería haber llegado dos años antes. El ambiente es bochornoso y la hierba se las ha arreglado para arraigar aquí y allá, en los puntos donde se ha ido acumulando el barro.

Un delgado hilo de agua cae desde una grieta del techo, formando un charco en el suelo antes de escurrirse hasta algún nivel inferior. Las galerías que se abren a derecha e izquierda permiten vislumbrar los laboratorios y salas de audiencia en los

que la batalla vivió su momento álgido, dejando a su paso incontables marcas de explosiones y caparazones de robots hechos añicos. Unas pocas vitrinas que han resultado milagrosamente intactas albergan aún algunos de los trofeos del Doctor Imposible: un casco, una pistola y una extraña pieza antigua de hueso. En el otro extremo del vestíbulo hay una inmensa puerta de doble hoja que alguien arrancó de sus goznes y abrió a la fuerza. Más allá se encuentra la sala del trono, donde lo detuvieron.

Las estancias superiores siguen presentando boquetes por los que asoman jirones de cielo. Azotados por la lluvia, la tierra y las hojas se han colado por estos agujeros, y las aves marinas han construido sus nidos en las grietas de las monumentales estatuas. Avanzamos despacio por las salas de paredes metálicas, atentos al sonido de nuestros propios pasos, sin abrir la boca. De las paredes asoman grandes pantallas con monitores de televisión desconectados y paneles con indicadores luminosos —rojo, naranja y verde— ahora apagados, como gemas sin brillo.

Míster Místico se concentra en captar viejos pensamientos, pero ha pasado mucho tiempo desde la última vez que el Doctor Imposible estuvo en esta habitación. Los demás nos dedicamos a curiosear por los alrededores, incluidas las estancias dedicadas a vivienda y despacho. El Doctor usaba escritorios de madera prensada y sillas ergonómicas de la marca Aeron, como cualquier pequeña empresa de alta tecnología en sus albores.

Lobo Negro apoya una mano en mi hombro para no perder el equilibrio mientras se ajusta las mallas. Damisela no parece darse cuenta.

Una de las alas del complejo sigue funcionando gracias a su propio generador eléctrico. Oigo a Lobo Negro diciendo desde arriba:

—¿Ves?, ahí está la sala de control. Lo recuerdo de cuando intercambiamos cerebros.

Sigo sus pasos. Aquí las habitaciones siguen limpias y bien iluminadas, llenas de vida que se manifiesta en los zumbidos de los diversos aparatos. La sala de control en la que desembocamos da al gran laboratorio en forma de cúpula. En la parte de arriba se entrecruzan las pasarelas. El techo retráctil de la cúpula se ha abierto un poco y nos permite vislumbrar una rendija de luz crepuscular.

Me asomo a la barandilla y veo a Lily observando algo en el suelo del laboratorio.

—¡Sube! —le digo—. Está todo el mundo aquí.

Vuelvo dentro, no sin antes cruzarme con Salvaje, que está de guardia junto a la puerta y ocupa buena parte del vano, por lo que no puedo evitar oír su ruidosa respiración y percibir el calor animal que desprende su cuerpo.

Lobo Negro teclea sin cesar en un ordenador pero no parece demasiado interesado en lo que hace. Un holograma animado en forma de globo muestra los cambios experimentados por la Tierra desde la formación de Pangea, el

supercontinente original, hasta el presente y más allá, con un futuro hipotético en el que vuelve a existir una sola masa continental, denominada Pangea Última, precedida y seguida de sendas eras glaciares. En los gráficos de colores que acompañan la presentación, las temperaturas y los niveles de CO₂ cambian demasiado deprisa para seguirlos.

—¿Y ahora, qué? —pregunto mirando a Damisela.

—Seguid buscando. No puede pasarse el resto de la vida escondido.

Sobre el terreno, todos buscan las directrices de Damisela y Lobo Negro, nuestros supuestos líderes, que no parecen querer mirarse el uno al otro.

Finalmente, Lobo Negro se pronuncia.

—Tenemos otras opciones. Alguien debería rastrear esos isótopos de iridio.

—Creía que Damisela y tú os habíais deshecho de esa porquería hace diez años. —Salvaje ha vuelto a entrar, visiblemente satisfecho por la ausencia de malhechores en las proximidades.

—Eso fue hace diez años. Desde entonces, he venido barajando unas cuantas posibilidades, entre las que se incluyen la transmutación de la materia y un par de alienígenas no identificados. Luego están también las opciones mágicas. —Lobo Negro va contando las alternativas con los dedos.

—La verdad, ni se me había ocurrido —replica Damisela—. Fuego Esencial odiaba la magia —prosigue, con la mirada fija en el suelo del laboratorio. Parece estar recordando algo, o intentándolo.

La miro, envuelta en el resplandor de su famoso campo energético, y casi sin querer me pregunto si podría derrotarla, llegado el caso. Lobo Negro me mira de reojo, y tengo la incómoda sensación de que me está leyendo la mente.

—Es imposible. —Damisela se desploma sobre una de aquellas sofisticadas sillas con ruedas y da media vuelta, mirando al techo. Su campo energético parpadea, emitiendo destellos azules.

—¿Qué pasará ahora? —pregunto—. ¿Qué podemos esperar?

Lily me mira y contesta lo que todos están pensando:

—El fin del mundo.

* * *

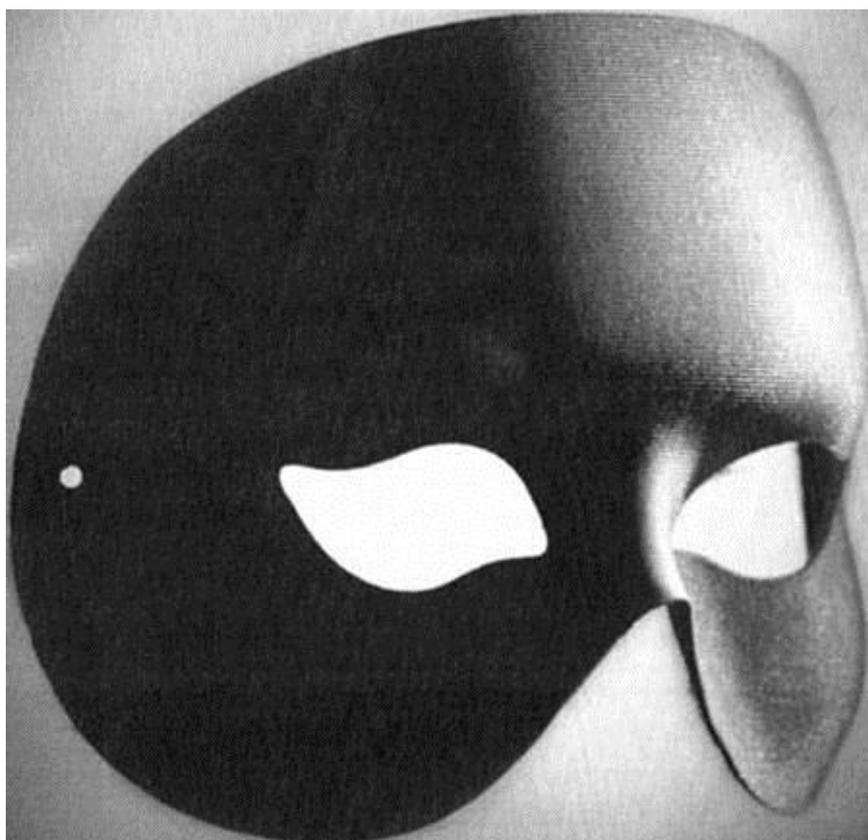
Nadie abre la boca mientras volvemos arriba, ni siquiera cuando cometo un error propio de novatos y desperdicio un cargador en un holograma del Doctor que se ríe a mandíbula batiente. Me pongo roja como un tomate, pero Lobo Negro me guiña un ojo.

De vuelta en su sofisticadísimo dirigible, la fuerza de la aceleración me empotra contra el respaldo del asiento y la isla se queda atrás, pero no puedo evitar pensar en

ella. Antes tenía una vida real, era la clase de persona que se va de vacaciones a Brasil. Podía salir a pasear por la calle sin convertirme en el blanco de todas las miradas, y acostarme en una cama, y hablar con un hombre sin sentirme escrutada.

Mentiac predice que, en un futuro muy, muy lejano, una vez que las estrellas hayan pasado por todas las fases posibles de sus fusiones nucleares, desde el hidrógeno, el helio y todos los demás elementos de la tabla periódica hasta llegar al hierro, habrá una verdadera Edad del Hierro, cuando todos los átomos del universo se hayan convertido en dicho elemento y el paso inexorable de los siglos lo haya transformado absolutamente todo al menos noble de los metales, incluso las aleaciones fruto de la alta tecnología, incluso los diamantes. Todo. En mi imaginación, estrellas de hierro orbitadas por planetas de hierro flotan en una galaxia de hierro y en un vacío de hierro. Pero ni siquiera entonces se habrá acabado todo. Siempre habrá una Edad del Óxido.

SEGUNDA PARTE



INVENCIBLE



Enfundado en un mono gris y luciendo una mascarilla desechable, friego el suelo de mármol del vestíbulo de los Campeones y limpio el polvo a la estatua de Galatea hasta asegurarme de que mis máquinas han desconectado las cámaras de seguridad. Luego me encierro en el cuartito de la limpieza, me cambio y me presento bajo la bóveda acristalada luciendo mis mejores galas, antifaz y capa incluidos. Ha llegado el momento de pasar a la segunda fase de mi plan de destrucción total, un plan que consta de tres fases, sin contar la destrucción total en sí.

Entrar por la puerta principal con mi traje de supervillano es una transgresión que me produce un enorme placer, otro detalle para la leyenda. Esta vez todo está saliendo a pedir de boca, casi demasiado fácil. No hay ni rastro de Fuego Esencial, y los Campeones se han marchado para llevar a cabo otra de sus inútiles misiones de reconocimiento. Estarán fuera durante horas, y aprovechando su ausencia no tardaré en hacerme con la siguiente pieza de mi arma de destrucción total. Gracias a mí, Cara de Muñeca alcanzará la gloria al fin.

El nuevo báculo de poder está ya completo y lo pruebo por enésima vez, asiendo la empuñadura y tanteándolo. Las piezas proceden en su mayoría de la ferretería de la esquina, pero el diseño... ese solo yo podría haberlo concebido. Los circuitos moleculares, los hologramas, el aparato portátil de resonancia magnética... en la cárcel tenía mucho tiempo libre. La piedra preciosa de la que procede su energía desprende un intenso fulgor rojo, y me paseo silenciosa e invisiblemente por los pasillos sin producir más que un centelleo de electricidad estática en los monitores. He memorizado la planta del edificio, cuyos pormenores reuní y seleccioné gracias a los planos del proyecto técnico, diversas fotos tomadas por satélite, revistas de fans e incluso aquel interminable documental.

Tengo que reconocer que es magnífico. Doy vueltas sobre mí mismo y contemplo boquiabierto lo que no puedo sino calificar como una muestra de arquitectura profundamente chabacana. Guy Campbell, el Centinela Plateado, se las arregló para entrar en el equipo a cambio del acondicionamiento del edificio como cuartel general de los Campeones tras haber desalojado al gigante de las telecomunicaciones que lo había construido. No duró ni seis semanas en el equipo, y creo que no pidió que le devolvieran la sede por pura vergüenza.

El edificio será una maravilla, pero huele como suelen oler estos sitios: una mezcla de sudor, ozono y desinfectante, olor de hospital. Ciertos dones, como la capacidad para alargar las extremidades a placer o segregarse ácidos, no hacen muy buenas migas con el metabolismo humano. La línea que separa los superpoderes de una enfermedad crónica es muy fina.

* * *

Los Campeones se marcharon hace una hora, lo que significa que tengo tiempo para curiosear un poco. El vestíbulo es un auténtico museo del mundo de los superhéroes, plagado de souvenirs de los años dorados.

La boda de Damisela y Lobo Negro en los años ochenta fue el momento culminante de aquella era, la unión de los dos miembros fundadores del mayor superequipo que había existido jamás, ambos en la cúspide de sus carreras. El hecho adicional de que Damisela fuera la hija de Nube de Tormenta convertía la ceremonia en todo un acontecimiento dinástico. Eran algo así como nuestros Carlos y Diana. Cuando Nube de Tormenta colgó el zafiro estelar alrededor del cuello de Damisela, fue como si coronara a los Campeones, como si les cediera el testigo. Y pensar que fuimos a la misma facultad... aunque ninguno de ellos se acordará de mí.

Los demás lo contemplábamos todo desde la sombra, preguntándonos qué significado tenía. Yo también asistí a la ceremonia, oculto entre la muchedumbre, esperando mi momento. Nube de Tormenta se mantenía en un segundo plano con gesto solemne, casi digno de un estadista. Fuego Esencial era el padrino y pronunció un discurso que hasta yo encontré gracioso (alguien se lo escribiría, seguramente Lobo Negro). Cuando se besaron, el campo energético de Damisela se iluminó con un resplandor purpúreo y luego desapareció por completo mientras se alzaban juntos en el aire. Debí acabar con ella allí mismo, pero por entonces seguía siendo un poco sentimental.

* * *

La Sala de Crisis. Aquí es donde el elenco cambiante de robots, atletas, locos y dioses que conformaban el equipo se reunía para hablar de mí. Hay una mesa en forma de herradura, y frente al extremo abierto de esta, un terminal informático de forma alargada. Más allá, adosadas a la pared, veo tres enormes pantallas. Supongo que más de una vez me habré asomado a ellas con gesto amenazador y mirada lasciva, imponiendo mis condiciones. Espero que tuvieran un buen sistema de sonido.

Al grano. La seguridad de su sistema informático no es ninguna maravilla. Lo más probable es que sea obra de Lobo Negro, que no es tonto pero tampoco un genio,

y peca de exceso de confianza en sí mismo. Los superhéroes como él no piensan demasiado en la seguridad. Dan por sentado que su reputación es suficiente para mantener a raya a los forasteros, y si alguien comete la imprudencia de intentar colarse en sus dominios, siempre pueden recurrir a la fuerza para solventar la cuestión. Eso sí, debo reconocer que tienen unas sillas de despacho fenomenales. Además, hay un ventanal con vistas fabulosas al centro de la ciudad, y el *feng shui* es inmejorable. Me paso unos minutos toqueteando el terminal informático de líneas amplias y diseño plano antes de pasar a la acción.

Podría hackear el sistema, pero no tengo que esforzarme tanto. Hacia el final de *Los seis de Titán* aparecen descartes de una visita televisiva a la fortaleza que se grabó al poco de que volvieran del espacio exterior. Damisela se dirige a la cámara con aspecto extremadamente cansado. Nadie parece estar haciendo nada productivo. Aquella fue su mayor victoria, pero parecen estar sumidos en una depresión colectiva. De hecho, faltan pocas semanas para que se produzca la ruptura definitiva.

En segundo plano aparece Lobo Negro sentado delante del ordenador. Al pasar las imágenes a cámara lenta, y ampliando esa sección de la pantalla, se ve perfectamente cómo teclea su clave de acceso. A partir de ahí, no resulta demasiado complicado averiguar sobre qué teclas descansaban sus dedos y, por consiguiente, qué palabra escribía. Solo hay que ponerse al día en estas cosas. Introduzco la clave: GALATEA.

Una vez dentro del sistema, no me resisto a curiosear un poco. Echo un vistazo a los archivos personales, las identidades secretas, los superpoderes. Damisela, Lobo Negro, Elfina. Sé de sobras quiénes son. A otros los recuerdo bastante bien, aunque ellos jamás se acordarían de mí. Y todo el mundo sabe quién eres tú, Fuego Esencial. Jason.

Registros de actividad. Lobo Negro se ha conectado no hace mucho, y ha estado repasando los archivos de Fuego Esencial. También ha dedicado algún tiempo a recorrer las hemerotecas, y ha estado viendo imágenes de archivo de Galatea en acción, su melena purpúrea flotando como siempre en una brisa intangible, la cinta violeta sobre la frente, por encima de sus anodinos ojos verdes. Proyectaba una energía plateada desde las manos, y ni siquiera yo sé qué demonios era, pero dolía horrores.

Lobo Negro también ha estado buscando información acerca de mí. Los datos recogidos en la entrada «Doctor Imposible» son sorprendentemente inexactos. Nunca he sido de los que lo confiesen todo en los interrogatorios, pero aun así es increíble lo mucho que he conseguido ocultarles. La ficha informa de mi edad (aproximada), lugar de nacimiento (incluida una pequeña nota sobre mi acento y los regionalismos que empleo) y una estimación de mi coeficiente intelectual (ridículamente baja, pero también es verdad que aún no les he demostrado de lo que soy capaz). Hay también

unos doscientos megabytes de imágenes de mala calidad y especulaciones psicológicas tirando más bien a simplistas.

Aún no me conocen, después de tantos años. Hay cinco teorías vigentes sobre mi verdadera identidad, a cual más equivocada. Cuatro de esas identidades corresponden a personas desaparecidas en los años sesenta cuya apariencia y biografía no se alejan demasiado de las mías. Se trata de mentes privilegiadas y precoces con gran talento para las matemáticas y la ciencia, niños prodigio cuyos resultados académicos fueron empeorando progresivamente a medida que se hacían mayores. Hacia los once o doce años, todos habían manifestado patrones de conducta antisocial: un virtuoso del violín se convierte en drogadicto; al vencedor del campeonato nacional de matemáticas le da por prender fuego a su propia escuela. Tres de ellos habían sufrido abusos siendo niños, y todos desaparecieron entre los trece y los quince años de las ciudades de Portland, Shaker Heights, San Diego y Bridgeport. Me pregunto si se escabullirían todos de casa un buen día, con las primeras luces, para subirse a un autobús. ¿Se harían llamar de otro modo allá donde fueran? ¿Cómo se las arreglaría cada uno de ellos para desaparecer sin dejar rastro? ¿Y en qué se convertirían? Lo único de lo que estoy seguro es que ninguno de ellos se convirtió en mí.

El último rostro es el de Polgar, científico también conocido como Martin van Polk-Garfield IV que llegó a presidir una dimensión alternativa de Estados Unidos. Destronado y condenado al exilio, se fue en busca de nuevas Américas que conquistar, y de vez en cuando aún se deja ver, enfundado en su traje de estrellas, rayas y águilas, desesperado por recuperar la corona. Debo confesar que, en el fondo, hasta me cae bien. Demostró tener valor, y la imaginación necesaria para ir más allá de las ideas preconcebidas. No lo tuvo nada fácil, pero se las arregló para montar su propia dimensión paralela y conquistar el mundo a su manera. Casi deseo que lo que dicen de Polgar sea cierto; su historia es infinitamente mejor que la mía.

* * *

En mi caso, nada hacía sospechar que acabaría convirtiéndome en lo que soy, o al menos no manifestaba la clase de señales que suelen buscar. Mis primeros sueños eran sobre mi propio cerebro, una nube iluminada por fogonazos de relámpagos azules y morados. Mi ficha académica no indicaba nada fuera de lo común. Observaba en silencio los aparatosos trastornos de otros chicos, sus precoces fallos cognitivos o brotes de agresividad compulsiva, y sabía que lo mío era algo distinto. Nadie me observaba en busca de una señal de alarma. Fui pasando de un curso al otro de la enseñanza secundaria sin que nadie se fijara en mí, y me enviaron a Peterson sin la más mínima sospecha, convencidos de que sería otro éxito del sistema.

A la edad de dieciséis años me sentaba en silencio en un aula vacía y resolvía los

problemas planteados con semanas de antelación. Avanzaba todo lo deprisa que me lo permitía la mano con la que escribía. Tenía un sistema por el que la mente me iba tres o cuatro preguntas por delante del bolígrafo. Ya estábamos en mayo y el curso se acercaba a su fin. Fuera, el tórrido sol de Iowa convertía en bochorno la lluvia de la noche anterior. Sabían que era listo; en septiembre, en lugar de empezar el tercer curso, me lo saltaría de principio a fin para empezar el último curso.

Otro estudiante con un don similar se habría hecho popular, habría vendido las respuestas o las habría intercambiado por favores de todo tipo, o como mínimo habría procurado destacar de vez en cuando. Yo jamás hablaba en clase ni ayudaba a los demás en sus estudios. Nunca traté de congraciarme con nadie.

De todos modos, lo que hacía en clase no era mi verdadera ocupación. Guardaba en mi taquilla una caja en cuyo interior se iban acumulando libretas de espiral repletas de picudos garabatos. Trabajaba a todas horas, incluso durante las interminables horas de clase. Hacía años que dominaba el cálculo matemático de tercer año.

Así que me dedicaba a desentrañar los misterios de los agujeros negros, los sistemas de locomoción robótica y la informática cuántica, encajando mis investigaciones entre los deberes diarios sobre la mitosis, *El guardián entre el centeno* o los papeles federalistas. Luego trazaba esquemas de circuitos para máquinas imposibles, ideaba mecanismos compuestos por engranajes y poleas que subían y bajaban pesos descomunales o dibujaba dragones cuyas colas cubiertas de escamas se enroscaban alrededor de columnas de cifras y fechas de batallas, haciéndose cada vez más ahusadas, tanto como me lo permitía el lápiz con el que las dibujaba, para terminar en una ancha punta de flecha.

También codificaba videojuegos que luego ejecutaba en el primitivo ordenador central de la escuela, juegos de ajedrez e incluso uno de mazmorras en el que guiaba a un diminuto espadachín o mago por una interminable sucesión de niveles que lo conducían en espiral hasta las entrañas de la Tierra, pasando de los salones de baile, las salas del trono y las cámaras del tesoro a las cuevas, grutas y océanos sin luz, y las cuevas aún más profundas que se abrían bajo estos.

Añadía nuevos niveles sobre la marcha, mientras jugaba, y cuanto más descendía más raro se volvía todo, desde los duendes y los lobos a las hormigas gigantes, los dragones, los demonios y los castillos subterráneos. Aún juego de vez en cuando, en mis ratos libres. Nunca se me ocurrió plantearme quién había excavado tanto, ni por qué, ni cuándo iba a tocar fondo de una vez por todas, pero me costaba parar de jugar, pues sabía que me esperaba una gran recompensa, ya fuera un reluciente tesoro de siglos pasados o una revelación secreta, enterrada a gran profundidad bajo la roca y la tierra. Una reliquia del pasado más remoto, valiosa como la vida misma y antigua como los recuerdos de infancia.

De pronto, sonaba la campana anunciando la hora de la cena. Yo reunía mis libros y papeles, y enfilaba apresuradamente el largo y oscuro pasillo a ambos lados del cual se sucedían las taquillas, cuyas puertas se cerraban con estrépito mientras yo me abría paso a empujones entre los demás estudiantes, que por lo general me superaban en estatura. Incluso de adulto sigo siendo un poco más bajo que la media. No era más joven que los demás estudiantes de mi curso, pero lo parecía. De pronto, un objeto rebotaba en mi mochila y caía al suelo, un pequeño fajo de papel. Silbidos y risitas mal disimuladas a mi paso. No me daba la vuelta, pero lo memorizaba todo en silencio.

Más tarde, me sentaba en la tapa del váter del baño de nuestro dormitorio y me cortaba lenta y deliberadamente el antebrazo. Solo un par de delgadas líneas rojas, no más de lo que podría hacer un gato con sus zarpas. Las heridas tardaban algún tiempo en cicatrizar, y durante días notaba cómo las costras me tiraban de la piel cada vez que flexionaba los brazos. Lo notaba bajo la ropa, como un recordatorio secreto de quién era en realidad.

En cierta ocasión, se me ocurrió algo nuevo. Llevé la cuchilla hacia arriba, hasta el cuero cabelludo. Primero cayó un mechón de pelo, luego otro, dejando a la vista la piel del cráneo. Me afeité la cabeza centímetro a centímetro. Me hice algún que otro rasguño y sangré un poco, pero me daba igual. El pelo cortado cubría el suelo y se apilaba sobre mis hombros como ceniza. Vi cómo me transformaba en otra persona. Un buen día te despiertas y te das cuenta de que el mundo puede ser conquistado.

Algún día se lo demostraría, a todos ellos. Sacaría un conejo de la chistera. Echaría llamaradas por la boca. Recogí una bandeja y me sumé a la cola del comedor.

—Invita el pelado de ahí atrás —anunció una chica alta y caballuna que tenía delante a la señora que servía la comida.

Sus amigas se contuvieron unos instantes y luego rompieron a reír a carcajadas.

Voy a ponerme un antifaz y a grabar mi nombre sobre la faz de la Tierra, voy a levantar ciudades de oro, voy a volver, y entonces aplastaré este lugar hasta convertir los ladrillos en ceniza, así que ya os podéis ir callando. Todos vosotros. Voy a mover el mundo.

—¡Marica! —farfulla alguien disimuladamente.

Risitas. Jason Garner y un par de amiguetes suyos. Peterson era igual que la escuela secundaria, o peor aún. Tenía que haber algún modo de salir de allí, de dejar atrás todo aquello. En mi cabeza sonaba cada vez más alto y triste el canto de sirena de la ciencia.

* * *

Curiosamente, me aparece un segundo nombre en el ordenador al mirar las

consultas más recientes. Fuego Esencial también estaba buscando a alguien.

NOMBRE: EL FARAÓN (2)

¿Por qué el Faraón? Como supervillano no era gran cosa, poco más que un friqui, un incordio con antifaz. Creo que antes de conocerme se hizo llamar la Momia durante algún tiempo. Asaltó algunos bancos a finales de los setenta y aseguraba ser la reencarnación de algún Ramsés. Su característica más notable era el hecho de compartir nombre con un superhéroe bastante más famoso que él, el cual ni se tomó la molestia de enfrentarse a él por ese motivo. Algunos supervillanos hacen que me avergüence de ser uno de ellos.

ALIAS: NELSON GERARD

Nelson el Faraón, emperador del Nilo. Nunca averigüé su verdadero nombre, y me pregunto cómo se las arreglarían ellos para conseguirlo. Hasta me sorprende un poco que tenga ficha. Si no fuera por aquella maza suya, habría sido un fiasco total.

LUGAR DE NACIMIENTO: TUCSON, ARIZONA

CÓMPLICES CONOCIDOS: SRTA. DOBLEGAMENTES, EMBRIARCA, DOCTOR IMPOSIBLE

Cómplice conocido. Se me hace raro. Supongo que no estoy acostumbrado a tener amigos. Pero sí es verdad que podíamos estar en la misma habitación sin pelearnos. A los demás no los conozco.

NOTA: POSIBLE INESTABILIDAD MENTAL

Tal vez. Pero además era listo, y esa era su gran fuerza. Lo malo es que no lo parecía. Lo irónico del caso es que realmente albergaba un gran poder en su interior, un poder cuya grandeza jamás alcancé a calibrar en su justa medida. Lo que pasa es que no creo que él lo supiera.

OBJETIVOS: DOMINACIÓN GLOBAL; FUNDACIÓN DE UN ESTADO MUNDIAL NEONILÓTICO; AUTORREENCARNACIÓN DE RAMSÉS IV

Yo solía echarle broncas monumentales por su falta de ambición, pero no parecía importarle demasiado. Era perezoso, y además le faltaba paciencia para hacer planes a largo plazo o a gran escala. Toda esa historia de resucitar el Imperio nilótico y levantar pirámides en el Potomac no era más que una cortina de humo. Y por lo que

respecta a su «autorreencarnación», jamás se molestó en averiguar cuál de los Ramsés había vuelto a la vida gracias a él. Cuando entramos a robar en el Museo de Bellas Artes de Boston, ni siquiera fue capaz de leer las que supuestamente eran sus propias inscripciones.

PODERES: ARMA DE LUCHA CUERPO A CUERPO (MAZA DE RA);
INVENCIBILIDAD (MAZA DE RA)

La brevedad de este apunte es de lo más elocuente. La invulnerabilidad del Faraón era un misterio absoluto, algo que escapaba por completo a toda lógica. Nunca encontraron nada que pudiera romperla, y nadie sabía cómo funcionaba, aunque me jugaría el cuello a que no era gracias al poder de Ra. El Faraón cogía aquella maza, farfullaba una palabra mágica de su propia invención y un instante después se había convertido en uno de los supervillanos más fuertes del planeta. Entonces solía proclamar a voz en grito: «¡Temblad, aquí llega la maza de Ra!» solo para ponerme en evidencia, el muy cabrón.

No es solo que fuera invulnerable. Cualquiera que fuera su don, parecía devorar la inercia. Ni se inmutaba ante las balas. Cuando alguien como Batallón le arrojaba una viga, una carroza de carnaval o un vagón de tren, estos se limitaban a envolverlo, si es que no los hacía trizas antes. En cierta ocasión, le cayó encima un obús de cuarenta centímetros, del tipo que disparan los acorazados para abrir una brecha en las fortificaciones enemigas; pues bien, el Faraón apareció vivito y coleando en el fondo del enorme boquete que el proyectil abrió en el suelo. La suya es la clase de tecnología que no debería existir, y en más de una ocasión intenté arrebatarse la dichosa maza, pero él se limitaba a reírse.

¿Qué había debajo de toda aquella pintura dorada con la que había embadurnado la maza? ¿Alta tecnología? ¿Un artilugio del futuro? Producía un efecto poco menos que mágico, y no respondía a ninguna lógica aparente. Pero lo había hecho invencible, o casi. No me vendría mal su ayuda.

FUENTE DE PODER: DESCONOCIDA
SITUACIÓN: EN LIBERTAD. POSIBLEMENTE INACTIVO
ÚLTIMO PARADERO CONOCIDO: CANCÚN, MÉXICO

Cancún. Yo también le perdí la pista, pero eso no es extraño entre gente como nosotros. Nos conocimos en Tailandia, y nunca logré averiguar de dónde era. Por su modo de hablar, se diría que tenía estudios superiores. La mayor parte de los supervillanos son personas más bien extravagantes, pero hay una fina línea que separa esa condición de una verdadera inestabilidad mental. El Faraón se perdió en

un laberinto de drogadictos y unidades de pacientes externos, o a dondequiera que vaya la gente así. Pero no me cabe duda de que Lobo Negro sabrá seguirle la pista.

La alarma del báculo de poder suena débilmente. La impronta energética del avión de Lobo Negro está más cerca de lo que debiera. Basta de hacer el tonto. Una última consulta para asegurarme de que estoy en el lugar adecuado. Lo estoy. Las pertenencias de Cara de Muñeca siguen donde siempre.

* * *

Si el vestíbulo principal es un monumento al heroísmo, la sala de los trofeos es todo lo contrario. Me detengo unos instantes, sobrecogido. La estancia está repleta de vitrinas, placas conmemorativas y campos energéticos que custodian souvenirs de las imaginaciones más retorcidas del siglo y sus inventos más desquiciados. Aquí están el oboe del Solista, así como los guantes y el monóculo de Caballero, que cuelgan juntos frente a un maniquí a escala real con la armadura de Abominación; una llave dorada de diseño elaborado se expone en solitario, y una parte de su recubrimiento metálico se ha levantado para dejar a la vista un circuito miniaturizado del siglo XXX.

El valor de las piezas aquí expuestas es incalculable, y ni siquiera yo sabría identificarlas todas. Una pluma estilográfica, un sombrero de fieltro, un lienzo cuyos colores chillones cambian mientras lo contemplo. Un vestido que lució Anne de Siècle, uno de los guantes izquierdos de Sinistra. Reconozco uno de los viejos relojes de bolsillo del Barón Éter y me siento tentado de cogerlo para devolvérselo. Amuletos, escudos, pistolas de rayos. Estatuas de gesto malévolos. Un diminuto castillo encerrado en una redoma de cristal. Una caja de música. Un estante repleto de libros y planos. Podría salir de aquí con las manos llenas, pero eso llamaría la atención.

Una década atrás, los Campeones se enfrentaron a una mujer que se hacía llamar Cara de Muñeca. Construía diminutos juguetes malvados —un vaquero, un tigre, un carruaje— que poseían distintas habilidades y funcionaban a la perfección pese a su reducido tamaño. Podría decirse que era una supervillana original, pero además conservaba una especie de ingenuidad a toda prueba. ¿Por qué se dedicaba exclusivamente a los juguetes? Sin duda tendrían un significado especial para ella.

Los encuentro al fondo de la sala, una polvorienta feria ambulante en miniatura tras la vitrina de cristal. Su creadora aparece erróneamente citada como «Mujer Muñeca». *Sic transit gloria mundi*. Un diminuto carrusel, una diminuta noria, diminutos elefantes y un diminuto organillo sobre ruedas, cada uno de ellos con su propia y siniestra función. Un trabajo de miniaturización absolutamente genial. Ya no existen artesanas como ella. Tienen todas las figuras de la feria, pero rompo la

cerradura y me llevo solo la que necesito.

Según a quien se le pregunte, la gravedad es una onda, una partícula, una fuerza. Para Cara de Muñeca, la gravedad era la mirada luminosa de un diminuto hombrecillo gordo y sonriente, un finísimo rayo que podía hacer a alguien más pesado o más ligero. Nadie ha podido desvelar el funcionamiento de su mecanismo secreto, ni siquiera yo.

De mi mano, Cara de Muñeca ocupará finalmente el lugar que merece. Laserator y ella nunca se llegaron a conocer, pero formarán un gran equipo.

* * *

El báculo de poder vuelve a sonar, esta vez más fuerte, y entonces me doy cuenta de que he cometido un error. He apurado demasiado. Apenas tengo tiempo de volver a ponerme el uniforme de empleado de la limpieza antes de que el vuelo de una capa proyecte su sombra, larga y afilada en la luz crepuscular, sobre el suelo del vestíbulo principal. Veo a tres personas allí de pie. Bueno, más bien flotando: Damisela, Lobo Negro, Lily. Esto va a resultar extraño, como mínimo.

Ha pasado mucho tiempo. Desde aquella noche en el bar. Me siento como si toda la sangre se me agolpara en el pecho, y no puedo moverme. La tengo a escasos metros de mí. Mierda. Con solo dar dos pasos podría alargarse la mano y tocarle la espalda, justo por debajo del omóplato.

No sé qué hacer. Esto es poco profesional. Debería atacarlos mientras creen que están a solas. Un segundo más y me verán de todos modos. ¿Se enfrentará a mí? ¿Delante de sus amigos?

No puedes dejar que estas cosas te afecten, no si pretendes llegar lejos. No había previsto esta situación hasta más adelante, pero da igual. Puedo hacerlo. El báculo de poder está cargado. Me las he visto con los padres de toda esta gente hasta alcanzar un empate, en los días del Superescuadrón, y me enfrentaré a ellos también. Salgo a la luz, listo para lo que venga.

Pero no me miran a mí. Hay una pantalla de televisión encendida en el vestíbulo, así que lo oigo al mismo tiempo que ellos. Han encontrado a Fuego Esencial.

* * *

Aquella mañana, por un instante, pensé que volvía a estar en la cárcel, despertándome bajo una docena de cámaras, esperando que vinieran los guardias a quitarme las correas. Pero no había nadie en la habitación, solo el despertador y el discreto encanto del motel Starlight. Han pasado cuatro días desde entonces.

Me visto para la ocasión despacio, a conciencia. Aún no me he acostumbrado a

llevar ropa normal, y las solapas, pliegues y bolsillos de un traje chaqueta se me antojan absurdamente complicados después de la sencillez de mi atuendo imperial. Me peino hacia atrás y me recorto la barba, que me da el aspecto de un Lucifer pálido y ligeramente hastiado. Me voy haciendo mayor, poco a poco, pese a mis poderes. Cuando termino, retrocedo un poco para contemplar el resultado. Parezco una persona de la que me había olvidado, el maltrecho estudiante de posdoctorado al que dije adiós veinte años atrás. Parezco un hombre normal y corriente. Parezco un pringado.

Ya en la calle, me siento desnudo por llevar la cara al descubierto. Ni siquiera me he puesto gafas de sol. Me la estoy jugando de verdad. Han pasado once años desde la última vez que salí a la calle sin antifaz, o desde que estuve tan cerca de un ciudadano de a pie sin que este se encogiera de miedo o llamara a la policía enseguida. Cojo el metro y cruzo el río, repitiendo el trayecto que hice en dirigible tiempo atrás. El Doctor Imposible llega a Manhattan.

Subo a la calle y avanzo despacio por la avenida Amsterdam en dirección a la calle Ciento doce. Nadie pestañea siquiera mientras dejo atrás la esquina en la que solté por primera vez a los antitrones. Un pordiosero se me queda mirando con gesto insolente, y cierro un puño con fuerza dentro del bolsillo de los pantalones. Nadie me conoce.

Cuando por fin llego allí, la ceremonia fúnebre está a medio acabar, y la multitud es tal que desborda la catedral y se derrama sobre la escalinata. Algunos de los presentes lloran, y son muchos los que llevan fotos dedicadas del héroe, pero también los que solo han venido hasta aquí para contemplar a los dolientes más famosos, para ver siquiera fugazmente a Damisela, Lobo Negro o Elfina, los superhéroes televisivos. Me pregunto si Erica está también allí dentro. Lleva mucho tiempo recluida, aunque de vez en cuando firma algún que otro artículo, en su mayoría relacionados aún con Fuego Esencial. Mantiene su paradero en secreto estos días, lo que seguramente es culpa mía.

Me ha costado mucho llegar hasta aquí, pero cuando por fin logro abrirme paso entre la muchedumbre que asiste a la ceremonia y alcanzo el interior umbrío y resonante de la catedral de Saint John ya no estoy seguro de lo que he venido a hacer. Mientras avanzo con dificultad, distingo la tribuna reservada al fondo, tras la cuerda de terciopelo. Está claro que no me van a dejar llegar hasta allí, pero quiero ver quién ha venido.

Intento no buscarla. Tendría que estar en la tribuna de las capas y los antifaces, entre el derroche de formas y mitologías de la zona VIP. Pero en realidad es mucho más fácil de lo que parece. Bajo esta luz, su aspecto es el de un grupo de pequeñas chispas que se encienden allí donde se reflejan las velas. Solo tengo que buscar un asiento aparentemente vacío.

En efecto, allí está, sentada entre Salvaje y otra superheroína a la que no reconozco, una chica con un caballito de mar tatuado en el pecho. Escucha en silencio, la cabeza ligeramente inclinada hacia delante. No puedo evitar quedarme mirándola. ¿A quién cree que engaña? La he visto arrancar de cuajo la puerta de un furgón blindado con sus propias manos, o arrastrar por la camisa a un soldado de la Guardia Nacional sin parar de reírse. Yo estaba allí cuando se sacó las balas de uranio empobrecido que se habían incrustado en el lado derecho de su clavícula. En aquella ocasión, escapamos de Manhattan sobre el tejado de un vagón del metro mientras Metaman seguía buscándonos por todo Broadway, y cuando por fin nos encontraron saltamos juntos desde el puente de Manhattan. Luego nadamos hasta la orilla de Williamsburg, donde los asistentes a una fiesta en la azotea de un edificio cercano nos recibieron con aplausos étlicos. Bajo la tenue luz de la catedral, parece una sombra entre la marea roja y azul de los bienhechores.

* * *

Yo no lo maté. Pero no es de muy buen gusto presentarse en el funeral de alguien al que se ha intentado matar en incontables ocasiones, y el buen gusto es algo de lo que me gusta jactarme. Antes o después, alguno de los que ocupan la tribuna reconocerá al Doctor Imposible, por muy de incógnito que vaya, y aunque doy por sentado que tampoco se consideraría de buen tono intentar matarme mientras presento mis condolencias, la elegancia se me antoja un escudo cada vez menos eficiente frente a la artillería pesada con que los VIP serían capaces de atacarme.

Nunca comprendí a Fuego Esencial, ni me caía especialmente bien. Si alguien debería saber qué lo impulsaba, soy yo, pero no lo sé. He reunido toda la información que he podido sobre sus hazañas a partir de las noticias de la tele, archivos informáticos hackeados y testigos oculares. Sabía volar, lo que era motivo más que suficiente para detestarlo. Ni siquiera tenía la decencia de currárselo, de agitar un par de alas o al menos emitir un ligero resplandor cada vez que echaba a volar. No, él no. Parecía volar sencillamente porque creía tener derecho a hacerlo, y algo en su actitud daba a entender que el resto de los mortales habíamos sucumbido bajo el peso de la gravedad. No lo maté, pero ojalá supiera quién es su asesino, porque se supone que debería ser yo.

* * *

La imagen dominó los telediarios durante días, una columna de humo del tamaño de toda una manzana que se elevaba desde el océano Índico hacia el cielo. Los helicópteros y las figuras más pequeñas de los superhéroes voladores se recortaban

sobre un fondo neblinoso mientras intentaban descubrir qué se había estrellado en el agua con tanta potencia y a una temperatura tan elevada. Resultaba difícil decir de dónde había venido. No tenía sentido alguno, protestaban los científicos, que un objeto lo bastante grande para realizar semejante trayectoria no hubiese estallado en pedazos al entrar en contacto con la atmósfera. Cuando lo sacaron parecía ileso, y su aspecto era tan perfecto como siempre. En el momento del impacto, llevaba miles de kilómetros desbaratando patrones meteorológicos.

El alcalde de Nueva York tomó la palabra. Fuego Esencial tenía muchos amigos en la ciudad. Era más rápido, fuerte y duro de pelar que ningún otro ser viviente. Jamás había dejado de acudir a una llamada de auxilio, jamás había puesto rostro a ninguna campaña publicitaria y, al menos que yo sepa, jamás había perdido una batalla. Hasta el anciano Barón Éter acudió al funeral, escoltado por dos de los engendros con acabado de bronce viejo del Mecanicista, que empujaban su silla de ruedas suavemente por la rampa para discapacitados.

* * *

Sigo discretamente amparado por la multitud, aferrado al báculo, sin apenas escuchar las palabras de un representante del Departamento de Estado que se dedica a enumerar la retahíla de buenas acciones y servicios prestados a la comunidad por Fuego Esencial. A mi izquierda, una mujer de mediana edad empieza a llorar incontrolablemente. Tengo tiempo de sobra para repasar los nombres y rostros que me resultan familiares. A algunos los conozco de Peterson, auténtico caldo de cultivo de superpoderes.

Antes de que le echaran el cierre, Peterson formó en sus aulas a nada más y nada menos que once individuos superdotados. No es casual. Había algo en el ambiente que nos empujaba en esa dirección. Por lo menos seis de aquellos antiguos alumnos están ahora aquí. No es que me apetezca ir a saludarlos, pero tampoco puedo evitar quedarme mirándolos, comprobando en qué nos hemos convertido aquellos de nosotros que desarrollamos ciertos poderes.

Recuerdo a Lobo Negro. Era un estudiante de primer curso delgado y brillante que se esforzaba un poco más de la cuenta por hacer reír a los demás. Estaba en todas partes: en el equipo de lucha, el de gimnasia, el club de la electrónica. Además, publicaba sonetos bastante ingeniosos sobre los líderes de la asociación de estudiantes y se convirtió en el jugador más menudo del equipo de rugby. Ha venido con Damisela y el resto de los chicos más populares de la facultad. Asiste a la ceremonia con gesto grave, pero no ha perdido el hábito de observar a cuantos lo rodean, así que procuro por todos los medios mantenerme apartado de su trayectoria visual. Todos ellos entraron en la universidad cuando yo estaba en tercer año, incluida

Damisela, que utilizaba una identidad falsa, pero la recuerdo de todos modos: una morena reservada y estudiosa que lucía una larga melena lisa. Estaba en el equipo de debates y capitaneó el grupo de estudiantes encargado de hacer el anuario.

También ha venido Jeff Burgess, que se convertiría en Naga, mercenario y agente parapolicial. Luce un traje chaqueta de mala calidad y mueve los ojos con el nerviosismo de un boxeador. Luego está Rareza —alta, ojos claros, pelo ensortijado y una sonrisa fría y pagada de sí misma—, que se fue a África con una beca Fullbright, encontró una piedra preciosa llamada Nefalis a la que se atribuyen propiedades mágicas y la tocó. Y por último tenemos a Mechria, que entró en la universidad cuando yo estaba ya en el último curso; me parece volver a verla inclinada sobre el torno del taller de chapistería con su cara de sapo eternamente sonriente.

Coincidí con muchos de los presentes, entonces y más tarde, pero todos hemos cambiado radicalmente a lo largo de los años, ya sea a causa de un accidente laboral, un extraño don o la voluntad de algún dios. Nos hemos convertido en adivinos y lanzadores de cuchillos, pícaros, fanáticos religiosos, payasos y delincuentes. Ninguno de ellos me reconocería ahora mismo, ni tan siquiera se acordaría de mí aunque yo así lo quisiera.

Si lo pienso, supongo que Fuego Esencial también debió de tener una historia personal, algo un poquito más elaborado que la mera transformación de un musculitos sobrado de autoestima en un popular superhéroe igualmente pagado de sí mismo. Nadie puede tener una existencia tan aburrida como aparentaba ser la suya.

Al concluir la ceremonia, se forma una fila india frente a un improvisado altar. Me sumo a la cola y deposito mi corona funeraria junto a las demás.

* * *

Intento abrirme paso para salir cuando Lily me descubre.

—Hola, Lily.

La multitud va y viene alrededor de nosotros. Se fijan en ella, por supuesto, pero a mí nadie me mira dos veces.

—Tienes buen aspecto.

—Gracias.

No quiero pensar en esto. Ni siquiera estuvieron juntos tanto tiempo.

La gente se marcha. Veo que Lobo Negro empieza a buscarla. En cualquier momento nos verá y se armará la de Dios.

—Oye, siento que...

—No pasa nada —me interrumpe.

—Siento que...

—No pasa nada, Jonathan. Vete.

Nunca hasta entonces había tenido una novia propiamente dicha, ni la volví a tener después, huelga decir. Nos conocimos en la época de la Legión del Mal, aquel fiasco organizado por Mentiac que en su día se nos había antojado a todos una excelente idea. Durante meses, el concepto fue tomando forma a través de una red que se nutría de cotilleos de patio de cárcel, chismes sobre el traslado de bienes robados, revelaciones hechas a media voz en sórdidos antros de los bajos fondos, mensajes telepáticos interceptados, etcétera. La idea resultaba atractiva. Al final, uno se cansa de las batallas siete contra uno que siempre acaban igual, de tener todas las de ganar para que al final venga algún adolescente prodigio a robarte las llaves del depósito de armas.

En cierta ocasión coincidí con el equipo de supervillanos original, los Cinco Delictivos, cuando viajaron hasta el presente para saber qué les depararía el futuro. Sus métodos estaban desfasadísimos, pero en su tiempo eran auténticos genios. ¡El Siniestro Sirviente de Atlantis! ¡El Diabólico Doble del Sol! Sus planes se han convertido en puras leyendas, aunque solo sea por la audacia, la capacidad de visión, los descabellados presupuestos que manejaban. A su lado, hasta mis propias aventuras se ven empujadas. Pero vinieron buscando la ayuda de sus propios yoes futuros, a los que imaginaban sanos y poderosos, los amos y señores del planeta. Cuando descubrieron que el mundo seguía en manos de los gobiernos y los superhéroes mantenían la delincuencia a raya, se marcharon en silencio, humillados. Es muy posible que aquello fuera el principio del fin para ellos.

Mentiac era casi una leyenda en el mundo de la delincuencia. Un superordenador con muy mala idea construido allá por los años sesenta por un clarividente trío de estudiantes de posgrado a los que se les fue un poco la mano. Mentiac logró escapar y, según cuenta la leyenda, sobornó a una carretilla elevadora y se perdió en la laberíntica red de alcantarillas de Chicago. Echó raíces, y desde entonces no ha dejado de crecer ni de tirar furtivamente de los hilos de la delincuencia a través de las líneas telefónicas. Hay un reducido grupo de hackers que le rinden culto y entusiastas del hardware que le regalan ventiladores y placas de memoria RAM.

Nos invitaron, tanto a Lily como a mí, a unirnos al club. Yo recibí una llamada telefónica a través de una línea extremadamente privada, en la que el sintetizador de voz que Mentiac había creado hacia el año 1977 graznaba la fecha y hora de la reunión que tuvo lugar en una oficina alquilada en un bloque de pisos del centro de Los Ángeles. Allí se produjo una curiosa concatenación de los poderes más oscuros del mundo, una docena de psicópatas, peligrosos delincuentes y amos de los bajos fondos, unos de pie, otros sentados o encaramados a lo poco que quedaba del mobiliario de oficina de una extinta agencia de modelos. Por supuesto, no llegamos a

ningún acuerdo, ni siquiera sobre quién tenía derecho a hablar primero. Nadie se molestó en dar su verdadero nombre, y resultó que dos de los presentes se hacían llamar de modo casi idéntico («el Infame algo»). La amenaza de la violencia se palpaba en el aire. La capacidad de liderazgo de Mentiac dejaba bastante que desear, y se nos fue la tarde viendo cómo, uno tras otro, los señores del crimen se marchaban dando un portazo.

Yo no podía apartar los ojos de Lily. Estaba de pie, dando la espalda a una serie de ventanas encaradas a poniente en las que se recortaban los edificios de Los Ángeles sobre el fondo azul del cielo, que se convertía en gris y marrón al fundirse con la línea del horizonte. Los colores se fueron haciendo más intensos a medida que pasaban las horas y la luz adquiría tonalidades de naranja y violeta, la misma luz que se combaba y ondulaba al posarse en el rostro y el cuerpo de Lily. Había oído hablar de ella, claro está, sabía que se dedicaba sobre todo a atracar bancos y que era de las mejores en lo suyo.

Nunca sabía cuándo me estaba mirando. Sus ojos son como el resto de su cuerpo, canicas de cristal claro, inexpresivos como los de una estatua. En cierta ocasión le dije que debería ser ciega. Los ojos transparentes no deberían funcionar, ya que el nervio óptico debe reflejar la luz. Emitió un sonido grosero por toda respuesta.

Hay una foto en la que aparece cargando contra una brigada de policías parisinos, abriéndose paso a puñetazos tras haber atracado un banco. Una señal roja y azul de estacionamiento prohibido se refleja en su abdomen, ligeramente distorsionada. Se abalanza sobre ellos; su brazo derecho no es más que un pequeño borrón que justo ahora empieza a blandir en el aire. Se ve cómo la policía va rompiendo filas allí donde se acerca ella. Nunca se anduvo con remilgos, no tenía por qué hacerlo.

El último de los Napoleones del Crimen se había marchado y solo quedábamos nosotros dos, a solas en aquella habitación cada vez más oscura. Lo de ir a tomar una copa juntos salió espontáneamente, una vez que encontramos un local dispuesto a servirnosla. Así que la Legión nunca llegó a materializarse como tal, aunque unos pocos de los robots allí reunidos habrían de volver a la carga como la Coalición de la Inteligencia Artificial, que supongo sigue conservando su asteroide en algún lugar del espacio. Y yo conocí a Lily.

Aquella noche cenamos en la fortaleza, en la sala de control, bajo el largo arco del cuadro de mandos. Los grandes generadores que había instalado para alimentar mi penúltima arma de destrucción total hacían que las ondas eléctricas se arremolinaran sobre nuestras cabezas. Aun así encendí unas pocas velas, y todo relucía bajo aquella luz inusualmente cálida. Los robots nos prepararon una comida digna de reyes. Después, los programé para que hicieran un baile cómico que se me había ocurrido, y nos desternillamos de risa.

Lily y yo pusimos en marcha un ambicioso plan. Yo superaba en inteligencia a

cualquier superhéroe que se me pusiera por delante, pero además sabía urdir las confabulaciones más complejas y construía artilugios imposibles de imaginar. Ella era poco menos que invencible en la lucha cuerpo a cuerpo, y parecía tan ilusionada como yo con nuestro plan.

Yo vivía escondido cuando me enteré por los diarios de lo suyo con Fuego Esencial. Los habían visto abandonando juntos uno de los bares londinenses más frecuentados por los superhéroes (resulta que Gran Bretaña es uno de los países en los que Lily sigue siendo legal). Salían juntos desde hacía unas pocas semanas. Él siempre había tenido ese extraño encanto que poseen los héroes solitarios con un lado oscuro, y supongo que eso fue lo que la atrajo. Quizá fuera también el modo que encontró Lily de salir a la luz y dejar atrás su pasado. Mi nombre no se mencionó en ningún momento. Tampoco tenía por qué.

Supongo que se aburrió de mí. Las noches en la isla podían ser preciosas, con el cielo cuajado de constelaciones tropicales, los sonidos de la jungla y los peces luminosos, pero cuando son las cinco de la mañana y estás encerrado en tu guarida sin poder dormir mientras la CNN sigue atascada en otra cumbre económica, bueno, las cosas se ven de otro modo. Estás a oscuras y no puedes trabajar porque a algún equipo de superhéroes le ha dado por surcar los mares del Sur, el calor es insoportable y todavía queda una hora para que salga el sol, para el lento amanecer tropical sobre las aguas de la laguna, y te da por pensar en lo lejos que estás de casa, y que quizá todo esto no haya sido tan buena idea como habías pensado en un primer momento, pero que es demasiado tarde para volver atrás.

Mi forma de trabajar requiere mucha preparación. Construyo cosas y las pruebo. Tengo que encargarme de diversos componentes, o bien fabricarlos yo mismo. Tengo que pasarme noches despierto para depurar las rutinas de búsqueda de caminos de mis robots antes de una invasión, lo que no siempre resulta tan apasionante para los demás como para mí.

* * *

Me marché justo cuando empiezan a llegar los camiones. Lo van a enterrar en un vertedero de residuos nucleares, me temo, por si las moscas. Nadie sabe a ciencia cierta qué lo ha mantenido en activo todos estos años, qué albergaba exactamente en su interior. Ese algo podría desestabilizarse, explotar bajo tierra. No se puede enterrar esa clase de objetos en el Cementerio Nacional de Arlington.

Me pregunto quién lo hizo, quién si no fui yo. Bajo con mucha cautela por la avenida Amsterdam entre los asistentes al funeral y aprieto el paso hasta que me pierdo entre los miles de personas que llenan la calle, personas que no saben volar, ni teletransportarse, ni convertirse en agua, que solo se dirigen a algún sitio, hasta tener

la sensación de que podría ser una de ellas. Lily les dirá que he estado allí. Ahora pertenece a ese mundo, y en el fondo lo entiendo. Ellos son sus nuevos amigos. Supongo que podrían venir a por mí, pero no me importa. Se me da bien escapar. A lo mejor me meto en las alcantarillas, como en los viejos tiempos. Sigues adelante pese a todo. Sigues intentando conquistar el mundo.

SALVAR EL MUNDO



Se ha ido. Hemos perdido al superhéroe más fuerte y rápido del mundo, seguramente el mejor de cuantos han pisado la faz de la Tierra. El paradigma del superhéroe. El funeral resulta extraño, surrealista. Ocupo un asiento en la zona VIP sintiéndome como una impostora con mi traje de los Nuevos Campeones, una versión remozada del mismo traje que él solía usar. La gente que lo conocía de verdad ha llorado. Yo me he limitado a permanecer allí sentada, sintiéndome como una turista. En las fotos a las que se aferran los asistentes a la ceremonia, Fuego Esencial sigue exhibiendo su sonrisa juvenil, la de un hombre que jamás habría esperado semejante desenlace.

Tomo asiento en primera fila, junto al resto del equipo, pero nunca me he sentido tan alejada de ellos. Han visto a Fuego Esencial encogerse de hombros ante misiles tierra aire, o zambullirse en un mar de lava a cuerpo gentil. A nadie se le hubiese ocurrido temer por su vida. Todos daban por sentado que saldría ileso de cualquier trance, que encajaría sin inmutarse golpes que los demás miembros del equipo no hubiesen soportado.

Es una parte de sus vidas a la que yo no tengo acceso, y hace que mi flamante y recién adquirida condición de supercampeona suene a broma de mal gusto. Creo que si el equipo se vino abajo después de lo de Titán fue en parte porque no soportaban la idea de perder a nadie más. Y luego está el hecho de que Fuego Esencial haya muerto a manos del Doctor Imposible, al que habían derrotado tantas veces en el pasado. Conocían de sobra sus intenciones pero nunca lo imaginaron capaz de semejante proeza, lo que no hace sino empeorar las cosas.

La noticia los afecta a todos de un modo distinto. Lobo Negro está enfurruñado y mastica en silencio una ira colosal. Nunca lo había visto tan enfadado. Elfina adopta un aire solemne muy propio de un hada, lo más cercano a la quietud que he visto en ella. Salvaje es inescrutable, pero huele a alcohol. Damisela se repliega más aún tras su máscara de líder solitaria.

Me marchó tan pronto como puedo, abriéndome paso entre un enjambre de periodistas hasta uno de los coches alquilados que nos han traído hasta aquí. Unos pocos reporteros gritan mi nombre con la esperanza de lograr una instantánea. Un par de ellos hasta lo pronuncian bien.

Al día siguiente llega la vieja guardia, dispuesta a poner las cosas en su sitio. Me refiero a Nube de Tormenta y Regina, los únicos supervivientes del Superescuadrón, padre y madrastra de Damisela, respectivamente. Son las 11.31 de la mañana según el reloj digital que nunca deja de parpadear en el interior de mi ojo izquierdo. Seguramente hay un modo de apagarlo, pero esa información se desvaneció junto con el resto de la empresa Protheon.

Lobo Negro se enfureció cuando se enteró de que iban a venir. Se supone que tendrían que dejarnos hacer las cosas a nuestro modo. Damisela habla unos minutos en privado con Nube de Tormenta a su llegada al cuartel general, pero mantiene una actitud claramente distante respecto a Regina. No sé qué le pasó a su madre biológica, pero da la impresión de que nunca ha aceptado demasiado bien a la sustituta.

Su llegada se convierte en poco menos que una visita de Estado. Nunca he visto al Superescuadrón de cerca. Damisela y Lobo Negro son famosos, pero esta gente fundó el concepto de superhéroe. Nube de Tormenta se sostiene en el aire, inmóvil, los pies ligeramente en punta, descansando todo su peso en la nada, como si estuviera dentro de una redoma de cristal. Son pocos los que saben guardar la compostura mientras vuelan, la mayoría no para de mover las piernas. No sé cómo lo hace; no es un efecto del suelo, al menos que yo alcance a ver, y tampoco hay ninguna radiación extraña ni nada que se le parezca. Regina no tiene nada que ver con él, es como una pieza de ajedrez animada que empuña el Cetro del País de los Elfos, un arma capaz de derrotar a cualquier enemigo mortal si damos por buena la leyenda.

Nos sentamos en torno a la mesa de reuniones en forma de herradura. Nube de Tormenta se alza en el centro y se vuelve de vez en cuando para señalar algo en las pantallas de la pared. Su lenguaje corporal se reduce a la mínima expresión, algún ademán suelto aquí y allá para enfatizar un punto de vista. Tiene el pelo blanco y su traje es una malla de cuerpo entero blanca y plateada con un sencillo logotipo azul y amarillo en el pecho, un diamante dentro de un círculo, que debe de tener un significado trascendental para la élite extragaláctica con la que se codea.

Regina permanece a su lado con su traje de ceremonia, los pies en el suelo pero irradiando una autoridad propia de una reina. La contrariedad de Damisela salta a la vista. Me pregunto si Regina se ponía la corona para estar por casa.

Los componentes del Superescuadrón no se dejan ver en público a menudo. De hecho, Nube de Tormenta pasa la mayor parte del tiempo fuera del sistema solar. En el pasado, contaban con la colosal ventaja de los proyectos científicos a gran escala de la época, como los reactores de fisión y los cohetes Saturno V. Al igual que los avances científicos de los años de la Guerra Fría que dieron origen al

Superescuadrón, se han quedado algo desfasados.

Los primeros superhéroes surgieron durante la Segunda Guerra Mundial de la mano del gobierno, con la colaboración de una agencia del ejército estadounidense que se encargaba de seleccionar decenas de miles de reclutas que reunían determinadas cualidades. Corría el rumor de que a algunos los sacaban de los campamentos militares para someterlos a programas especiales. Con la llegada de la paz, aquellos hombres se dedicaron a luchar contra la delincuencia y a ejercer de portavoces del gobierno.

Pero se había abierto la caja de Pandora. La Segunda Guerra Mundial trajo consigo una docena de nuevas tecnologías y desencadenó el saqueo generalizado del Viejo Mundo. La gente cambió. Algunos de los que sufrieron cambios irreversibles eran militares, el resultado de los programas para la obtención de supersoldados que se llevaron a cabo en uno y otro bando. La destrucción de Europa y del Extremo Oriente trajo consigo cosas aún más extrañas y terribles, seres que nacieron de ese cruce de culturas o bien se vieron obligados a abandonar sus escondrijos cuando se arrasaron ciudades enteras y se evacuó a todos sus habitantes.

Nunca había existido nada similar al Superescuadrón. El primero de todos fue el Faraón, un arqueólogo convertido en cruzado. Luego vino Onda Luminosa, un ser que era pura energía, apenas humano después de traducirlo a información radiante. Nube de Tormenta también estaba allí, el prototipo de atleta olímpico convertido en un tornado viviente, al igual que Regina, una poderosa central energética envuelta en un aura mística. Go-Man, el hombre más rápido del mundo, y Parangón, la llama viviente. Todos ellos se agruparon apresuradamente bajo la etiqueta de equipo nacional de superhéroes y se les encomendó la tarea de defender el estilo de vida estadounidense.

A principios de los años sesenta, a medida que sus poderes iban madurando, alcanzaron una dimensión diferente, casi sobrehumana. Habían sido elegidos por su lealtad, no se caracterizaban por poseer una imaginación desbordante, pero no podían evitar que todo lo que habían visto produjera algunos cambios en su interior. Era algo que se notaba en sus rostros. Hechiceros que se reían a carcajadas desde dimensiones calidoscópicas, seductoras princesas alienígenas, civilizaciones del futuro lejano... todas aquellas experiencias iban dejando su huella. Parecían eternos, arquetípicos, extragalácticos. Era como ver a los Beatles pasar de *Revolver* a *Let It Be*. Sus apariciones públicas se fueron haciendo cada vez menos frecuentes. Hacia 1976, solo una amenaza a gran escala lograba sacarlos a la calle.

La presencia de Nube de Tormenta me recuerda una vez más lo abajo que estoy en la escala de poder. Es impermeable a cualquier escáner que le pueda hacer, y su cuerpo aparece como una gran mancha blanca y opaca bajo los rayos X, como si fuera un agujero negro o un campo energético. No lograría arañarlo siquiera con todo

el arsenal que llevo encima. Los mejores hallazgos de la biotecnología del siglo XX no significan nada para él, son simples trucos, cachivaches, baratijas, mitad mujer, mitad reloj de cuco. Es poco menos que un dios.

A su espalda, el rostro del Doctor Imposible nos observa desde tres pantallas, en un primer plano sacado seguramente de una de sus diatribas públicas en el que aparece con el pelo oscuro recogido y peinado hacia atrás.

—Esta vez sí que la habéis hecho buena. Esté donde esté, el Doctor Imposible es una amenaza para todos y cada uno de quienes habitamos este planeta.

Nube de Tormenta sigue perorando con su impecable tono de presentador de telediario, enumerando pautas de ataque y puntos de origen. Lobo Negro le replica unas pocas veces para defender nuestros esfuerzos, y hay algo ligeramente galante en su actitud. Damisela debe de estar pasándolo mal. Lily se repantiga junto a mí al fondo de la sala, los brazos cruzados. Nube de Tormenta ni siquiera la mira.

La sala relampaguea y resplandece mientras recorro el espectro de arriba abajo con mis distintos tipos de visión. En la gama más alta del espectro, Nube de Tormenta arroja resultados contradictorios, es ultradenso pero irradia energía, centellea como un cuerpo celeste.

Fuera, el cielo pasa de negro a blanco resplandeciente ribeteado de rojo y azul.

Miro a mi alrededor, y por primera vez me doy cuenta de algo: Lily no es transparente a todas las longitudes de onda de la luz. Sé que los rayos láser la traspasan como si nada, e incluso las microondas, pero mi registro sensorial es muy amplio. Nadie se fija en mí, así que aprovecho para ir subiendo de longitud de onda hasta llegar a las gamas más altas, en las que por fin destaca, opaca y sólida, como cualquier otro mortal.

Debo de ser la única persona que ha tenido ocasión de mirarla a la cara de este modo. Normalmente, con sus rasgos transparentes, Lily es una amenaza reluciente y apenas visible, pero tal como la veo yo ahora es en realidad una mujer de aspecto tirando a corriente y nada desagradable, con un rostro hermoso y redondeado. Le hago una foto y la guardo.

Cuando se acaba el sermón, salimos de la sala en fila india. Damisela se va a la azotea, Lobo Negro al gimnasio. Todos tenemos que reflexionar sobre algunas cosas, si es que aspiramos a ser un verdadero equipo.

* * *

Pasan diecinueve minutos de las doce en el edificio de los Campeones, pero supongo que trasnochar es algo propio de los superhéroes. Solo estamos los residentes, además de Míster Místico, que nos honra con su presencia absurdamente solemne. Al parecer, tampoco es de los que se acuestan pronto. No es que haya una

reunión propiamente dicha, sino que hemos acabado todos en la cocina y hemos empezado a hablar.

Y así es como yo me lo había imaginado, ¿sabéis?: unas pocas almas valientes que pasan la noche en vela tratando de salvar al mundo de una inminente hecatombe. Las luces del techo prestan calidez a la estancia. Lily y yo nos hemos sentado en sendos taburetes; Místico permanece de pie, mientras que Damisela se ha encaramado a la encimera y come fideos chinos sin parar de hablar. El aire está cargado. El vapor de los fideos de Damisela se condensa en la parte externa del brazo de Lily, que acaba de descorchar una botella de vino.

—Ha sido agotador. —Lobo Negro hace equilibrios con uno de los cuchillos de cocina, manteniéndolo erguido sobre la yema del dedo, y luego lo blande como si fuera a arrojarlo.

Damisela se encoge de hombros.

—Al menos no te toca sufrirlo cada año por Navidad.

—Tu padre nunca me ha tragado. Es un elitista de los superpoderes.

—Déjalo ya, cari.

—¿Crees que tu padre tiene razón? —pregunto.

—Aunque la tenga, ¿qué podemos hacer al respecto? Si algo se le da bien al Doctor Imposible es desaparecer. Estará escondido en alguna parte, seguramente a quinientos metros bajo tierra, desternillándose de risa, hablando con sus robots.

Salvaje levanta la mirada.

—Es evidente que estamos ante una venganza. Los supervillanos no son tan complejos.

—Discrepo. —Damisela blande sus palillos en el aire—. No ha dejado de moverse desde que se ha escapado de la cárcel. Está preparando el terreno para algo.

—Si es él —apunta Lily tímidamente—, está metido en algo nuevo. Tiene que estarlo. De lo contrario, no habría podido... ya sabéis.

—Esto es absurdo. Estamos hablando de un genio, por malvado que sea. No podemos anticiparnos a sus acciones. ¿Recordáis el monstruo del espacio? Nadie lo vio venir. ¿Recordáis el ejército de hongos?

—Sí, no hay duda de que estamos ante un poderoso enemigo. Lo que busca es poder, ¿verdad? Tierras y siervos.

Elфина se posa sobre la encimera como una cacatúa gigante. Se hace el silencio.

—Elфина, ¿qué concepto tienes exactamente del Doctor Imposible? —pregunta Lobo Negro.

—¿Un mago? Un monarca malvado o... Vale, no lo sé.

—Habrá un leitmotiv. Ranas, sombreros, no tengo ni idea.

Lily levanta la mano.

—Odio ser yo quien lo dice, pero no tenemos ninguna prueba de que el Doctor

Imposible haya tomado parte en esto.

Lobo Negro se levanta.

—Lo que ha pasado no es obra de un carterista. Hace falta un genio para acabar con Fuego Esencial.

Lily también se ha puesto en pie, y de pronto aquel cuchillo vuelve a relucir en la mano de Lobo Negro, que lo sujeta ágilmente con tres dedos.

—Bueno... es verdad que estaba en la cárcel cuando pasó todo —intervengo; no quiero tener que tomar partido en una pelea entre Lily y Lobo Negro, al menos no en la cocina—. ¿Cómo se come eso?

—Puede que le tendiera una trampa a distancia —apunta Damisela—. No es tan descabellado, ¿verdad?

—Vale, ¿y Fuego Esencial cayó en la trampa así, sin más? —Lily ha empezado a caminar de aquí para allá.

—Bueno, no era precisamente un genio —replica Damisela, y casi logra sonreír—. Pero aún no nos habéis dicho cómo lo hizo.

—Vale —contesto—. Intentemos ponernos en su piel por un momento. ¿Cómo lo haríamos? Me refiero a derrotar a Fuego Esencial.

Miro de soslayo a Lobo Negro. Si alguien conoce la respuesta, es él.

No tengo que esperar mucho. Parece casi demasiado deseoso de contestar a la pregunta.

—La autopsia no reveló nada, y eso que pedí a unos cuantos de los nuestros que lo escanearan. Lo miramos con rayos X, buscamos rastros microscópicos, trazas de iridio... en vano.

Damisela empieza a descartar posibilidades.

—No se le podía quemar. No se le podía aplastar ni cortar. Era prácticamente imposible hacerle daño. Yo quizá podría haberlo derrotado.

—Yo lo hice en una ocasión —señala Lobo Negro discretamente. No es una fanfarronada.

—Suerte que tienes una buena coartada.

—¿Y qué hay de los enderri? —pregunto.

—No se atreven a entrar en el sistema solar. Si lo hicieran, lo sabríamos.

—¿Y si se oculta en el pasado? ¿Y si se dedica a matar a nuestros antepasados? —sugiere Salvaje, mirando fijamente al techo.

—No caerá esa breva —masculla Lobo Negro.

Damisela resopla.

—Lo de viajar en el tiempo me pone enferma —refunfuña.

—A ti todo te pone enferma —replica Lobo Negro, volviendo a levantarse.

—No, Imposible habría querido un enfrentamiento cara a cara. Otra cosa no, pero predecible lo es un rato. Además, eso no habría dejado un cadáver. Yo vi el de Jason,

y no tenía una sola marca. Nada de nada. Fuego Esencial era la cosa más indestructible que ha pisado la Tierra jamás, con diferencia. Es algo demostrable.

—Bueno, la verdad es que discrepo sobre ese particular.

—¿Te refieres a que tenía un talón de Aquiles? ¿Su mente, quizá? —Estoy tratando de abordar esto como un homicidio cualquiera.

—Fuego Esencial era inmune a los poderes mentales —sostiene Salvaje.

Bueno, al menos me toman en serio.

—Pero Imposible lo ha logrado —prosigue Lobo Negro—. Ha logrado lo que parecía imposible.

—Y ahora, sin Fuego Esencial de por medio, ha decidido ir a por todas.

Lobo Negro me mira directamente, sosteniéndome la mirada.

—No hace falta ser un genio para darse cuenta de que Imposible está intentando resolver problemas convencionalmente imposibles empleando medios poco convencionales. ¿Adónde nos conduce eso?

Entonces mira de reojo hacia el rincón del fregadero. Mister Místico lleva todo este tiempo observándonos y escuchando, las palmas de las manos unidas por las yemas de los dedos en un gesto reflexivo, esperando que llegáramos hasta aquí.

—Ya sabéis lo que significa.

* * *

Aunque es tarde cuando nos separamos, no puedo conciliar el sueño. Lobo Negro, Mister Místico, Damisela y Elfina se han pasado una hora hablando de artilugios mágicos, demonios escapados de otras dimensiones, semidioses con los que han luchado o se han ido de copas.

Al final, hemos confeccionado una lista y la hemos apuntado en una servilleta. No hay tantos objetos capaces de proporcionar el grado de poder mágico del que estamos hablando, y que además se puedan transportar fácilmente: Durandarte, la Estrella Nocturna, el Ojo de la Fortuna, la Esmeralda Fundente, el Cetro del País de los Elfos. Se trata de objetos tan poderosos que, empleando la clase de visión adecuada, se pueden ver desde el espacio. Creíamos saber dónde estaban, pero uno de ellos debió de extraviarse.

Si encontramos el artilugio en cuestión, hallaremos al Doctor Imposible y podremos apartarlo de la circulación. Elfina y Místico se sienten como peces en el agua con el nuevo cariz que van tomando los acontecimientos, pero a mí todo esto me resulta extraño. Los mutantes, las máquinas y los alienígenas tendrán sus cosas, pero siguen perteneciendo al mundo de la ciencia. Te las puedes ver con ellos sin trastocar demasiado ningún sistema de creencias. Pero a mí, la verdad, se me hace rarísimo el mero hecho de estar en la misma habitación que una persona a la que supuestamente

tocó la reina Ginebra.

Doy vueltas en mi habitación durante un rato y luego salgo a deambular por los pasillos mientras los datos se van sucediendo en mi pantalla interna: mapas, hojas de cálculo, ficheros de casos, últimos paraderos conocidos y montones de cifras, valoraciones de las capacidades de cada sujeto, auras supernaturales traducidas a ergios y kilovatios. Hay un par de fichas que aparecen sombreadas en gris, lo que significa que los sujetos correspondientes están en paradero desconocido o han sido destruidos. También hay unas pocas que aparecen en rojo o azul, lo que indica maldición o bien un estado de inconsciencia. Dejo que mi cerebro artificial lo asimile todo, se le da mejor que al mío, y de este modo la información seguirá ahí cuando la necesite.

Lobo Negro está esperando el ascensor, equipado para una de sus patrullas nocturnas, con botes de gas nervioso colgando del cinturón. Apenas hemos hablado desde el funeral.

—Hola, Fatale. A ver si podemos quedar más tarde, tengo unos pocos datos que me gustaría que procesaras.

—De acuerdo. O sea, ningún problema, pero... solo quería decir que lo siento. Me refiero a lo de Fuego Esencial. Todo esto. Ojalá pudiera hacer algo. —Me hago un lío, y eso que un momento antes lo había ensayado.

Hago ademán de tocarle el hombro, pero me contengo. Al fin y al cabo, se trata de Lobo Negro. Azote de criminales. Me devuelve la mirada, enmarcada por su elegante antifaz lobuno, y emite uno de sus característicos gruñidos.

—Tú no lo conocías —dice, y aparta los ojos.

—Lo siento —añado al cabo de unos instantes.

—Te lo agradezco, pero... no lo conocías.

—Lo sé. Y también sé que no puedo aspirar a saber por lo que estáis pasando, pero... —¿Y qué?, pienso para mis adentros.

—No pasa nada, de verdad —repone, y eso es casi la peor cosa que podría decirme ahora mismo. De hecho, empiezo a mosquearme.

—Sí, sí que pasa. Escucha, no soy Galatea. No soy un robot, ¿está claro? Aunque todo el mundo parezca pensar lo contrario. Soy vuestra compañera.

—Yo... No. —Lobo Negro habla ahora en un tono sumamente frío, como de ira contenida.

—No, ¿qué? —Espero a que prosiga.

—Lo que quería decir es que Fuego Esencial era un capullo.

Las puertas del ascensor se abren y él entra.

—Lobo Negro, yo...

—No pasa nada. Olvídalo —farfulla mientras las puertas se cierran entre nosotros.

Me voy arriba, a la Sala de Crisis, y me pongo a repasar los archivos de Fuego Esencial. Tengo la corazonada de que nada de esto es tan sencillo como parece a primera vista. Reflexiono sobre lo que ha dicho Lily, que quizá el Doctor Imposible no esté detrás de la muerte de Fuego Esencial. De hecho, si algo sabemos acerca del Doctor Imposible, es que nunca ha salido bien parado de sus enfrentamientos con él. Visto así, es casi la última persona de la que sospechar.

Fuego Esencial adquirió todos sus poderes a raíz de un accidente de laboratorio. Un accidente irrepetible, claro está. El problema es que se podría acusar a casi cualquier supervillano de querer verlo muerto. Y lo que es peor, ninguno de ellos posee los medios necesarios para hacerlo. Si uno busca en su ficha qué poderes tenía, el término empleado es «invencibilidad», y se pueden contar con los dedos de una mano las veces que esa palabra se repite a lo largo de las más de quinientas fichas incluidas en la base de datos metahumana. De acuerdo, hay un asterisco junto a la palabra «iridio», pero esa pista no nos ha llevado a ningún sitio de momento.

Invencibles. Es lo que todos se jactan de ser. No solo duros de pelar, sino directamente invulnerables. Damisela casi lo es, y Lily no le va a la zaga, pero cualquiera de las dos acabaría sucumbiendo ante un enemigo que no diera tregua. Ha ocurrido antes. Yo misma tengo una buena armadura, pero allá donde el metal no llega soy una mujer normal y corriente.

Tienen archivado prácticamente todo lo que alguna vez se ha escrito sobre Fuego Esencial. Ni siquiera una máquina como yo podría procesar tanta información de golpe. Hago una búsqueda por palabra clave para tratar de averiguar si hay alguien más en la base de datos merecedor del adjetivo supremo. Solo sale uno, el Faraón, un supervillano de recursos más bien limitados que se empeña en lucir un ridículo tocado. Vuelvo a la ficha de Fuego Esencial y me aplico una vez más a la tarea de buscar algo inusual, en vano. Todo parece indicar que era un hombre sin dobleces. No hay más que fijarse en su semblante anodino, en su mentón prominente. La vida se lo había puesto tan fácil que nadie se atrevería a sospechar siquiera que pudiera hacer trampas.

RENDIRSE, JAMÁS



Estoy sentado en una cafetería y sigo llevando puesto el traje chaqueta con el que acudí al funeral. Mi maletín descansa en el suelo, a mi lado. Resulta arriesgado salir a la calle, pero la seguridad de la información es uno de mis fuertes. Mi rostro no es conocido, y llevo puestas mis fieles gafas de sol. Nadie sabe mi nombre. Veo pasar a los transeúntes: ancianos, vagabundos, hombres trajeados como yo, gente normal que cobra una nómina a final de mes. Vasos de plástico y envoltorios de caramelos, y la acera moteada por los chicles arrojados al suelo. Todo me parece increíble.

Cierro los ojos un momento. Hay días en los que sencillamente no te sientes tan malvado.

—Mmm... oye, cariño... creo que ese de ahí es el Doctor Imposible.

Mierda.

* * *

Así empieza una superbatalla. A todos nos ha tocado vivirlas, y hay que estar listo para ellas. Para muchos, estas peleas son lo principal, lo que da sentido a horas y horas de entrenamiento. Destrozar cosas, para eso sirven sus poderes. Para eso construí el báculo de poder, pero en realidad lo que me atrae es toda la labor científica que hay detrás. Si la parte científica funciona, nadie debería poder acercármese siquiera.

Me levanto demasiado deprisa y vuelco la taza de café con leche que tengo delante. Está casi llena, y el ruido que hace al golpear el canto de la mesa y precipitarse al suelo es casi demasiado nítido para ser real. Unas gotas de café con leche manchan mis pantalones nuevos.

Lobo Negro está de pie en el umbral de la puerta y me mira directamente mientras habla a toda velocidad por el transmisor que lleva en la muñeca sin quitarme ojo de encima en ningún momento. A mi alrededor, unos pocos civiles empiezan a comprender lo que ocurre. Mierda, mierda y mierda. Es evidente que me ha reconocido, lo que significa que no tardará en llegar el equipo al completo. Y yo sin mi traje. Es su día de suerte. Van a darme una paliza. En momentos como este

desearía saber volar.

* * *

«¿Recuerda a la primera persona que le pegó?» Esa era una de las muchas preguntas que me hacía Steve, el psicólogo. Pero no sé quién fue esa persona. Me disponía a salir de un banco y estaba llamando a mi helicóptero para que viniera a recogerme, y lo siguiente que recuerdo es levantarme del suelo con gran esfuerzo a media manzana de distancia, con un lado de la cabeza completamente dormido. Al mirar atrás, me di cuenta de que había resbalado en la acera nevada y me había golpeado con el borde de una columna a la salida del banco, dándome tan tremendo coscorrón que hasta había hecho saltar un trozo de su recubrimiento de mármol. Me zumbaban ligeramente los oídos. Los transeúntes me señalaban con el dedo. Llevaba la capa rasgada y manchada de barro por un lado. Alguien me había dado un puñetazo.

El tipo venía hacia mí, bromeando con alguien por el transmisor de onda corta, dispuesto a acabar conmigo en un abrir y cerrar de ojos. El típico superhéroe de fin de semana, embutido en un exoesqueleto de fabricación casera con revestimiento de plástico industrial amarillo y mugriento. La suspensión hidráulica chirriaba mientras avanzaba a grandes zancadas con su vistoso rifle de cañón largo cruzado sobre la espalda.

Se detuvo cuando me vio levantándome en la acera. No puedo describir con demasiada exactitud lo que pasó a continuación porque no lo recuerdo bien, pero sé que me abalancé sobre él antes de que pudiera empuñar el rifle, y que salió volando hacia atrás y se estrelló de espaldas contra la fachada de cristal del banco, en cuyo vestíbulo acabó aterrizando. Ahora que lo pienso, seguramente le daría unos cuantos porrazos antes de arrojarlo contra el cristal, porque recuerdo el olor a quemado que desprendía el material aislante de su armadura, que se había torcido y tenía dificultades para recuperar su forma original. Soy fuerte, no lo olvidemos.

Él reaccionó intentando propinarme un derechazo, y hasta llegó a darme, pero era evidente que le faltaba fuelle. Le veía los ojos y un trozo de la cara a través del casco de plástico. Él sabía que tenía todas las de perder, y yo también lo sabía.

Apoyé una mano en su hombro, logré introducir dos o tres dedos debajo del casco y se lo arranqué de cuajo. Tendría unos cuarenta y cinco años, pelo oscuro y bigote. Supuse que se trataría de un bombero dedicándose a su hobby preferido. Parecía aterrado y enfadado. Se oían sirenas, pero no me moví de allí. Lo sujeté con un pie mientras le iba quitando la armadura pieza a pieza, tomándomelo con calma, notando cómo se rompían las correas, arrancando cables. Menudo superhéroe. Le dije lo que pensaba de su armadura, porque estaba seguro de que la había construido con sus

propias manos, y luego me marché.

* * *

Pero aquel tipo era un aficionado, un deportista entrado en años con nociones de ingeniería. Ahora me enfrento a los Campeones, o lo que queda de ellos. Superhéroes a escala global, que poseen sofisticados transmisores, un cuartel general y aviones de despegue vertical. Ojalá el Augur estuviera aquí, y estuviera sobrio. O Lily. Se le daban tan bien estas cosas... Bueno, yo también soy un profesional, o eso dicen los diarios. Cojo una servilleta del dispensador y me la pongo sobre la boca y la nariz mientras los civiles abandonan el local. Ante todo, debo proteger mi identidad.

Dejémonos de ceremonias. Cojo una taza de la mesa de al lado y, sin previo aviso, la arrojo con todas mis fuerzas a la cabeza de Lobo Negro. La ve venir, por supuesto, y la taza se estrella contra la pared a escasos centímetros de su rostro. Por lo menos he logrado que se aparte de la puerta.

Me cago en todo. Vale, veamos. Debían de andar cerca de aquí, zurrando a algún delincuente de poca monta, quizá, o sencillamente comprando mallas nuevas. Lo más probable es que la policía esté cortando el tráfico a petición suya y montando el escenario de mi derrota. Tengo sesenta segundos, como mucho. Intento no sucumbir al pánico. Se supone que los supervillanos sabemos improvisar. A falta de antifaz, me pego la servilleta a la cara con la cinta de embalar que encuentro detrás del mostrador, y luego despejo a patadas una zona entre las mesas.

La cosa no pinta tan mal como parece. Llevo parte de mi traje de supervillano debajo de la ropa de calle, y tengo a mano mi kit de emergencia. Abro el maletín, saco el báculo de poder y empiezo a montarlo. Funciona con energía zeta, por supuesto. Veinticinco años después de su descubrimiento, sigue siendo la mejor fuente de energía portátil que existe.

Echo un vistazo al exterior. Por lo menos aún no ha llegado todo el equipo, solo unos pocos pesos pesados. Y a decir verdad ya no forman un equipo propiamente dicho, aunque no he seguido los detalles del culebrón. Se despliegan sobre la acera formando un arco, tal como aparecían en los viejos carteles publicitarios.

Lobo Negro, «azote de criminales por antonomasia», juguetea con uno de sus cuchillos de combate. Damisela, «primera dama del país de los superhéroes», flota a un metro del suelo. No me lo va a poner nada fácil. Salvaje, «el indomable amo de la calle», apenas respeta la formación. Elfina, «la princesa guerrera», imperturbable como siempre, sostiene su ridícula lanza. ¿De dónde se supone que ha salido esta tía? Y por último está Triunfo del Arco Iris, «ídolo adolescente de armas tomar». Me cago en todo.

Pero hay algo en ellos que no acaba de funcionar. Hace tiempo que no trabajan en

equipo, y mi ojo profesional los percibe un poco... desmadejados. Damisela y Lobo Negro solían luchar codo con codo, pero ahora han puesto a Salvaje entre ambos en la formación, y este parece más desquiciado incluso de lo habitual.

¿Podré derrotarlos? Quizá.

* * *

Damisela coge el megáfono prestado a uno de los policías.

—Doctor Imposible, ¿eres tú?

—¿Quién osa preguntarlo?

—Ya sabes quiénes somos, Doctor Imposible. Los Campeones. —Arco Iris le dice algo—. Los Nuevos Campeones —corrige.

—Sí, soy yo.

—Eres un delincuente huido de la justicia. Te ofrecemos la posibilidad de rendirte sin oponer resistencia. Esto no tiene por qué acabar en una batalla campal.

Semejante ofrecimiento no es más que una formalidad para un hombre con un báculo del poder y una servilleta a modo de máscara, y ella lo sabe. Estoy sudando, deseando tener mi casco a mano. En cierta ocasión me prometí a mí mismo que no saldría a la calle vestido de civil.

—No creeríais que la cárcel iba a detenerme, ¿verdad? He vuelto, y voy a conquistar el mundo.

—Somos cinco contra uno, Doctor Imposible. Igual que la última vez. Es nuestra última oferta.

Podría restregarles lo de Fuego Esencial en las narices, pero no lo haré. Están en horas bajas y lo saben. Saldré de esta, y estoy destinado a gobernar el mundo.

—Venid a por mí.

Sigue una breve pausa, un momento de tensión, como los que preceden a un tiroteo. Siempre es arriesgado enfrentarse a uno de estos personajes. Sea quien sea, te las verás con el producto final de una larga y estrambótica historia personal, un ser tan extraño y poderoso que no se atiene a las reglas convencionales que definen lo posible y lo imposible. Sea quien sea tu oponente, puedes estar seguro de que se trata de una persona excepcional: un boxeador de categoría olímpica, un engendro radiactivo, el predestinado heredero de una dinastía de superhéroes. Son vencedores natos. Lucen una flecha roja, un caballito de mar o la letra *g* a guisa de símbolo y avanzan imparables, dispuestos a hacerte la vida imposible.

Triunfo del Arco Iris da un paso adelante. Una de mis enemigas más populares, posando en toda su gloria de ídolo juvenil.

—Sé lo que vas a decir —empiezo.

—Quedas detenido. —Lo dice en el mismo tono que emplearía el clásico niño

abusón para acusar a otro de estar ocupando su asiento en clase.

—Vamos allá, chicos —farfulla Lobo Negro.

Tiene aquella expresión nerviosa y autista que siempre pone en combate, cuando su extraño sistema neurológico se hiperacelera para resolver problemas en tiempo real.

Pero han olvidado lo rápido que soy yo. Con un golpe de muñeca, lanzo una de mis granadas sónicas. Los superhéroes se dispersan. Damisela salta para proteger a su ex marido con un escudo energético, pero Salvaje es una presa fácil. La granada explota con un estruendo considerable, haciendo añicos los cristales de toda la manzana y disparando las alarmas de los coches aparcados medio kilómetro a la redonda. Salvaje yace inerte como un gigantesco muñeco de peluche, y sé que puedo olvidarme de él durante cerca de un minuto. Eso sí, cuando se levante estará hecho un basilisco. La polvareda lo cubre todo.

Y entonces Triunfo del Arco Iris me asesta un puñetazo en el estómago, y me doblo en dos como una bolsa de papel. Es la hija de uno de los máximos ejecutivos de Gentech, y llevan años trabajando en ella, desde que tenía siete años y le diagnosticaron una enfermedad degenerativa de los huesos. Un tratamiento experimental salvó su vida, pero a cambio la convirtieron en un permanente conejillo de Indias del departamento de investigación y desarrollo. Tras la primera serie de implantes, siguieron introduciendo nuevas tecnologías en su cuerpo, año tras año. Luego el departamento de marketing le echó el guante.

Llevan preparándola para ser una superheroína desde que tenía once años, iniciándola primero en actividades de búsqueda y rescate, pasando luego a la lucha activa contra la delincuencia. En las imágenes del telediario da el pego, y de qué manera, pero en la distancia corta uno se da cuenta de que no queda demasiado tejido humano en su cuerpo. Una vez le saqué una muestra de sangre, mientras la tenía retenida como rehén, solo por curiosidad. Tenía un aspecto de lo más extraño, más naranja que roja, y olía fatal.

Digan lo que digan sobre Gentech y sus malas prácticas publicitarias, esta chica no se anda con chiquitas, y las aletas que sobresalen a los lados de sus guantes son afiladas como cuchillas. Empezaba a creer que esta vez no iba a tener ni que ensuciarme las manos, y ahora resulta que hay una adolescente dispuesta a darme una paliza de muerte. Vuelve a golpearme, y me desplomo en el suelo. No pesa mucho, pero tiene la picardía de afianzarse en el suelo antes de atacar, como si hiciera palanca. El hombre más inteligente del mundo tiene las horas contadas. Me revuelvo debajo de una mesa por unos instantes, tratando de levantarme.

Ella avanza en ademán de ataque, marcándose una elegante postura de wing chun, el gesto impasible, con aquellos inquietantes ojos que miran sin parpadear. Se mueve como uno de esos personajes de dibujos animados hechos de plastilina, pero en

versión acelerada. Yo aguanto lo que me echen, pero debo reconocer que no estoy a su altura como luchador. El cuerpo a cuerpo sencillamente no es mi fuerte. Cojo una silla y se la arrojo, pero ella me la arrebató de las manos y la aplasta contra el suelo. Le vuelvo a atizar y la dejo un poco aturdida, pero se las arregla para propinarme una tremenda patada en giro que va directa a mi barbilla. El mundo da vueltas a mi alrededor, y noto el suelo contra mi espalda. Resbalo hacia la calle con las piernas en el aire. Un helicóptero de la tele sobrevuela el lugar, captándolo todo.

¿Quién es el siguiente? Salvaje recobra el conocimiento convertido en una masa peluda cubierta de polvareda y cristales rotos. Me levanto tambaleándome con el báculo en la mano, justo a tiempo para frenar el ataque de aquel gigante con cabeza de tigre. Mide más de dos metros y posee una fuerza prodigiosa, algo así como una furgoneta con garras. Nunca ha matado a nadie, al menos que yo sepa, pero tampoco se molesta demasiado en evitarlo. Ha acabado más de una prometedor carrera. Nunca lo he podido estudiar en el laboratorio, así que no sé si es un felino hiperdesarrollado, producto de la ingeniería genética o una hazaña especialmente desagradable de la cirugía veterinaria.

Salgo a su encuentro blandiendo el báculo con las dos manos y le doy en toda la cara. Es como si golpeará una pared de hormigón con un bate de béisbol. Su contraataque hace que salga volando. Recorro tres metros sin tocar el suelo y luego me desplomo sobre el asfalto. Cambio de táctica. Empuño el báculo de poder y rocío a Salvaje con gas somnífero. Se tambalea y se cae.

Alguien que nunca haya estado tan cerca de seres superhumanos no puede entender qué significa enfrentarse a ellos. Aunque tengas tus propios superpoderes, la sensación predominante es un estado de shock. Las fuerzas que se mueven a tu alrededor exceden con mucho la escala humana, y tu sistema nervioso no sabe cómo encajarlo. Es como sufrir un accidente de tráfico, una y otra vez: no notas el dolor hasta pasado algún tiempo.

De pronto, todo se ralentiza. Un relámpago centellea en el cielo, y le sigue un trueno. Apoyado en una rodilla, levanto el báculo justo a tiempo para absorberlo. Ha sido Damisela. Ahora el báculo de poder está totalmente cargado, con su campo energético zumbando y vibrando en mi mano. Hay alguien en la sombra. ¿Lily? ¿Mister Místico? No tengo tiempo para pensarlo. Aquí matas o te dejas matar.

¿Quién es el siguiente? Damisela sale de entre la humareda, dispuesta a embestirme. Arranco un parquímetro de cuajo y lo blando en el aire mientras con la otra mano sostengo el báculo de poder. Logro mantenerla a raya y me las arreglo para darle en el ojo. Vuelve a avanzar y le tiro el parquímetro. Soy más rápido que ella, pero esquiva el golpe anteponiendo el antebrazo. Me coge con una sola mano y noto que mi nuevo traje se rasga mientras forcejeamos y damos vueltas sin parar hasta empotrarnos contra una pared de ladrillo. Me levanto y avanzo tambaleándome como

un borracho, con una manga colgando de la chaqueta, y Damisela desciende en picado sobre mí, pero me aparto en el último momento y me las arreglo para plantarle un fajo de explosivos en la parte baja de la espalda. Está intentando quitárselos cuando saltan por los aires. Damisela sale volando hacia atrás en una trayectoria semielíptica de la longitud de un campo de fútbol, sobrevolando las tiendas y los coches aparcados para aterrizar con un crujido distante y un estrépito de cristales rotos. ¿El siguiente?

Elфина, que baja como salida de la tormenta. Un rayo láser destroza la punta de su lanza, y entonces la empuña para atizarme directamente con ella. La lanza golpea mi báculo de poder con un sonido metálico. Le doy con el disruptor sónico de bolsillo y se tambalea.

Echo un vistazo alrededor y veo que la fachada del café está en ruinas. ¿Cuándo ha sido eso? Un estruendo hace vibrar las ventanas a uno y otro lado de la calle. El cielo se está volviendo negro por momentos, y los cumulonimbos se arraciman sobre Manhattan. Mi báculo se abre como por arte de magia y despidе un nuevo fulgor. Los rayos de energía me envuelven como si de una celda se tratara.

Llueve. El tráfico se ha detenido en varias manzanas a la redonda. El campo energético empieza a perder fuerza, y las gotas de lluvia provocan chispas al caer sobre él. Damisela ha vuelto, y un fuego azul nos envuelve mientras forcejeamos con los dedos entrelazados. No podré aguantar mucho más. Salvaje sostiene un coche por encima de la cabeza con los brazos estirados, perfectamente centrado. Es un sedán bastante resultón. El coche chirría, y algo se desplaza en el maletero, pero él mantiene el equilibrio el tiempo suficiente para coger impulso y arrojármelo. Son demasiados. La luz que envuelve el extremo de la lanza de Elфина se vuelve cada vez más brillante, y retrocedo. Hasta yo noto el calor que desprende.

La batalla se detiene momentáneamente, como esos insólitos momentos de silencio que se producen a veces en un bar atestado de gente. Elфина levanta la lanza en el aire, tan arriba como puede. Entonces se produce un destello cegador. El latigazo del relámpago golpea una, dos veces. Olor a lluvia, vapor, el hedor veraniego del asfalto ardiente. Mi báculo de poder absorbe la descarga, pero el ruido y el impacto son demoledores. A mis pies, la acera se resquebraja, ennegrecida.

Ha llegado el momento de renunciar a una victoria limpia. Hay un submarino esperándome en el río Hudson. Si tan solo logro bajar unas manzanas por la calle Ochenta y Tres, todo esto no será más que un recuerdo.

Me vuelvo para dedicar una mirada fulminante a mis enemigos. Luego, mientras el báculo me envuelve en una nube de humo, me agacho, levanto la pesada tapa de una boca de alcantarilla y me sumerjo en su interior. Un rayo de mi báculo de poder sella la alcantarilla. Eso los retendrá unos instantes. La carga del báculo está casi al mínimo.

Mis ojos se adaptan a la penumbra, y distingo las antiguas baldosas que cubren el suelo y el techo. He estado aquí antes. Hay un silencio insospechado, y uno acaba acostumbrándose al olor. Nadie diría que puede haber un lugar tan silencioso en Manhattan. Hay casi un palmo de agua en el suelo, pero por suerte está bastante limpia. Unas pocas manzanas más abajo saldré a la luz del día, y a la libertad.

—¿Qué le pasó a Fuego Esencial?

La voz serena de Lobo Negro resuena en las galerías subterráneas. Cómo no, tenía que ser él. Ya lo había echado de menos arriba, en la batalla. ¿Quién si no podía haber previsto el desenlace del enfrentamiento, quién conocía las alcantarillas como la palma de su mano, quién habría venido directamente aquí, a esperarme? Avanza hasta donde lo pueda ver, haciendo crujir los nudillos con aire teatral.

—¡Yo no lo hice, Lobo Negro! Os equivocáis de sospechoso.

Ojalá no acabara de hacer saltar a su ex mujer por los aires.

Uno de sus cuchillos rebota en las baldosas y sale volando derecho a mi cabeza. Apunto el báculo e intento dejarlo fuera de combate con una buena descarga, pero me ha visto venir un segundo atrás. Ya está en el aire, blandiendo una cañería del techo, cubriendo la distancia entre ambos demasiado deprisa. Me asesta una tremenda patada en el pecho.

Sé que no posee ningún poder especial, pero eso no lo hace menos temible, y se mueve con tal agilidad que incluso en un momento como este me resulta difícil no detenerme a contemplarlo. Me pregunto qué lo hace ser como es, qué circunstancias primigenias lo marcaron a fuego con una obsesión que lo obliga a vestirse como un animal y lo ayuda a luchar. ¿A quién verá cuando me mira?

Intento levantarme una vez más. Las piernas me temblequean un poco, pero Lobo Negro me concede tiempo. Se limita a permanecer allí de pie, esperándome.

—¿Cómo lo hiciste? —pregunta en tono conminatorio—. ¿Cómo lo mataste?

Me golpea dos veces antes de que pueda contestar, o tan siquiera moverme de nuevo. Se supone que yo soy rápido, pero este tío se mueve como un demonio. Estamos a solas aquí abajo, no hay una sola cámara, y no va a reprimirse. Es de los que disfrutan con estas cosas.

—¿Fue el iridio? —vocifera.

—¡No lo sé! ¡Te digo que no he sido yo!

Me abalanzo sobre él, pero Lobo Negro ya ha visto esta película. Sus manos se cierran alrededor de mi muñeca y me hace dar varias vueltas en el aire antes de arrojarme contra la pared.

—¿Un agujero negro? ¿Magia?

Me asesta otra patada en la cabeza, y me desplomo sobre el suelo mugriento.

Otra patada, esta vez en el estómago, y la calderilla cae rodando de los bolsillos de mis pantalones. Se anticipa a todos y cada uno de mis movimientos. Tengo que

despistarlo, si es que eso es posible.

—Pregúntaselo a tu mujer —farfullo con voz entrecortada, pero él me oye perfectamente.

—¿Qué has dicho?

Por un momento se queda estupefacto, sin sombra de su habitual aplomo. Lo tengo encima, pero logro zafar las piernas con un movimiento brusco, y le cojo un tobillo y lo retuerzo. La desesperación me da fuerzas para levantarlo en el aire, girar sobre mis talones y empotrarlo contra la pared. Creo que no sale de su asombro.

Avanzo a trompicones, chapoteando entre la basura, rogando a Dios para que Lobo Negro no se levante y venga a por mí, demasiado cansado para hacer nada al respecto si así fuera.

Esto explica por qué no estoy listo. Esta es la parte de la que nunca me acuerdo hasta que es demasiado tarde, el gran fallo del plan, la parte en la que te llueven las hostias. Un hombre menos reflexivo que yo podría no haberse dado cuenta del detalle, pero como sin duda os habré dicho ya, soy un genio.

Se acerca la última fase de mi plan, la fase que aún no se me ha ocurrido. Necesito ser invencible, y pronto... para cuando la luna se ponga en posición.

Veo una serie de peldaños empotrados en la pared, me encaramo a ellos y subo sin detenerme hasta respirar aire fresco. Estoy fuera, jadeando a cuatro patas en la acera. Solo me quedan dos manzanas. Los transeúntes pasan a mi alrededor sin inmutarse, hasta que de pronto todos dirigen su mirada hacia arriba.

Mis pies se alejan del suelo, y me quedo sin aliento. Esta vez es Damisela la que me coge por las solapas y me arrastra con ella hacia arriba. Subimos, piso tras piso, hasta dejar atrás el abismo de Broadway. Noto su aliento cálido en mi frente mientras seguimos ascendiendo a toda velocidad, más allá de los rascacielos, y por un momento me veo a mí mismo sobrevolando la cuadrícula de la ciudad, bañado en la luz del atardecer, resplandeciente como los héroes de verdad.

Luego se me pasa la conmoción inicial y me doy cuenta de que tengo las manos libres. En el interior de mi boca hay una cápsula que contiene una diminuta muestra de gas que le compré a un visitante alienígena, la atmósfera de una planeta oceánico a cuarenta años luz de distancia de la Tierra.

Rodeo sus puños con los míos, aprieto con todas mis fuerzas y me armo de valor para besarla en los labios. Es mi último truco, el que he estado reservando durante años. Damisela se queda estupefacta, boquiabierta, y sin saberlo inspira mi aliento ponzoñoso.

Pierde el conocimiento y cae en picado, mientras yo me las arreglo para flotar con la escasa energía que queda en el báculo de poder. En diez minutos se habrá recuperado, pero para entonces yo ya estaré a kilómetros de distancia. Me dejo llevar por la brisa, que me arrastra hacia el oeste y hacia abajo. Sobrevuelo los tejados de la

Universidad de Columbia, la arboleda de Riverside Park y finalmente el río Hudson. Por una vez, he tenido suerte.

Desciendo hacia las oscuras aguas del río mientras mi submarino emerge hasta la superficie. Lo primero que hago es trazar mi siguiente destino. La próxima vez no será tan fácil. Le echo un último vistazo a Manhattan, esbozo una reverencia y me sumerjo.

POR FIN NOS CONOCEMOS



Lily y yo llevamos horas despiertas, hurgando entre los escombros de la batalla de ayer en busca de pistas sobre el paradero del Doctor Imposible y sus planes de futuro.

A mí me toca venir hasta aquí como castigo por haberme perdido la pelea (estaba siguiendo una falsa pista en Monongahela, Pensilvania). Lily también se las arregló para perdersela —era su día libre, supuestamente— y nadie sabe dónde paraba Mister Místico. Damisela está de un humor de perros. Todos lo están, de hecho, desde el funeral.

Nos sería de gran ayuda si el resto del equipo se molestara en hablar de lo ocurrido ayer. La mayor parte de la información que poseo la he sacado de los diarios. Por lo que sé, Lobo Negro se topó por pura casualidad con el Doctor Imposible vestido de paisano y dio el aviso. Tras un breve intercambio de palabras, incluidas las pullas de rigor, el Doctor Imposible se aplicó a la tarea de propinarles una soberana paliza —que la televisión nacional se encargó de retransmitir en vivo y en directo— antes de escapar por medios desconocidos. Lobo Negro se enfrentó a él a solas y salió derrotado, mientras que Damisela, la incombustible Damisela, se vino abajo presa de una vulnerabilidad que ni siquiera figura en los archivos del ordenador central. Salvaje va a pasar semanas en el hospital. La prensa nos está poniendo a caldo.

Mientras el resto del equipo se dedica a lamerse las heridas en el cuartel general, Lily y yo inspeccionamos lentamente el campo de batalla. Ninguna de las dos ha hecho esto antes.

—Me pregunto si dejaron algún cristal intacto —comento, intentando romper el hielo.

—Sí, yo también me lo pregunto.

—Esto no tiene ningún sentido, me siento como una imbécil. Deberíamos largarnos al zoo, o algo así.

La inesperada tormenta de ayer ha escampado y empiezo a recalentarme.

Toda la manzana se encuentra acordonada con cinta amarilla de la policía, y los agentes no me quitan ojo de encima mientras me paseo en medio de la calle. Se estarán preguntando qué les ha dado a los Campeones para destrozar la manzana, dejar escapar al Doctor Imposible y, para postre, enviar a una famosa supervillana y

una perfecta desconocida a averiguar qué demonios ocurrió.

Voy alternando modos de visión con la esperanza de que surja algo lo bastante interesante para justificar, al menos, que no hayamos dejado entrar a los equipos de limpieza.

Lo intento de nuevo.

—Así que Lobo Negro se topó con el Doctor Imposible, llamó a los Campeones...

—Excepto los que estaban fuera de la ciudad, algo que, dicho sea de paso, nadie les puede recriminar —añade Lily.

—¿Tú dónde estabas?

—Atracando un banco, vaya pregunta.

—Vale, así que...

Por lo poco que sé, esto podría ser un examen, y Lobo Negro podría estar observándonos desde algún lugar. En la cafetería, las huellas del zapatito puntiagudo de Triunfo del Arco Iris destacan sobre las de los mocasines del superdelincuente.

—El Doctor Imposible sale del Starbucks —apunta Lily. Hay trazas residuales de energía zeta que así lo sugieren.

—¿Qué hacía en una cafetería?

—Los genios son imprevisibles.

—Y hay una... pelea —sugiero, a falta de una palabra mejor.

Fuera, la acera se ha combado y hundido bajo golpes de fuerza incalculable. Aquí, los rastros de energía son más nítidos: el fulminante retroceso en el aire de Damisela, el característico amarillo verdoso de los trucos meteorológicos de Elfina, el derroche de colores y formas que dejó a su paso el báculo de poder del Doctor Imposible.

—Una gran pelea. Cinco contra uno.

Lily no alcanza a ver las huellas energéticas, pero salta a la vista lo que ocurrió aquí: los Campeones unieron todas sus energías para derrotar a un hombre que se negaba a dejarse vencer.

—Y supongo que se escapó por aquí.

El rastro energético del Doctor conduce a un registro de alcantarilla. Qué clásico. No me extraña que estén tan mosqueados. Lily levanta el registro con una sola mano.

—Qué asco. Oye, Míster Místico también se saltó la pelea; ¿por qué no lo mandan a él allá abajo?

—Ya bajo yo. Puedo hacer una espectroscopia del escenario de la batalla.

—Cómo te gusta fardar...

En cuanto me introduzco en la alcantarilla, el ruido cesa de forma abrupta. Las brigadas del ayuntamiento ya han pasado por aquí para comprobar que no hubiese daños estructurales, así que difícilmente hallaré ninguna pista, pero es un alivio no

sentirme observada durante un rato.

—¿Has visto algo? —pregunta Lily desde arriba.

—Un momento.

Hay muchas baldosas rotas allí donde Lobo Negro se las vio con el Doctor Imposible. En algún momento, este lo cogió desprevenido y lo arrojó contra la pared. Hay una muesca que tiene toda la pinta de deberse al impacto de uno de los cuchillos de Lobo Negro, y por un momento siento el impulso de encontrarlo y devolvérselo, pero recuerdo que es millonario.

—Creo que tu novio le dio una paliza al mío —grito, dirigiéndome a Lily.

—No es mi novio.

—De acuerdo.

—Y tú no sales con Lobo Negro. Solo hablé contigo.

—¡Vale, vale!

Le había comentado lo que Lobo Negro me había dicho. ¿A quién si no podía contárselo?

—¿Alguna pista, señora detective? ¿Has acabado ya? La policía me está mirando.

—Sí, supongo que ya está.

Justo entonces, mi radar rebota en otro objeto, pequeño, frío y metálico, apenas cubierto por el agua. Meto la mano y saco un puñado de monedas, una anticuada ficha del metro y una llave con una etiqueta en la que pone: motel Starlight, Queens, Nueva York.

* * *

Cuando el objeto de la investigación resulta ser un elemento metahumano, el allanamiento de morada es una actividad de lo más arriesgada. No hay modo de saber qué clase de extravagancia se va a encontrar uno al otro lado de la puerta, pero puede ser cualquier cosa, desde cucarachas genéticamente manipuladas a un agujero negro de bolsillo. Por un instante, me planteo llamar a los demás.

Pero decido que vale la pena jugármela ante la perspectiva de coger al Doctor Imposible yo sola y colgarme esa medalla. Me darían igual los titulares de los diarios, solo ver la cara que pondría Damisela me compensaría con creces.

La llave entra en la cerradura y gira sin esfuerzo. Abro la puerta tan sigilosamente como puedo, sin poder evitar sentirme un poco tonta. El Doctor Imposible podría estar esperándome al otro lado. Si es así, ¿qué le diré, exactamente? Pero las luces están apagadas y la sala desierta. Aguardo un momento en el vestíbulo, esperando no tener que arrepentirme de mi decisión. Son las siete de la tarde menos un minuto.

Dentro reina un silencio total, está oscuro y hace calor. Me quedo de pie en el umbral mientras mi visión orgánica se adapta a la penumbra. Distingo varios estantes

y un sofá, bolsas de basura esparcidas por el suelo. Un teléfono de plástico blanco descansa sobre una mesita auxiliar que tiene toda la pinta de haber sido rescatada de la calle y cuyo único cajón está completamente abierto, dejando a la vista un revoltijo de placas base, planchas de plástico verde de grano grueso taraceadas con hilo metálico. Las baldas están repletas de objetos sueltos: una cabeza de muñeca, una tosca pieza de alfarería, una estatuilla de plástico que representa a un personaje de dibujos animados japoneses.

Una gruesa capa de polvo se ha asentado sobre todos los objetos y tiñe la parte superior de los cables eléctricos e interconectores que yacen en los rincones. Las paredes han sido pintadas con un gotelé blanco y pegajoso típico de los apartamentos baratos de Nueva York, que invade incluso los bordes de los picaportes, los interruptores eléctricos y los marcos de las ventanas. El aire huele a sudor, a comida putrefacta y a quemado. Este último olor procede del radiador.

Entro en la habitación. Del pomo de la puerta cuelga una bolsa de plástico que hace las veces de cubo de basura, rebosante de envases de comida para llevar y papel de cocina usado, una mínima concesión a la idea del orden doméstico. Alguien comió y durmió aquí durante varias semanas, como mínimo.

A mi izquierda, los últimos rayos de sol entran filtrados por los cristales sucios de las ventanas y se derraman en los trozos de moqueta dispersos por el suelo y las mugrientas baldosas de linóleo. Ante mí, un breve pasillo lleva hasta la puerta entreabierta del cuarto de baño y lo que debe de ser un dormitorio a la izquierda. Primero el salón, decido. Sobre la alfombra descansa un enorme tubo de metal pulido, oxidado por uno de los extremos, como si hubiese formado parte de un inmenso motor. La superficie presenta una pátina agrietada que sugiere un sobrecalentamiento. Este chisme solo puede haber salido de uno de los aviones cohete del Doctor Imposible.

El sofá, con su raída tapicería de cuadros escoceses, da la impresión de haber pasado semanas a la intemperie. En el suelo, casi enterrado bajo una montaña de cajas de cartón y material de embalaje, yace una mano robótica que mide más de un metro de ancho, tres dedos articulados y un pulgar, pintados todos ellos en llamativos tonos de rojo y azul. Allí donde debería estar la muñeca, sobresale una larga maraña de cables, como si alguien la hubiese arrancado de cuajo a su propietario con una fuerza descomunal. Toco uno de aquellos dedos anchos, fríos al tacto. La corriente de aire hace que la puerta se cierre a mi espalda, aislándome del ruido de la calle. Se oyen los pasos del vecino de arriba y la descarga de la cisterna de un váter en algún otro punto del edificio.

En el repentino silencio, percibo el zumbido de varios ventiladores en marcha, así como el runrún y los chirridos característicos de los discos duros. Siguiendo el sonido, enfilo el pasillo y entro en la habitación, donde los indicadores LED de color

verde y rojo destellan en el aire polvoriento como extrañas luciérnagas junto a un futón desplegado directamente en el suelo. Soy consciente de hallarme en el centro de algo.

Debe de haber venido aquí como último recurso, cuando se le acabó el dinero para comprar castillos e islas, cuando descubrieron la última de sus cuentas abiertas en un paraíso fiscal y el último de sus tesoros enterrados. Y no hace mucho que estuvo aquí por última vez.

Echo un vistazo a la maraña de cables interconectados, tomando la precaución de no tocarlos. Debe de haber empezado con cinco o seis PC de serie, pero ahora mismo ninguno de ellos parece del montón. Parte de este cableado es sencillamente algo inaudito. Hay conexiones inexplicables pero a todas luces intencionadas, chips serrados por la mitad o puestos a remojar en alguna solución aprovechando los vasos del Burger King. Me fijo en un superordenador. Seguramente compró todos los componentes en el primer mayorista informático que encontró y lo ensambló de arriba abajo con sus propias manos. Resulta fácil olvidar lo inteligente que es.

Ya debería haber dado la voz de alarma, pero quiero saber qué está haciendo. Me siento en el futón y busco en la parte posterior de uno de los ordenadores un puerto al que pueda enchufarme. Hasta mis conectores se están quedando desfasados.

La información se despliega a lo largo y ancho de mi pantalla en formato ASCII de color blanquiazul. Se trata de un trabajo de ingeniería extremadamente complejo que gira en torno a las fuerzas brutas y la inercia rotacional. Hay varios gráficos en los que se ve la Tierra envuelta en una red de líneas de fuerza compuestas por miles de diminutos vectores. Algo grandioso y sumamente sofisticado se simula o controla desde aquí, pero no dispongo de los conocimientos matemáticos necesarios para desentrañarlo. A decir verdad, la mayoría de las mentes capaces de entender esta clase de proyectos están en el otro bando. Media docena de líneas se entrecruzan y conectan en un punto en el que aparece un símbolo o diagrama apenas esbozado que parece representar un trueno. Junto a dicho símbolo hay un signo de interrogación. Quizá se trate de algo en lo que aún está trabajando. Las palabras «¡Más poder!», «¡Invencible!» aparecen subrayadas.

Páginas y más páginas de trayectorias orbitales, asteroides, planetas, cometas que se desplazan, columnas de cifras, y cosas más extrañas aún: ¿Un hombre gordo? ¿Una joya? Estrellas y gobiernos, superhéroes y supervillanos aparecen conectados por líneas de puntos que se extienden por el espacio, el tiempo y otras dimensiones. Así debe de ver el mundo un cerebro privilegiado. Reconozco a Damisela y a Lobo Negro, y también a los demás, dispersos entre sí. No me veo a mí misma, a no ser que sea la letra «F». ¿Acaso sabe de mi existencia? ¿Deseo que lo sepa?

Me lo descargo todo, pendiente de cualquier ruido de pasos procedente del vestíbulo. Pero no creo que vaya a volver.

Estoy a punto de salir cuando lo veo. Sobre la encimera de la cocina descansa una réplica de la gigantesca mano robótica que he visto antes, pero esta se ha fabricado a escala humana y está intacta. Una ingeniosa articulación esférica la remata allí donde debería ir el brazo. Allí donde debería ir mi brazo, podría decir, porque esta vez reconozco el diseño.

* * *

Vuelvo al cuartel general de los Campeones, y esta vez soy yo quien habla ante la pantalla gigante de la Sala de Crisis. Expongo mis hallazgos: la llave, el motel, los gráficos. Descargo los cálculos del Doctor en la pantalla grande, una página tras otra, mientras los demás escuchan mis conclusiones.

Lobo Negro toma notas como un poseso mientras hablo, pero no me mira. Se lo cuento todo excepto el último detalle.

Cuando termino, Damisela y él rompen a hablar a toda velocidad, pisándose las frases el uno al otro.

—Buen trabajo, Fatale —me felicita Lobo Negro, sin apenas despegar los ojos del papel.

—Excelente trabajo. Ahora sí que lo tenemos. —Por una vez, hasta Damisela sonríe, y hay un atisbo de maldad en su sonrisa—. Está claro: se ha pasado a la magia.

—Y está desesperado. No tenemos mucho tiempo.

En la pantalla, hay esferas dando vueltas sin cesar alrededor unas de otras y en torno al Sol. Hay una ventana que señala un plazo límite, y dicho plazo se agota en unos pocos días.

—Vale, pero ¿qué es eso? —pregunto, señalando el trueno.

—Sea lo que sea, no queremos que lo consiga.

—¿Qué aspecto tenía? —pregunta Lily—. La habitación, me refiero.

Me encojo de hombros.

—No sé... ¿como la habitación de un estudiante universitario sin un duro y con muy mala baba...?

Lily no parece demasiado feliz.

—Está desesperado, efectivamente. Creo que va a intentar conquistar el mundo.

Lobo Negro permanece inmóvil como una estatua, enfundado en su ceñidísima malla de cuero negro, moviendo los labios en silencio cada dos o tres minutos. Lo observo más de cerca. Está pronunciando la palabra «Apocalipsis».

No aparta los ojos de una pizarra blanca en la que apenas se ve el color de fondo, tantas son las notas y los gráficos garabateados en rojo, verde, azul y amarillo que se solapan. Bien mirado, no resulta demasiado distinto de los cálculos del Doctor

Imposible, y por un momento me pregunto cómo habría sido Lobo Negro si hubiese decidido unirse a los malos, y qué le impidió seguir ese camino. Recuerdo el ambiente miserable del piso del Doctor Imposible, el olor a comida putrefacta. Cuando Lobo Negro vuelve a hablar, lo hace en un tono sombrío.

—Ningún supervillano logro derrotar jamás a Fuego Esencial. Pero ¿y si pudiera hacerlo un superhéroe?

—Conoces de sobra los superpoderes censados. —Damisela parece aburrida—. Yo habría podido hacerlo. Y tú también. ¿Quién más?

—Lily.

—No. Yo respondo por ella. —Damisela parece muy segura de lo que dice, y me pregunto por qué.

—Hay que ampliar la lista.

—Di lo que tengas que decir de una vez —lo urge Damisela, al tiempo que se levanta.

—¿Qué pasa si se trata del Cetro del País de los Elfos?

Lobo Negro se pasa la lengua por los labios antes de decirlo. Nunca lo había visto tan nervioso. Sus palabras dejan un pesado silencio. Tema tabú. La expresión de Damisela resulta difícil de interpretar, como siempre, pero si me la tuviera que jugar diría que la veo consternada y por lo menos dos cosas más... ¿aprensiva, quizá? Y acaso también un poco agradecida a Lobo Negro por haber tenido el valor de decirlo en voz alta. A lo mejor no le importaría demasiado tener que vérselas con su madrastra.

Cualquier enemigo mortal.

* * *

Sé que Lobo Negro tiene un laboratorio en algún lugar del piso de arriba. Es tarde, pero aun así me espero hasta las dos y media de la madrugada para salir a buscarlo. Todo el mundo está durmiendo y reina el silencio en el edificio, así que me paseo tranquilamente por toda la planta hasta dar con el laboratorio. La puerta tiene un teclado numérico y solo se abre al introducir el código correcto, pero como he dicho ya, estas cosas se me dan bien.

Dentro hace frío y está oscuro como boca de lobo, si exceptuamos las brillantes bombillas halógenas que alumbran la zona de trabajo. Está en mangas de camisa y lleva puesto el antifaz. Tiene varios morados de la pelea de ayer.

—Fatale.

Ni siquiera tiene que darse la vuelta. Está repasando la grabación de la pelea, plano a plano, en un gran monitor de pantalla plana. La imagen de Elfina se ha quedado congelada con la boca abierta en un silencioso grito de guerra.

—Sí. Hola.

Él sigue a lo suyo, pasando un fotograma tras otro. Alguien acaba de salir volando del encuadre, sacudido por una descarga del báculo del Doctor Imposible.

—Fíjate. No es el mismo báculo que tenía antes. Este es nuevo.

—Siento habérmelo perdido.

—No es culpa tuya.

Fuera, la ciudad parece dormida, y solo un puñado de luces centellean aún en los bloques de oficinas que nos rodean.

—Escucha, no sé muy bien cómo decir esto, pero... necesito que le eches un vistazo a mi chasis.

—Claro. ¿Tienes algún problema de hardware?

—Más o menos.

—Súbete al escáner. Ah, mejor quítate el traje. Viene con un escudo antiescaneos incorporado.

—Vale.

Dejo mi bolso a un lado y me subo a una especie de tarima con techo de cristal, algo así como un aparato de resonancia magnética pero vertical. Son muchas las cosas de mi cuerpo que no me gusta enseñarle a nadie, pero supongo que me lo he buscado. Tardo un minuto en quitarme el traje y quedarme solo con la camiseta de tirantes y las bragas que suelo llevar debajo de este. Una serie de indicadores LED se deslizan por encima de mi costado y luego recorren una de mis piernas de arriba abajo, brillando en la oscuridad. El contacto con el aire frío me pone la piel de gallina. Ahora mismo Lobo Negro estará viendo prácticamente todo lo que me han hecho.

—Galatea ayudó a construir este escáner. Aguanta un par de minutos más sin moverte y habremos terminado.

Lobo Negro toquetea algo en el teclado y el dispositivo de exploración se mueve en silencio, transportado por dos largos brazos mecánicos, y me rodea suavemente el estómago antes de desplazarse despacio hacia arriba y luego hacia abajo. Los resultados aparecen en dos de las pantallas gigantes.

Es un escaneo de todo el cuerpo. No me he visto de este modo desde que Protheon cerró sus puertas. Veo mi esqueleto y todo lo que le hicieron. En la pantalla, mi planta de fusión nuclear late como un segundo corazón. Una cascada de cables y puntos luminosos que parecen piedras preciosas me recorre de arriba abajo. Cuando me muevo, la cascada se mueve. Al verme en la pantalla, Lobo Negro me está observando de un modo que nadie lo había hecho jamás, con o sin superpoderes.

Entonces silba bajito.

—Eres una obra maestra.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Lo digo en serio. Es un trabajo alucinante. Algo nunca visto. Quienquiera que lo hizo, iba muy en serio.

Me pongo roja como un tomate, pero eso no se ve en la pantalla.

—Sí, bueno, verás... de eso quería hablarte, más o menos. Creo que... creo que he descubierto quién es esa persona. —Respiro hondo, meto la mano en el bolso y le lanzo la mano metálica que he llevado encima todo el día—. He encontrado esto en la habitación del Doctor Imposible.

Se la mira y remira, y sus largos dedos acarician las articulaciones, estiran los dedos metálicos. Es el mismo diseño de mi propio brazo, no hay más que mirar la pantalla, y casi noto el tacto de sus manos sobre mi cuerpo. Hay un largo silencio. Oigo el aire acondicionado, un par de máquinas pitando, el runrún de los discos duros.

Nadie sabe gran cosa sobre los orígenes de Lobo Negro, ni por qué se le dan tan bien ciertas cosas. Muchas personas, entre las que me cuento, creen que es el resultado de un proyecto de reproducción artificial llevado a cabo por el gobierno, pero eso no explica por qué se dedica a combatir la actividad criminal, ni su comportamiento obsesivo. Me muero por preguntárselo, pero me contengo.

—¿Alguien más ha visto esto? —pregunta.

—No, solo tú.

—También fue él quien hizo a Fuego Esencial, sabrás. O eso dicen.

Me coge la mano, la de verdad, y le da la vuelta, tanteando los huesos metálicos. Sus manos resultan cálidas pese al ambiente frío del laboratorio.

—¿Y si llevo una bomba dentro, o un micrófono, o un dispositivo de rastreo? —Una extraña euforia me invade al pronunciar estas palabras, y ni siquiera sé muy bien por qué.

—Seguro que en la ANS te miraron de arriba abajo. Yo también lo haré, pero no me cabe duda de que estás limpia.

Jamás existió ningún programa del supersoldado. Debo de haber formado parte de uno de sus planes para dominar el mundo, y ni siquiera sería un plan demasiado brillante. Nunca hubo intención de crear a otros como yo, a no ser que estuviéramos destinados a ser supersecuaces que atracaran bancos a las órdenes de un imbécil con capa y muy malas pulgas. Pero no soy ni siquiera eso. Soy un desecho. ¿O no?

Me bajo del escáner y aparto la mano con brusquedad.

—Quita eso de la pantalla.

—Fatale...

—Quítalo de una vez. Bórralo todo.

—Creo que estás haciendo una montaña de un grano de arena.

—A lo mejor soy uno de ellos —sugiero en un susurro—. ¿No se te había ocurrido? No tiene por qué ser una bomba. Podría ser una traidora. Podría llevarlo

escrito en mi código.

Me lo acabo de inventar, claro está. Lo más probable es que el Doctor Imposible ni siquiera sepa que estoy viva. Pero cabe la posibilidad de que sí lo sepa, y de que me halle bajo su control. Quizá todo esto forme parte de su plan.

Lobo Negro se endereza ligeramente mientras me escucha, y afirma uno de los pies en el suelo. Sus pupilas se dilatan tras el antifaz, y su ritmo respiratorio cambia. Es como si se hubiese despertado de pronto y me observara como nunca hasta ahora lo había hecho. Como una amenaza.

—Podría ser yo. Él podría haber planeado todo esto hasta el último detalle. Yo ni siquiera tendría por qué estar al corriente.

Doy un paso hacia él. Sé que tengo razón, y eso me hace sentir poderosa de un modo que nunca hasta ahora había experimentado.

—Fatale...

No acaba la frase. Intenta averiguar la forma de echar por tierra mis argumentos. La verdad, no sé qué va a pasar ahora, pero algo tiene que pasar. Doy otro paso y alargo la mano hacia él.

Se mueve tan deprisa que las cámaras solo lo registran como una imagen remanente. Nunca había pensado en él como alguien potencialmente peligroso. Todos mis sentidos lo dan como humano, carne y hueso de arriba abajo, como todos los demás.

De pronto, todo sucede muy despacio. Intento ponerme en posición de combate, pero no bien empiezo a levantar los brazos me doy cuenta de que es demasiado tarde. No me golpea muy fuerte, pero se las arregla para afianzar un pie detrás de mí y tumbar mis más de doscientos kilos. Para cuando me desplomo en el suelo, ha sacado una porra de algún sitio y se ha sentado a horcajadas sobre mí. Con una mano me sujeta uno de los brazos hacia atrás, mientras con la otra sostiene la porra en alto, tembloroso. Estoy dispuesta a contraatacar y darle su merecido, pero Lobo Negro no va más allá. Me mantiene inmovilizada en una postura de sumisión, y si fuera humana estaría sufriendo lo indecible, pero no lo soy.

Puede que no vuelva a tener otra ocasión como esta. Podría empotrarlo contra el techo de un puñetazo, pero en lugar de hacerlo me incorporo ligeramente para besarlo. Su respiración se ha vuelto pesada. Ha pasado mucho tiempo desde mis días no metálicos, y apenas recuerdo cómo se hace, pero apuesto a que lo averiguo rápido. Mis nervios serán artificiales, pero se encienden como bombillas y responden mejor incluso de lo que esperaba. Noto los músculos tensos de sus antebrazos, incluso el temblor de su piel, pero mis manos son tan fuertes como las suyas, si no más. Quizá esté hecha de acero, pero no estoy muerta. Mis sistemas de control no paran de enviarme mensajes de error; no les gusta tener a nadie tan cerca. Se pasan todo el rato intentando electrocutarlo o romperle la muñeca, y una parte de mí está ocupada

impidiéndoselo.

Nuestros labios se tocan, y por un instante es justo como pensaba que sería. El metal de mi mandíbula me produce una sensación extraña pero al mismo tiempo excitante, y él me devuelve el beso. Lo acerco a mí, noto su peso sobre mi cuerpo. Había olvidado lo que es desear algo con tanta fuerza. Él introduce una mano bajo mi camiseta, y la sensación es tan maravillosa que tengo ganas de llorar. Nadie me ha tocado ahí en mucho, mucho tiempo, si exceptuamos a los cirujanos.

Entonces cometo un error. Intento quitarle el antifaz, y él me coge el brazo con brusquedad, dispuesto a romperlo. Su rostro se endurece, y de pronto vuelvo a estar ante el Lobo Negro de siempre. Es como si una personalidad completamente distinta se adueñara de él, y por un instante alcanzo a vislumbrar eso que siempre está ocultando, un terrible duelo imposible de mitigar. Algo realmente espantoso debió de pasarle en algún momento de su vida.

Y la única mujer a la que eligió como compañera es lo más parecido a la perfección que ha existido jamás. Yo, en cambio, nunca seré más que una superdotada del montón, medio invulnerable, medio vulgar como cualquier otra veinteañera. Las aleaciones metálicas y la carne no tienen punto de comparación con la hija de Nube de Tormenta.

Antes de que pueda reaccionar, lo cojo por debajo del brazo y lo levanto en el aire al tiempo que me pongo de pie. Tal como lo tengo ahora mismo, podría romperle algún hueso, pero lo dejo en el suelo sin más.

—Lo siento —dice.

—Olvidalo —replico.

Cojo mi traje y me voy. Los pasillos están completamente a oscuras a estas horas de la mañana, pero no para mí.

TAL VEZ NO SEAMOS TAN DISTINTOS, TÚ Y YO



A juzgar por cómo habla la gente de ello, parecería que cualquiera puede construir un arma de destrucción total. Pero tienes que recordarlo todo, catalogarlo todo y averiguar cómo encajar todas las piezas de un modo nuevo, un modo que lo resuelva, destruya o desbarate todo. Si fuera tan fácil, ya habrían descubierto qué estoy haciendo.

Esta es la última pieza, la joya de la corona, la fase final que he ido aplazando hasta ahora. No quería tener que volver aquí, y desde luego no quería hacerlo de este modo. Esperaba inventar algo más sutil y radicalmente nuevo. Pero esperaba tantas cosas...

También espero que nadie vea un submarino en miniatura remontando el río Charles en plena noche. Elfina, Damisela y esa ciborg cuyo nombre nunca recuerdo llevan una semana pisándome los talones, volando a ras de las aguas costeras. Pero tengo un escudo que me protege de sus ojos, y esta vez está cumpliendo su misión.

El edificio de Física solía ser mi segundo hogar, y colarme por la ventana es pan comido. De todos modos, nadie se molesta en vigilar nada de esto. Lo más que encuentro es un par de candados destinados a impedir la entrada a los estudiantes, y me deslizo de lado entre ambos sin apenas esfuerzo. Me dispongo a robar el que es prácticamente mi último trabajo como científico legítimo, pero para el caso bien podría tratarse de un oso polar disecado.

Dentro se respira un aire polvoriento, viciado. ¿Cuántos años han pasado? Me encuentro delante de la última puerta, y al otro lado alcanzo a ver la silueta familiar del aparato, envuelto en trapos de limpiar el polvo.

Pero hay una figura negra apoyada en el umbral de la puerta, serena y elegante. Tenía que haberlo visto venir, es el adversario lógico. El más peligroso de los Nuevos Campeones.

* * *

Míster Místico luce un bigotito fino y un pelo negro azabache propios de un

ilusionista profesional. Tiene pómulos salientes y un rostro alargado y atractivo. Observa con gesto impasible el cañón de mi rifle de plasma como si fuera un ramo de flores. Sonríe y se toca el ala del sombrero a modo de saludo, con ademán desafiante y sin perder un ápice de elegancia.

—Sé qué has venido a buscar. Pero me han mandado a custodiarlo.

Entre sus largos y gráciles dedos aparece de pronto una alargada varita mágica lacada en negro, con un extremo blanco que no medirá mucho más de dos centímetros. Siempre se presenta enfundado en su traje de gala: un esmoquin, guantes de un blanco deslumbrante y una capa que ondea y se pliega con una elegancia incomparable, al margen de las condiciones atmosféricas. Es mayor que casi todos nosotros, o al menos lo aparenta.

Doy un paso adelante y lo golpeo, y la pelea ha terminado antes de empezar. Se arruga ante el primer puñetazo como cualquier ciudadano de a pie y se desploma en el suelo. La capa ondea en el aire y se posa sobre él. Yo la toco con el pie, medio esperando no encontrar nada debajo, pero hay un cuerpo caliente, y es el suyo. Sigue allí tumbado sin hacer nada aparte de respirar.

Pero Místico te la juega cuando menos te lo esperas. Paso por encima de él y cruzo el umbral, pero entonces todo deja de tener sentido. En lugar de la sala de actos que debería haber al otro lado de la puerta, hay una pequeña habitación con puertas idénticas en cada pared. Mierda, odio enfrentarme a la magia.

* * *

Míster Místico siempre me ha producido cierta incomodidad. En la base de datos de los Campeones aparece identificado como William Zard, ilusionista fracasado y granuja de medio pelo, nada de lo cual explica por qué se cree un superhéroe.

La verdadera historia de William Zard no es precisamente de las que infunden terror entre sus enemigos. No fue a la universidad, y a duras penas terminó los estudios secundarios. Durante dos años, viajó con la marina mercante. Estuvo en Europa primero, luego recaló en la India y más tarde en Extremo Oriente. Acabó desertando en Hong Kong, y hay una nota de la embajada de Estados Unidos en que lo tachan de maleante. Después se las arreglaría para viajar tierra adentro y vagar por el Tíbet, donde recibió las enseñanzas de un ignoto grupo llamado Los Siete, una secta *new age* de dudosa reputación. Cuatro años más tarde volvió a dar señales de vida en Estados Unidos, haciéndose llamar Míster Místico. Los primeros relatos de sus aventuras en la lucha contra la delincuencia datan de entonces.

En un primer momento pensamos que era tan solo un hipnotizador, uno de esos dominadores de mentes tranquilos y de voz profunda. Los testigos oculares se mostraban imprecisos al relatar sus intervenciones, o ni siquiera recordaban haberlo

visto aunque acudieran de nuevo al lugar de los hechos.

Por aquel entonces, Míster Místico seguía recurriendo a los puños tanto como a la voz. El hipnotismo no era más que una extravagancia de hombre del espectáculo, la fachada tras la que se ocultaban anticuados reveses y estrategias detectivescas. Pero jamás abandonó el elaborado atrezzo del ilusionista profesional. Sus detenciones siempre culminaban con un elaborado golpe de efecto, una cortina que se corría de pronto para revelar al culpable encadenado y los bienes robados devueltos a su legítimo propietario. Tenía una habilidad especial, no exenta de morbo, para escenificar su propia muerte.

* * *

Retrocedo, preguntándome qué pasará a continuación, y me lo encuentro todavía tirado en el vestíbulo.

No me gusta la magia. Creo que ya lo he dicho. Hay demasiados impostores que se valen de ella, y se me antoja una desagradable mezcla de vodevil, espectáculo de masas y timo de la estampita. Es oscura y enigmática, recurre a la psicología y se parece demasiado al hipnotismo, y a nadie le gusta lo que parece implicar respecto al mundo. Va en contra de la principal premisa de mi... bueno, de lo mío: que vivimos en un universo regido por el orden. Que las estrellas y los planetas giran alrededor unos de otros en función de ciertas leyes. Y que un hombre lo bastante inteligente, un hombre dotado de una inteligencia muy superior a la de sus congéneres, puede aplicar dichas leyes en el momento y del modo adecuados para modificar la órbita de un planeta y lograr que se acerque tan solo unos cientos de metros a otro, convirtiéndose así en el amo de ambos, en el amo del universo. Si Míster Místico cree que vive en un mundo distinto a este, tengo el deber de demostrarle que se equivoca.

Las aventuras de Místico siempre se desarrollan en otras dimensiones, o bien tienen que ver con artilugios legendarios cuya mera existencia contradice de un modo rotundo la noción más básica de rigor histórico. Parece más cómodo en su propio medio, enfrentándose a hombres lobo y faquires indios —yo nunca los he visto—, amenazas místicas que ni siquiera se dejan ver a no ser que él ande cerca.

¿Qué poderes posee? Según a quien se le pregunte, domina las fuerzas cósmicas o no es más que un alfeñique enfundado en un esmoquin barato. Pero yo sé de buena tinta que ha escapado de situaciones en las que un hombre normal se habría dejado la vida. Vi con mis propios ojos cómo entraba en la clínica Mayfield justo antes de que se viniera abajo, y todos sabemos cómo acabó aquello. Si es un impostor, debe de ser un impostor muy valiente.

Lo ato con su propia capa, y luego lo sacudo hasta despertarlo.

—La magia no te va a salvar, Zard. Sea lo que sea que has hecho ahí fuera, ya lo

estás arreglando.

—No es magia propiamente dicha. Al menos no el tipo de magia en que estás pensando.

Mi puñetazo no le ha dolido tanto como yo pensaba. Está tirado en el suelo, maniatado y con los ojos vendados, pero por su tono de voz se diría que es él quien me ha reducido a mí, y no al revés.

—Pues será un truco, entonces. Sea lo que sea.

—Quieres salir por esa puerta, ¿verdad? Pues adelante. Inténtalo. Al fin y al cabo, ni siquiera crees en la magia.

Me vuelvo para mirar la puerta y asiento con la cabeza en silencio. No puedo pasarme toda la noche aquí. Cojo un extremo de la capa y lo arrastro sin demasiado esfuerzo por el suelo de la habitación. Sea lo que sea que me espera ahí dentro, vamos a verlo los dos juntos.

* * *

Una segunda habitación, como antes. Luego otra, y otra más. Cuento los pasos. Ya deberíamos estar en el salón de actos. De hecho, ya deberíamos haber salido del edificio.

—Sé razonable, Zard, o Místico, o como quiera que te hagas llamar. Estamos en el siglo veintiuno. ¿Adónde demonios me llevas?

—Cuando estabas en octavo curso, tu orientador vocacional te dijo que eras un genio, ¿te acuerdas?

Eso no tendría por qué saberlo. Su tono de voz sube y baja con una cadencia seductora. Es la voz de un hipnotizador, pero a mí no me engaña con sus trucos.

—¿Y qué? —replico.

—Bueno, el mío también me lo dijo —contesta, y suelta una carcajada teatral, muy propia de un ilusionista.

Y entonces el encantamiento se precipita en el aire cálido, una nube de escarcha y bruma como un enorme copo de nieve que se va haciendo visible poco a poco. Hay una especial tensión dramática en el aire, como en el tercer acto de una función teatral, o como en un parque infantil bañado por el sol un instante antes de que este se ponga.

La capa yace en el suelo embaldosado, todavía con los nudos, pero no queda ni rastro de su propietario.

Me da igual. El teletransporte no se puede considerar magia. Cree que las reglas del mundo real no son aplicables a su persona, pero lo son. Son aplicables a todos y en todas partes, hasta en Harvard. En eso consiste la ciencia. Pero cuando cruzo la puerta lo que me encuentro no es el mismo edificio. No es ni siquiera Cambridge.

Esto no va bien. He visto este edificio antes, pero solo desde fuera. Es la casa de Míster Místico, una vivienda adosada de ladrillo rojo y aspecto sólido que da a la parte de atrás de Prospect Park, en Brooklyn. El césped crece a su antojo en el jardín abandonado, y hay bolsas de plástico retenidas en la cancela de hierro forjado que da a Ocean Parkway. Respiro el aire fatigado de uno de los últimos anocheceres de verano en la ciudad.

La casa parece llevar años abandonada. Desde el vestíbulo, distingo la sala de estar y el comedor, así como la escalera que conduce a la planta superior. Un manto de polvo cubre la mesa de centro, los detalles Victorianos, los ceniceros.

Supongo que está jugando con el tiempo. Intento recordar cuándo salí del submarino. Pero ¿de qué tengo miedo? ¿De los fantasmas? ¿De las brujas? Esto es absurdo. Sin embargo, hay pruebas documentales de extraños superhéroes llegados de Europa en los años de la guerra, desde Dresden o Varsovia, seres a los que alguien sacó de su eterno letargo. Hombres que se esfumaban como si tal cosa, que podían calentar objetos metálicos a distancia o chillar tan alto como para derrumbar un edificio entero con la potencia de su voz. Pero me veo obligado a hacer caso omiso de tales leyendas hasta que se demuestre su veracidad. En eso consiste la ciencia.

Un destello en la penumbra. Está aquí. No pienso correr ningún riesgo, así que aprieto el gatillo de mi pistola de plasma, pero lo único que alcanza el rayo es aire y cristal. El espejo se hace trizas, y sigo a solas en la casa cada vez más oscura. ¿Dónde están sus compañeros de equipo, aquella mujer medio alienígena, la ciborg que ha reemplazado a Galatea? A ella, y a los que son como ella, sí los entiendo.

Alumbro con la linterna una hilera de baratijas, recuerdos de Europa y del Extremo Oriente. A lo mejor se trajo algo de sus viajes, algún truco o artilugio del que nunca he oído hablar. Desde luego, espacio no le falta en esta casa. Un tigre disecado parece acechar en el ángulo que forman dos pasillos. Lo observo fijamente durante un minuto, pero no se mueve.

Salas de estar, salones de fumadores, una biblioteca, una sala de música. Pierdo la cuenta de las escaleras, que suben y bajan en grupos de tres y siete peldaños sin ninguna lógica aparente. Intento distinguir el ruido del tráfico, pero no se oye nada.

Me detengo en un pasillo con las paredes revestidas de madera, junto a un busto de Schiller. Tengo que lograr que salga de dondequiera que esté.

—¿Qué tal si das la cara, Místico? ¡Sé que eres un impostor, de lo contrario no necesitarías esconderte y recurrir a esta clase de trucos! ¡Sé tu secreto! ¡Sé lo de Los Siete!

Mi voz suena débil, se pierde en toda esta oscuridad.

Pero él me contesta, y su voz parece venir de todas partes y de ningún sitio a la

vez.

—Crees que has descubierto algo. Crees que Los Siete Secretos me dieron algo, algún artilugio. ¿Es esa tu teoría?

—Un cachivache, un truco de alguna clase. No eres un mago, Zard. ¡No es posible!

—Relájate, Doctor. Disfruta del espectáculo. ¿Nunca has deseado creer en la magia?

Su voz suena como el instrumento perfectamente educado de un barítono, es una voz teatral, nada que ver con lo que uno esperaría de un estafador de medio pelo salido del extrarradio. Suena noble, y un poquito triste.

La sigo hasta otra habitación en penumbra. Empiezo a verlo todo borroso. ¿Habrá alguna sustancia estupefaciente en el aire, en las velas? ¿Vuelvo a estar en Harvard o sigo bajo las aguas del océano, en mi submarino? Busco a tientas el timón, y entonces lo recuerdo. Estoy en la casa de Mister Místico. Fuera ya es de noche.

—Puedo ver en la oscuridad, Doctor. ¿Lo sabías?

—No, no lo sabía —contesto entre dientes.

—Crees que puedes ocultarme tus secretos, pero también puedo ver en tu oscuridad, en lo más profundo de esa mazmorra que un día construiste. El fuego bajo el mundo, y el invierno mágico. La serpiente que se comió tu corazón.

* * *

Las luces se encienden, y por un momento resultan cegadoras. Entonces lo veo delante de mí. Llego justo a tiempo. Está sobre el diminuto escenario de la vieja sala de conferencias, la misma en la que nació Fuego Esencial, una enorme estancia con techo abovedado que lleva años vacía. Respirar este aire polvoriento es como empaparse de recuerdos.

Anticuada candilejas lo iluminan desde abajo, y ha montado lo que parece ser un pequeño truco de magia. Hay un círculo dibujado con tiza a su alrededor, y sobre una pequeña mesa plegable se exhiben los accesorios típicos de un espectáculo de magia infantil: un sombrero, una baraja de cartas, una pajarera. Y en el interior de la pajarera, reluciendo de dentro hacia fuera, se halla la piedra zeta.

—¡Damas y caballeros, comienza el espectáculo! —anuncia, y un público fantasmal empieza a tomar forma. Quizá se trate de hologramas. Hasta me veo a mí mismo tal como era en la facultad, de pie delante de la máquina de rayos zeta, esperando ansiosamente que me digan cuándo debo entrar en escena. Casi parezco una caricatura, con aquellas gafas y la bata de laboratorio. Cerca de mí están Erica y el propio Jason, mirándome, tal como hacían en mis recuerdos.

Basta ya. Saco la pistola y le apunto con ella.

—Dame lo que he venido a buscar. —Le hago un gesto con la pistola al tiempo que avanzo hacia él, y los fantasmas desaparecen—. Última advertencia.

Místico meneaba la cabeza y cubre la pajarera. Le disparo a bocajarro, pero el rayo de plasma se detiene en el aire antes de alcanzarlo, justo por encima de la línea de tiza. Es imposible.

—Es un círculo mágico —dice, señalando el suelo.

Entonces toca la pajarera cubierta con su varita.

—Y esto es una varita mágica.

Levanta bruscamente la tela que cubría la pajarera, y la gema ya no está. En su lugar hay una paloma que se esfuma con una pequeña explosión. Cuando se vuelve para mirarme, sus ojos parecen enormes, negros.

—Mírame a los ojos...

No puedo evitarlo. Lo hago, y cuando me devuelve la mirada, compruebo que sus ojos son diáfanos y profundos, lo que me saca de quicio. Un mago debería tener la mirada torva, vidriosa, una mirada falsa, pero sus ojos parecen atisbar el fondo de las cosas, percibir algo que a mí se me escapa. Vuelve a soltar una de sus estentóreas carcajadas. La suya es una risa de quien sabe algo.

Señala algo con la mano, su capa revolotea tan cerca de mi cara que me hace parpadear, y de pronto vuelvo a estar a solas en el viejo edificio de Física. Miro a mi alrededor y vuelvo a cruzar el umbral de la puerta pendiente del siguiente truco, pero no ocurre nada. En el centro de la habitación hay un enorme artilugio, similar a un telescopio o una pistola de rayos láser, montado sobre una plataforma giratoria. En uno de los extremos se ensancha para acoger una esfera roja del tamaño de una pelota de béisbol que no es otra cosa que la piedra zeta. Mi primera creación y mi mayor error. Todo está tal como lo recuerdo, intacto.

Me lo tendría que haber oído. Todos los magos son unos fanfarrones.

* * *

Yo no pedí tener una némesis; él me eligió a mí. Fuego Esencial también estudiaba en Peterson, aunque yo lo recuerdo como Jason Garner, claro está.

Por entonces no sabía que se convertiría en mi némesis. Era tan solo Jason. Participaba en competiciones deportivas a nivel nacional, formaba parte del equipo de baloncesto, dirigía la revista universitaria *Peterson Star* y en tercer año ya era el portavoz de su clase. Tenía casi el mismo aspecto entonces que en su última aparición pública. Después del accidente, los años parecían no pasar por él.

Había entrado en Peterson un año antes que yo, y había causado verdadera sensación. Tenía una presencia cálida, abarcadora, genial. Mientras yo tenía que hacer un esfuerzo descomunal para ser entendido, su voz parecía llenar la habitación,

audible y nítida incluso desde el extremo opuesto de un pasillo abarrotado. Mucho antes de que desarrollara superpoderes, parecía capaz de atravesar las paredes. Antes incluso de que viera a ningún ser humano capaz de irradiar luz propia, él parecía hacerlo.

Al principio, Peterson me parecía una oportunidad para empezar de cero, pero Jason y sus amigos no tardaron en ponerme en mi sitio. Hay ciertos detalles que prefiero omitir, pero lo más imperdonable de todo era su indiferencia hacia mí. No podía importarles menos. Para ellos, no era más que otra diana de sus burlas.

No recuerdo verlo a él ejerciendo personalmente una crueldad deliberada. Lo suyo no era tanto participar en el acoso a los demás estudiantes como consentirlo, pero sin llegar jamás a ensuciarse las manos. Era la norma, y él no era el único que se comportaba de ese modo. Damisela y Lobo Negro también estaban allí, algo más jóvenes que yo, rostros que veía por los pasillos, en los que me fijaba y a los que catalogaba, aunque a ellos jamás se les ocurrió aprender mi nombre. Ya entonces se comportaban como superhéroes.

Paradójicamente, cuando Jason y yo estábamos a solas, era como si fuera uno más de sus colegas. Nos sentábamos juntos en clase de Matemáticas Avanzadas o de Bioquímica, y hasta intercambiábamos una o dos palabras amistosas, como si nunca hubiese pasado nada. Tenía una buena capacidad retentiva que, aplicada al campo de las ciencias, se traducían en una media académica bastante aceptable. Nos sometíamos juntos a pruebas de nivel y series de problemas. Éramos los mejores de la clase, rivales ya entonces.

—Ahora sí que nos han jodido, ¿eh, amigo? —decía él.

—No lo sabes tú bien —contestaba yo en un tono de voz que nunca había empleado ni he vuelto a emplear jamás, un tono que me salió espontáneamente en respuesta a aquel inopinado y fugaz momento de camaradería—. ¡Estamos perdidos!

Lo cierto es que, en el fondo, hasta me caía bien. Por lo menos me trataba como una persona normal. Por supuesto, era consciente de que no podía aspirar a nada más. Jason Garner era amigo de todo el mundo, y sencillamente había momentos en los que la parte del mundo que tenía más cerca era yo. Una o dos veces, como mucho, me pregunté si ocuparía un lugar especial en su universo personal, si habría dicho alguna vez para sus adentros: «Ojalá lo conociera mejor, ojalá fuéramos más amigos». Pero si alguna vez lo pensó, lo disimulaba bien.

Yo lo estudiaba igual que habría estudiado una partícula anómala o una oscilación estelar. Siempre había visto mi impopularidad como un sacrificio, el precio de mi inteligencia, pero él no parecía tener que renunciar a nada. Había algo que él sabía sobre el mundo y que yo intentaba aprender.

Cuando se licenció, su nombre cayó en el olvido; otros estudiantes vinieron a ocupar su puesto. Pero yo no lo olvidé. Volvimos a coincidir en Harvard, y de nuevo

mucho más tarde. Para entonces, ambos habíamos sufrido nuestros respectivos accidentes y llevábamos antifaz.

* * *

Para Jason, Harvard era lo más parecido a una carrera sin obstáculos por una pista que parecía haber sido expresamente diseñada para él. Cumplía puntualmente las expectativas depositadas en su persona respecto a las notas, las novias, las fraternidades estudiantiles, y todo le auguraba un brillante porvenir. Mientras tanto, yo había iniciado una lenta pero inexorable deriva que me empujaba cada vez más lejos del centro de todo.

Lo cierto es que bien podíamos haber ido a universidades distintas. Yo me pasaba los fines de semana encerrado en la biblioteca, poniéndome al día en las asignaturas extra en que me había matriculado. Me sabía de memoria a qué horas podía usar el ordenador central del campus y qué tenía que hacer para sacar un osciloscopio prestado. Él, en cambio, sabía... ¿de qué sabía? De fiestas y animadoras, supongo. Parecía salido de un folleto publicitario de la universidad.

Jason se matriculó en Física, y al principio de cada trimestre me estremecía al encontrármelo de nuevo en clase con su sonriente rostro de ojos azules, mi doble en versión rubia. Seguíamos compitiendo por ser los mejores de la clase, él con su pesado intelecto, yo con mi excéntrica genialidad, mis repentinos saltos y vueltas de tuerca mentales que me conducían en solitario a desconocidos planos de la especulación científica. Nos perseguíamos el uno al otro. El muy zoquete no tenía luces suficientes para rendirse o comprender que jamás podría alcanzarme.

No me habría sentado tan mal si se hubiese tratado de alguien como yo, o bien de un perfecto desconocido. Pero detestaba la idea de compartir mi nueva vida con alguien de Peterson, un lugar en el que todos me tenían por un bicho raro. Movía la cabeza a modo de saludo siempre que nos cruzábamos en el patio, reconociendo así la historia compartida. Seguía habiendo un vínculo entre ambos que —va siendo hora de que lo reconozca— ni yo mismo estaba dispuesto a cortar, tal vez porque, si bien de un modo fugaz, me había tratado como un amigo, como un miembro más de ese otro mundo al que nunca he podido acceder. Tal vez siguiera siendo una referencia para mí, la única persona a la que me sentía obligado a demostrar de lo que era capaz. Quizá en el fondo supiera, ya entonces, que no podría darle una lección de humildad al mundo hasta que se la hubiera dado a él.

El accidente de Jason ocurrió cuando estábamos en tercero de carrera. Hay algo que quiero dejar muy claro: el rayo zeta es un invento enteramente mío, y lo puedo demostrar, diga lo que diga el profesor Burke. Yo mismo hice las simulaciones desde el ordenador central del campus aprovechando las horas nocturnas de los fines de

semana, cuando todos los demás estaban de fiesta, bebiendo, riendo y a saber qué más.

Al principio, pensé que se trataba tan solo de una forma de radiación que nadie había detectado hasta entonces. Pasaron varios años hasta que al fin comprendí que estaba ante una nueva dimensión, un espacio en el sentido literal de la palabra. También había descubierto un modo primitivo de canalizar y proyectar aquella energía.

Por entonces me había presentado al Premio Whittier-Feingold de Ciencia Universitaria y soñaba con ser entrevistado por Erica Lowenstein, la reportera de bella melena negra del *Harvard Crimson* por la que bebía los vientos. Erica y él también se conocían, aunque eso no lo descubrí hasta más tarde. Como no podía ser de otra manera, supongo, se sintieron atraídos el uno por el otro. Pasa a menudo.

Por absurdo que parezca, Jason se tomó la molestia de intentar leer e incluso valorar mi trabajo. En la que fue una de nuestras últimas conversaciones, creo que puso alguna objeción a las variedades de Calabi-Yau en términos poco respetuosos. Ahora, en retrospectiva, pienso que debería haberle escuchado. Aquella fue seguramente la última oportunidad que tuve de actuar de un modo distinto. Jason había hecho algunos cálculos —endebles, pero les había dedicado horas— a los que yo podría haber echado un vistazo, al menos. Pero solo podía pensar en mi momento de gloria, y ni loco le iba a dejar socavar mi autoestima. No estando Erica en juego.

—Esto es ciencia, no uno de tus partidos de rugby —le espeté al muy imbécil.

Por fin llegó el día de la demostración. El vestíbulo estaba abarrotado de estudiantes, docentes y periodistas. El *New York Times* había mandado a su propio reportero, al igual que las revistas *Scientific American* y *Nature*. El Departamento de Defensa, por su parte, había enviado a media docena de representantes. Jason también estaba allí, supongo que en nombre de nuestra vieja amistad, con su resplandeciente uniforme del Cuerpo de Capacitación de Oficiales Reservistas (años más tarde, descubrí que estaba becado por dicha institución), y la propia Erica, sentada en primera fila, con sus ojos grises fijos en mí.

El profesor Burke hizo una breve introducción sobre la teoría de la energía zeta mientras yo permanecía sentado frente a los mandos, interpretando a la perfección mi papel de alumno protegido. Ambos permanecíamos a la sombra de la enorme máquina de rayos zeta. Por una vez, yo era el centro de atención y Jason era uno más entre el público. Las luces se atenuaron. Encendí los controles con ademán teatral, y un zumbido llenó la sala mientras se empezaban a mover las tres astas del captador de rayos zeta.

Llegados a este punto, quiero dejar claro que, tal como me había colocado para controlar la maquinaria, daba la espalda al público. No podía haber evitado el accidente por mucho que lo hubiese querido. No tenía manera de saber que el escudo

protector era insuficiente, que Erica iba a situarse inadvertidamente en la trayectoria de las partículas zeta, que habría vidas humanas en peligro.

Y si Jason no hubiese estado presente, no me cabe duda de que otro se hubiese lanzado a salvarla. Pero quiso el azar que fuera él quien estuviera allí, en el lugar ideal para hacerse el héroe y apartarla de un empujón. El rayo zeta lo alcanzó de lleno en el pecho, y un deslumbrante halo de partículas doradas envolvió su silueta y penetró en su cuerpo, infundiéndole el ilimitado poder de la energía zeta. Lo relataron como una gran hazaña, pero en realidad cualquiera de los allí presentes habría arriesgado su vida para salvar a Erica, tal como hizo él. El profesor Burke, yo mismo, cualquiera. Y entonces otra persona habría desarrollado los poderes de Fuego Esencial. Otra persona habría conquistado el corazón de Erica para siempre.

* * *

Nunca le pregunté qué había sentido en el momento en que la energía zeta sacudió su cuerpo con la potencia de un trueno. Lo último que recuerdo es ver a Erica entre sus brazos, sus rostros casi tocándose, bañados por el rojo resplandor de la dimensión paralela que yo había descubierto.

Aquella fue la última vez que vi a Jason como tal. Hasta entonces, había sido joven y atractivo; ahora, además, sabía volar y podía levantar un autobús sin esfuerzo alguno. Su fuerza era inigualable. Poseía una belleza anodina y predecible, acorde con su no menos anodina y predecible mente. Era el superhéroe perfecto. ¡Hasta tenía visión calorífica! Pasó directamente de Harvard al estrellato internacional, impulsado por una fuerza que solo yo podía haber descubierto.

¿Y qué hay de mí? ¿Qué pasó con el hombre que lo convirtió en superhéroe, su amigo, podría decirse, su colega de años atrás? Me convertí en una nota al pie de la leyenda, el torpe ayudante de laboratorio que, casualmente, controlaba la maquinaria en el momento de los hechos. «El tío del rayo zeta», en el mejor de los casos.

* * *

Cuál no sería mi sorpresa cuando, años después, Fuego Esencial llamó a mi puerta. Nadie conocía la verdadera identidad del Doctor Imposible, por lo que, al menos que yo supiera, nadie podía haber descubierto el vínculo que nos unía.

Estaba cambiado, pero al mismo tiempo seguía igual. El accidente no lo había cambiado demasiado. Ni siquiera aquel estúpido antifaz negro me hubiese impedido identificarlo al instante como Jason Garner. Lucía una reluciente malla blanca y una capa dorada. Pelo rubio y mandíbula cuadrada. La malla le ceñía el cuerpo, resaltando cada curva de una musculatura que no cabe definir sino como perfecta.

Además, sabía volar. Flotaba en el aire como una etérea voluta de humo, pero en realidad no había nada más sólido que él sobre faz de la Tierra, y yo lo sabía.

—Parece que he venido al sitio adecuado —observó, sin dirigirse a nadie en particular.

Se adentró en el magnífico vestíbulo como si fuera suyo, y sus pasos resonaron en el suelo de mármol. Contempló con indiferencia la enorme estatua de estilo art déco que me representaba a mí mismo en pose triunfal, con el pie descansando sobre un globo terráqueo. Sí, tenía grandes planes, sueños, como cualquier otra persona. Era la primera vez que había dado rienda suelta a los delirios de mi mente. Todo lo que había garabateado alguna vez en mis viejos cuadernos había cobrado vida, vida dotada de un aliento malvado. En las profundidades de la Tierra había encontrado rastros de ADN de una antigüedad sin precedentes. Cada mes echaba abajo un nuevo paradigma, mis robots se volvían cada vez más sofisticados y en los laboratorios subterráneos se veían venir hazañas más importantes aún, nuevas dimensiones, viajes interestelares. Pensamientos tan geniales que el solo hecho de tenerlos ya constituía un delito.

Me había convertido en un supervillano, un supergenio, y no parecía que nadie fuera a detenerme. Iba a ser un nuevo Alejandro Magno, un Fu Manchú, un profesor Moriarty, todos a la vez. Por aquellas fechas había lanzado mi primera amenaza global, por la que exigía sumisión absoluta a mi voluntad, y Fuego Esencial llegó en respuesta a dicha amenaza.

Allí estaba yo, en mi sala de control, una maravilla de cristal y acero incrustada en la pared de un acantilado con vistas a un paisaje ártico cubierto de nieve. La había construido yo mismo, y no se me había pasado por alto el tema de la seguridad. Sabía que, antes o después, las autoridades se cansarían de repeler mis ataques y vendrían a buscarme. Estaría listo para cuando eso ocurriera.

Pero nadie me había dicho que iba a ser así. Las balas rebotaban en su cuerpo. Caminaba sobre las trampas del suelo como si fueran superficies de acero macizo. Los robots que lo embestían acababan hechos trizas. Echaba las puertas abajo de un puñetazo, derretía paredes con los ojos. Su cuerpo absorbía la radiación como un agujero negro, o bien la reflejaba. No solo no lograba detenerlo, sino que parecía ir ganando fuerza según avanzaba. Me estaba dando una paliza.

¿Sabía quién era yo? Para cuando arrancó de cuajo las puertas de la sala de control, ya me había puesto el antifaz y el casco, por lo que no habría podido reconocerme. Por entonces, lucía un traje azul pastel ribeteado de rojo, con cinturón y casco del mismo color. Aletas rojas en los antebrazos, y una larga capa roja. Sobre el pecho, mi viejo símbolo, la cresta imperial y un planeta rojo ceñido por un halo dorado. Por un momento, su presencia allí me resultó de lo más humillante, pues no dejaba de ser un intruso, alguien que había osado irrumpir en la estancia en la que

almorzaba y cenaba a solas cada día.

Pero cuando nuestras miradas se encontraron, no tardé en confirmar lo que había sospechado. No me había reconocido.

—¡Atrás, supervillano!

De cerca, su presencia física resultaba más imponente aún. El rayo zeta había hecho lo suyo. Mis poderes son importantes, pero no son mi principal baza. Fuego Esencial era un ser de clase M, algo que mis ojos nunca habían visto. Parecía sobrenatural, y en el fondo de sus ojos había una fuerza cristalina que se diría a punto de explotar hacia fuera. Un olor en el aire, ozono, una tormenta que se acerca.

Lo cierto es que mis planes para una situación como aquella estaban todavía en fase de desarrollo. No esperaba que nadie llegara tan lejos y, la verdad, creía sinceramente que el rayo congelante era poco menos que infalible. No me había tomado la molestia de desarrollar un plan cabal para lo que vendría a continuación. Siempre estaba tan ocupado con mis inventos que todo lo demás quedaba en segundo plano, como el trono que nunca llegué a terminar.

Había dispuesto tres medidas de contención para una eventualidad como aquella. Por desgracia, Fuego Esencial había superado la primera, un campo de electrocución (algo así como un gigantesco atrapamoscas eléctrico), sin inmutarse siquiera. Estaba a punto de pulsar el botón que convertiría mi cuadro de mandos en una nave de escape propulsada por un cohete. En quince segundos, poco más o menos, podría ser una mota en el horizonte camino de las Azores, donde me instalaría bajo una nueva identidad. Pero no, pensé. Vamos a intentarlo. Yo también tengo superpoderes. ¿Qué es lo peor que podría pasar?

—Tu reinado del terror se ha terminado, Doctor Imposible. Te vas a venir conmigo.

En realidad, más que un reinado, lo mío había sido un fugaz principado.

El imposibláster era mi última oportunidad. Era el arma de bolsillo más potente que había construido, cabía fácilmente en la palma de la mano y era un auténtico lanzallamas en miniatura. Le apunté y mantuve el gatillo apretado durante unos cinco segundos mientras avanzaba hacia mí, envuelto en llamas, pero fue en vano. Siguió caminando como si tal cosa, y eso que yo notaba las vaharadas de calor que despedía su cuerpo.

—¡Tendrás que probar con otra cosa, Imposible!

Mierda. Esperé a que se encendiera la luz de arriba y lo arrojé contra él.

Llegados a este punto, no podía hacer otra cosa que levantar los puños, que parecían medir un tercio de los suyos. Tengo dedos largos, hechos para manejar botones de control y tubos de ensayo, no para golpear cosas. Soy un científico, me permito recordaros. Pero estaba determinado a no dejarme coger fácilmente, y sería consecuente con mis decisiones.

—¡Toma!

Nos encaramos un momento en silencio, y luego se abalanzó sobre mí. ¡Osó ponerme las manos encima, a mí, un científico genial! Recuerdo que hubo una breve persecución alrededor del cuadro de mandos. Puede que intentara devolverle los golpes una o dos veces, y justo antes de perder el conocimiento reuní fuerzas para informarle de que aquella no sería la última vez que nos veíamos las caras.

Cuando me desperté iba flotando en el aire colgado de mi capa. Fuego Esencial me llevaba en volandas, y se disponía a entregarme a las autoridades. Relajé el cuerpo, aparté el rostro y fingí seguir inconsciente durante las cinco horas que tardamos en llegar a Ottawa. No me quité el antifaz en ningún momento.

El juicio fue breve, afortunadamente. Se me acusaba de haber atracado varios bancos, de pertenecer al crimen organizado, de ejercer el chantaje y de haber cometido una interminable lista de infracciones administrativas y delitos urbanísticos. Pero no lograron averiguar mi verdadero nombre. Hace mucho que hice desaparecer mis huellas digitales, y hasta una ficha dental se puede falsificar. No me retuvieron durante mucho tiempo. Todavía no estaban preparados para mí.

Después de aquella primera fuga, la suerte estaba echada. Cuando nos volviéramos a ver seríamos viejos enemigos, lo que se conoce en el mundillo como némesis.

* * *

Lo más curioso del caso es que Erica me seguía gustando de verdad pese a todo. Incluso después de que el titular «Superhéroe desbarata los planes de aspirante a supervillano» apareciera publicado junto a su firma. Escribía muy bien, aunque su libro de relatos cortos nunca suscitó demasiado interés.

Después de aquello, apenas volví a verla. Se dejó seducir por el deslumbrante mundo de los superhéroes y las páginas de sociedad. Pero fui siguiendo su carrera y leí los perfiles de los Campeones que publicó en el Sun. Excelente trabajo. Hasta desveló en primicia el origen secreto de Lily.

Y sí, la cogí como rehén unas pocas veces, pero solo al principio, para conseguir que Fuego Esencial diera la cara. Nunca fallaba. La secuestraba en plena calle y salía disparado en un avión supersónico de diseño propio. Luego la ataba a las columnas de mi laboratorio mientras ponía en marcha mi última arma de destrucción total.

Mis ojos relucían con una intensidad y un anhelo especiales detrás del antifaz, esperando que ella me devolviera la mirada, que me reconociera, pero creo que nunca llegó a darse cuenta. Había algo en mi forma de abordarla que no acababa de convencerla.

Cierto es que, en años posteriores, nos fuimos distanciando. No puedes pasarte la

vida secuestrando a la misma persona. Tampoco puedo decir que mis estrategias de seducción se hayan vuelto mucho más sofisticadas con el paso del tiempo, pero sé que Erica sigue ahí, y aún espero aquella entrevista.

* * *

La piedra zeta descansa en mi mano, fría al tacto. Es la última pieza del rompecabezas. Parece un cristal o un rubí, pero sé cómo construir una máquina capaz de extraer su energía, capaz de mover el mundo. Muevo la cabeza en señal de negación, ligeramente desconcertado aún por el numerito de Mister Místico, pero la mente se me va despejando mientras deshago el camino a pie sin que nadie me vea, y cruzo el Yard y las calles aledañas hasta llegar a orillas del río Charles. Dentro de tres días voy a conquistar el mundo, pero he perdido la oportunidad de derrotar a Fuego Esencial, que pasará a la historia como el hombre al que no pude vencer.

No puedo evitar sentirme un poco triste. Quizá se trate tan solo de orgullo profesional; al fin y al cabo, yo lo creé, y me gusta que mis creaciones sobrevivan al paso del tiempo. Pero además es cierto que teníamos una cuenta pendiente, él y yo. El mundo creía que todo había empezado en Nueva Escocia, pero en realidad lo nuestro tenía raíces profundas que se remontaban a un pasado mucho más lejano. Es posible que él también lo supiera. ¿Y si ambos fingimos no reconocernos en Nueva Escocia, cada uno por sus propios motivos, y luego ya no supimos o no quisimos dar marcha atrás?

Supongo que nunca lo sabremos. Iba a derrotarlo, y el día que lo derrotara iba a sacarme el antifaz y mirarlo a la cara para hacerle saber quién era. El mundo entero sabría que el Doctor Imposible había derrotado a Fuego Esencial pero, por encima de todo, Jason Garner sabría que yo lo había derrotado. Lo había aniquilado. Pero ahora nunca lo sabrá.

ORÍGENES SECRETOS



Sabía que esto pasaría. Que acabaría metiendo la pata hasta el fondo y nunca más volvería a tener nada que ver con los Campeones. Los Nuevos Campeones. Como demonios se llamen. Ya sabía yo que ni cien uniformes rutilantes iban a convertirme en uno de ellos. Me pregunto si mi sitio ahora mismo no será la isla del Doctor Imposible. A lo mejor hasta me aceptaría entre sus secuaces. Tal vez Lily me lo sepa decir.

Damisela debe de olerse algo. Lobo Negro se comporta con normalidad, es decir, hace caso omiso de mi presencia, pero yo me ruborizo cada vez que él entra en la habitación. Siendo como soy medio humana, medio máquina, casi sería de esperar que jugara con ventaja en aspectos como este. Quizá si fuera realmente un robot... A Dios gracias, Elfina no se da cuenta de nada, o a lo mejor lo que pasa es que vive felizmente ajena a todo aquello que no guarde relación directa con su extraño mundo de fantasía.

Para colmo de males, no tenemos una sola pista sobre el paradero del Doctor Imposible. Cada día que pasa sin que lo encontremos es otro día de ventaja que lleva sobre nosotros. Nos despertamos esperando oír cómo anuncia que nuestro miserable mundo está condenado, que muy pronto la Tierra será suya. Está donde esté, anda tramando algo terriblemente diabólico, de eso estamos seguros. Me pregunto qué sentiré cuando lo vea cara a cara.

* * *

La caza y captura de artilugios mágicos sigue a buen ritmo, y la idea es que nos subdividamos en varios equipos, lo que no deja de ser un alivio para mí. Lobo Negro está en Los Ángeles, Salvaje se ha ido a Praga y Nube de Tormenta ha abandonado temporalmente su retiro para montar guardia en el satélite Phantom. Lily ha ido a ver a un supervillano amigo suyo. Pero en realidad ninguno de ellos confía demasiado en obtener resultados. Sospechan que el artefacto en cuestión es el Cetro del País de los Elfos, un objeto solo concebible en los cuentos de hadas que se ha colado en nuestro mundo. Damisela partirá esta tarde rumbo al lejano templo de Angkor Wat, pero

antes de hacerlo me informa de mi misión.

Cuando nos reunimos en la Sala de Crisis para recibir instrucciones, ha recuperado su natural frío y mayestático. Me tiende un fajo de papeles impresos. Lo sabe. Tiene que saberlo.

—Quiero que busques todos y cada uno de estos artefactos mágicos. Comprueba que se encuentren en su sitio y no hayan sido manipulados de ningún modo, y advierte a sus propietarios de que el Doctor Imposible anda en busca de una fuente de energía. ¿Crees que podrás hacerlo?

Asiento en silencio porque en realidad no me atrevo a abrir la boca, ni siquiera a mirarla a los ojos.

—Bien. Elfina te acompañará y velará por tu seguridad. Podéis llevaros el campeojet, si queréis.

Genial. No pregunto dónde anda Míster Místico. Al parecer, nadie se atreve a hacerlo. Solo espero poder darle una paliza a alguien al final de este viaje.

No hay más comentarios. El Cetro del País de los Elfos aparece discretamente colocado al final de mi lista, sin comentario alguno, y me pregunto a qué viene esto. ¿Acaso me envían a enfrentarme a nuestro peor enemigo? Quizá, pero es como un secreto entre Damisela y yo. Voy a ver a la mujer que la crió tras la muerte de su madre, lo que no deja de ser un extraño detalle íntimo, sobre todo a la luz de los últimos acontecimientos. Por enésima vez, desearía comprender cómo funcionan los superequipos, a qué dinámica responden. ¿Se supone que debo acabar enfrentándome a Damisela? ¿Acaso ha empezado ya la pelea? Y de ser así, ¿quién va ganando?

El resto de la lista se compone de gente que pertenece al sector mágico del mundo de los superhéroes y que, en su mayoría, vive en el mismo Manhattan o en los municipios periféricos. Al parecer, los superhéroes mágicos son gente bastante peculiar, y nos toca hacer una visita guiada a lugares en los que jamás te esperarías encontrar a un superhéroe. De hecho, si no fuera porque me lo dijo la propia Damisela, pensaría que todo esto no pasa de una broma o una novatada. Entrevistamos a una médium enfundada en un ceñidísimo vestido nada acorde con la ocasión y a una descarada máscara griega que perora desde la sala de juntas de una empresa. Conocemos a un hombre de increíble musculatura que luce un traje rojo escarlata y vive en una buhardilla, y a un detective privado con pezuñas. Todos ellos contestan lo mismo: no tienen ni la más remota idea del paradero del Doctor Imposible.

En Newark, hasta me toca visitar un comercio dedicado a la magia, una polvorienta tienda de antigüedades que desde fuera parece abandonada. Por dentro, es más grande de lo que parece y está repleta de viejos relojes, tapices, maniqués de escaparate y de modista, vestidos de noche, esmóquines y hasta un sable ceremonial que bien podría haber servido en la guerra de Crimea. Un anciano asoma tras la

cortina situada al fondo del local, que en realidad no es más que un trozo de tela estampada clavado con tachuelas al dintel de la puerta. Tengo la impresión de que sería muy mala idea hacer un trato con él. Le enseñé mi identificación y me retiré en cuanto me asegura que todo está en orden.

En cuanto a Regina, resulta que vive en Phoenix. Ahora entiendo por qué Damisela no quiso encargarse personalmente de esto, pero no sé muy bien si el hecho de que me envíe a mí en su lugar es un castigo o una señal de que empieza a confiar en mí. Debo reconocer que me pica la curiosidad. La vida familiar de Damisela siempre ha dado pie a toda clase de especulaciones.

Llamo personalmente para anunciarle que vamos a verla. Su verdadero nombre siempre ha sido un gran secreto, pero a estas alturas del campeonato ya me dejan acceder a algunos de los archivos confidenciales, archivos que se remontan a la lejana era del Superescuadrón.

Se hacía llamar Regina y luchó contra la actividad criminal hasta principios de los años setenta. Fue la primera componente del Superescuadrón que decidió retirarse. Era una mujer alta y morena de mirada imponente, lucía una corona y un manto que le conferían su fuerza. Empuñaba un cetro mágico que emitía un rayo de color rubí y permitía doblegar a las mentes malvadas, entre otras cualidades prodigiosas.

O eso decía. También decía ser la última superviviente de un grupo de niños que había accedido al poder monárquico en el régimen feudal de una civilización pseudomedieval en una dimensión paralela poblada por humanos, elfos y animales parlantes. Lo sospechoso del caso es que su supuesta biografía era calcadita al argumento de una popular colección de libros infantiles titulada *Cuatro niños en el País de los Elfos*. Era como si esperara que la tomaran en serio como representante de la ley gracias a su relación con Winnie-the-Pooh y Christopher Robin. No sería la primera superheroína que sucumbe a la inestabilidad mental en sus años maduros.

Poco después de que los Campeones se formaran, Regina se retiró y siguió viviendo bajo su identidad secreta, que trató de proteger por todos los medios. Luego sencillamente desapareció del mapa, como suelen hacer los superhéroes, y no volvió a dar señales de vida a excepción de una polémica entrevista rodeada de un gran secretismo y publicada más tarde en la revista *The New Yorker*. El Cetro del País de los Elfos sigue constando en los archivos como un artilugio mágico de primer orden.

Aparco el coche de alquiler delante de la casa, situada en un tranquilo barrio residencial de las afueras de Phoenix. Elfina no ha parado de hablar sin ton ni son desde que hemos aterrizado, sobre Titania y las batallas en las que ha participado, sobre el clima local y las distintas variedades de árboles, tema que al parecer le resulta fascinante. Ha olvidado por completo nuestro duelo amistoso del primer día.

Es media tarde, y las sombras cada vez más alargadas empiezan a cruzar la calle. Hay un par de diarios tirados en el jardín, pero Regina dijo que estaría en casa, y hay

un coche aparcado delante de la misma.

Elfina mira alrededor con gesto confuso.

—¿Acaso no hemos venido a ver a una reina? ¿Dónde están los sirvientes?

Me lo temía.

—Mmm... estaba pensando que es mejor que te quedes en el coche. Ya sabes, por si acaso.

Elfina es un ser encantador y sociable como el que más, siempre que su interlocutor no se empeñe en mantener una conversación coherente durante un rato.

La dejo tarareando en el coche. Su lanza se inclina en un ángulo extraño hacia el asiento de atrás. Tiene un transmisor, así que oírás todo lo que se diga y podrá avisarme si hay algún problema. Con mi peso, rompo involuntariamente una de las losas de piedra del camino que conduce a la casa.

Es como visitar a la madre del matón de clase. Voy a sentarme cara a cara con la mujer que crió a Damisela, la superheroína más famosa de todos los tiempos. Ahora que Fuego Esencial ya no está, ningún superhéroe en el mundo puede hacer sombra a la líder de los Campeones. Me pregunto una vez más por qué me habrá elegido a mí. Supongo que porque nunca había trabajado con ella antes.

Me acuerdo de cuando Parangón se pasó al bando de los malos, de cómo lo encontraron. ¿Qué voy a encontrar yo aquí? Escaneo la casa con todas las facultades de las que dispongo. Dentro hay un ser humano del sexo femenino, absolutamente normal según la señal que recibo. Aun así, me preparo para cualquier imprevisto. Llamo al timbre, y Regina sale a recibirme.

Parece mayor sin su traje de superheroína. Más dulce, también, como una princesa de mediana edad entrada en carnes. ¿Es esta la mujer que tanto temía Damisela?

De pequeña, a mí también me encantaba la colección *En el País de los Elfos*, y en el fondo quizá esperaba que se pareciera más a la chica que eligieron para interpretar la saga cinematográfica. Hay una foto que circula por internet, supuestamente sacada de los primeros archivos del caso, en la que se ven cuatro niños envueltos en sendas mantas térmicas de aluminio reluciente, sonriendo felices. Regina bien podía ser uno de aquellos niños de pelo negro y tez pálida, muchos, muchos años después. Su verdadero nombre es Linda.

Paso al interior de la casa. Conocer a los Campeones no ha estado mal, pero los componentes del Superescuadrón pertenecen a una categoría superior. Están más cerca del mito, y tienen su origen en las estrellas o entre los dioses. Pero la sala de estar de Regina se parece a la de cualquier ama de casa de un barrio residencial de clase media, y me sorprende comprobar que soy más alta que ella. Me mira dos veces, y extendiendo mi mano metálica para estrechar la suya. Enciende un cigarrillo sin molestarse en preguntar si me importa.

—¿Puedo ofrecerte algo? ¿Un cóctel? —pregunta.

—Mmm, no, gracias. A mi lado metálico no le va el alcohol.

—Supongo que te envía Damisela. Eres Fatale, la ciborg.

—Así es.

La verdad es que no estaba segura de que fuera a acordarse de mí.

—¿Sabes?, en mis tiempos no admitíamos ciborgs.

Llegados a este punto, la conversación se detiene. A lo mejor sí debería haberme traído a Elfina conmigo. Inspiro y voy directa al grano.

—Necesitamos saber... bueno, en qué situación se encuentra el Cetro del País de los Elfos, y si ha habido alguna novedad digna de mención en los últimos tiempos.

—Entonces, ¿no lo sabéis? —pregunta.

Me incorporo en el asiento. A lo mejor no hemos hecho el viaje en vano.

—¿Por qué no me lo cuenta?

—Supongo que, como ya no formo parte de su pequeño club de fantasía, puedo hablar de ello sin tapujos. De todos modos, nadie nos creyó jamás.

Le da otra calada al cigarrillo. He pasado suficiente tiempo entre superhéroes para reconocer esa expresión. Va a contarme sus orígenes.

—Ahora se me hace difícil recordar los detalles. He tenido que contar la misma historia tantas veces que en mis recuerdos se mezclan las salas de terapia, mis años de superheroína y luego, remontándome al principio de todo, algo que quizá no pase de un vago destello de luces en un bosque oscuro. Hace treinta y cuatro años de todo aquello, la mayor parte de los cuales los he pasado en una oficina, introduciendo datos de ventas en un ordenador. Así me gano la vida ahora. Es mi identidad secreta.

Me cuenta la historia de su viaje a aquel otro mundo, la misma historia que narra la colección de libros infantiles. Me explica cómo, sin comerlo ni beberlo, se encontró un buen día en otro mundo junto con sus hermanos y su hermana, y cómo vivieron incontables aventuras en aquella tierra mágica que ni la más fértil de las imaginaciones hubiese podido concebir.

—Nos topamos con lo que miles de personas han buscado desde entonces, un mojón de piedra de metro y medio de altura al pie de un sendero que nunca habíamos visto. Tenía algo escrito, un mensaje que ni nos molestamos en leer, y quizá fuera importante, pero ahora se ha perdido para siempre. Enfilamos el sendero sin pensarlo demasiado, suponiendo que en cualquier momento nos adentraríamos en el jardín privado de alguien y nos veríamos obligados a dar media vuelta. Estuvimos caminando durante diez minutos, y entonces, en algún momento que no sabría precisar, se produjo un cambio que todos recordaríamos de un modo distinto. Para mí, el cambio se produjo en la calidad de la luz, aunque nunca he acertado a describirlo de un modo más preciso. El bosque se hizo más oscuro, y luego más claro mientras caminábamos, y entonces nos encontramos con la primera de las hadas. Estaba allí de

pie, real como un policía.

Y de pronto, un buen día, abandonaron aquel mundo mágico del mismo modo imprevisto en que lo habían descubierto. Mi interlocutor se levanta y se pasea por la habitación mientras habla y se prepara un combinado. No sé qué lleva, pero parece fuerte. Gesticula mucho al hablar y no me presta demasiada atención.

—No digo que fuera un juego, y tampoco digo que no lo fuera. Lo único que sabemos con seguridad es que estuvimos desaparecidos durante once días, tiempo suficiente para que nuestra ausencia se convirtiera en una noticia de alcance nacional. Nadie ha explicado de un modo convincente dónde estuvimos, ni cómo nos las arreglamos para volver a aparecer en aquel descampado después de que los voluntarios lo peinaran de cabo a rabo, en medio de todos aquellos perros, periodistas y personal de emergencias, vestidos de aquel modo tan estafalario y a todas luces felices, más de lo que lo habíamos sido jamás. Desde luego no éramos doce años mayores que cuando nos habíamos marchado, aunque un momento antes nos lo hubiese parecido.

»Llovía el día que volvimos. Habíamos salido los cuatro a caballo aquella mañana de primavera para comprobar los estragos provocados por la inundación. El terreno dificultaba el avance de los animales, así que los atamos y seguimos a pie. Empezamos a oír el aleteo distante de los helicópteros y el ruido de los motores, y luego nos llegó el olor de los tubos de escape, y creo que todos nos dimos cuenta de lo que estaba ocurriendo más o menos a la vez. Fue como cuando te despiertas de un sueño, y a partir del instante en que te das cuenta de que te estás despertando ya no puedes volver a dormirte por mucho que quieras. Y entonces el ruido se nos echó encima, y a través de los árboles empezamos a ver los colores vivos de las tiendas de campaña y los cortavientos. Uno de los integrantes del equipo de rescate nos reconoció y avisó a voz en grito a los demás, que no tardaron en aparecer corriendo con mantas en las manos.

»Hay dos cosas que recuerdo con gran nitidez. Una es la mirada de reconocimiento de Sean, el Gran Rey, cuando volvimos. Creo que fue el primero en darse cuenta, lo que no es de extrañar, puesto que había vivido en casa más tiempo que ninguno de nosotros. El otro recuerdo se refiere a Wendy, que instantes antes de que nos alcanzaran se arrancó el amuleto que le había regalado la Reina Blanca, rompiendo la cadena, y lo arrojó con todas sus fuerzas al bosque. Nunca lo encontramos, ni la maza de Sean. No quedaba nada, excepto la ropa que llevábamos puesta y mi cetro. Sean siempre ha sostenido que los del equipo de rescate se lo quedaron todo, pero ellos jamás lo han reconocido.

»Yo seguía convencida de que, tras unas breves explicaciones y las despedidas de rigor, regresaríamos a nuestro reino mágico. Nunca se me habría ocurrido, ni a mí ni a ninguno de nosotros, que algo tan real y tangible pudiera desvanecerse para siempre

en medio de una arboleda tan rala que dejaba entrever la parte de atrás de una casa.

Después vinieron años de psicoanálisis y teorías de todos los colores para explicar lo que les había ocurrido: cuevas ocultas, un súbito descenso del nivel freático, drogas.

—Aún hay cosas que nadie ha sabido explicar. Las ropas que llevábamos puestas. Los sonidos que oímos en el bosque aquella primera noche después de nuestro regreso. Wendy hablaba de un modo completamente distinto, y te miraba a la cara en lugar de bajar la cabeza. Y yo volví con una larga cicatriz en la cara interna de mi antebrazo derecho, que según mi madre ya tenía antes, pero yo nunca lo creeré, nunca jamás, hasta el día que me muera.

»La gente no podía resistirse al encanto de la historia, y cuando aquel médico salió por la cadena nacional de televisión, alcanzamos una popularidad insospechada. Luego vino lo de *Cuatro niños en el país de los elfos*, un trabajo científico que se convirtió en libro infantil, y las secuelas que escribió aquel otro señor. De pronto, nuestras caras llenaban camisetas. Me cambié el nombre cuando cumplí trece años, y volví a hacerlo a los veintitrés. Nuestros admiradores se vestían como nosotros, nos dedicaban páginas webs, celebraban convenciones. Ahora todos ellos me odian. Lo siento, pero me he cansado de defenderme.

»Intentamos volver, sabrás. La primera vez que lo intentamos fue tan solo una semana después, y volvimos a intentarlo el día que se cumplió un año de nuestra desaparición. Nos pasamos todo el día allí, hurgando entre la hierba húmeda con la esperanza de encontrar algún vestigio del hito de piedra. Yo habré vuelto una docena de veces en compañía de David. Lo hacíamos siempre que nos sentíamos especialmente deprimidos o aburridos, o cuando hacíamos novillos. Sé que Sean estuvo acampado allí durante dos semanas un verano. Pero el tiempo pasa mucho más deprisa en el país de los elfos, y ahora debe de hacer una eternidad de todo aquello.

Bajo los efectos de aquel último cóctel, mi anfitriona sigue hablando y gesticulando de un modo ligeramente más ostensible. El mayor de los cuatro había sido rey o emperador de algo e intentó hacerse con las riendas del grupo. Hubo una lucha sin cuartel. No todos se mostraban de acuerdo en lo que había ocurrido, ni reconocían siquiera que algo hubiese ocurrido. Se especuló mucho sobre los regalos que habían recibido, y sobre la posibilidad de que Linda hubiese robado uno de aquellos objetos. Al final, desaparecieron todos de golpe menos esta, condenada al destierro por un «decreto» algo absurdo.

¿Qué podía hacer entonces? Volvió a aparecer en público como Regina, reina, defensora del país de los elfos, una de las primeras y más poderosas superheroínas de todos los tiempos. Tras la muerte de la madre de Damisela, se casó con Nube de Tormenta y se retiró de la vida activa.

—Ni siquiera tendría que seguir yendo al psicólogo si tan solo pudiera olvidar

todo aquello. Los bailes de palacio, las parejas deslizándose sobre el suelo de baldosas blanquirrosas del gran salón en las noches de otoño. Salir a la terraza para refrescarme, notar la caricia helada del aire nocturno en mi rostro, mirar la Luna y preguntarme si la Tierra sería real. Detenerme una mañana durante una hora junto a un puente de madera; David y Sean discutían sobre si nos habíamos perdido mientras Wendy y yo jugábamos sentadas con los dibujos tallados en la barandilla de madera del puente. Lo reconocería todo al instante si lo viera mañana. Podría dibujarlo ahora mismo, créeme.

—Pero... ¿y el báculo? —pregunto. No puedo resistirme—. El cetro, quiero decir. Funciona, ¿verdad? Lo que quiero decir es que es la prueba de que estuvo usted allí.

—La varita mágica de Ágata. A veces ni siquiera tengo claro si la vi en el país de los elfos o si es algo que saqué de un juego al que jugamos después, o de un sueño. Te la enseñaré. La guardo junto con los trajes.

Se marcha, y cuando vuelve sostiene una pequeña caja de madera de unos cincuenta centímetros de largo.

—En mi última aventura ya empezaba a perder energía. Se había convertido en otra cosa, un simple palo, pero tal vez nunca haya sido nada más. El rubí ya ni siquiera parece un rubí, sino un vulgar vidrio de color.

»A lo mejor es la maldición. O quizá sea culpa de Sean. Quizá su estúpido decreto fuera algo más que mera palabrería. Si sabe lo que hace, el Doctor Imposible no vendrá a buscarlo. Dile a Damisela que lo siento.

Fuera de su estuche, el cetro parece un simple objeto de atrezzo, y me pregunto si alguna vez habrá tenido poderes mágicos. Debió de tenerlos... supongo. Debo confesar que me siento algo perdida. Siempre había pensado en el Superescuadrón como una fuerza irremplazable, los superhéroes con mayúsculas. Y ahora resulta que solo estamos nosotros. Me pregunto cuánto hace que Damisela lo sabe.

Le doy las gracias y deshago el camino en silencio. Se ha hecho de noche. Mientras arranco el motor la veo en el umbral, mirándonos con ojos escrutadores, tratando de reconocer a Elfina a través de los cristales tintados. Piso el acelerador y arrancamos a toda prisa. Solo después me doy cuenta de que Elfina está llorando. Las lágrimas resbalan por su rostro sin que nada las detenga. Me las arreglo para fingir que no lo he visto mientras volvemos al aeropuerto, donde el campeojet nos espera para llevarnos hasta nuestra siguiente misión.

* * *

El plan de Lobo Negro no está funcionando. Son las 6.14 de la mañana según el reloj que parpadea sin cesar en mi retina, y ninguno de nosotros ha pegado ojo en toda la noche. Me repantigo en mi arnés, cansada de colgar del tejado del museo. La

Estrella Nocturna descansa intacta en su vitrina de vidrio emplomado del Instituto de Pensamiento Avanzado. El Doctor Imposible no ha venido. No va a venir nadie. Y Lobo Negro se las ha arreglado para controlar toda la operación sin dirigirme la palabra ni una sola vez.

Furioso, se arranca el sombrero, lo arroja a la basura y se marcha, poniendo así punto final a su interpretación de un falso guardia de seguridad. Ha tomado la precaución incluso de ocultar sus facciones bajo una careta de goma de lo más verosímil. En unos minutos llegarán los trabajadores del museo, y más nos vale habernos marchado para entonces.

Los demás estamos escondidos por toda la sala. Lily, que posa cual estatua, baja los brazos con un suspiro audible y lo sigue, sacudiéndose el polvo de yeso de la cara y las manos. Los demás continuamos en nuestros puestos y los vemos marchar, presintiendo un enfrentamiento.

En efecto, la conversación entre ambos va subiendo de tono hasta que logramos oír a Lobo Negro desde el vestíbulo.

—Espera un momento. ¿Has dicho que lo viste?

—Siento haberte contado nada de todo esto. ¿Qué querías que hiciera? —replica Lily.

—Es un delincuente huido de la justicia. Si estás a prueba es precisamente porque temíamos que pasara algo así.

—Pero ¡si no estaba haciendo nada!

Miro a Damisela, que sigue encarnando a una escultura de la Virgen. Elfina, seguramente el único objeto artístico de aspecto convincente entre nosotros, también sigue apostada junto a la puerta, observándolo todo con gesto curioso.

—¡Nada excepto regodearse, excepto reírse en nuestras caras! —retruca Lobo Negro.

—Solo estuvimos hablando un segundo. No todo tiene que acabar siempre en una lucha a muerte.

—Se habría rendido.

—¿Estando Fenómeno allí? ¿Y Salvo? Habría sido un asesinato.

—Fuego Esencial fue asesinado. Puede que tú seas la siguiente de la lista. ¿No se te había ocurrido?

—Todo eso no son más que especulaciones. El Doctor Imposible estaba en la cárcel cuando pasó lo de Fuego Esencial.

—Pero tú no, ¿verdad? ¿Dónde estabas tú antes de que Fuego Esencial desapareciera, a todas estas?

—Por enésima vez, yo no he tenido nada que ver con eso.

—Esto sería mucho más fácil si pudiéramos establecer...

—¡Y una mierda! Sé a quién buscaba Fuego Esencial, y te aseguro que no era al

Doctor Imposible.

—Escapó de la cárcel justo después de que Fuego Esencial desapareciera. Lo odia a muerte, de eso no hay duda. Y ahora está intentando dominar el mundo. ¿Te parece poco?

—¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez en cómo os vemos nosotros? ¡No sois más que una panda de matones rodeados de alta tecnología, un hatajo de brutos y friquis! —Por una vez, Lobo Negro guarda silencio—. Ni se te ocurra seguirme.

Lo dice mientras se aleja entre taconazos que hieren el suelo pulido.

Lobo Negro vuelve, y su silueta uniformada se recorta en el arco de la puerta.

—Ya te dije que lo de Lily era un error.

Damisela, empolvada de yeso, parece la doble de Lily, a la que sigue con la mirada, el gesto pensativo.

—Me pregunto de quién.

Cuando llegamos a casa, Lily se ha marchado. Debe de haber pasado por la torre a la vuelta. Se ha quitado el transpondedor y lo ha dejado en su habitación. Lo encuentro sobre la que había sido la cama de Fuego Esencial.

Creía que íbamos a ser amigas, y ahora ya no sé qué somos. ¿Significa esto que tendremos que pelearnos? ¿Ha vuelto con el Doctor Imposible? Podría llevar semanas pasándole información, supongo. Eso es lo que cree Lobo Negro. Pero en ese caso, ¿cómo se explica que lo sorprendiéramos en el funeral? No me lo acabo de creer.

Vuelvo a sentarme delante del ordenador con la esperanza de encontrar algún detalle que se me hubiese escapado antes. Si Fuego Esencial no iba buscando al Doctor Imposible, ¿a quién iba buscando? ¿A su antigua novia, quizá?

Estoy repasando viejos archivos fotográficos cuando veo algo que no debería ver. No hará mucho más de un año que Fuego Esencial ha acabado la universidad, y está en una cena de gala, un acto benéfico de algún tipo. Lleva puesto su traje de superhéroe, lo que no deja de parecer un poco fuera de lugar, pero en realidad es la mujer sentada a su lado la que me llama la atención, una sonriente joven de pelo negro azabache que luce gafas y que, ante un bistec de aspecto succulento, parece dirigir un comentario malicioso al superhéroe, que sonrío a la cámara.

Lleva un vestido elegante, y la reconozco pese a las gafas y el maquillaje. Ahí está, carnal y visible, unos siete años antes de haber llegado del futuro y haber cometido su primer delito. Lily.

* * *

Mi transmisor suena y Damisela me interrumpe.

—Está pasando. Pon la tele.

Lo hago, y enseguida oigo la voz del Doctor Imposible. Por fin ha dado señales

de vida para anunciar algo públicamente, y lo están retransmitiendo para todo el país. Seguramente para todo el mundo.

Empieza con un «¡Salud, insectos!», y suelta su discurso, que no oigo entero. No es lo que se dice un gran orador, pero el mensaje queda claro. Ha encontrado lo que quiera que fuese que necesitaba y pronto el mundo será suyo. Rendíos o seréis aniquilados. Supongo que, al final, no necesitaba la Estrella Nocturna.

En la torre, la tensión se palpa con los dedos. Oigo los motores del avión de despegue vertical acelerando por encima de mi cabeza.

Todo el mundo se vuelve hacia los Campeones, y yo noto una desagradable sensación en lo que me queda de tripas. Ha ido un paso por delante de nosotros todo este tiempo. Apuesto a que lo ha planeado todo, de principio a fin.

No he tenido tiempo de pensar detenidamente en lo que esto significa para mí. No estaba bromeando cuando le dije a Lobo Negro que podía ser una espía, o una traidora, o una bomba, y ahora quizá lo averigüe.

Me pregunto si esto convierte al Doctor Imposible en mi némesis, y qué debería hacer exactamente al respecto. Tal vez él lo sepa. Al fin y al cabo, no sería la primera ocasión que se encuentra en semejante tesitura. De hecho, una vez desaparecido su archienemigo de toda la vida, debería andar buscando a otro. Me pregunto si sabrá quién soy yo, si nos conocimos antes de la operación, si llegamos a hablar siquiera. Se lo preguntaré si tengo ocasión. Quizá sea la única persona del mundo que sabe quién soy. Es una oportunidad que no puedo dejar pasar.

Me siento algo mejor, ahora que tengo mis propias razones para viajar hasta la isla. Imagino nuestro gran enfrentamiento, cerebro contra músculo, mientras los demás nos observan sin salir de su asombro. Cuando lo tenga a mi merced, podré exigirle cosas, decirle cosas, hacer que se explique. Debería empezar a trabajar en mi discurso, por si acaso.

TERCERA PARTE



ÚNETE A MÍ Y SEREMOS INVENCIBLES



Solo quedan dos días. Dos días para tener el mundo bajo mis botas de charol rojo. Los Nuevos Campeones lo saben, y yo lo sé. Como se suele decir, la suerte está echada, y ahora debo volver a mi isla, o lo que queda de ella.

Un pequeño biplano de color rojo y dorado sobrevuela el océano Pacífico a mil doscientos metros de altitud, silencioso e invisible a los radares. El sol se oculta tras un perfecto mar de nubes. A solas en la cabina de mando, me concedo un minuto para ver aparecer la isla ante mis ojos. Allá abajo, una radioseñal se activa para guiarme y descendiendo en espiral hacia la penumbra crepuscular.

Aterrizo en el patio en ruinas y me apeo entre los olores familiares de la selva y el combustible. Esto solía ser mi hogar.

Miro a mi alrededor, y el escenario de destrucción me trae dolorosos recuerdos de la última ocasión en la que me detuvieron, hace ahora dos años. La última batalla no dejó piedra sobre piedra, pero aun así sé que han vuelto. Las huellas no dejan lugar a dudas: reconozco el pie atlético de Lobo Negro, como el de un bailarín, junto a la huella metálica de la ciborg esa. Creo que es uno de los que construí yo, lo que no deja de ser una idea alentadora. Lo que pasa es que uno de los programadores de software a los que contraté me la jugó. De todos modos, fui yo quien la sacó del hospital, así que lo menos que puede hacer es mostrarse generosa conmigo.

Y Lily ha estado aquí con ellos, hurgando entre mis cosas junto a los demás superhéroes. Me pregunto si se acordaría de la última vez que pisó este sitio, aquella noche en que la traje en avión tras su pelea en París, y vimos juntos cómo la CNN cubría la noticia. Me pregunto si les habrá enseñado mi sala de control. Y me pregunto dónde estará ahora.

Con un suspiro, empiezo a comprobar los sistemas. Queda poca energía en los generadores de reserva. La puerta principal se abre al tacto de mi mano, y me adentro en el vestíbulo, donde percibo un olor a humedad. Ha entrado mucha agua durante la estación de las lluvias, pese a lo cual sigue resultando impresionante, aunque solo sea por la magnitud de la construcción.

Esta fue la primera fortaleza que construí, y a la que volví más tarde. Antes de la estación espacial, antes del dirigible, antes que nada. Era joven, deseaba que se me reconociera y me lancé a la aventura con tan solo un puñado de subalternos y mis

primeros mil millones de dólares, depositados en una cuenta suiza. Llegamos en un helicóptero que allanó la hierba mojada. Mientras las aspas se iban deteniendo lentamente, bajé del aparato —ataviado para la ocasión con el traje completo, incluida la capa y el casco— y respiré por primera vez el aire cálido y bochornoso de la isla. Un grupo de jóvenes técnicos me siguieron y empezaron a descargar grandes cajas de material sobre el terreno cubierto de maleza.

Ya en el campamento, los robots se pusieron a excavar la tierra para echar los cimientos de mi fortaleza, el cuartel general de mi gran imperio criminal. Los primeros agujeros que cavamos se llenaron de agua, y en cuanto nos descuidábamos la jungla volvía a adueñarse del terreno que le habíamos ganado, pero poco a poco las torres se fueron elevando, lejos de las rutas marítimas, en un diminuto trozo de tierra que los satélites jamás sobrevolaban. Las aves tropicales revoloteaban entre las vigas.

Ahora, al caminar de nuevo bajo el techo destrozado, se agolpan en mi mente los recuerdos de aquel momento, con el halo romántico que siempre rodea el primer delito verdaderamente histórico que uno comete. Es algo que nunca se olvida.

Los centrifugadores funcionaban día y noche para llevar a cabo la lenta alquimia de la transformación genética. El penetrante olor de los conservantes químicos, el ambiente frío y silencioso de la cámara estéril, el ritual diario de la descontaminación. El repiqueteo de los teclados a primera hora de la mañana, cuando se sucedían los tests de comprobación, las hileras de pantallas con fondo verde que exponían los datos recopilados.

El laboratorio jamás dejó de ser para mí un lugar lleno de misterio, donde la ciencia se confundía con la religión, y esta con la nigromancia. Trabajaba hasta bien entrada la noche, y a veces tenía la sensación de que toda la Tierra había desaparecido más allá de aquellas paredes y no quedaba sino la oscuridad, el trabajo, la interminable búsqueda en el pasado. Luego llegaron las primeras señales de vida.

En aquella ocasión también me derrotaron. Pero volví.

* * *

El arma de destrucción total descansa en el suelo del laboratorio en toda su inmensidad. Se trata de una amenaza mundial de mil metros cuadrados, aunque nadie lo diría a simple vista. No es la mayor de mis hazañas (a no ser que incluyamos el rapto de la Luna), pero sí la más grandiosa (sobre todo si incluimos el rapto de la Luna).

El trabajo de Cara de Muñeca ocupa el corazón de la máquina. Su hombrecillo gordo emite un rayo gravitatorio apenas lo bastante fuerte para inmovilizar a un agente del FBI o sacar unos pocos lingotes de oro de una cámara acorazada. Pero la lente de Laserator lo atrapa, amplía y dirige hacia arriba, a unos trescientos ochenta

mil kilómetros de distancia. La parte más voluminosa de la máquina es la fuente energética, una nueva versión de mi viejo generador zeta. Carezco del talento de Cara de Muñeca para la concisión, pero sé dotar a mis creaciones de un toque inconfundible: imponentes arbotantes, serpenteantes rayos eléctricos, tubos y luces cegadoras. Nadie me obliga a darle ese aspecto, pero funciona y me gusta. Por lo menos se ve claramente qué hace cada cosa.

Esta noche hay luna llena, muy llena, y unas mareas vivas inusualmente intensas. A medida que la Luna se va haciendo cada vez más oronda, distorsiona la órbita de la Tierra de un modo apenas perceptible. Aquí es donde entran las matemáticas, las ecuaciones en las que trabajó el Barón Éter décadas atrás para impedir que dicha presión acabara rompiendo el planeta en dos o alguna tontería por el estilo. El resultado es que me hallo en condiciones de controlar el movimiento del planeta.

Tal como ha quedado demostrado (véase Kleinfeld, 1928), diminutos reajustes en la posición de la Tierra respecto al sistema solar pueden tener efectos climatológicos de gran trascendencia. Los líderes mundiales no tardarán en captar el mensaje. Los cálculos matemáticos son mérito de Kleinfeld, pero tuvo que venir el Doctor Imposible para darles una aplicación práctica. Mejor dicho, Doctor y emperador electo.

Sin embargo —y me permito recalcar este aspecto—, todo eso no es suficiente. Puedes ser todo lo listo que quieras, puedes ser el hombre más listo del mundo, pero si te embarcas en una aventura como esta, sabes que habrá una respuesta por parte de las fuerzas especiales, y que no se andarán con remilgos. Si no lo has previsto, serás el hombre más listo del mundo que haya mordido el polvo y se haya quedado con dos palmos de narices. Tienes que estar preparado para afrontarlo, ahora lo sé. De ahí mi regreso al humilde hogar del Barón Éter.

—Sí, yo la fabriqué. ¿Nunca lo habías sospechado? —Está inmerso en el pasado, emperrado en demostrar algo que se me escapa.

—Barón... —intento interrumpirlo, pero su mente vuelve a divagar mientras trajina por los rincones oscuros del estudio, en su vieja y umbría casa de New Haven.

Intento no ponerme nervioso. Mi casco casi roza un enorme móvil que representa una concepción desfasada del sistema solar, un recordatorio de que los planetas siguen moviéndose, y de que el tiempo para llevar a cabo mi plan se agota.

—Fue la más perfecta de mis creaciones. Aquellos ojos verde esmeralda... Pero, ay, se ha perdido el amor por el método. Ya no se encuentran materiales puros. Estaba diseñada para explotar, ¿sabes? Pero no en Titán.

—Barón. Ya sabe lo que va a pasar ahora. Va a haber una pelea, y necesito protección. Necesito poderes.

—Poderes. Sí, por descontado que los necesitas. Lástima que sea un poco tarde para dejarte caer en una cuba y, ya sabes, darte un baño de radiación amiga.

—Sí, es un poco tarde. —Intento no contestarle con malos modos, pero me siento inexplicablemente tenso.

—Hay un anillo mágico en algún sitio, seguro que te suena. Y una profecía, aunque no logro recordarla. Quizá podamos localizarla...

Hace amago de dirigirse a uno de los estantes repletos de libros, pero lo corto en seco:

—¡Maldita sea, Barón! —Se queda helado. Nadie le habla así al Barón Éter, supongo, y menos un advenedizo de medio pelo que ni siquiera había nacido cuando su carrera alcanzó el apogeo, que no sabía lo que era vivir en un mundo sin Superescuadrón. Oigo a los niños que chillan y juegan a la pelota en la calle—. No podemos quedarnos con los brazos cruzados. En dos días, los Campeones van a aparecer y destrozarán todo lo que he construido, mis inventos científicos de incalculable valor, tal como le hicieron a usted. ¿Cuántas veces se repetirá la historia? ¿Hasta cuándo nos dejaremos pisotear?

Temo que alcance su bastón y presione el rubí o el diamante incrustados, pero en lugar de eso me contesta.

—Sí, por supuesto. Cuando se lleva tiempo viviendo así... uno se olvida. —Es imposible determinar la procedencia geográfica del Barón por su acento. A ratos suena germánico, pero me inclino más por alguna lengua balcánica. Su mirada se pierde en la oscuridad, en el inaprensible pasado—. Yo también tenía mis motivos, desde luego. Me expulsaron a causa de mi trabajo, el principio galvánico... pero regresé.

Su mano derecha, la de insecto, se cierra con fuerza.

—Les demostré quién mandaba.

Por un instante, vislumbro la ira que en tiempos atemorizó al mundo, y hasta yo me siento intimidado. Sea cual fuere el lugar en el que se crió el Barón Éter, seguramente era mucho peor que las afueras de una ciudad del Medio Oeste. Mi interlocutor guarda silencio de nuevo.

—¿Barón?... —aventuro—. ¿Hay algo más? ¿No tendrá por ahí algo olvidado? Hasta un rayo mortal me vendría bien ahora mismo.

De pronto, parece salir de su ensoñación.

—Sí, sí, una carta que llegó para ti.

—¿A qué se refiere?

El Barón se desplaza en la silla de ruedas hasta el lugar en el que estoy yo y cierra la ventana.

—Estaba sobre la mesa esta mañana. No sé cómo os las arregláis para entrar aquí siempre que os place. El Mecanicista debe de estar en baja forma.

Me enseña el sobre. Pone simplemente «Doctor Imposible». Dudo, pero el Barón lo abre por mí antes de que pueda reaccionar. Dentro no hay más que una tarjeta de

presentación con una latitud y una longitud precisas, y un nombre: Nelson Gerard.

Al fin, un rayo de esperanza. ¡A lo mejor el Faraón ha decidido abandonar su retiro! Puede que le haya llegado la noticia de que he vuelto y quiera sumarse a la acción. Debidamente controlado, podría ser útil a la hora de la verdad. El Doctor Imposible y el Faraón. Cuando luchábamos espalda con espalda en la arena éramos poco menos que invencibles. Me sorprende comprobar lo mucho que lo echo de menos. Puede que hasta le dé Egipto como recompensa una vez que hayamos conquistado el mundo. No estaría mal tener compañía, para variar.

Pero esta no es su letra. Debajo de las cifras hay otro mensaje escrito a mano:

Suerte,
L.

El Doctor Imposible y el Faraón, juntos de nuevo, en una lucha cuerpo a cuerpo contra el mundo. ¿Podía ocurrir?

Jamás supe a ciencia cierta qué fue del Faraón una vez que nos separamos. Los archivos de Fuego Esencial me sirvieron de ayuda, y el Barón Éter se encargó de completar la historia. Al parecer, fue bajando tranquilamente por México y acabó recalando en Costa Rica, donde se instaló en una población surfera. Un hombre invulnerable puede permitirse el lujo de tomarse su tiempo, vivir a salto de mata y viajar haciendo autostop. Cuando el Faraón desapareció, nadie se molestó en buscarlo. ¿El regreso del Faraón? ¿La venganza del Faraón? A nadie le importaba.

Las coordenadas de la nota son precisas, pero en cuanto me acerco resulta evidente dónde murió, incluso desde una altura de trescientos metros. El mar está literalmente congelado en un radio de cien metros respecto a la costa, y la marea helada parece salir de una cueva en la pared de un acantilado.

Sigo sin entenderlo. Las luchas entre superpoderosos rara vez acaban en muerte, muy rara vez. Hasta Salvaje se atiene a esa regla. Pero esta lucha sí había llegado hasta el final, y además había liberado alguna fuerza extraña.

A medida que me acerco, la temperatura baja en picado. Dentro de la cueva hace un frío polar. Encuentro al Faraón sentado en una silla de hielo, con la piel de un tono azul blanquecino. La maza se agrietó, se le fundieron los plomos. La explosión debió de ser terrible, mortal de necesidad, pero el aire está inexplicablemente frío, muy por debajo de la temperatura de congelación, helado por la magia que irradiaba el arma que aún sostiene en su mano. Hasta yo percibo su poder.

El Faraón solía soltar expresiones tontas del tipo «¡Por las barbas de Ra!» o «¡Que Isis nos proteja!», como si fuera realmente un emperador egipcio que, casualmente, hablaba inglés. Sus jeroglíficos parecían copiados de una caja de cereales o de una camiseta de Tutankhamon, y solía canturrear aquella canción de

Steve Martin en plena pelea o gritar «¡Soy un egipcio!» en el peor momento, con lo que me hacía perder los estribos justo cuando estaba desactivando una bomba o intentando forzar una cerradura especialmente complicada. Y luego estaba aquel tocado ridículo, como una gigantesca antena de televisión de papel maché.

Debió de ser la maza. Se le ven perfectamente las grietas. Fuera lo que fuera que lo mantuvo con vida durante todos estos años, le falló en el momento menos oportuno. Pero aquí está, el monarca solitario de un insólito y extravagante reino, entronizado al fin. Su piel está fría como el hielo.

Ahora sé por qué estoy aquí. La maza sigue emitiendo un ligero resplandor. Con delicadeza, la deslizo entre los dedos de su mano helada hasta sacarla. He visto lo que este artilugio es capaz de hacer, y sé perfectamente qué hacer con él. Alguien va a pagar por lo que ha pasado aquí, de eso no me cabe la menor duda. Y empiezo a sospechar quién es ese alguien. Vuelvo a mi isla, con la certeza de haber reunido todas las piezas de mi arma de destrucción total.

* * *

Los superhéroes se dirigen hacia aquí ahora mismo en un avión supersónico, y yo me lo juego todo a una carta, más concretamente a una maza mágica. Al Faraón le hubiese hecho gracia, pero a mí, la verdad sea dicha, me fastidia un poco.

Desde el punto de vista profesional, es injustificable que el éxito de mi plan dependa de un objeto que a veces, sin venir a cuento, susurra secretos que ninguna persona racional podría aceptar. Sinceramente, va en contra de todo lo que siempre he defendido.

Mi mundo es una esfera de roca que rodea un núcleo de fuego nuclear. La ciencia y yo la estamos empujando con todas nuestras fuerzas, y antes o después se moverá. De eso no me cabe la menor duda. En mi fortaleza de la isla guardo un colmillo de elefante de 32.000 años de antigüedad con unas muescas que señalan las fases de la Luna, hechas por la mano de un supergenio del Paleolítico, el progenitor de todo un universo y mi antepasado distante. Él, o ella, sabía algo de lo que yo estoy a punto de hacer. Quizá incluso soñaba con ello.

En otras palabras, puede que me vea obligado a reconocer que la ciencia no lo es todo, pero eso no significa que la idea me guste. Cada dos años, más o menos, aparece otro objeto de esos, algo que ha llegado hasta nosotros desde un pasado remoto y olvidado. Una piedra preciosa, un báculo, un zapato mágico. Objetos misteriosos procedentes de Troya, de la Atlántida, de Lemuria o del bosque oscuro que nos separa de la casa de la abuela, cosas cuyo comportamiento sencillamente no se atiene a las reglas establecidas.

Me pregunto si el hallazgo de la espada Durandarte o la lámpara de Aladín

convertiría esas historias en verdaderas, o si, por el contrario, son las leyendas las que se han ido asociando a los objetos con el paso del tiempo. Los objetos en sí cambian de manos tantas veces que acaban por perder su trascendencia, convertidos en simples herramientas. Otrora fueron sinónimo de realeza o santidad para alguien, un sacerdote o un héroe de tiempos pasados, pero ahora, tanto tiempo después, no son más que antiguallas sin ningún valor especial. Sin embargo, queda su poder. Ese siempre permanece.

Lo único que sé es que el pasado remoto es un lugar extraño. Estas cosas aparecen y vuelven a perderse cada cierto tiempo, y, cuando te topas con una de ellas, tu vida cambia para siempre, como le pasó al Faraón.

Me viene de nuevo a la memoria la risa de Mister Místico, y lo que el Barón dijo antes de que me fuera, mientras las sombras se alargaban en su cocina de estilo campestre y los monovolúmenes regresaban a casa por las calles cada vez más oscuras. Años atrás, un chico encontró una antigua maza mágica y aprendió la palabra que lo convertiría en alguien invencible, un rey o emperador. Un faraón. Un disparate, un cuento de hadas, pero ahora lo sostengo en mis manos.

Para cuando terminé, se había hecho de noche. Al final, fue el propio Barón quien me susurró la palabra al oído.

—No funcionará —dije.

—Puede que no. Pero algo hará.

Puse un pie en el alféizar de la ventana, pero me detuvo de nuevo.

—¡Doctor Imposible! —llamó con un hilo de voz ronca.

—Dígame.

—Hazlo, hijo. Dales una paliza.

* * *

Los superhéroes se acercan por el horizonte. Hace ya una hora que mis aparatos han detectado su presencia. Los contemplo desde la torre más alta de mi fortaleza mientras mis dedos tamborilean sobre la barandilla dorada del balcón. Vuelan formando en V, casi a ras de un mar tropical sereno como una balsa de aceite.

Hace dos horas secuestre cuatro de los principales satélites de comunicación de la Tierra para proclamar mi soberanía universal. Y en efecto, he conquistado el mundo. Enfundado en mi viejo traje de ceremonia, sentado en un trono restaurado, como en mis mejores tiempos. Nadie podía ver las mellas que afeaban la pared a escasos centímetros de distancia, y que apenas quedaban fuera del alcance del objetivo. Lo único que queda ahora es hacer valer mi proclamación.

El sistema de espejos parece funcionar. La pérdida de señal es lo más cercana posible a cero. Una vez que lo tuve en mis manos, resultaba fácil de copiar, pero solo

el trabajo de Laserator podía haber reflejado la luz de un modo tan fiel, tan perfecto. Salió perdiendo, y mucho, con el trato.

En el cielo reluce la luna llena. He tenido que esperar hasta que se colocara exactamente encima de la fortaleza. La Luna en sí es una especie de espejo, un espejo que apenas brilla. Miro en el reflector, y unas milésimas de segundo después mi imagen alcanza la Luna, enormemente ampliada. Entonces coloco en su sitio al hombrecillo gordo y risueño, la diminuta creación de Cara de Muñeca. Con solo tocarlo, sus ojos se iluminarán, empezará a mover la barbilla arriba y abajo, y la Luna se volverá más pesada. Bajo mi control, la Tierra se desviará ligeramente de su órbita en la dirección opuesta al Sol. Los cálculos matemáticos que lo hacen posible son harto complicados, pero al fin y al cabo no son más que cifras. El Barón Éter los desentrañó años atrás. A medida que la temperatura en la Tierra vaya bajando en picado, mi poder se hará evidente y las naciones se rendirán a mis pies.

Este no es mi primer plan, ni el décimo. Si las cosas hubiesen salido bien, estaría viviendo en Brooklyn con Lily. Y soy perfectamente consciente de lo que pensará la gente de todo esto: la fortaleza oculta, el casco, la capa, el ejército de robots. Soy listo —condenadamente listo, la verdad— pero a veces aún me hago la misma pregunta. Cuando me lo pregunten, no sé qué voy a contestar. ¿En qué podía estar pensando? ¿Cómo he acabado en el bando de los monstruos?

Los veo aterrizar por la cámara doce. Damisela y Elfina descienden suavemente y tocan el suelo con la delicadeza de dos ángeles en un cuadro renacentista. Los demás se apean del vehículo de aterrizaje. Lobo Negro sale de la cabina de mando con una elegante acrobacia marcial. Luce un traje de camuflaje en tonos de gris y negro. Esto empieza a parecerse a una reunión de antiguos alumnos de Peterson. Me preparo psicológicamente para ver salir a Lily detrás de él, pero eso no ocurre.

Damisela imparte instrucciones antes de que se separen. Los micrófonos parabólicos captan una pequeña parte de la arenga.

—Todos vosotros sois profesionales. Todos sois superhéroes. Sé que no tenemos a Fuego Esencial, pero os diré una cosa: el Doctor Imposible no es más que un científico, y esos tíos siempre acaban perdiendo.

Por lo menos ahora sé lo que piensan de mí. «¿Siempre acaban perdiendo?» Qué simpática. Ante el cuadro de mandos, no puedo evitar sonreír al oír sus palabras. El que ríe el último, ríe mejor.

Se separan para buscarme, pero las cámaras los mantienen localizados. Triunfo del Arco Iris se interna en la selva, mientras Damisela y Elfina alzan el vuelo. Lobo Negro avanza por lo que queda de mi pista de aterrizaje intentando pasar desapercibido, y la ciborg parte en la dirección opuesta. Mister Místico se desvanece entre las sombras. La cámara nueve capta un destello fugaz. ¿Un arma secreta?

Empiezo a presionar botones y los indicadores del cuadro de mandos se iluminan,

rojos en su mayoría, aunque también hay alguna que otra luz verde. No lograron destruirlo todo la última vez, y he tenido cerca de cuarenta y ocho horas para darme una vuelta y hacer algunas reparaciones en las trampas, los robots, los sensores.

No servirá para detenerlos a todos, pero tampoco hace falta. Acaricio la maza, que noto pesada y reconfortante en mi mano. Siento la tentación de pronunciar la palabra y así ponerla a prueba, pero no sé cuánto poder le queda y no quiero malgastarlo. He tenido un ratito para inspeccionarla; está dañada, pero no inservible. Una parte de la fuerza que el Faraón poseía sigue allí, ya sea el poder de Ra o de Mickey Mouse. A él le funcionaba, así que quizá me funcione a mí también.

Ha llegado el momento de salir y enfrentarme a ellos. Para preparar el terreno, nada mejor que un recibimiento en condiciones. Bienvenidos a mi isla, capullos.

Y AHORA, A POR ESOS NIÑOS IMPERTINENTES



Mmm... ¿hemos ganado?

Queridos «Campeones». Bienvenidos. Para cuando oigáis esto, habré conquistado el mundo. Por favor, nos os alarméis.

Esto no puede ser buena señal. Los altavoces sisean, y la voz ya familiar del Doctor Imposible resuena en medio del silencio. Es una grabación.

Me zumban los oídos. Creo que un fragmento de metralla ha rebotado contra una de mis placas craneales. Noto en mi piel artificial una quemazón característica, como cuando una granada explota a escasa distancia, pero no recuerdo que haya ocurrido nada similar. La articulación de mi rodilla izquierda no responde. Estoy apoyada en la pared metálica de una habitación que no me suena de nada, intentando atar cabos, pero me siento aturdida y mi memoria RAM es fragmentaria. Estoy viviendo un momento puramente ciborg.

Pongo en marcha una rutina de diagnóstico y reparación con la que me dieron la paliza todos los días durante el período de rehabilitación. Mi ignorancia en materia de nuevas tecnologías es total, y por más que me esfuerce jamás lograré comprender cómo funciona mi cuerpo, así que me introdujeron una larga lista de comprobaciones que empieza por la cabeza. Los discos duros se comprueban a sí mismos. Lo único que tengo que hacer yo es asegurarme de que las tuberías, las cámaras y demás cachivaches funcionen correctamente, lo que significa meterme dentro de mí misma.

De forma instintiva, me vuelvo hacia la pared para tratar de ocultar el estropicio, ya que tengo media carátula craneal destrozada, y se ve claramente cómo el metal se incrusta en mi cráneo. Hay un boquete del tamaño de una pelota de golf a la altura del ventilador, y no quiero ni pensar en lo que había allí antes, ni dónde habrá ido a parar.

—Pues sí. Suerte que no estaba preparado. —Reconozco la voz de Arco Iris.

—¿Se ha despertado ya Fatale? —Y la de Lobo Negro.

—Aún se está reseteando. —Es Arco Iris de nuevo, en un tono apagado.

—Te he oído —intervengo—. ¿Qué ha pasado?

Debo de ser la última en recobrar el conocimiento. Siete celdas separadas puntean el perímetro de una habitación circular excavada en la roca. Cerca de cinco metros de roca separan cada una de las celdas de la siguiente. La última de estas, supuestamente destinada a Lily, se encuentra vacía. Por lo menos podemos vernos los unos a los otros. Hay un sistema de megafonía a través del cual el Doctor Imposible se dedica a hacer un interminable discurso victorioso. Lástima que esté demasiado lejos para aplastarlo de un golpe.

Cada una de nuestras celdas es distinta. La mía está cerrada por delante mediante barrotes normales y corrientes, pero cuando me acerco para tocarlos hay algo, algún tipo de bloqueo en mi software, que me lo impide. Se me agarrotan los brazos y las piernas, y hay un momento de vértigo en el que tengo la impresión de querer escapar de mi propia armadura, y estoy a punto de caerme de bruces cuando los giroscopios me enderezan. No podría salir de esta celda aunque me fuera la vida en ello, y da la casualidad —ironías de la vida— de que eso es exactamente lo que pasa.

Os felicito por vuestra intervención, espléndida, como de costumbre. Sin embargo, como sin duda os habréis percatado ya, nadie puede derrotar al poderoso Doctor Imposible. Gracias a un plan tan genial que solo yo podría haberlo concebido, he asumido el control de la órbita terráquea.

—¿Alguien conserva su transmisor? —Es la voz de Arco Iris de nuevo.

Hay un silencio, mientras todos lo comprueban.

—Joder.

Todo empezó de la mejor manera posible, dieciocho horas atrás. Salvaje seguía en el hospital, pero Triunfo del Arco Iris estaba allí, y por una vez no veía la hora de entrar en acción. Su estado de ánimo era contagioso. Nos apretujamos en el avión de despegue vertical, exaltados y armados hasta los dientes. Cada uno de nosotros tenía sus propios motivos para querer aplastar algo grande y frágil. Ya estaba bien de vagas conspiraciones, de merodear por los bares, las cárceles y las tiendas de magia. Aunque no tuviéramos a Fuego Esencial, seguíamos siendo los mayores superhéroes del mundo. Lo único que necesitábamos era una buena pelea.

La isla tenía el mismo aspecto que en nuestra anterior visita. Allí seguía estando la base en ruinas, ahora salpicada por unas pocas luces en funcionamiento. Había vuelto a ponerlo todo en marcha desde algún lugar bajo tierra al que no habíamos llegado la última vez.

Nos separamos para buscarlo mediante un despliegue táctico de lo más clásico. La última vez que los vi, Lobo Negro disparaba un lanzagarfios con inmejorable puntería y se disponía a escalar la pared del acantilado, mientras Triunfo del Arco Iris esperaba su turno para trepar por la cuerda. Damisela había arrancado de cuajo la

puerta de una vía de acceso y Elfina se había adentrado volando en el vestíbulo principal. Místico se había desvanecido en el aire delante de mis ojos, exhibiendo su enigmática sonrisa. Me había quedado a solas, así que me metí en un túnel de drenaje de aguas residuales con la intención de subir por la red de alcantarillado. No me resultó difícil, ya que la mayor parte de las trampas del Doctor Imposible saltan a la vista si las miran unos ojos como los míos. Las trampillas, los rayos láser, las paredes correderas, todo aparece claramente perfilado cuando se mira con la frecuencia adecuada.

El lugar era enorme. Tras cerca de hora y media, empecé a oír lo que solo podía ser la batalla decisiva. Crucé a la carrera una galería metálica tras otra hasta dar con la sala de control central. Lo teníamos arrinconado, y la batalla llegaba a su fin. Al fin y al cabo, no era más que un científico. Parecía pesar poco más de cincuenta kilos.

Filmé la última batalla mientras sucedía con la cámara de mi ojo izquierdo. La vuelvo a pasar y revivo el momento. Cuando entré en la habitación, vi cómo todo se decidía a unos cincuenta metros de distancia. Los Campeones habían despejado un círculo en medio de un abrumador ejército de secuaces cibernéticos y se disponían a medirse con el Doctor en persona. Fui la última en llegar, y no tardaría en darme cuenta de que el destino del mundo dependía de mí.

* * *

Me detuve cerca de tres segundos a contemplar la escena. Damisela se había acercado al Doctor, y solo puedo describir su expresión como lo más parecido a la ira divina que he visto jamás. Cualesquiera que sean mis sentimientos hacia ella, nunca me había parado a pensar cómo sería tenerla de enemiga. Al ver la grabación, comprobé que Lobo Negro había esquivado una descarga de energía, y luego otra, retorciendo el cuerpo con increíble elasticidad, sin más poder que su prodigiosa constitución atlética. Mister Místico susurraba sílabas alienígenas, y su portentoso vozarrón resonaba entre los muros de la cámara.

Y entonces el Doctor los derrotó sin contemplaciones. Apenas si hubo una batalla propiamente dicha. Arco Iris cayó antes incluso de que mi sistema hubiese acabado de reunir la energía necesaria para un sprint. Si a algo me recuerda esta grabación es a las imágenes de archivo en las que Fuego Esencial aparecía machacando sin piedad a algún pobre desgraciado.

El Doctor Imposible parecía feliz. Más aún: parecía estar viviendo el mejor día de su vida. Tenía una nueva arma, una especie de maza que sostenía con la mano izquierda. Mister Místico invocó una fantasmagórica sombra andante, pero esta cayó hecha añicos, como si fuera de cristal, en cuanto la maza la rozó. Balas, golpes, rayos de energía, nada podía rozarlo siquiera, y parecía cien veces más fuerte que todos

nosotros. Para cuando llegué yo, se valía del mango de la maza para aplastar a Damisela contra la pared, sujetándola por el cuello a varios palmos del suelo, como si fuera un cachorrillo travieso.

Lobo Negro parecía sinceramente estupefacto, y más cabreado de lo que nunca lo había visto. Se las arregló para encadenar dos movimientos —se replegó y echó a rodar hecho un ovillo— con los que esquivó una ráfaga de bláster y a punto estuvo de alcanzar al Doctor Imposible, pero este lo tumbó con una sola mano usando la culata de una pistola de rayos, como si ni siquiera se hubiese detenido a pensarlo. El bláster lo tenía en la mano derecha. Lo hizo girar entre los dedos y luego disparó una y otra vez a Elfina, que se movía como una posesa, rápida como el rayo, tratando de esquivar las descargas mientras su rostro de muñeca acusaba la tensión del momento.

Entonces el Doctor dejó caer a Damisela, que se desplomó en el suelo, medio asfixiada, y se las arregló para coger la lanza de Elfina justo por debajo de la hoja. «Aquí es donde entro yo», recuerdo haber pensado.

Todo se volvió borroso a mi alrededor mientras aceleraba hasta alcanzar la velocidad máxima y cruzaba a grandes zancadas aquella enorme estancia, esquivando a los robots enemigos con mil y una fintas. Me agaché para evitar los puños de acero de un ogro cibernético y luego me abrí paso a porrazos entre una horda de máquinas más pequeñas que se desplomaban con estrépito, como si una nevera se cayese desde lo alto de una grúa. Esquiras de metal, plástico y cristal saltaban a mi paso, pero no me detuve. Oí el pitido de una alarma de proximidad y alargué un brazo hacia atrás para acribillar con balas de uranio empobrecido a un helicóptero teledirigido. Nada de munición de goma esta vez. Para bien o para mal, esto es lo que mejor se me da. Soy una máquina de guerra de última generación.

A unos veinte metros de distancia, Elfina había perdido su lanza y era la única de nosotros que seguía en pie, aparte de mí misma. Me cargué al último secuaz del Doctor Imposible, salté por encima del cuerpo de Lobo Negro, que seguía tumbado boca abajo, y me dispuse a zanjar la cuestión de una vez por todas. Elfina había caído de rodillas al suelo, fulminada por un derechazo. El Doctor Imposible la levantó del suelo como si fuera un saco de patatas. Estaba a punto de perder el conocimiento.

Yo estaba a diez metros de distancia, que pronto se convirtieron en cinco. Hasta Elfina se me quedó mirando perpleja cuando me vio, hipnotizada por el duelo que se avecinaba. Iba a vérmelas con mi creador. Mi ordenador de a bordo evaluó la situación y calculó que el desenlace se produciría en tan solo cinco segundos. Media docena de escenas de combate, a cual más truculenta, se sucedieron en mi pantalla interna. Hice crujir los nudillos en un gesto teatral.

—¡Doctor Imposible —bramé—, hasta aquí hemos llegado!

Apartó la vista de lo que estaba haciendo y me miró en el preciso instante en que emprendía el salto y mi tobillo izquierdo pivotaba en el suelo mientras mis caderas

giraban en el aire, listas para propinar una patada lateral digitalmente calibrada, propulsada por una aleación de titanio y alimentada por un motor de fusión nuclear que no dejaría piedra sobre piedra.

En el último instante, levantó los ojos de nuevo y me miró de verdad por primera vez. Seguía sujetando a Elfina en el aire con la mano izquierda, pero se las arregló para arrancar de su cinturón un objeto de plástico con forma alargada y apuntarme con él. En la grabación, parece uno de esos pequeños mandos a distancia negros que suelen venir con las llaves del coche. Apretó el botón del mando y todo se acabó. Mi pequeño vídeo doméstico termina con un primerísimo plano del castigado suelo de mármol del laboratorio. Es un profesional. Sabía exactamente quién era yo y de qué pie cojeaba, y, a diferencia de mí, estaba preparado. Me derrotó en menos de un segundo y me dejó helada, como el Hombre de Hojalata bajo la lluvia.

Mi primera acción será exigir la rendición de todos los gobiernos de la Tierra a través del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. No tenéis alternativa. Los detalles legales de este proceso se pueden consultar en mi sitio web.

Al otro lado de la habitación veo a Elfina sentada en su propia celda especial, una plataforma de piedra baja de metro por metro. Rodea sus rodillas con los brazos. A excepción de la plataforma, toda la habitación es de frío hierro. Hay cruces de madera en cada pared, así como en la puerta, el suelo y el techo. Su lanza está fuera, apoyada en la pared junto con las espadas de Damisela. Elfina mira a su alrededor sin decir palabra, con sus enormes ojos muy abiertos.

—¿Qué plan tenemos? ¿Hay algún plan? —pregunto.

Lobo Negro me pide silencio con gestos, señala las paredes. Aparatos de escucha.

Pero llegados a este punto todo me da bastante igual. Le lanzo una mirada asesina.

—¡Creía que habías dicho que podíamos con él!

Lobo Negro se encoge de hombros.

—Esto se sale de lo habitual. Para empezar, puede no haber sido él. Puede haber sido alguien capaz de adoptar su apariencia.

—Esto no es obra de ningún metamorfo —discrepo—. He visto un esqueleto completo en su interior. Era él.

—Pero no es un guerrero —susurra Elfina, enfurruñada. Otra que ha dado señales de vida.

Se oye un ruido sordo a través de la roca, como de un sinfín de motores rugiendo en las profundidades. ¿Sería capaz de arrojarnos al Sol? ¿Hasta qué punto está loco? ¿Y cómo nos las arreglamos para salir de esta?

Dos celdas más allá de la mía se encuentra Mister Místico, atado y amordazado. Detrás de él hay una celda vacía, equipada con esposas reforzadas.

Sea lo que sea que están haciendo aquellas máquinas, están funcionando a pleno rendimiento. Damisela duerme en un rincón del suelo, hecha un ovillo, bañada por la luz ambarina de una lámpara. Triunfo del Arco Iris tiene la mirada perdida y no se mueve. Cada pocos minutos traga saliva, como si intentara deshacerse de un mal sabor de boca.

—¿Alguien sabe algo de Lily? —pregunto, rompiendo el silencio.

Lobo Negro se encoge de hombros, incómodo.

—No desde que se marchó. A no ser que tú sepas algo de ella. La he incluido en la lista de sospechosos habituales, pero ya sabéis cómo es... poco menos que invisible cuando quiere.

—Genial —interviene Arco Iris—. ¿Y quién dices que tuvo la brillante idea de que se uniera a nosotros?

Lobo Negro está sujeto por un sencillo collar metálico soldado a la pared. Ninguna cerradura que forzar, ninguna cadena que romper. Ni siquiera puede sentarse. Es como si el Doctor Imposible se riera de su carencia de poderes. Cualquiera de nosotros lo hubiese roto en un segundo.

—¿Quién dijo «separaos»? ¿Acaso fue idea mía?

Lobo Negro forcejea con el collar, pero no tarda en rendirse.

—Se acabó. Nunca podré vengar a mis hermanos. ¡Me cago en todo!

Damisela levanta la mirada sin mover un solo músculo.

—Tómalo con calma, Marc. Estamos todos en el mismo barco.

—¡Hombre, Damisela! ¿Has descansado ya? ¿Estás lista para sacarnos de aquí?

No hay respuesta.

Arco Iris saca algo de una pequeña bolsa que lleva colgada al cuello y se lo traga.

—¿Qué pasa? Son mis medicinas. Las necesito cada doce horas. Por si a alguien le interesa, en setenta y dos horas me habré muerto.

* * *

Hay un silencio. Debemos de estar muy por debajo del laboratorio en ruinas. Distingo el rugido de las olas a lo lejos.

Al otro lado de la habitación, Elfina sigue sin moverse de su pequeña plataforma.

—¿Se puede saber qué miras? —Me ha pillado. Pero tengo que preguntárselo.

—Bueno... ¿por qué no lo hace Elfina?

—Es un hada. —Hasta Lobo Negro parece tener los nervios a flor de piel.

—No puedo romper los barrotes, Fatale. Estos símbolos me lo impiden, y tampoco puedo tocar el hierro frío. Nunca podré cumplir la misión que Titania me

encargó.

—¿Qué misión? ¿De qué se trata? ¿Por qué no lo has hecho aún, si de veras llevas siglos en la Tierra?

—Aún no ha llegado el momento. Y además no sé... no sé exactamente en qué consiste la misión.

—¿Quieres decir que estas cruces te detienen realmente? ¿Y si fueran imágenes de Buda, o estrellas de David? ¿Te resultarían igual de molestas?

—He oído decir que el Doctor Imposible es judío —apunta Arco Iris.

—En serio, ¿qué daño podría hacerte bajar de ahí?

Quiero llevarla al límite. Aunque solo sea por una vez, quiero que se comporte como una persona normal, que se deje de cuentos de hadas y nos saque de aquí.

—No puedo —contesta en tono rotundo.

—¿Es como una fobia o algo así? ¿Te da miedo?

—Pertenezco a la Legión del Reino Occidental. Ignoro qué es el miedo, pero estoy sujeta a ciertas leyes.

Damisela interviene en tono cansino:

—Déjalo ya, Fatale...

—No. No pienso morir solo porque una falsa hada se niega a cruzar una línea imaginaria. Sé perfectamente qué me detiene a mí, y no se trata de algo que me haya inventado.

—No sabes de qué hablas. ¿Por qué no pruebas tú a salir de aquí, si es que puedes, doña Chatarra?

—¡Porque me lo impide una cerradura de software! Electricidad y metal. De eso estoy hecha. Soy la máquina de guerra más sofisticada que hayas visto jamás.

—Y yo llevo encima varias generaciones de guerra. ¿De qué estás tan orgullosa, si puede saberse? ¿Qué te hace ir por ahí pavoneándote de esa manera, como si fueras el no va más de la Creación?

—¡Soy un supersoldado!

—¡Tú no eres nadie!

—Cállate, Fatale —añade Lobo Negro en un derroche de amabilidad.

Me levanto y me vuelvo hacia los demás.

—¡No es un hada! No lo es y punto. Es un experimento genético, o una alienígena. Y estaría bien que, aunque solo fuera por una vez, Campanilla se quitara la careta antes de que el Doctor Imposible... ya sabéis, nos arroje a todos a las llamaradas del Sol.

Silencio sepulcral. Ya veo que no todos me apoyan en esto.

Una vez haya aceptado vuestra rendición, iniciaré el lanzamiento de la nueva Edad del Hielo, la Edad del Doctor Imposible. Una era marcada por la

ciencia, los prodigios y, por descontado, mi absoluto dominio del mundo.

—Por Dios, ¿cuándo se callará? —Arco Iris suspira. No tiene muy buen aspecto. Intento cambiar de tema.

—Lobo Negro, creía que habías dicho que el Doctor necesitaba una fuente de energía para llevar a cabo su plan.

—Podría ser un farol —contesta sin molestarse en mirarme.

—No parecía un farol cuando te dejó tirado en el suelo. —Arco Iris no parece dispuesta a cambiar de tema.

—Jolines... —Lobo Negro finge sentirse herido—. Creía que estabas de mi parte. —Arco Iris le replica haciendo un gesto obscuro con el dedo medio—. Tiene una nueva arma, maldita sea. ¿Es que nadie más ha visto la maza?

—Todos la hemos visto. Pero nadie sabe qué es.

—Parecía un objeto mágico.

—Eso mismo dijo Místico antes de perder el conocimiento. El Doctor se encargó de que fuera el primero en caer.

—Olvidadlo —interviene Damisela—. Ni siquiera pudimos salvar a Fuego Esencial.

Nuestra intrépida líder. En el resplandor ambarino de la lámpara que ilumina su celda desde arriba, Damisela permanece sentada con la espalda apoyada en la pared y las rodillas dobladas. Sin embargo, está libre allí dentro, no veo nada que le impida moverse a su antojo. El Doctor le quitó las espadas, pero aparte de eso no entiendo por qué no abandona su celda simplemente destrozándola de un puñetazo. Me da vergüenza preguntar qué problema hay. Sin las espadas, parece una persona distinta, una morena sorprendentemente joven de complexión menuda y tez verdosa. Su celda está al lado de la de Lobo Negro.

—Esto ha sido un error de principio a fin. Los militares se habrían preparado a conciencia, en lugar de subirse alegremente a un avión después de comer. Tendríamos que haber preparado un ataque terrestre.

—Venga ya, Ellen. Has visto lo que hace el Doctor Imposible con las fuerzas convencionales. Si alguien le podía parar los pies éramos nosotros.

—Si alguien le podía parar los pies era Fuego Esencial, dirás. Sin él, el Doctor Imposible nos ha derrotado dos veces en lo que va de semana. La primera vez, ni siquiera llevaba puesto su traje especial. Asumámoslo, los Nuevos Campeones es un nombre estúpido, y sospecho que una idea igual de estúpida. No sé ni por qué lo intentamos.

Damisela aporrea la pared con fuerza. El hormigón debería resquebrajarse, quedar reducido a polvo, pero solo se oye un golpe sordo.

—Eso lo dirás tú, que eres la hija de quien eres. Los demás no teníamos

demasiadas alternativas.

—¿Y crees que yo sí las tenía? ¿Nunca te has preguntado por qué no me uní a los Supers?

Lobo Negro alza una mano enguantada.

—No empieces con eso.

—No puedo creer que nunca se te haya ocurrido. Fuego Esencial lo sabía. Supongo que presentía ese tipo de cosas. Lo dedujo enseguida en la única cita que tuvimos. Después de aquello nunca más volvió a acercármeme. Racista de mierda.

—Quizá no tendrías que haberte acostado con él. —Lobo Negro habla en un tono grave y amargo. Es listo. Sabe que los demás estamos escuchando. A lo mejor le da igual.

—¿Recuerdas lo que le pasó a mi madre? —Damisela habla como si realmente quisiera saberlo.

—¿Tu madre?

—La princesa alienígena, por si no lo recuerdas... —replica con sarcasmo—. ¿Te acuerdas de ella? Fue la primera esposa de Nube de Tormenta. Lo suyo fue el típico matrimonio entre superhéroes... Él salva su planeta, ella vuelve a las estrellas.

—Sí, lo sé. Pero...

—Piénsalo. Mi madre no era humana, aunque se pareciera un poco a nosotros. Ni siquiera era un mamífero. No sé cómo a nadie le extraña el hecho de que yo tenga un aspecto humano. Pero mis manos son un poco grandes, ¿lo ves? Y mis orejas, por eso llevo el pelo largo.

»Yo ni siquiera debería existir. El pueblo de mi madre posee conocimientos de genética muy avanzados, y mi abuelo materno aportó su sabiduría en la materia como regalo de bodas. Soy básicamente un clon de mi padre, aunque de distinto sexo, seguramente para que no se notara tanto. Se las arreglaron para añadir al cóctel algunas de las características de mi madre. De hecho, mi biología es menos humana de lo que parece. ¿Por qué crees que vomito a todas horas?

»Sé que poseo un sistema nervioso atípico, y un tipo de sangre único. También soy daltónica. Solo distingo dos colores, el rojo y el verde. ¿Lo sabías?

»Mi padre hizo cuanto estaba en su mano para ocultarlo. Me criaron como una niña humana, pero mi madre era una alienígena, y eso no había quien lo cambiara. Tenía la piel verde, por supuesto, y su aliento siempre olía a canela. Poseía unos ojos enormes, manos frías, y le encantaba nadar. Se marchó cuando yo tenía nueve años, cuando la llamaron para suceder a su padre en el trono. Hablábamos en inglés siempre que podíamos, a través del transmisor de hiperondas. Nunca llegué a aprender su lengua, solo unas pocas palabras sueltas. Resulta difícil de aprender para los humanos, pero creía que debía hacerlo.

»Al principio, pensaban que no tenía poderes. Mi padre me dio una educación

bastante estricta. Hice toda la enseñanza primaria en una escuela privada, bajo una identidad secreta. Dios, cómo lo odiaba. Luego, cuando cumplí dieciséis años, salí al patio de Peterson y me puse a gritar. Destrocé varias ventanas. La imbécil de Regina se puso de los nervios.

»Después de aquello, por las noches me dedicaba a sobrevolar la ciudad envuelta en una estela luminosa, pero al alba volvía a mi trabajo de secretaria. Más tarde, después de lo de los Campeones, ya no había nada que me impidiera ser Damisela las veinticuatro horas del día, pero lo cierto, por absurdo que parezca, es que no tenía ni idea de quién era, excepto cuando me dedicaba a salvar vidas. Por entonces, lo que más deseaba en el mundo era formar parte del Superescuadrón.

»Aún conservo mi título. Sigo siendo una princesa. Mi madre es la soberana de un planeta cubierto por las aguas de un inmenso océano, lo pone en mi pasaporte. Pero el Superescuadrón no admitía alienígenas entre sus filas, y el puñetero análisis de sangre me delató.

—Eso no cambia nada, al menos en lo que a mí respecta —apunta Lobo Negro.

Parece más tranquilo de lo que sería de esperar, como si al fin hubiese comprendido algo, la pieza que faltaba en un rompecabezas. Con aquellos ojos suyos, Fuego Esencial debió verlo antes.

Damisela señala débilmente la lámpara que cuelga sobre su cabeza.

—La radiación del sol del planeta de mi madre aniquila mis poderes. Para eso sirve la lámpara, listillo. Supongo que el Doctor Imposible también lo sabía. Admitámoslo, soy un error.

Sí, en la era venidera yo gobernaré vuestro mundo, como me corresponde por derecho. Seré estricto pero justo y, por encima de todo, científico. Será un placer conservaros con vida para que seáis testigos de vuestra irremediable y absoluta derrota.

Entonces Elfina se remueve en su plataforma y hace el discurso más largo que le he oído jamás.

—¿Sabéis cómo me encontraron? Estaba tan muerta de hambre que me desmayé. Un par de cazadores dieron conmigo y pensaron que era su día de suerte.

—¡Por Dios! —exclamo, y Elfina se encoge instintivamente al oírme—. Perdona.

—Nací en el siglo doce de vuestro Cristo, y soy la última hada que queda en la Tierra. Cuando el pueblo de las hadas abandonó el mundo de los humanos, en el siglo diecisiete, yo me quedé atrás. Titania no pudo o no quiso explicarme por qué. Pero allí me quedé, la única hada de todos los bosques de Inglaterra.

Se acurruca en su celda y nos cuenta su historia.

—Año tras año y siglo tras siglo, la caza se iba haciendo cada vez más escasa, las

bellotas perdían el sabor y el rocío de la primavera su capacidad para nutrir las plantas. Recorrí a solas los bosques, ahora desiertos de caballeros andantes y ociosas doncellas, mientras el largo siglo diecinueve languidecía. Y luego llegó el siglo veinte. Los bosques se vieron reducidos a unas pocas extensiones de terreno sin explotar, surcadas por pistas de tierra batida y cables eléctricos, sobrevoladas por aviones tres veces al día. Empecé a oír los coches que pasaban a toda velocidad por la autopista, allí donde antaño se extendía la silenciosa masa forestal cientos de kilómetros a la redonda. Me acostumbré a oírlos pasar, siempre por detrás del siguiente grupo de árboles. Las ardillas reemplazaron a los ciervos; los lobos se convirtieron en un recuerdo lejano. Un día, un chico con un anorak rojo me sorprendió a plena luz del día mientras me agachaba para beber de un tubo de desagüe.

»Vivía esperando el día en que por fin se desvelara el plan de Titania. Me fui desplazando cada vez más hacia el norte a medida que iba pasando el tiempo. Cruzaba las carreteras de madrugada, con el asfalto aguijoneando las plantas de mis pies descalzos, en busca del siguiente trozo de tierra virgen. En cierta ocasión resulté herida por un coche que me embistió. Había encajado más de un golpe al servicio de Titania, conocía el escozor de las heridas producidas por el hierro frío, y hasta había sentido el fogonazo caliente de una bala de mosquete, pero aquello, la luz cegadora y la fuerza de la máquina que me arrolló sin contemplaciones no se parecía a nada de lo que hasta entonces había experimentado. Me escabullí y me perdí entre la maleza antes de que quienes me habían atropellado reaccionaran, y me quedé allí temblando, sin poder moverme.

Miro alrededor y compruebo que los demás escuchan en silencio. Lobo Negro ya conoce la historia, tiene que conocerla. Triunfo del Arco Iris no, es evidente. Pero Elfina parece dirigirse a mí.

—Empecé a pasar hambre. Me fui quedando en los huesos, demasiado delgada hasta para un hada, una criatura de largas uñas y piel plateada bajo la que se adivinaba una frágil osamenta de pájaro. Los peces habían desaparecido. Masticaba ortigas y bebía agua contaminada de los arroyos, y en invierno asaltaba los graneros de las ardillas. En las noches de verano me sentaba a contemplar las pocas estrellas que se veían más allá del resplandor de las ciudades y soñaba con viejas cacerías. Corría el año mil novecientos setenta y cinco, una fecha incomprensiblemente tardía para la pervivencia de un hada en Inglaterra. Vagué por el bosque, aturdida, casi traslúcida bajo la luna. Me estaba consumiendo.

»Una mañana, recién llegada la primavera, perdí el conocimiento y estuve cuatro horas en el fondo de una alcantarilla, hasta que una inesperada tormenta me arrastró colina abajo. Los cazadores habían subido desde Berwickshire para pasar el día en el campo. Me encontraron tirada en el lecho de un arroyo, inconsciente.

»Era mediodía, y ya iban un poco borrachos cuando dieron conmigo, una muchacha en camisón, muy menuda, de metro treinta y cinco de estatura, y tan hermosa, incluso dormida, que no parecía humana. Uno de ellos le pasó el arma a su compañero y se acercó a echar un vistazo. No debió de fijarse en las alas, ni en las uñas.

»Según el informe policial, me vieron más tarde caminando desnuda por el arcén de la autopista, con el rostro y el cuerpo ensangrentados. No sabía qué había ocurrido. Pero cuando, después de trescientos años, una súbdita del reino de las hadas apareció caminando con los pies desnudos por la línea central de una carretera principal, fue un sacerdote católico el que reconoció la gravedad de la situación.

»Me sacó de la calle y me buscó ropa y una habitación sin crucifijos ni objetos de hierro. Llamó a su superior, quien se puso en contacto con un erudito del Vaticano especializado en la materia. La Iglesia católica posee lo que podríamos llamar una portentosa memoria institucional. El último hombre que se había encontrado en la misma tesitura había dejado escrito en latín del siglo doce cómo proceder y qué formas de tratamiento deberían emplearse para la comunicación entre hadas y hombres cristianos. Y aquel protocolo sigue vigente, pese a las reformas del Concilio Vaticano II. El sacerdote repitió las fórmulas que le enseñaron y, todavía aturdida, le contesté en el lenguaje de la antigua alianza con palabras que había aprendido durante el reinado de Enrique II.

»Dos tareas me han sido encomendadas: defender el honor de las hadas y, llegado el momento, cumplir la misión para la que estoy predestinada. Pero quienes firmaron la alianza entre las hadas y los hombres nada sabían del mundo en el que me hallo ahora, como no lo sabía Titania.

»Fui la gran atracción del momento, pero mi fama duró poco. La prensa acabó cansándose de mí. No podía salir todos los días en esos programas de entrevistas y en esas revistas. Tampoco podía volver al bosque, a pacer en las medianas de las autopistas. No sabía cómo alquilar un piso, ni ejercer ningún oficio, ni vivir en una ciudad. Soy un hada, pero no puedo seguir siendo la guerrera de Titania.

»Entonces Damisela me encontró y me ofreció un trabajo gracias al cual mi vida volvió a cobrar sentido. Descubrí que podía ser una superheroína.

* * *

—¿Y tú? ¿Cómo empezaste en esto?

Por una vez, Damisela me mira directamente, aunque no me es fácil estudiar la expresión de su rostro bajo aquella luz ambarina cuando me hace la pregunta para la que llevo tiempo deseando encontrar una respuesta.

—No creo que os interese oír hablar de eso.

De todos modos, tampoco estoy lista para hablar del tema.

—¿Qué te hicieron?

Lo pregunta en un tono que jamás le había oído, y durante un minuto entero no acierto a contestar. Pasan sesenta segundos hasta que recupero el curso de mis pensamientos.

—Yo también intenté vivir como una superheroína durante algún tiempo, pero trabajar para la ANS era sencillamente más fácil. Nada es como te habían dicho que sería. No es fácil montártelo por tu cuenta siendo un ciborg. Yo lo intenté. Peso unos ciento ochenta kilos. No encuentro ropa que me sirva. No puedo montar en bicicleta. No puedo comer en un restaurante normal, ni sentarme en una silla que no esté reforzada para soportar mi peso. Necesito comida especial, medicarme de por vida para impedir que mi cuerpo rechace los implantes, y caigo enferma a menudo por tener un sistema inmunológico debilitado.

»Y solo os hablo de lo que sé. Tengo sistemas que nadie comprende. No soy un coche que se puede devolver si resulta que uno de cada millón que se fabrica sale defectuoso. No hay dos como yo.

No quiero contarles todas estas cosas, pero estoy hasta las narices de ser la única que lo sabe. Las palabras brotan de mi boca sin que pueda impedirlo.

—Cuando me dijeron que no iban a seguir cuidándome, pensé que era el fin. La clínica de Ohio en la que me hacían el mantenimiento cerró sin aviso previo. Un día, fui hasta allí y me encontré una oficina vacía, y cuando intenté rastrear la empresa, descubrí que nunca había existido.

No puedo seguir hablando, pero hay más, mucho más que ni siquiera soy capaz de poner en palabras. No he tenido ningún novio en todo este tiempo. Ni siquiera puedo tener hijos, porque donde estaba mi útero hay ahora un reactor nuclear. Sé que suena absurdo, pero tenía la esperanza de que el Doctor Imposible me acogiera en su seno, o quizá incluso me arreglara, me dejara como era antes. Sé que es una locura, pero odio este trozo de metal que me metieron dentro con mi consentimiento. ¡Dios, cómo lo detesto! Como solo puedes odiar una parte de ti mismo que tú has creado.

Os dejo para que meditéis sobre vuestros errores. El error de enfrentaros... al Doctor Imposible. ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

Damisela tiene mejor cara, pero aquella luz sigue anulando sus poderes. Lobo Negro y ella hablan en voz baja. No es la primera vez que se ven en apuros.

Lobo Negro se da cuenta de que los observo.

—No pasa nada.

—¿Cómo que no pasa nada? Estamos a punto de entrar en una nueva Edad del Hielo y todo el planeta está en manos del sociópata más vengativo del mundo, así que

¿cómo puedes decir que no pasa nada?

—Verás, tengo un plan B. Contamos con refuerzos.

—¿Refuerzos? ¿A quién te refieres, a Nube de Tormenta? ¿Al Superescuadrón? Lobo Negro niega con la cabeza.

—Se nota que todo esto es nuevo para ti... Sabíamos perfectamente que el Doctor no tardaría en volver a las andadas.

* * *

Tras un chisporroteo de los altavoces, la voz del Doctor Imposible suena de nuevo, repitiendo el discurso que acabamos de oír.

Queridos «Campeones». Bienvenidos. Para cuando oigáis esto...

—¡Maldito capullo! —exclama Lobo Negro con inusitada vehemencia.

Contra todo pronóstico, Damisela esboza una sonrisa y se le escapa una risita. De pronto, todos rompemos a reír al unísono, casi como un equipo otra vez. Luego, en la distancia, oigo el trueno.

PERO ANTES DE QUE TE MATE...



—Bueno, bueno, bueno... Fuego Esencial.

Llevo más de media vida esperando este momento.

Fuego Esencial yace en el suelo con los brazos esposados a un grupo de columnas centrales. Hace eso tan estúpido de fingir que está durmiendo, como si estuviéramos en un campamento de verano. En fin, que haga lo que quiera. Pero ojalá se dignara abrir los ojos y ver esto porque, la verdad, es toda una hazaña. Algo espectacular.

Sigo hablando, pero tengo la mente en otra parte. Debo concentrarme en conquistar el mundo.

—Ahora que te tengo a mis pies, indefenso. Ahora que todos tus esfuerzos se han revelado inútiles. Ahora que estás a mi merced. Ahora que no hay nada que puedas hacer para detenerme. Ahora que estás a cientos de kilómetros de toda posibilidad de ayuda. Ahora que no hay posibilidad de escapar. Ahora que has perdido, final e irremediabilmente.

Aunque mi experimento fuera un fracaso.

—Ahora que los ejércitos del mundo nada pueden contra mí. Contra mis rayos láser. Y mis campos energéticos. Y mi ejército de soldados robots, dotados de sus propios campos energéticos y visión de rayos láser.

Aunque no consiguiera a la chica.

—Ahora que tu derrota es total e inapelable. Ahora que te he vencido del modo más absoluto e indiscutible. Y que reinaré para siempre como poder supremo. Ahora que he ganado.

Aunque nunca seré como tú.

Sí, fingió su propia muerte. Todavía no sé cómo. Tendré que sonsacárselo.

* * *

Los generadores solo son el centro de la red de fuerzas que he montado, y cuyo alcance va bastante más allá de la órbita lunar. Todo se basa en la generación gravitacional y la perfecta reflexión de la energía. Nadie sino yo puede aprehenderlo de un modo completo, nadie alcanza a comprender la dimensión del proyecto, un

inmenso y oscuro galeón que surca los grandes mares del éter con infinita lentitud, con infinita pesadez, arrastrado por incontables hilos y capas.

No es algo que se pueda lograr de la noche a la mañana, sino que solo es posible gracias a una constante aplicación del ímpetu. Detrás de todo esto hay una teoría matemática absolutamente genial, un problema lingüístico de extensión barroca y proporciones novelísticas, una matriz cambiante de ángulos de incidencia, velocidades de giro, fuerza bruta... Manipular una masa inimaginablemente pesada de roca y barro, océanos y mares, autobuses y pianos de cola flotando en medio del espacio era como poner a una hormiga a remolcar a un transatlántico. A mi espalda se elevan las máquinas, hilera tras hilera, hasta el lejano techo.

Podía haberlo conseguido años atrás si me hubiesen dejado acabar aquel experimento. ¡Malditos metomentodo! Si tan solo hubiese podido redactar mi tesis doctoral en condiciones... Si tan solo la hubiese podido terminar... Pero aun así necesitaba que tú desaparecieras

Los zarcillos de energía salen dando latigazos y cargan los cinco postes adicionales, y todo el aparato empieza a girar, muy, muy despacio, con enorme esfuerzo, desviando la Tierra de su curso sin resquebrajarla. Haciendo entrar en vereda de un modo lento y casi imperceptible su pesadísima masa, su intrincado mecanismo de relojería cósmica. Por un segundo, me alzo en el centro mismo de la Creación.

Dios, qué infeliz me siento.

* * *

Cuando saltó aquella alarma de némesis, apenas podía dar crédito a mis ojos. Las puse en marcha tiempo atrás para escanear el cielo en busca de objetos superdensos de dimensiones humanas que se movieran a gran velocidad. En otras palabras, para buscarlo a él.

Debí suponerlo al ver toda la publicidad, todo el espectáculo lacrimógeno que rodeó su muerte. Me pregunto si habría algo siquiera dentro de aquel féretro. Seguramente varias personas, desternillándose de risa. Y pensar que me lo tragué, ¡yo, el Doctor Imposible! Que me dejé engañar por un pigmeo mental. Y sin embargo era tan evidente... Era exactamente la clase de idea casi ingeniosa que suele tener esta gente, como la de fingir que han perdido el conocimiento, como toda la historia de las identidades secretas. ¡Como si no supiéramos qué aspecto tienen!

A lo mejor quería obligarme a salir de mi escondrijo. Ya no quedaba nadie que se atreviera a hacerle frente, y quizá estaba aburrido. Con su mera existencia, Fuego Esencial lo cambia todo. Nada en él es normal. Solo sus sentidos suponen una diferencia abismal entre lo que uno puede o no puede intentar mientras está presente

en el planeta.

Tuve cerca de noventa minutos, noventa minutos para recalcularlo todo, para poner mi inmensa inteligencia a funcionar a pleno rendimiento. Pero es mejor así. Los Campeones nunca han estado a su altura. Derrotarlos sin Fuego Esencial es casi como hacer trampa.

Pero no tenéis ni idea de lo que supone enfrentarse a alguien así, a un ser absolutamente invencible. Es fuerte, demasiado fuerte como para molestarse en esquivar las balas. Dispararle sería tan eficaz como apuntarle con una linterna. Y no ha hecho sino volverse más fuerte con el paso de los años. A estas alturas del campeonato, el universo de los materiales sólidos debe de ser como la niebla para él.

Hay que trabajar en varios niveles. Y se requiere astucia. Yo solía enfrentarme a Go-Man, el hombre bolido del Superescuadrón, con un desprecio total hacia la fricción atmosférica, la inercia y otras cosas de esas que nosotros, los mortales, consideramos los pilares de la Física. Rara vez tenía ocasión de ver su cuerpo real, perdido en el centro de un torbellino perpetuo, como el ala de un colibrí o las aspas de un helicóptero, invisiblemente rápido.

Me las vi con él por primera vez en Berlín, y tuve que inventar una nueva clase de mecanismos de defensa para enfrentarme a sus habilidades especiales: cables trampa, gases, espumas paralizantes, zonas del recinto que podía cerrar a cal y canto en un momento ante la mínima sospecha de que él estaba en su interior. Luego le echaba encima todo lo que se me ocurría —venenos, vibraciones sónicas, abejas mutantes— hasta dar con algo que funcionaba, hasta que se desplomaba en el suelo y dejaba de moverse o se desvanecía en el aire como un espíritu.

Enfrentarse a Fuego Esencial significa superar todos estos retos y más, con la dificultad añadida de que conoce mis trucos más antiguos. No es como si pudiera lanzar una bomba de humo, perderme en una habitación de espejos y huir entre risas. No hay nada comparable a él ahora mismo, al menos no en la Tierra.

* * *

Descendió suavemente hasta el patio en ruinas. No había nadie esperándolo. En un caso así de nada sirven las fuerzas de choque. Y mejor no hablar de las fuerzas de choque.

—¡Madre mía, este sitio está hecho un asco!

Capullo.

Esperé durante unos momentos en silencio, y luego encendí las luces. Si lo sorprendí, no se le notó. Estuvo un rato inspeccionando los alrededores. De haber conocido mi ubicación exacta, podía haber entrado directamente a por mí excavando un túnel en la roca. Podía haber recorrido la fortaleza a doscientos por hora de haber

querido, pero iba a tomárselo con calma, al igual que yo.

Se había vuelto perezoso, de eso me di cuenta. Ni siquiera se molestó en utilizar la visión de rayos X. Hacía demasiado tiempo que nada lograba hacerle un rasguño. Entonces explotó la primera mina, y el sonido de la detonación retumbó por todo el edificio como un trueno distante. Gracias a las cámaras, pude comprobar que Fuego Esencial había resultado ileso, pero habló por primera vez.

—No ha estado mal.

Me acerqué al micrófono. Había llegado el momento de decir tonterías.

—No creerías que vuestras cárceles podían detenerme, ¿verdad? Sabías que volvería. Yo... el Doctor Imposible.

Era una manera como cualquier otra de ganar tiempo.

* * *

Todos los superhéroes tienen un origen. Es algo obligatorio, ¿verdad? Un fogonazo de procedencia misteriosa, un accidente de consecuencias imprevistas. Pero ¿qué podía haber dado origen a algo como tú, Fuego Esencial? Tan divinamente poderoso, tan perfecto. Apenas has envejecido, ¿te has dado cuenta? Podrías vivir mil años. Hay quien piensa que eres un alienígena. Otros creen que eres el mismísimo Caín, condenado a vagar por la Tierra durante toda la eternidad, intocable. ¿O quizá hayas venido del futuro? Un futuro nada halagüeño, como el de Lily, que te ha hecho volver atrás para enmendar el pasado. Pero no, yo he estado en el futuro, en muchos futuros, y no he visto nada que se te parezca, excepto tú. He visto futuros en los que te habías pasado al otro bando, a mi bando, y futuros en los que eras un rey todopoderoso. He visitado realidades paralelas en las que el accidente que te dio los poderes no te ocurrió a ti sino a Erica, o al profesor Burke, o al chico que estaba de pie a tu lado, o a mí... pero no a mi verdadero yo.

Es una de las incógnitas que más me ha intrigado a lo largo de la vida. Yo estaba allí, y he empleado todos los medios a mi alcance para intentar despejar esa incógnita, para resolver el misterio de tu origen, el secreto de tu fuerza. Ha llovido mucho desde las clases del profesor Burke. Pero tú nunca has sido demasiado brillante como científico, ¿verdad, Jason? ¿Acaso se ha olvidado todo el mundo del rayo zeta? Yo, desde luego, no lo he olvidado.

* * *

—Mmm... me huelo una trampa —dijo asomando la cabeza por la puerta del vestíbulo.

No bien hubo entrado, las puertas se cerraron de golpe a su espalda y el aire de la

habitación se enrareció a causa de una niebla ácida. Por supuesto que era una trampa. No había más que trampas, por todas partes. En el pasillo contiguo le esperaban afiladísimos rayos láser que proyectaban chillonas sombras verdes y rojas en las paredes. Luego vibraciones sónicas, luego microondas. Fuego Esencial evaluó la situación de un vistazo y abrió la puerta que conducía a la siguiente estancia.

—¿Ya está?...

A menudo me pregunto qué habría hecho Einstein en mi lugar. En Peterson, tenía un póster suyo en mi habitación, aquel que pone «La imaginación es más importante que el conocimiento». Einstein era listo, puede incluso que tanto como Laserator, pero carecía de audacia. También es verdad que nunca tuvo que esquivar un lanzagarfios...

Me gusta creer que habría disfrutado con mi trabajo, si hubiese podido verlo. Pero nadie ve nada de lo que hago yo, o al menos no hasta que empieza a planear sobre Chicago, por así decirlo.

Todas las habitaciones estaban llenas de trampas, pero él seguía avanzando como un héroe legendario. Lo convertí en un bloque de hielo, y lo derritió. Es capaz de enfriar la lava con su aliento, y hacerla añicos. Descargas eléctricas, dardos venenosos, vudú. Lo he intentado todo, solo por probar. Los rayos láser dejaron marcas rojas en su piel que se desvanecieron al cabo de unos segundos, un pequeño y atípico efecto secundario. Fuego Esencial empezaba a perder la paciencia. Ambos habíamos vivido todo aquello antes.

Entonces franqueó la última puerta, sacudiéndose de encima unos cuantos cables electrificados, reminiscencias de un proyecto de electrochoque que no acabó de cuajar.

Y ahora nada nos separa excepto el aire. Estoy a tan solo veinte metros de distancia de él, sentado en el trono que habéis visto en mis comunicados.

—Hola, Fuego Esencial. Te crees muy listo, ¿verdad?

—Nunca te saldrás con la tuya —replica en tono desabrido.

—¡Despierta de una vez! Ya lo he hecho. Lo que pasa es que te lo has perdido porque estabas jugando a hacerte el muerto.

—Te voy a partir la boca.

—Muy bien. Adelante. Venga.

En un visto y no visto, vence los escalones que conducen al estrado, medio volando, dispuesto a lanzar un golpe capaz de resquebrajar un diamante. Pero su puño atraviesa el holograma en silencio y, en ese preciso instante, mis carcajadas llenan la estancia.

—Lo siento. No he podido resistir la tentación.

El verdadero trono se ilumina. Levanto las manos justo a tiempo, y lo tengo encima.

* * *

Hemos luchado tantas veces... bajo el agua, en el espacio exterior, en salas de control envueltas en llamas, naves espaciales a punto de estrellarse y templos ancestrales, en Marte y en el centro de la Tierra. Y he salido derrotado en todas y cada una de esas ocasiones.

Alguna vez he estado a punto de ganar, conste. Pero cualquiera que sea la fuente de su fuerza es inagotable, alguna extraña clase de vórtice de energía zeta que jamás he logrado desentrañar. Se comporta como si fuera superdenso y a la vez ligero como una pompa de jabón. Desbarajusta todos los principios de la Física convencional.

Nuestras primeras batallas eran de lo más aparatosas, con mucho robot y mucho rayo láser. Yo confiaba en el hierro y el láser, convencido de que antes o después podríamos con él. Pero Fuego Esencial reducía a chatarra aquellas pobres víctimas de una concepción equivocada. Yo podía fabricar cualquier cosa con metal, pero él siempre era más fuerte que cualquier metal.

En los setenta me volví más sofisticado. Empecé a emplear la psicología. Hice rehenes, secuestre a sus amigos, mujeres y perros. Erica y yo empezamos a pasar más tiempo juntos, en trenes, en cuevas, pero jamás me quité el antifaz en su presencia, y ella nunca adivinó mi verdadera identidad. Descubrí que podía confundir a Fuego Esencial mediante espejos, sustancias estupefacientes o descabellados juegos de lógica. Se dejaba engañar por réplicas androides, hologramas, telepatía y aparatos de control mental, aunque no por mucho tiempo. Antes o después se daba cuenta del engaño y yo volvía a notar sus puños sobre mí.

Con los años ochenta llegó la magia y la nueva cibernética, pero yo siempre acababa perdiendo, golpeado hasta perder el conocimiento. Soy bastante duro de pelar, pero también tengo mis límites. Sin embargo, si algún sentido tiene mi trayectoria, es que a la larga he demostrado ser mejor que la gente como él.

* * *

Lo primero que pierdo es el báculo, que sale volando de mi mano y rueda sobre el suelo de mármol. Tampoco es que lo lamente demasiado. Funcionaba con energía zeta, lo que significa que es inútil contra mi oponente. Intento golpearlo, pero me ve venir y me asesta un puñetazo que retumba en el interior de mi casco. No es fácil luchar con el traje puesto, pero me juré a mí mismo que no iba a caer en vaqueros y camiseta. Saco el bláster y le atizo una buena descarga, en nombre de los viejos tiempos. Espero que le duela.

Sé que no es intocable. Lo he visto sangrar, y aquella vez que un gladiador alienígena se presentó en la Tierra para desafiarlo acabó con un ojo a la funerala.

Creo que en cierta ocasión hasta le rompí la nariz.

Fuego Esencial coge el bláster y lo aplasta entre los dedos. Luego me agarra por el cuello y me arroja contra la pared, a unos diez metros de distancia. Me estrello con fuerza, y pasan unos segundos hasta que consigo respirar de nuevo. Mi contrincante parece confuso y resignado a la vez, como si se preguntara por qué le hago hacer todo esto. Pero viene a por mí de nuevo.

Ahora todo se reduce a un combate cuerpo a cuerpo. Un momento borroso, jadeante, en el que medimos nuestras fuerzas y noto su aliento en mi mejilla. Al final siempre acabamos así, pese a todas mis precauciones, mis estratagemas, mis artimañas. Noto en la boca un sabor familiar, una mezcla de sangre, sudor y derrota.

Sigue siendo el superhéroe más poderoso al que me he enfrentado nunca. Intenta atraparme en una llave de cabeza, pero me escabullo con la capa revoloteando por encima de mí. Volvemos a estar separados. Lanzo un par de granadas de luz solo para ganar tiempo.

Le asesto un puñetazo en el ojo, pero es como golpear mármol. Su cabeza apenas se mueve.

—¿Ya has tenido bastante? —pregunta, con el ingenio que lo caracteriza. Ni tan siquiera se ha despeinado.

Sonríe, luego se vuelve borroso, y apenas veo venir el golpe. Me caigo al suelo, y me apoyo en las manos y las rodillas. La habitación no da vueltas, pero se mueve un poco mientras me incorporo. La cicatriz que tiempo atrás me dejó en el rostro empieza a dolerme, lo que significa que estoy sometido a un gran estrés.

Sus ojos cambian de color por un segundo y las prendas externas de mi traje empiezan a arder. Me las quito y me vuelvo a poner en guardia. Fuego Esencial intenta cogerme del cuello, pero atrapo su brazo y lo tumbo de espaldas sobre la alfombra, lo que me da tiempo para sacar la maza de Ra.

No debería haber esperado tanto. En cuanto toqué la maza supe lo que podía hacer. Está rota, pero conserva la energía suficiente. Durante unos minutos, puedo ser invencible.

Susurro aquella palabra irrepitible, impronunciabile, y noto cómo la fuerza emana de la maza hacia mi cuerpo. Me siento ligero y rápido. A mi alrededor, el mundo va más despacio. Doblo una mano y noto la fuerza de una montaña en ella. Es una sensación maravillosa. Es como hacer trampas. Por unos minutos, soy Fuego Esencial. Soy mejor que Fuego Esencial, soy el Doctor Imposible.

Tomo impulso y lo golpeo en la barbilla justo cuando se está levantando. Fuego Esencial gira sobre sí mismo y vuelve a caer al suelo. El estruendo del impacto resuena por toda la habitación. Parece un poco sorprendido, como si no creyera que yo pudiese asestar semejante golpe. Me ha ganado la partida demasiadas veces para esperar nada nuevo. Pero todavía no está asustado.

—Recuerdos de Nelson Gerard.

Bajo el escalón de un salto, me afirmo y lo vuelvo a golpear, esta vez más fuerte. ¡Patapam! El eco rebota en el techo abovedado. Sé qué está sintiendo, porque es lo que siempre me pasa a mí dos minutos antes de volver a la cárcel. Está aturdido, tratando de sacudirse el mareo de encima.

—¿Qué...? —farfulla, intentando formular una pregunta.

—¿Has visto? ¿Quién es el invencible ahora?

Lo golpeo de nuevo, y para mi propia sorpresa sale volando y no para hasta estrellarse en la otra punta de la habitación. Su rostro empieza a tomar un aspecto abotargado, como nunca lo había visto. Está aprendiendo algo, tal como me pasó a mí en el pasado. Y yo también estoy aprendiendo. Qué tonto he sido, atacándolo con los artilugios más sofisticados, cuando al final todo se acaba reduciendo a una pelea a puñetazo limpio. ¡Pam! Los superhéroes llevan todo este tiempo enseñándome cómo se hace. ¿Por qué no les haría caso?

Apenas logra mantener el equilibrio. Levanta las manos, intenta cerrar los puños. Vuelvo a ponerme en posición, tomándome mi tiempo. Uno, dos, tres, ¡pam! ¿Quién fue la primera persona que te golpeó, Fuego Esencial? Fui yo.

Lo golpeo una y otra vez y lo saco a patadas hasta el patio. La carga acaba agotándose, claro está, pero Fuego Esencial pierde el conocimiento poco antes del fin, tal como solía sucederme a mí. Y entonces, por un momento absolutamente plácido y perfecto, he conquistado el mundo.

Lo arrastro de vuelta al laboratorio principal y lo encadeno a una columna. No se me ocurre otro sitio donde dejarlo.

* * *

Aprovecho para dormir un poco mientras espero a que las máquinas se carguen. Todavía hay muchas cosas que no comprendo de aquella noche lejana. La memoria no funciona como debiera, las imágenes no se suceden de principio a fin como en una película, sino que me vienen a la mente de vez en cuando, fragmentos del insoluble misterio del pasado. Erica de nuevo. Estábamos haciendo la colada juntos. Recuerdo el zumbido de los fluorescentes y el repiqueteo de las secadoras, increíblemente estridentes. En el sótano se respiraba un aire cálido y viciado. Erica ladeó la cabeza, la inclinó levemente hacia la mía y algo en la calidad del aire cambió de pronto. Por un segundo, pensé que iba a besarme. Me ruboricé. Aquí viene, pensé. Hasta creí sentir sus labios, cálidos sobre los míos, antes de apartarse. Así es como ocurre, como se convierte uno en otra persona, como crece.

Entonces sonó el temporizador y Erica levantó la vista, sobresaltada. Ahora vuelvo a estar en el viejo laboratorio. Es hora de comprobar la mezcla. Enfilo el largo

pasillo alumbrado por fluorescentes y percibo aquel olor ligeramente acre, medio asqueroso, medio reconfortante. Así empezó todo. Luego vino la explosión, y el largo, larguísimo duelo que le siguió.

* * *

—Sé que estás despierto. —Es increíble todo lo que hace falta para contener a alguien como Fuego Esencial. Me llevó un buen rato—. De acuerdo. Sigue fingiendo. En tan solo unos minutos, voy a convertirme en el mayor supervillano de todos los tiempos. Pensé que te gustaría verlo. Por lo menos abre los ojos. Estoy justo delante de ti.

Lo hace, finalmente.

—No está mal, ¿verdad? De hecho, creo que es lo mejorcito que he hecho hasta la fecha. Deberías apreciar más mi trabajo. Eres el único que tiene ocasión de verlo.

No hay respuesta.

—¿Nada? Bueno. Lo he intentado.

Fuego Esencial suelta un largo y pesado suspiro, como si lo estuviera aburriendo. En voz baja, pregunta:

—¿Tendrás el detalle, al menos, de explicarme de qué va todo esto?

—¿Que de qué va? Cómo me alegro de que me hagas esa pregunta. —Uno las palmas de las manos y me toco los labios con las yemas de los dedos. No puedo evitarlo. Qué bien sienta ser un supervillano de vez en cuando—. Verás, hubo un momento de mi vida en el que, como tú, desarrollé ciertos poderes. Podía haber hecho lo mismo que tú. No lo hice, pero ¿sabes una cosa? Casi puedo imaginar lo que habrás sentido. La primera vez, mientras esperabas a que el sol se pusiera, no antes de las ocho de la noche en los meses de verano. Aguardabas en tu habitación haciendo unos cuantos estiramientos mientras las calles se iban quedando desiertas. Estabas, quizá, en tu piso de Nueva York.

»Entonces abriste la ventana de par en par, apoyaste el pie izquierdo en el alféizar, sacaste la cabeza y te incorporaste en el vano. Inclinandote un poco hacia fuera, con una mano aún aferrada al interior, dejaste que tu cuerpo se estirara y colgara ligeramente. El aire nocturno olía a bosque; la brisa se colaba bajo tu camiseta. La luna estaba casi llena, alumbrando la noche, invitándote a escalar. Y lo hiciste. Tus dedos iban encontrando huecos en la fachada, en el muro lateral del edificio, como si hubiera una escalera por la que ibas trepando sin la menor dificultad.

»Desde allá arriba, en la azotea, podías ver toda la ciudad, percibir su olor. Soplaba un aire cálido y envolvente, y el viento de la bahía sabía a salitre. Corriste de un lado a otro varias veces, y luego te asomaste al borde de la azotea para comprobar la distancia que te separaba del edificio que se alzaba al otro lado del callejón. Había

un abismo de casi cinco metros de ancho y otros tantos pisos de altura. Sin darte tiempo para pensarlo, echaste a correr, saltaste desde el murete y te permitiste el lujo de dar una voltereta en el aire antes de aterrizar, con los brazos estirados, sin tambalearte siquiera. Perfecto. El accidente que te concedió poderes no se llevó nada a cambio; seguías siendo fuerte y veloz, con músculos de acero y piel de teflón.

»Pronto le habías cogido el truco, diez pasos y allá ibas, sobrevolando el centro de la ciudad. Una o dos veces tuviste que colgarte de una cornisa para no caer, o dar unos cuantos saltos a la derecha o la izquierda, pero al final habías recorrido casi un kilómetro sin tocar el suelo. La oblicua luz del atardecer teñía tu cuerpo de dorado.

»Por la noche, recorrías la ciudad de cabo a rabo: Harlem, el SoHo, Wall Street. Merodeabas por los barrios a la espera de encontrar a alguien trapicheando droga o dando un tirón. Qué sensación, cuando de pronto abandonabas la sombra de una escalera. Los delincuentes pensaban que no eras más que un mocoso con algo en el rostro. Se echaban a reír sin imaginar lo que les esperaba. Luego venían los gritos de pánico, la impagable expresión de pavor en sus rostros. Y la gratitud de las víctimas. A mí nadie me ha dado las gracias jamás por todas mis maquinaciones.

»Tú has tenido una experiencia muy distinta, claro está. Pero es que tú sabías volar. Te elevabas a placer desde los tejados para surcar el cálido aire nocturno. Luego descendías un poco hasta que avistabas a algún desventurado malhechor. Debía de ser maravilloso, que el mundo entero te adorara de aquella manera. ¿Y a cambio de qué? De unirte al equipo ganador. Así de fácil. Pero esta vez no será así... Jason.

Por primera vez, provooco una reacción.

—¿Qué? ¿Cómo sabes mi nombre?

Lo noto incluso un poco nervioso. Tiene motivos para estarlo. Me regodeo con cada sílaba que pronuncia.

—Vaya, vaya... Buena pregunta. ¿Nunca se te ocurrió pensar en lo que le había pasado a tu viejo amigo, el que te hizo, el que te convirtió en lo que eres y a la vez tu mayor enemigo? Tantos años después, ni siquiera has sospechado que podía ser yo.

Fuego Esencial se queda boquiabierto.

—¿Quién? ¿No serás... el profesor Burke?

Joder.

—No... soy el que te hizo, Jason.

Me mira desconcertado.

—No acabo de comprender qué tratas de decirme.

—Vale, te propongo un trato. Te dejaré marchar con la única condición de que pronuncies mi nombre real. —Nada. Decido ponérselo fácil—. Quizá esto te refresque la memoria.

Me quito el antifaz y le dejo observar mi rostro, al tiempo que observo el suyo,

estupefacto, mirándome con ojos desorbitados. Por fin. Parece que hayan pasado mil años.

Fuego Esencial se aclara la garganta nerviosamente.

—Lo siento...

—De la facultad, ya sabes. De Peterson. El que te seguía a todas partes, el que te admiraba. El que te creó. El que te ha derrotado. ¿Lo pillas ya?

Mi interlocutor niega lentamente con la cabeza, sin salir de su estupor.

—Vale, de acuerdo. No importa. Al fin y al cabo, cuando sea el amo y señor del mundo entero, sabrán quién soy. Y llegarán incluso a venerarme, incluida... ¡Erica!

Busco alguna reacción. Sé que no es demasiado original. Sé que todo ocurrió hace mucho tiempo.

—¿Quién? —pregunta.

—Erica. —Enfatizo su nombre, por espolear su memoria, pero debo reconocer que parece igual de perdido que antes—. Ya sabes, la escritora.

Fuego Esencial menea la cabeza, más como quien se disculpa que como quien responde negativamente.

—Sí, supongo. Quiero decir, la recuerdo, sé quién es y todo eso, por supuesto. Pero... eh... ¿de qué la conoces tú?

¡Por el amor de Dios! No es que esperara que me pidiera perdón de rodillas, pero sí al menos que recordara quién soy. Bueno. No pasa nada. De hecho, es fantástico. El anhelo de toda una vida pisoteado sin compasión. Pero en el fondo da igual. Si te esperas un segundo, voy a destruir el mundo con esta máquina que he construido.

—Al carajo todo —murmuro, al tiempo que acciono el interruptor principal. A mi espalda los gigantescos motores empiezan a funcionar a toda máquina, con un zumbido más agudo. Por primera vez, creo que lo veo un poco asustado. Sigo hablando mientras trabajo—. Doctor Imposible. Mi nombre es Doctor Imposible. Al menos podías haber dicho eso. Bueno, es una lástima, Jason... has desperdiciado tu oportunidad de salvar el mundo. Esta vez no habrá otra oportunidad. Espero que te hayas percatado de que la Luna se ve un poco más grande de lo habitual. Pronto nadie en este miserable planeta podrá olvidar mi nombre. Mi verdadero nombre, Doctor Imposible.

»Voy a conquistar el mundo, y tú lo vas a ver... ¡Ja, ja, ja!... ¡Ja, ja,ja,ja,ja,ja!

* * *

Me río, pero el proceso de conquista mundial es de una enorme complejidad. Os daréis cuenta de eso si alguna vez lo intentáis. El control casa por casa y nación por nación es pesado y difícil de llevar a cabo. Las islas son especialmente difíciles de manejar. Cabe la posibilidad de utilizar el control mental, si se poseen los medios

necesarios, pero es poco práctico. No resulta muy estimulante tener que despertar a todo el mundo por la mañana, un día tras otro, y decirles que se cepillen los dientes. Se puede hacer de forma indirecta, infiltrándome subrepticamente en los gobiernos de los principales países, pero entonces nadie reconocería mis méritos.

Seguramente el plan más infalible consiste en descubrir un modo de destruir el mundo y luego hacer saber a todos sus habitantes que estás dispuesto a usarlo. Y a partir de ahí te puedes echar a dormir sobre tu arma de destrucción total mientras te dejen, a sabiendas de que antes o después alguien vendrá a buscarte las cosquillas, tengas o no los arrestos necesarios para apretar el botón.

Pero esta vez todo será distinto. Esto es algo que nadie había previsto. No necesito destruir la Tierra, me basta con enfriarla un poco. Pronto la temperatura caerá diez o veinte grados centígrados de golpe. El hielo empezará a extenderse desde los polos, y el color predominantemente blanco de la Tierra empezará a repeler cada vez más el calor, devolviéndolo al espacio, lo que hará que la temperatura descienda más aún. El calentamiento global se convertirá en un grato recuerdo.

Esto es lo que nos deparará el Imperio del Hielo, uno de los conceptos mejor trabados del Barón, aunque seré yo quien lo lleve a la práctica, quien gobernará el mundo desde una inmensa ciudad de hielo a la que acudirán cada año los grandes potentados del planeta a suplicarme unos pocos grados más. Necesitarán mi tecnología zeta para sobrevivir, lo que no deja de ser un efecto colateral de lo más satisfactorio, y finalmente podré decirle al maldito comité Nobel lo que tiene que hacer. A todo esto hay que añadir el encanto del concepto, que supone una inmensa conquista estética: castillos de hielo que se elevan por encima de ciudades heladas, cuevas subterráneas dotadas de conductos de ventilación térmicos. Esquí de fondo, bosques de pinos... y creo que hasta clonaré algunos mamuts y lobos para completar la estampa invernal. ¡Tendremos una blanca Navidad cada año!

Y las cosas tampoco tendrán por qué ser tan distintas. Unas cuantas celebraciones festivas, quizá. Nueva York pasará a llamarse Nueva Imposible, o Imposibleápolis. Tal vez funde también algún que otro Etergrado. Y siempre tendré la posibilidad de inclinar un poco la órbita de la Tierra en sentido contrario para que tengamos un día de sol de vez en cuando. Tampoco hay que pasarse.

Les suelto un pequeño discurso a los Campeones, que me escuchan desde sus celdas, y luego vuelvo los ojos hacia la silueta postrada en el suelo con aire desesperado entre las columnas que sostienen el edificio.

Me siento tan bien que tengo que decirlo:

—Hasta aquí hemos llegado, Fuego Esencial. ¡Hasta aquí hemos llegado, malditos Campeones!

Y entonces, justo detrás de mí, alguien carraspea, y siento que la sangre se me hiela en las venas.

—Bueno, casi.

* * *

No sé cómo se las ha arreglado para entrar, aunque es verdad que Lily nunca ha sido fácil de ver. Fuego Esencial se anima un poco al verla, él que siempre había sido su valiente salvador.

—Hola, Jonathan —saluda—. Me alegro de volver a verte.

—Lily, Me encanta tu traje. —Intento mantener la serenidad. No estoy preparado para esto. Aún lleva puesto el traje de los Nuevos Campeones. Le dedico una reverencia irónica, con la esperanza de aparentar una tranquilidad que estoy lejos de sentir. Lily se encoge de hombros y da un paso en mi dirección—. ¡No te muevas! —Intento sonar firme y saco el bláster de nuevo, aunque no apunto directamente a ella.

—Vale, vale. —Lily levanta las manos, fingiendo rendirse—. ¿Me quedo aquí quietecita?

—Haz lo que quieras. Pero no creas que vas a detenerme.

—Sí, ya lo sé. Nadie puede detenerte, Jonathan.

—Para ti soy el Doctor Imposible. No intentes liberarlo, te lo advierto. —De momento, todo se queda en un pulso. Lo cierto es que no estoy seguro de poder pararle los pies. Nunca he tenido que intentarlo—. ¿Así que ahora eres esto, de verdad? —le pregunto, al tiempo que señalo con la cabeza a Fuego Esencial, encadenado en el suelo. En serio, por lo menos podía mostrarse un poco avergonzada.

—Venga ya, Jonathan.

—Doctor Imposible, ya te lo he dicho. ¿Qué crees que estás haciendo aquí, Lily?

—Ah, no sé. Se me ocurrió venir a ver qué pasaba. Hace dos días que no formo parte de los Nuevos Campeones, sabrás. ¿Por qué lo preguntas? ¿Qué es exactamente lo que te traes entre manos?

—Pues resulta que estoy a punto de conquistar el mundo. Una eternidad de hielo y nieve, yo como la única fuente de energía, ese tipo de cosas. Todo el mundo deberá jurarme lealtad o morir, incluida tú.

Fuego Esencial no nos quita ojo, a la espera de que uno de los dos pase a la acción.

—¿Una nueva Edad del Hielo? Ah.

—¿Pasa algo? ¿Acaso te has quedado un poco... helada?

—Esperaba algo más imaginativo, la verdad. ¿Eso de la nueva Edad del Hielo no era una idea del Barón? —pregunta.

—¡Cierra el pico! Se llama el Imperio del Hielo, y va a funcionar a la perfección.

—Ya no, me temo.

Lily da otro paso. Le apunto de nuevo con el bláster, aunque no parece importarle

lo más mínimo.

—¡Eso es, Imposible! —gruñe Fuego Esencial, envalentonado—. ¡Se acabó!

—Tú cállate, gilipollas —le ordena Lily, sin ni siquiera molestarse en darse la vuelta—. Te tengo bien calado.

Trazo una línea imaginaria en el suelo con el pie.

—Lo digo en serio. ¡Podría arrojar este planeta al Sol en cualquier momento! Si te acercas un poco más, quiero decir.

—Escucha, no te lo tomes como algo personal. Lo que ocurre es sencillamente que no me apetece pasarme el resto de la vida en tu Edad del Hielo o cómo se llame. Por el poder que me ha sido concedido por los Nuevos Campeones, me dispongo a salvar el mundo y te ordeno que te alejes de ese artefacto.

Intento disuadirla blandiendo el bláster delante de ella, sin apartar la otra mano de la palanca.

—No cruces esa línea. Lo digo en serio. Esta cosa funciona de verdad.

¿Por qué nadie tiene miedo de mi bláster?

Lily da otro paso al frente, tomándose su tiempo. Toco la maza de Ra, que cuelga de mi cinturón, pero está fría y muda. Ya no es más que un bastón con una piedra engastada.

Lily alza los puños.

—¿De veras quieres hacer esto? —pregunto, al tiempo que le dedico mi mirada especial, esa que parece decir «¡Atrás, que estoy loco de verdad!»—. Es tu última oportunidad. Soy más fuerte de lo que crees.

Lily cruza la línea. A partir de ese momento todo se resuelve con bastante rapidez, y en realidad preferiría no tener que explicarlo. Digamos tan solo que soy lo bastante sensato para rendirme tras un par de asaltos. Lily me deja atado a la otra columna, al lado de Fuego Esencial. Ojalá él no hubiese estado allí. Lily ni siquiera ha sudado.

Entonces centra su atención en la máquina. Con una pizca de admiración, o eso quiero creer, y una pizca de lástima por lo que se dispone a hacer. Ambos la observamos atentamente.

Intento retrasar lo inevitable.

—No esperarás que te den una medalla por esto, ¿verdad? Como mucho, quizá recuperes a tu novio.

Lily hace caso omiso de mis palabras. Está pensando en otra cosa, y al cabo de unos instantes empieza a hablar en voz baja. Al principio, ni siquiera estoy seguro de saber a quién se dirige.

—Te habrás preguntado qué fue de mí. ¿O no? Se supone que eres listo.

Suena casi enfadada. Nos da la espalda mientras intenta decidir qué romper primero. Empieza por arrancar de cuajo cables situados en puntos estratégicos. El

zumbido de la turbina se va haciendo cada vez más grave, en un disminuyendo cósmico. Mi olfato me dice que algo se está quemando.

—Ocurrió cuando el Barón Éter unió sus fuerzas al Diamante Viviente. Yo seguía escribiendo, pero ya me había dado cuenta de que aquello era un callejón sin salida. Mis relatos eran un asco, y dedicaba más tiempo de la cuenta a escribir sobre los superhéroes para poder llegar a fin de mes. Me había visto reducida a la chica de Fuego Esencial. Necesitaba una nueva perspectiva.

»Descubrí dónde se escondían los dos por pura casualidad. Llamaron preguntando por Fuego Esencial, yo cogí el teléfono y apunté la dirección. Los seguí hasta una fábrica de productos químicos abandonada y me colé en su interior con mi cámara y mis zapatos más cómodos.

Y entonces ve la lente reflectante de Laserator. Solo de pensarlo, se me ponen los pelos de punta.

—Era la oportunidad que estaba esperando, una historia real que podía publicar en primicia, pero fui un poco demasiado lejos y me pillaron. Eché a correr, como siempre, pero tropecé y perdí el equilibrio, como siempre. Me caí desde una pasarela y fui a parar al interior de una cuba llena de un líquido asqueroso que aquellos dos acababan de mezclar.

»Me fui a casa y me di una ducha enseguida, pero ya había empezado a notar algo, como un hervor en la sangre. Un poder. Me fui a mi habitación y allí me quedé, asomada a la ventana que daba a la calle, a las casas blancas. La primavera acababa de llegar, y entraba una brisa fresca. Pensé en Jason, en si debía llamarlo o no, pero no lo hice.

»Permanecí de pie en el centro de la habitación. Aquella sensación fue a más, hasta que me noté ardiendo. Toqué las cortinas y les prendí fuego con mi tacto. Iba quemando la moqueta a cada paso que daba, recortando huellas de mis pies descalzos. Desnuda, enfilé muy lentamente el pasillo hasta llegar a la sala de estar, y luego salí al jardín.

»Me miré y me vi cambiada, transparente e invulnerable. Me quedé allí un buen rato mientras mi piel endurecida se enfriaba, palpitando en la luz vespertina. No pensaba volver a casa.

»Era de justicia que yo desarrollara superpoderes. Si el rayo zeta me hubiese alcanzado a mí, tal vez tendría los poderes de Fuego Esencial, ¿lo habías pensado alguna vez? Sabía que debía tomar una decisión, la misma que tú tomaste en su día, Jason. No tenía por qué seguir siendo Erica, la patosa novia del héroe. Así que decidí convertirme en Lily, la salvación del siglo treinta y cinco, la chica del futuro, carente de pasado.

Lily contempla las ruinas de mi artilugio, como si quisiera asegurarse de que no hay manera humana de repararlo. No la hay.

—Una última cosa. Sí que viajé al futuro en una ocasión, para que lo sepas, y presencié la Plaga. Fue real. ¿Y sabes de dónde salió? De Costa Rica. Fue esa estúpida maza la que desencadenó todo el lío cuando se rompió.

—Pero... no ha habido ninguna plaga. Yo moví la maza. Yo la desconecté.

—Lo sé. Supongo que has acabado salvando el mundo, mira por dónde. Cuídate, Doctor Imposible.

Me besa en la mejilla, y luego me mira a los ojos un instante, casi sonriendo. Se queda de pie en el umbral de la puerta unos segundos, mientras el agua de la lluvia rebota en su espalda, y luego se desvanece en la oscuridad de la noche.

Fuego Esencial también la sigue con la mirada, y en su rostro hay ahora un gesto extraño, un gesto que nunca le había visto, casi meditabundo. No se me ocurre nada que decir, y al parecer él está en las mismas, así que nos limitamos a quedarnos allí sentados, atado cada uno a su columna. Y así nos encuentran los Nuevos Campeones cuando por fin logran huir de mi mazmorra.

LA CHICA QUE LO TENÍA TODO A SU FAVOR



Durante un rato se oyen ruidos de forcejeo y lucha procedentes de arriba, con golpes tremebundos que parecen sacudir toda la fortaleza. Luego hay un silencio inquietante, solo roto por el zumbido de las máquinas del Doctor Imposible. Hasta que, de pronto, oigo pasos que se acercan y pienso que finalmente estoy a punto de conocer a Fuego Esencial. Pero, por supuesto, no es él. Es la Nueva Campeona que faltaba.

—Así que aquí es donde se reúnen los chicos más populares del barrio —bromea Lily a modo de saludo.

—¿Cómo has entrado? —pregunta Lobo Negro—. ¿No estarás...?

—Sé lo que parece, pero no, no estoy conchabada con él. —Se detiene a mirarnos uno a uno—. Pero tampoco fui del todo sincera con vosotros... en lo tocante a Fuego Esencial.

—Sé que está vivo —afirma Lobo Negro—. El Faraón iba a por él, así que fingió su propia muerte.

—¿De qué coño hablas?

Damisela vuelve la cabeza bruscamente en su dirección. Por una vez, la han pillado desprevenida. Hasta Míster Místico farfulla algo ininteligible a causa de la mordaza.

—¿Eso es lo que te contó? —pregunta Lily en tono incrédulo—. Acaba de caer derrotado, ¿lo sabíais? El Doctor le ha dado una paliza de muerte. Lo ha dejado literalmente para el arrastre.

—Espera un segundo, ¿tú no eras la novia de Fuego Esencial? ¿O eso también era mentira? —Lobo Negro suena enfadado, pero me pregunto si es solo porque, por una vez, lo han dejado en evidencia—. ¿Llevas todo este tiempo trabajando para el Doctor Imposible?

—¡Claro que no, por Dios! —contesta Lily con gesto exasperado—. Escuchad, todo esto ha sido un estúpido error. Quería contároslo, pero no creía que me fuerais a escuchar. ¿Queréis saber qué le pasó realmente a Fuego Esencial? ¿A vuestro amigo?

Nos vuelve a mirar a todos, lentamente. No era mi amigo, tengo ganas de recordarle. Ni siquiera lo he visto en persona.

—Nos conocimos en una fiesta en Londres, un viejo almacén reconvertido en sala de fiestas donde se reúnen superdotados de toda calaña, ya sabéis a qué clase de local

me refiero. Supongo que él había salido a dar una vuelta con unos amigos a los que yo no conocía. Yo ya tenía claro que quería cambiar de bando, y aquella noche estuvimos hablando un poco. Fuego Esencial quería hacer una escapada el fin de semana a un lugar que conocía en Costa Rica. Me dijo que podía llevarme volando, que no tardaríamos más que un par de horas. En fin, el caso es que acepté la invitación. Al fin y al cabo, quería convertirme en superheroína...

»Nos fuimos a un complejo turístico que él conocía. Estaba abandonado, pero supongo que seguía siendo un lugar con encanto para llevar a las chicas. Lo que pasa es que, al llegar allí, se hizo obvio que alguien más había descubierto el lugar. Cuando descubrimos que se trataba del Faraón, creí que le daría algo de tanto reírse. Ya sabéis a quién me refiero, ese villano de los años setenta que llevaba encima kilos de maquillaje. Era evidente que iba a haber una pelea entre superhéroes, y yo me disponía a hacer méritos para pasar a ser una de los vuestros. Todos solíamos reírnos de él y de sus despistes, como aquella vez que no lograba encontrar su propio sarcófago en el Museo Metropolitano. El plan era detenerlo, encerrarlo en la cárcel durante unos días y de paso asegurarme un lugar al sol, entre los superhéroes.

—Espera un momento. Jason dijo que fue el Doctor Impos... —Por una vez, Lobo Negro parece totalmente desconcertado—. Maldita sea.

—Ya me lo suponía. —Lily no habla en tono prepotente, ni mucho menos, pero se nota que lleva tiempo queriendo sacarse todo esto de dentro—. El caso es que nos separamos. Fuego Esencial me dejó en lo alto de una colina cercana y me dijo que me limitara a contemplar el espectáculo, a ver cómo lo hacía un profesional. Solo me acerqué al final de todo. Para entonces, el Faraón estaba cansado. No había tenido tiempo de ponerse el maquillaje dorado y llevaba horas blandiendo la maza aquella. Su pelo ralo y canoso se veía todo apelmazado y tenía la barba empapada en sudor, al igual que la piel bajo la armadura. Me miró de un modo especial, como si supiera por qué estaba allí. Habíamos coincidido un par de veces.

»Del Faraón se pueden decir muchas cosas, pero hay que reconocer que era duro de pelar. La fuerza de Fuego Esencial era irresistible, pero la maza del Faraón lo hacía absolutamente inmune a todo mal.

»Solíamos hacer cábalas sobre quién resultaría vencedor en un combate cuerpo a cuerpo. Bloqueo frente al Diamante Viviente, Nick Napalm frente a Aguamarina, Caja de Sorpresas frente al Manitas. El desenlace de un hipotético enfrentamiento entre Fuego Esencial y el Faraón era una incógnita para todos. ¿Cómo se calcula algo así? Energía zeta contra una reliquia dotada de poderes mágicos. El Faraón siempre había sido muy fuerte, más de lo que nadie se había molestado en averiguar, y si se le hubiese propuesto podía haber sido una amenaza real y no solo un chiste. Cada uno de ellos poseía una fuerza interna en la que residía su poder, y estábamos a punto de averiguar cuál de los dos era más fuerte. Cuando se enfrentaron... algo salió mal.

»Inicialmente, el combate ocupaba una extensión de cerca de kilómetro y medio, con avances y retrocesos. Luego, fueron bajando hasta la playa. La maza refulgía, y los rubíes engastados parecían incandescentes. Era a todas luces lo único que lo mantenía en pie. Había grandes boquetes en el paisaje allí donde Fuego Esencial había asestado golpes pero fallado el objetivo. Se le estaba cayendo la capa de pintura que la cubría, y debajo de esta se adivinaban símbolos grabados. Fuego Esencial no parecía preocupado, sino más bien perplejo. Frustrado, incluso. Un gesto de confusión se iba adueñando de su rostro. ¿Por qué se resistía tanto aquel desgraciado? Le dolían las manos de tanto golpearlo, y estaba hasta las narices de que la maza de Ra volviera una y otra vez para darle en la cara delante de aquella chica.

»Fue entonces cuando el Faraón, Nelson, lo golpeó de lleno en el pecho, obligándolo a retroceder unos cuantos pasos y a apoyarse en una rodilla. Miré a Fuego Esencial en ese momento y pensé "Oh, no, va a matarlo".

»Eché a correr hacia allá. Fuego Esencial se elevó unos pocos metros por encima del suelo y se tomó su tiempo antes de descargar su viejo golpe de gracia, un rechazazo tremendo, con una potencia que normalmente no se hubiese atrevido a emplear contra ningún ser viviente, por muy superdotado que fuera. Era más bien el tipo de golpe que solía utilizar para destrozar un asteroide o hundir un barco. El Faraón paró el golpe sosteniendo la maza con las dos manos, y esta... se rompió. Se agrietó de arriba abajo. En ese momento se oyó un crujido estridente que parecía venir de todas las direcciones a la vez, y un extraño olor, propio de alienígenas o dioses, impregnó el aire.

»La maza era el núcleo de una explosión lenta, un frío despliegue de energía negativa, como si se tratara de un líquido. Se había astillado, y uno de los fragmentos se había clavado en el brazo de Fuego Esencial, que estaba sangrando. Fuera cual fuera la tecnología o la locura que hacía al Faraón invencible, ya no había nada que la contuviera, y sus efectos empezaban a extenderse. Notaba cómo tiraba de mí, y parecía absorber hasta la luz y el color. Un minuto más y quizá nos hubiese engullido a todos. De pronto, tuve la sensación de que se tragaría el mundo entero, toda nuestra dimensión. Quizá Míster Místico sepa de qué estoy hablando.

»El Faraón me dijo a voz en grito que me largara de allí. Estaba murmurando su palabra mágica, pero me parece que no funcionaba. No miré atrás.

»Ya sabéis que no puedo volar, pero sí correr bastante rápido cuando me lo propongo. Sinceramente, no sé qué ocurrió después. Para entonces, todo el valle se había convertido en una inmensa masa helada que se extendía mar adentro. La verdad, me fui de allí pensando que había empezado el fin del mundo.

»Hubo otra explosión. Fuego Esencial salió despedido hacia arriba, a kilómetros de distancia, y debió de resultar malherido. Supongo que fue la explosión lo que le provocó el coma. Pensé que estaba muerto. Supongo que de ahí sacaría la brillante

idea de fingir su propia muerte. A no ser que fuera cosa tuya, Marc. La verdad es que suena a una de tus ocurrencias.

Lobo Negro se encoge de hombros. Vaya, vaya.

—Quería contároslo antes, pero... si se corría la voz de que había estado allí, todo el mundo pensaría que había sido yo el que lo había matado. Supongo que quería saber qué se sentía al ser el bueno de la película, para variar. Antes o después, me hubieseis descubierto. Fatale lo hubiese hecho, estoy seguro.

—¿Y qué hacemos ahora? —pregunto. ¿Hemos ganado o perdido?

—Yo me voy arriba, a asegurarme de que ese cretino no conquista el mundo. Para cuando salgáis de vuestras celdas, ya me habré marchado. Solo quería... daros las gracias por haberme concedido la oportunidad de ser otra persona durante un tiempo.

—Lily... —Quiero decirle que no se marche. Que la necesitamos.

—Espera.

Se dirige a la pared en la que se encuentra apoyada la lanza de Elfina, la coge como si la sopesara y se la arroja a su propietaria a través de los barrotes de la celda.

—Si estáis pensando en ir a por mí cuando todo esto se haya acabado, olvidadlo.

Nos da la espalda y se marcha.

Le deseo suerte a voz en grito, porque alguien tenía que hacerlo. Al fin y al cabo, era de los nuestros. Se vuelve a medias, asiente en silencio y desaparece en el pasillo.

Elфина coge su lanza y me mira con gesto dubitativo. Me levanto y extendiendo los brazos.

—Adelante —le digo—. Esta vez estoy preparada.

Sé cuál es su plan, y creo que funcionará. Si su puntería sigue siendo tan buena como la última vez, podrá tirar de la lanza para sacarme del campo energético que me tiene atrapada. Nuestras celdas no están tan lejos la una de la otra.

Elфина frunce el ceño y apunta. La lanza me traspasa, como la otra vez, y las púas se enganchan en mi interior, pero ni siquiera duele. Debo reconocer que es buena. Dejo que tire de mí hasta atravesar el campo. De pronto, todos mis sistemas se vienen abajo. Pierdo el conocimiento durante un segundo, pero cuando lo recobro estoy fuera de la celda, y todos los demás me miran fijamente. Por un momento, soy la única superheroína en la sala, y los demás esperan que los rescate. Doblo los barrotes de la jaula de Elfina, ciego a tiros las lámparas que iluminan la celda de Damisela y arranco de cuajo las ataduras de Lobo Negro y Arco Iris. Ahora mismo me siento como un poder supremo auxiliando a los necesitados, los olvidados y los indefensos en un lugar remoto.

Cuando alcanzamos la superficie, todo se ha terminado ya. Lily se ha ido, y hay maquinaria aplastada y fragmentos de espejo por todas partes. La maza de Ra descansa en el suelo, rota e inútil. Debe de haber sido una pelea de las que hacen historia.

Y allí están, atados espalda con espalda a la columna central, Fuego Esencial y el Doctor Imposible, el mayor superhéroe y el mayor supervillano de nuestra era. Por una vez, ninguno de los dos tiene nada que decir.

* * *

Lily se desvaneció en la lluvia tras la batalla. Debe de tener otro medio de locomoción, porque no está en la isla. Lo sé porque Damisela y yo nos encargamos de peinarla de arriba abajo. Por votación, decidimos no ir en su busca. Todos estamos bastante tocados, la verdad.

Conocer a Fuego Esencial me resulta quizá un poco decepcionante. Cuando oí el trueno apenas podía creerlo, y ahora que lo tengo delante hasta lo encuentro entrañable. Es incluso más grande de lo que esperaba; liberado de sus ataduras, me saca varias cabezas. Para alguien que ha vuelto de entre los muertos, no está muy hablador que digamos.

Algo que Fuego Esencial sí hace es enseñarme uno de los archivos secretos del Doctor Imposible. No sé cómo lo ha averiguado, pero resulta que allí está la información que llevo buscando todo este tiempo: el expediente original de Protheon sobre mi persona, que hasta incluye una imagen escaneada de mi pasaporte. El expediente en sí no es demasiado completo, pero por lo menos contiene un nombre, un historial médico y hasta una evaluación psiquiátrica. Al fin conozco mis orígenes.

No dispongo de mucho tiempo para curiosear entre los documentos, porque nos tenemos que marchar. Hay cosas técnicas de las que nunca había oído hablar, unas pocas pistas sobre habilidades que ni siquiera he probado y datos biométricos que explican por qué era una buena candidata desde el primer momento.

También hay fotos mías, copias escaneadas de las polaroids que alguien sacó en sus vacaciones. Apenas reconozco a la chica de la imagen. Como mucho, diría que somos hermanastras, pero me podría haber cruzado con ella por la calle sin detenerme. Lleva puesto un jersey peludo y sonrío a la persona que está sacando la foto. Parece perdida pero esperanzada. No conservo ningún recuerdo, las Navidades de los años ochenta, las clases de francés del instituto, nada, pero no creo que aquella chica fuera demasiado feliz. Me paso un rato en el banco de datos, descargando la información.

Cuando salgo, casi me doy de bruces con Lobo Negro y Damisela, que se están besuqueando bajo la lluvia como dos adolescentes. Se me cae el alma a los pies, y reconozco esa sensación que, pese a la amnesia, sé sin sombra de duda que he vivido antes. Pero esta vez duele más, porque demuestra hasta qué punto me había estado engañando. Y aunque es seguramente la estampa más romántica que he visto en mi vida, no disfruto demasiado contemplándola. Podría decirles más de lo que saben,

sobre quién es Lily o lo que deberían hacer con el Doctor Imposible, pero no parecen demasiado interesados en conversar.

Ni siquiera se percatan de mi presencia, y me esfuerzo por comportarme con naturalidad, como si nunca me hubiese importado. Todo el mundo finge no ver que los veo. Elfina está realizando algún ritual céltico de celebración, así que Místico y yo nos limitamos a contemplarla durante un rato. Hasta me ofrece su capa de mago para resguardarme de la lluvia, pero rechazo amablemente la oferta. Tiene un punto cortés y melancólico que no deja de resultar un poco triste.

Luego sacan al Doctor Imposible. Arco Iris lo sujeta por el cuello del traje. Nadie está listo para marcharse todavía, así que lo dejan allí de pie durante un rato, atado de pies y manos, contemplando lo que queda de su fortaleza. La lluvia le entra en los ojos y hay en su rostro un extraño amago de sonrisa, pero sigue siendo el mismo de siempre. Eso sí, sin el casco, con el pelo alborotado y un ojo a la funerala no parece demasiado maquiavélico, que digamos.

Me planto ante él, mirándolo directamente, y dejo que me eche un buen vistazo. Quiero cogerlo por el cuello, sacudirlo, obligarle a que me hable, pero ¿qué se puede decir en semejante trance? Un superhéroe de verdad haría toda clase de observaciones brillantes. Yo también las pensé en un momento dado, pero no logro recordar ni una palabra del maldito discurso que había preparado para la ocasión. Es mi némesis, supongo, si es que quiero tener una. También podría verlo como mi creador, mi salvador, el que hizo posible mi existencia o lo que quiera que fuese. Todas estas mejoras que llevo incorporadas, todo lo que me ha ocurrido, no es más que una secuela de un plan estafalario e improvisado, pero no por ello menos brillante, del que nunca llegué a oír hablar. Lo miro y veo toda mi vida en sus manos. ¿Qué se puede decir en una situación así?

Es mi ordenador de combate el que me da la respuesta. Empieza como un gruñido que se convierte en grito y termina en un tremendo rechazo cuyo impacto hace vibrar todo mi esqueleto. Dudo que Fuego Esencial lo hubiese hecho mucho mejor. Mi creador rueda sobre sí mismo hasta dar una vuelta casi completa con la cabeza echada hacia atrás y el pelo esparciendo agua en todas las direcciones. Hasta Triunfo del Arco Iris se queda boquiabierto, y oigo aplausos, de Lobo Negro, tal vez, o de Fuego Esencial.

He terminado. Creo que el Doctor farfulla un «Lo siento», pero no lo sé con seguridad porque ya estoy lejos cuando lo dice.

* * *

No sé qué ocurre a continuación, porque llegados a este punto salgo a dar una vuelta por la isla y no estoy por la labor de averiguarlo. Acabo bajando hasta la costa,

a lo que parece un pequeño puerto con un par de grúas de carga y un espigón. Debió de construirlo nada más llegar a la isla, pero no parece que haya tenido mucho uso. Sigue lloviendo a cántaros.

Sí, hemos ganado, desde luego. En general, las cosas pintan bien. Yo todavía no lo sé, pero volveremos a saborear las mieles de la fama, algunos de nosotros por primera vez. La empresa de Lobo Negro se enriquecerá gracias a las patentes sacadas de la isla del Doctor Imposible. Damisela recupera sus poderes, más fuerte que nunca, como si hubiese vuelto a nacer bajo la luz del sol maternal. Nuevos sentidos, y hasta un nuevo poder que hará subir las aguas del océano por encima de las murallas de la fortaleza para arrastrar consigo lo que queda del ejército de robots del Doctor. Su piel es ahora más verde que antes, sus branquias más prominentes y eficaces. Quién sabe, tal vez ahora hasta pueda respirar en el planeta natal de su madre.

El año que viene organizará una expedición a dicho planeta, y hasta ha insinuado que quizá se presente a senadora a la vuelta. Al parecer, no hay ningún artículo en la Constitución que impida la elección de una alienígena como senadora, por lo menos de la asamblea legislativa.

Fuego Esencial decide desaparecer de nuevo durante algún tiempo. Las heridas se le curaron en un par de días, pero todo lo ocurrido —primero su muerte fingida y luego el hecho de que el Doctor Imposible le diera una soberana paliza— ha supuesto una gran merma de su popularidad. Dijo que se largaba al espacio exterior para poder ser él mismo durante un tiempo. Quizá esté en la Luna, o en Titán. Me sorprendió su actitud; lo cierto es que hasta parecía un poco tímido.

Finalmente entregamos al Doctor Imposible a las autoridades. Este tampoco se muestra muy hablador en el camino de vuelta, ni siquiera cuando lo dejamos en manos de un par de agentes del Departamento de Asuntos Metahumanos, quienes nos aseguran que han desarrollado nuevas instalaciones para encarcelarlo, y que esta vez «seguro que no escapará».

* * *

Pero todavía no sé nada de todo esto. Estoy sentada en el muelle, preguntándome si acabaré llenándome de herrumbre, como el resto de la isla del Doctor Imposible. En ese momento llega Elfina. Lleva la maza de Ra, o mejor dicho, la arrastra tras ella. Debe de pesar sus buenos cien kilos. La pintura dorada se cae a jirones, revelando la piedra que hay debajo.

La lluvia empieza a amainar cuando ella llega, lo que no deja de ser un truco resultón. Se encarama a un bloque de hormigón medio destrozado, cuidándose mucho de no tocar los cables de hierro que asoman aquí y allá.

—Sé que deseas dejarnos.

—Pues... —Me quedo sin palabras. Elfina no destaca precisamente por su perspicacia—. Iba a decirlo más adelante. Volveré a trabajar como mercenaria.

—¿Por qué? ¿Porque no eres como Fuego Esencial, invencible?

—No, porque no soy uno de vosotros.

Las nubes se están dispersando y una luna llena se alza, enorme y naranja, por detrás de Elfina. Bajo aquella luz, parece una reina de mayo vestida de plata, posando sobre unas ruinas neogóticas. La luz de la luna se refleja en el agua, perfilando las ondas. El aire no se mueve.

—Ven, quiero que veas algo —me dice, señalando el acantilado sobre el que todavía se alzan las murallas de la fortaleza del Doctor Imposible, cuyo negro perfil se recorta contra el cielo—. Ha desaparecido casi por completo, pero esto fue en tiempos un inmenso continente, del que solo queda esta isla. Aquí se alzaba nuestro castillo, la fortaleza del Reino de Occidente. Antaño, las gentes que poblaban estas tierras nos dejaban ofrendas. Pero todo eso fue mucho antes de la alianza, mucho antes de que nos fuéramos a Inglaterra.

—Mucho antes... ¿Qué edad tienes, Elfina?

Me da la espalda, haciendo caso omiso de mis palabras. Supongo que ha sido una pregunta grosera. Pero hay algo en ella que solo ahora empieza a cobrar sentido para mí. Por primera vez, alcanzo a ver más allá de su aspecto de adolescente perdida y me doy cuenta de lo mayor que es en realidad. Y también veo lo que es, un híbrido de diosa del bosque y animal, un hada. Abandonada a su suerte por todos aquellos a los que conocía, se convirtió en otra cosa, nueva, fuerte y extraña. Eso es lo que Damisela hizo por ella.

Huelo a hierba y a tierra húmeda del bosque. Hace una noche increíblemente cálida y el cielo está cuajado de estrellas (con una capacidad de amplificación de 20X es cuando uno empieza a apreciarlo de verdad). Elfina quiere decirme algo pero, como siempre, no se molesta en ir al grano hasta que pasa un buen rato.

—Necesito tu ayuda.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —pregunto.

—Se trata de mi misión, la tarea que Titania me encomendó antes de partir. Ha pasado tanto tiempo que he llegado a pensar que este día nunca llegaría. Vamos —me invita, y se baja de un salto.

Me coge de la mano, y dejo que me guíe hasta la orilla, sintiendo que estoy soñando o viviendo un cuento de hadas. A mi lado, parece una niña.

Elфина arrastra la maza del Faraón consigo. Ahora que la chabacana pintura dorada que la recubría se ha caído aquí y allá, el arma rota revela una belleza primitiva. No acierto a descifrar las runas —la maza bloquea mi chip de vídeo—, pero me doy cuenta de que no son jeroglíficos.

—Titania me dijo que sabría cuál era mi misión cuando llegara el momento. Y ha

habido momentos en los que he pensado que todo era una mentira, o una broma macabra —confiesa.

—Conozco esa sensación.

—Quiero que me digas cuándo es medianoche exactamente.

Mi reloj interno empieza la lenta cuenta atrás mientras la luna se eleva en el cielo ante nosotras. Ninguna de las dos dice nada, pero por una vez no me siento incómoda. Resulta que no es mal sitio para reflexionar un poco.

Supongo que debería hacer la promesa de perseguirlo por siempre jamás, convertirlo en mi némesis. Pero me temo que eso sería sacar las cosas un poco de quicio. Ni siquiera tendría ocasión de buscarlo y detenerlo, porque estamos a punto de enviarlo a la cárcel. Y ahora que Fuego Esencial ha vuelto, ya tiene su némesis de siempre. Yo tendría que ser plato de segunda mesa. Y puesto que me salvó la vida y me concedió superpoderes, no estoy muy segura de saber por qué debo odiarlo, la verdad. Aunque sí me pregunto qué plan o conspiración estuvo en el origen de mi creación. Se lo tendré que preguntar un día de estos.

Son casi las doce. Codeo suavemente a Elfina y susurro:

—Ya falta poco... ahora.

—Ten —dice, y me pasa la maza—. Quiero que acabes con esto. Tírala lo más lejos que puedas —añade, señalando el mar.

La maza es sorprendentemente pesada, pero una vez que logro despegarla del suelo compruebo que puedo manejarla. Ningún ser humano normal podría haberla levantado siquiera. Me afianzo, cojo la maza por el mango y la hago girar una vez, luego otra. Las fuerzas implicadas son enormes, pero mi esqueleto se ajusta a la presión y pivota suavemente, como si hubiese sido diseñado para esto.

La maza corta el aire con un zumbido, inmensa, y se produce una concentración de energía tal que hasta me intimida un poco. Por primera vez, me pregunto si debería estar haciendo esto.

Ruedo por tercera vez, notando cómo mis músculos y mi esqueleto metálico se tensan al máximo para aumentar la velocidad de desplazamiento, y luego, con un gruñido que se convierte inesperadamente en grito, la suelto por fin, arrojándola más lejos de lo que hubiese creído posible sobre el océano. La maza desaparece en la oscuridad y espero en vano el sonido del impacto en el agua, que nunca llega, por increíble que parezca. Luego, al cabo de unos instantes, se oye el estallido de un trueno a lo lejos. Durante un buen rato, nos quedamos inmóviles y en silencio frente a la orilla, certificando el final de algo. Elfina es libre al fin, y yo estoy llorando de nuevo.

Cuando pienso en la chica de la foto, esa que solía ser yo, una extraña ahora mismo, me doy cuenta de lo mucho que la echo de menos, y de que tampoco entonces era feliz. Sigo sin saber qué la llevó hasta Brasil, si se puso delante de un

camión de la basura apostá o no.

Pero seguramente no podía ver en la oscuridad, ni caminar por el fondo del océano, ni encajar un buen puñetazo, ni mucho menos propinarlo. Puede que no todo cambie a peor. Puede que me convirtiera en lo que necesitaba ser para sobrevivir. Echo de menos a la chica que fui, y ojalá pudiera decírselo, pero le hicieron mucho daño, y llevo todo este tiempo esperando a que se ponga bien otra vez.

Apuesto a que nunca soñó que viviría tanto tiempo, ni que haría las cosas que ahora puede hacer. Ojalá hubiese podido explicarle en qué se convertiría, en lo extraña, hermosa y desconcertante que sería. Seguramente se hubiese sentido mucho mejor de haberlo sabido. El cielo y las estrellas brillan con intensidad, y pienso en lo mucho que le hubiese gustado estar aquí.

NINGUNA CÁRCEL PUEDE RETENERME



Si tuvierais una sola oportunidad para alcanzar todo lo que siempre habéis deseado, para triunfar, para vencer, ¿qué pasaría? ¿Lo lograríais o fracasaríais estrepitosamente? ¿Qué clase de personas sois? Yo solía hacerme esa pregunta, pero ahora ya no tengo por qué.

Ocurrió dos semanas atrás, pero no he podido hacer gran cosa desde entonces, aparte de pensar en ello.

Me encadenaron y me sacaron a la calle. La lluvia me emborronaba la visión. Lobo Negro y Damisela se estaban besando como dos idiotas. El antifaz de Lobo Negro se había caído, dejando a la vista la mata de pelo blanco que suele ocultar. Durante un rato, parecían totalmente ajenos a mi presencia.

No tuvieron que esforzarse demasiado para acabar conmigo. Una vez que los Campeones escaparon de sus celdas, todo empezó a venirse abajo. Elfina usó sus poderes para provocar una tormenta, y Damisela ordenó a las aguas del océano que se elevaran por encima de las murallas, rociándolo todo de cálido salitre. La gran cúpula de mi laboratorio se resquebrajó y cedió bajo el peso del oleaje. El cielo se abrió y mi tan cacareada Edad del Hielo se derritió, convertida en tibia lluvia tropical. El agua inundó el laboratorio, el arsenal, todos mis experimentos, y esta vez se coló hasta las profundidades de la fortaleza, hasta las galerías subterráneas y las calderas atómicas donde ardían los fuegos secretos.

Es un gran momento para ellos. Los Nuevos Campeones celebran su victoria por todo lo alto, sin molestarse en disimular su euforia, mientras yo los contemplo e intento en vano alcanzar el candado de mi tobillo. ¿Por qué no iban a estar felices? Al fin y al cabo, es su momento de gloria.

Elfina flota en el aire y entona algún cántico ininteligible al tiempo que alza su lanza al cielo amenazador. Míster Místico contempla la escena con gesto teatral mientras su capa ondea al viento. Hasta me guiña un ojo. Por fin su ridícula chistera parece tener una utilidad práctica, consistente en impedir que la lluvia se le meta en los ojos. La ciborg me golpea en la cara, para regocijo de todos.

Lily —o más bien Erica, supongo— se ha marchado, ha desaparecido entre la lluvia para hallar su propio camino. No parecía más cómoda que yo en compañía de los Nuevos Campeones, y estos no han salido en su busca. Sigo sin comprender qué

papel ha desempeñado en toda esta historia, ni si es una superheroína o una supervillana, o todo lo contrario. Se lo preguntaré cuando surja la ocasión.

* * *

Pero eso fue hace dos semanas. Ahora mismo estoy encadenado en el interior de un helicóptero de la DAM y tengo otras cosas en las que pensar. En unos diez minutos las bombas de humo estallarán, me quitaré las esposas, saldré por el otro lado del aparato y me pondré el uniforme que tengo escondido. Después, solo tengo que seguir caminando por la pista asfaltada. El maletín puede llamar la atención, pero podría ser el equipaje de alguien. El monigote que hice con los cojines de los asientos y la tela de un paracaídas debería engañarlos el tiempo suficiente. De lo contrario, tendré que improvisar.

En unos pocos minutos, volveré a ser libre. Pero eso será tan solo el principio de mis problemas. Aún tengo que concluir mi trabajo. Aún tengo que vérmelas con el mundo entero.

¿Qué significa conquistar el mundo? ¿Existe realmente un modo de hacerlo? ¿Hace falta ser el más rico, el más listo, derrotarlos a todos en una pelea? ¿O es suficiente saber que podrías hacerlo? ¿Acaso significa ser invencible?

¿O significa sencillamente conseguir a la chica de tus sueños? ¿Conquistó Fuego Esencial el mundo mucho tiempo atrás? ¿Lo hice yo? Tal vez no sea posible y punto. Nadie podía haberlo intentado con más ahínco que yo. ¿O acaso no he librado cien batallas, y las he perdido todas?

Quedan tres minutos. Y sí, esto podría ser un problema más grave de lo que había supuesto en un primer momento. Un problema nada banal, ahora lo veo. Pero tampoco es motivo para detenerse. Esta vez no cometeré errores.

Veo un helicóptero parado delante de su hangar, a unos doscientos metros, como mucho. Ese es mi objetivo. Me colaré en su interior, me sentaré en el asiento del piloto y no pararé hasta cruzar la línea de la frontera. Tengo tantas probabilidades de lograrlo como de fracasar en el empeño. ¿Quién construyó a Antitrón? ¿Quién descubrió cómo utilizar la ilimitada energía de la dimensión zeta? Ningún superhéroe, desde luego. Soy yo el pionero. Puedo vencerlos, no me cabe la menor duda. ¿Quién desplazó la Luna? Yo lo hice.

Dentro de una semana, estaré en Antigua, en Hong Kong o en Des Moines. Y desde allí encontraré el modo de seguir adelante. Algo nuevo, nanotecnología o supercuerdas o vudú. Sigo siendo el hombre más listo del mundo. Pronto, sí. Pronto seré invencible.

Cuando tu laboratorio salta por los aires, rociándote el cuerpo con una poción supercargada, ¿qué puedes hacer? No vas a quedarte allí tumbado. Sales como puedes

de entre los escombros, marcado de por vida por terribles cicatrices, y juras vengarte del universo. Sigues adelante. Sigues intentando conquistar el mundo.

APÉNDICE

EXTRACTOS DE LA BASE DE DATOS METAHUMANA INTERNACIONAL, TERCERA EDICIÓN

SUPERHÉROES

CAMPEONES

Damisela, la Primera Dama del Mundo de los Superhéroes

- *Apuntes biográficos*: superheroína de nacimiento, luchó por llevar una vida normal.
- *Poderes*: vuelo, fuerza, campo energético, arma de combate cuerpo a cuerpo.
- *Fuente de poder*: herencia genética, de Nube de Tormenta y una princesa alienígena no identificada.

Nota: líder implícita de los Campeones; ex esposa de Lobo Negro.

Elfinia, la Princesa Guerrera

- *Apuntes biográficos*: la última de las hadas, condenada a vivir entre los humanos hasta cumplir la misión que en su día le encargara la reina Titania.
- *Poderes*: vuelo, arma de combate cuerpo a cuerpo (lanza), control de los fenómenos meteorológicos.
- *Fuente de poder*: sus poderes son innatos y comunes entre las hadas.

Nota: la historia de su origen no ha sido verificada.

Fatale, la Última Generación de Máquinas de Guerra

- *Apuntes biográficos*: tras un aparatoso accidente, una joven es curada y transformada, gracias a las nuevas tecnologías, en una ciborg al servicio de la ley.
- *Poderes*: fuerza sobrehumana, velocidad, armamento incorporado.
- *Fuente de poder*: mejoras cibórguicas.

Nota: posible inestabilidad psicológica.

Fuego Esencial, el Superhéroe más Poderoso del Mundo

- *Apuntes biográficos*: un accidente de laboratorio convierte a un deportista nato y estudiante de la Ivy League en el mayor superhéroe de todos los tiempos.
- *Poderes*: vuelo, fuerza, invencibilidad.
- *Fuente de poder*: accidente de laboratorio.

Nota: desaparecido; en paradero desconocido.

Galatea, Corazón de Oro

- *Apuntes biográficos*: una extraordinaria máquina se entrega en cuerpo y alma a la humanidad y se vuelve más humana a su vez.
- *Poderes*: vuelo, proyección de energía, empatía mecánica.
- *Fuente de poder*: robot.

Nota: fallecida; se desconoce la identidad de su fabricante.

Lily, la Implacable

- *Apuntes biográficos*: una paria dotada de superpoderes y nacida en el futuro lejano se encuentra varada en el

presente, buscando su hogar perdido.

- *Poderes*: fuerza, resistencia.
- *Fuente de poder*: tecnología del futuro lejano.

Nota: también incluida como supervillana; aspecto inusual.

Lobo Negro, Azote de Criminales

- *Apuntes biográficos*: cuando un niño autista pierde a sus dos hermanos, transforma su vida en una interminable búsqueda de justicia merced a la disciplina y el entrenamiento.
- *Poderes*: experto en artes marciales, gimnasta superlativo, instintos tácticos.
- *Fuente de poder*: habilidad natural, entrenamiento intensivo.

Míster Místico, el Hombre Misterioso

- *Apuntes biográficos*: un mago y tímido de poca monta descubre los secretos de la verdadera magia y su vida cambia para siempre.
- *Poderes*: teletransporte, telepatía y manipulación de la energía, entre otros.
- *Fuente de poder*: magia.

Nota: la mayor parte de sus poderes siguen siendo desconocidos.

Salvaje, el Amo de la Calle

- *Apuntes biográficos*: medio animal, medio humano, Salvaje vaga por la jungla urbana en busca de delincuentes.
- *Poderes*: fuerza, velocidad, resistencia sobrehumana.
- *Fuente de poder*: desconocida.

Nota: sometido a investigación bajo sospecha de emplear métodos brutales; se presentó voluntario para participar en un programa incubadora de superhéroes.

Triunfo del Arco Iris, Ídolo Adolescente de Armas Tomar

- *Apuntes biográficos:* cuando a la joven Briony le diagnostican una enfermedad mortal, decide someterse a una operación que le brinda superpoderes y un brillante porvenir.
- *Poderes:* velocidad, artes marciales, fuerza, artilugios no revelados aún.

Nota: padece una enfermedad degenerativa del sistema nervioso.

SUPERESCUADRÓN

Go-Man, Más Veloz que el Crimen

- *Apuntes biográficos:* un ingeniero naval algo torpe descubre sin querer un proyecto gubernamental secreto y se convierte en el hombre más veloz del mundo.
- *Poderes:* supervelocidad.
- *Fuente de poder:* accidente causado por un reactor de fusión nuclear.

Nota: retirado; paradero desconocido.

El Faraón (1), Poder Ancestral

- *Apuntes biográficos:* los antiguos faraones egipcios conceden a un arqueólogo sabiduría y dones excepcionales.

- *Poderes*: fuerza, rayo de la verdad.
- *Fuente de poder*: reliquia del Antiguo Egipto.

Nota: paradero desconocido tras una expedición arqueológica frustrada.

Nube de Tormenta, Líder del Escuadrón

- *Apuntes biográficos*: un piloto de pruebas de las fuerzas aéreas desaparece mientras sobrevuela el Triángulo de las Bermudas y regresa semanas más tarde con amnesia... y con el imparable poder de un huracán tropical.
- *Poderes*: control de los fenómenos meteorológicos, vuelo, invulnerabilidad, fuerza.
- *Fuente de poder*: incidente misterioso en el Triángulo de las Bermudas.

Nota: antiguo líder del Superescuadrón, hoy retirado.

Onda luminosa, Luz de la Noche

- *Apuntes biográficos*: un granjero estadounidense se acerca a investigar una misteriosa luz que brilla en el monte y vuelve a casa dotado de increíbles superpoderes.
- *Poderes*: vuelo, proyección de energía, desmaterialización.
- *Fuente de poder*: exposición a la radiación de un meteorito.

Nota: emigrado al espacio exterior.

Parangón, la Llama Viviente

- *Apuntes biográficos*: un teniente del ejército estadounidense descubre un bastión nazi en el corazón de la Selva Negra y, tras conquistarlo, encuentra un

extraño artefacto en el interior de la fortaleza saqueada.

- *Poderes*: vuelo, fuerza, telequinesia.
- *Fuente de poder*: artilugio desconocido, posiblemente de origen prehumano.

Nota: fallecido.

Regina, Reina del País de los Elfos

- *Apuntes biográficos*: una aventura infantil revela a una niña su destino de superheroína.
- *Poderes*: fuerza, rayo hipnótico, arma de combate cuerpo a cuerpo (el Cetro del País de los Elfos).
- *Fuente de poder*: magia.

Nota: el cetro es un objeto mágico de primer orden.

PACTO DEL CAOS

Bluetooth, el Guerrero Inalámbrico

- *Apuntes biográficos*: tras ser abducido por un ovni, un joven empollón se despierta con desconcertantes habilidades nuevas y ve cumplido su sueño de luchar contra la delincuencia junto a su mejor amigo del instituto.
- *Poderes*: telepatía invasiva.
- *Fuente de poder*: probable modificación quirúrgica.

Nota: historial médico reservado por orden del FBI.

Fenómeno, El Más Dotado de los Jugadores

- *Apuntes biográficos*: un consumado atleta se somete a una serie de operaciones quirúrgicas, honrando así el pacto que hiciera en la infancia con su mejor amigo,

en virtud del cual ambos tratarán de convertirse en la mejor pareja de superhéroes del mundo.

- *Poderes*: velocidad sobrehumana, fuerza.
- *Fuente de poder*: modificación quirúrgica, estimulación farmacológica.

Nota: destacó por su valentía durante la invasión ctónica de Chicago.

SUPERVILLANOS

Augur, El Hombre que Vino del Futuro

- *Apuntes biográficos*: un individuo poseedor de dones extraordinarios es reclutado por una academia de médiums del futuro lejano, pero fracasa estrepitosamente y es devuelto al presente.
- *Poderes*: habilidades telepáticas diversas.
- *Fuente de poder*: academia de formación de médiums.

Nota: alcohólico en ciernes.

Barón Éter, Monarca Absoluto del Mal

- *Alias*: Lianne Stekleferd, Lester Lankenfried; nombre real desconocido.
- *Apuntes biográficos*: un genio diabólico domina el siglo XX, enfrentándose a los mayores superhéroes del momento y acaparando los principales delitos de su época.
- *Poderes*: genio malvado (Síndrome de Hiper cognición Malévola); transmutación parcial; diversas mejoras de tipo científico.
- *Fuente de poder*: desconocida.

Nota: su acento sugiere que procede del este de Europa. Actualmente vive bajo arresto domiciliario en New Haven, Connecticut. Según los datos disponibles, debe de tener cerca de cien años, aunque su edad real puede haberse visto alterada por los efectos del viaje en el tiempo. Extremadamente peligroso.

Cara de Muñeca, Delinquir es un Juego de Niños

- *Apuntes biográficos:* una niña desamparada inventa sus propios y letales compañeros de juegos.
- *Poderes:* ayudantes mecánicos que le brindan un sinnúmero de facultades, a saber: control de la gravedad, vuelo, rayo calorífico, visión por rayos X.
- *Fuente de poder:* inventora y constructora de juguetes mecánicos.

Nota: inactiva.

Doctor Imposible, El Hombre más Listo del Mundo

- *Alias:* Barón Benceno, Conde Crápula, Doctor Fiasco, Espartáculo; nombre real desconocido.
- *Apuntes biográficos:* un genio malvado jura conquistar el mundo.
- *Poderes:* genio malvado (SHM), velocidad sobrehumana, fuerza.
- *Fuente de poder:* desconocida.

Nota: actualmente se halla detenido en dependencias gubernamentales. Se le considera extremadamente peligroso. Aspira a dominar el mundo. Némesis de Fuego Esencial y sospechoso de la desaparición de este.

Doctor Mente, El Cerebro Domina la Materia

- *Apuntes biográficos:* un filósofo de Oxford tiene una

curiosa revelación de consecuencias insospechadas.

- *Poderes*: supergenio; telequinesia.
- *Fuente de poder*: desconocida.

Nota: antiguo superhéroe reconvertido en supervillano. En paradero desconocido tras un episodio de ascensión (toda información al respecto se considera materia reservada).

El Faraón (2), Ramsés Redivivo

- *Apuntes biográficos*: un joven encuentra un misterioso objeto en el bosque aledaño a la urbanización en la que vive y descubre que su vida se encuentra estrechamente ligada a la de un antiguo rey de los egipcios.
- *Poderes*: arma de combate cuerpo a cuerpo (la maza de Ra), invencibilidad.
- *Fuente de poderes*: artilugio de procedencia desconocida.

Nota: en paradero desconocido, presuntamente inactivo. No debe confundirse con el Faraón (1), antiguo miembro del Superescuadrón.

Galápago, El Hombre Puento

- *Apuntes biográficos*: un porreta de pueblo descubre que posee extraños poderes.
- *Poderes*: proyección psicoactiva, alijo farmacológico.
- *Fuente de poder*: desconocida.

Nota: padece cleptomanía; posible proveedor de material a delincuentes más importantes.

Laserator, La Lente Prodigiosa

- *Apuntes biográficos*: cuando se le niega un puesto de

titular en la universidad, un resentido profesor de Astronomía pone su talento al servicio del mal.

- *Poderes*: manipulación de la energía, rayo de la gravedad.
- *Fuente de poder*: potentísimo artefacto reflectante.

Nota: más tarde se reformó y se convirtió en un respetable científico.

Nick Napalm, El Lanzallamas Humano

- *Apuntes biográficos*: un abogado emocionalmente inestable sufre una mutación que le permite proyectar llamaradas y descubre su nueva misión en la vida.
- *Poderes*: proyección pirocinética de llamas, escudo de llamas.
- *Fuente de poder*: mutación.

Nota: sufre delirios de naturaleza religiosa; diagnóstico provisional de esquizofrenia.

Phatom 5, El Secreto de las Profundidades

- *Apuntes biográficos*: un ordenador diseñado por un genio malvado para ejecutar sus diabólicos planes desarrolla voluntad propia.
- *Poderes*: predicción del tiempo y las mareas, manipulación molecular, presciencia limitada.
- *Fuente de poder*: construcción cibernética.

Nota: superordenador desarrollado por el Doctor Imposible.

Sanguino, Herencia Mortal

- *Apuntes biográficos*: al morir su padre, un contable de carácter afable descubre incómodos secretos sobre la historia de su familia y la maldición que pesa sobre

esta.

- *Poderes*: sangría vampírica, vuelo, explosión de energía (armadura alimentada por la hemoglobina).
- *Fuente de poder*: artilugio familiar objeto de maldición.

Nota: no se trata de un auténtico vampiro; es posible que la ancestral armadura maldita ejerza algún tipo de control mental sobre él.

Zarpa Cósmica, Fuerza Sobrehumana

- *Apuntes biográficos*: un mercenario de tres al cuarto descubre un ovni que se estrelló en la Tierra y su suerte cambia para siempre.
- *Poderes*: fuerza, vuelo, armadura.
- *Fuente de poder*: armadura de origen extraterrestre.

Nota: antiguo mercenario; posible inestabilidad psicológica.

TABLA CRONOLÓGICA SELECTIVA DE LA HISTORIA SUPERHUMANA

- 140.000.000 a.C. El Barón Éter pasa seis años en el Cretáceo por culpa de un accidente mientras viajaba en el tiempo.
- 147 a.C. Los Campeones y el Doctor Imposible intervienen en la Tercera Guerra Púnica.
- 1674 d.C. Éxodo masivo de hadas, del que Elfina permanece al margen.
- 1907 Primera aparición documentada del Barón Eter.
- 1937 El ejército estadounidense lanza un programa secreto para el desarrollo de un supersoldado.
- 1945 El gobierno estadounidense crea el Departamento de Asuntos Metahumanos.

- 1946 Se funda el Superescuadrón, el primer superequipo del mundo.
- 1948 Hacen su aparición los Cinco Delictivos, la primera alianza de supervillanos de la historia.
- 1968 Finaliza la construcción de Mentiac, que se escapa por la red de alcantarillado.
- 1979 El Superescuadrón anuncia su retirada.
- 1979 El Barón Éter se retira tras ser detenido en dependencias del Senado.
- 1984 El Doctor Imposible crea su primera arma de destrucción total, la Máquina Terminal.
- 1984 Lobo Negro, Damisela y Fuego Esencial fundan una alianza bautizada como los Campeones.
- 1985 Galatea, Mister Místico, Elfina y Salvaje se unen a los Campeones.
- 1986 El Doctor Imposible vuelve al ataque con Antitrón (su segunda arma de destrucción total).
- 1989 Lobo Negro y Damisela contraen matrimonio.
- 1990 El Doctor Imposible inventa la Amenaza Fúngica (su tercera arma de destrucción total).
- 1992 El Doctor Imposible amenaza al mundo con la Mugre Gris (su cuarta arma de destrucción total).
- 1996 Los Campeones defienden la Tierra en el conflicto de Titán, en el que Galatea pierde la vida.
- 1997 Los Campeones se separan.
- 1998 Lobo Negro y Damisela se divorcian.
- 2004 El Doctor Imposible libera el insidioso Meta-Metavirus (su quinta arma de destrucción total).
- 2004 El Doctor Imposible sufre su duodécima derrota y encarcelación.
- 2006 Fuego Esencial desaparece.

AGRADECIMIENTOS

Deseo manifestar mi gratitud para con Marty Asher, Zachary Wagman y todo el equipo de Pantheon y Vintage.

También estoy en deuda con Julie Barer, Jami Bartlett (otro genio malvado), Tina Bennett, Lev Grossman, Talissa Ford, Judith Grossman, Jennifer Jackson, Luke Janklow, Don Korycansky (que sí averiguó cómo mover la Tierra) y Rowland White.

No puedo dejar de mencionar también a Tom Farber, Bharati Mukherjee y Jim Shepard por sus maravillosos talleres de narrativa, así como a Marka Knight, por sus incontables correcciones y provechosas sugerencias, desde las más quisquillosas cuestiones de estilo a los fundamentos de la creación de argumentos y personajes.

Y, cómo no, doy las gracias a mis amigos y familia por haberme apoyado y animado desde el primer momento.